

A man in a dark suit and white shirt is shown from the waist up. He is standing with one hand on his hip. The background is a soft, warm sunset or sunrise sky. The text 'LAYLA HAGEN' is overlaid in large white letters at the top.

LAYLA HAGEN

USA TODAY BESTSELLING AUTHOR

UN SOLTERO ATREVIDO

Un soltero atrevido

Ian & Ellie

Layla Hagen

Un soltero atrevido

Copyright ©2024 Layla Hagen

Traducido por Well Read Translations

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro de cualquier forma o medio electrónico o mecánico, incluyendo sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin permiso escrito y expreso del autor, excepto para el uso de citas breves en evaluaciones del libro. Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, negocios, lugares, eventos e incidentes son producto de la imaginación de la autora o se usan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, o hechos reales es pura coincidencia.

Tabla de Contenido

[Derechos de Autor](#)

[Capítulo Uno](#)

[Capítulo Dos](#)

[Capítulo Tres](#)

[Capítulo Cuatro](#)

[Capítulo Cinco](#)

[Capítulo Seis](#)

[Capítulo Siete](#)

[Capítulo Ocho](#)

[Capítulo Nueve](#)

[Capítulo Diez](#)

[Capítulo Once](#)

[Capítulo Doce](#)

[Capítulo Trece](#)

[Capítulo Catorce](#)

[Capítulo Quince](#)

[Capítulo Dieciséis](#)

[Capítulo Diecisiete](#)

[Capítulo Dieciocho](#)

[Capítulo Diecinueve](#)

[Capítulo Veinte](#)

[Capítulo Veintiuno](#)

[Capítulo Veintidós](#)

[Capítulo Veintitrés](#)

[Capítulo Veinticuatro](#)

[Capítulo Veinticinco](#)

[Epílogo](#)

[Segundo Epílogo](#)

Capítulo Uno

Ian

La fiesta de compromiso de mi hermano estaba en pleno apogeo, y toda mi familia se había presentado. Éramos cuatro hermanos, además de una familia *gigante*, por lo que acabó siendo un evento bastante grande. Nos gustaba celebrar siempre por todo lo alto.

No lograba entrarme en la cabeza lo mucho que mi familia había cambiado en los últimos tiempos; me hacía feliz que mi hermano y hermanas hubieran encontrado a sus almas gemelas, pero esa vida no era para mí. Estaba soltero y feliz, y cuando me calificaban de rompecorazones, entre otros, lo admitía sin ningún tipo de vergüenza.

—¿Ya te vas? —preguntó mi hermana Isabelle al ver que me dirigía a la puerta. Se había ofrecido como anfitriona de la fiesta de compromiso de nuestro hermano en la enorme casa que ella y su prometido habían comprado a tan solo una hora de Nueva York, en Tarrytown.

—Sí, le he prometido a Henry que recogería a Ellie en el aeropuerto. —La hermana pequeña de mi mejor amigo se mudaba a la ciudad. Aunque me habría prestado a ayudar a cualquiera de mis amigos, en aquel caso, mi ofrecimiento para ayudarla a establecerse fue inmediato. Nadie tenía por qué enterarse de ese detalle...

—Sigo pensando que oculta algo —comentó Josie, mi otra hermana. Sí que era buena... el ser abogada la hacía sospechar de todo. También era una metomentodo.

—¿Eso que noto es culpa? —añadió Isabelle, cuestionándome con la mirada.

—No, no notas nada. Solo es tu imaginación hiperactiva —respondí.

Mi hermano Dylan puso su mano sobre mi hombro:

—Me encanta que te mantengas en tus trece.

Permanecí callado, pero Isabelle no se desanimó. ¿He comentado ya que tengo una familia metomentodo?

—Sigo creyendo que le atrae Ellie.

—Es la hermana pequeña de mi mejor amigo, y ya está. Solo es eso —repetí, tanto para ellos como para mí. Sí, Ellie me atraía, pero era la hermana de Henry y eso era lo importante.

—Vale. Sigue repitiéndotelo, quizá algún día te lo creas —repuso Josie—. ¿Quién sabe? Quizá para la próxima boda aparezcas con acompañante... Ellie.

Sacudí la cabeza. Dios mío, qué pelmazas eran.

—Ya he advertido a la organizadora de la boda de Isabelle que iré solo, y no debe añadir a nadie a mi mesa, especialmente a ninguna soltera. Así que olvidadlo si teníais planeado hacer de celestinas.

Isabelle apretó los labios y levantó las manos.

—No tengo ningún plan. Lo prometo.

Me reí, y les dejé con sus maquinaciones mientras iba a despedirme de mis padres. Habían volado hasta Nueva York para la fiesta de compromiso. Vivían en Montana y solo visitaban la “Gran Manzana” para asistir a eventos especiales. Aunque también era cierto que, desde el nacimiento de su nieta, la hija de Josie, iban de visita más a menudo. Y una vez Isabelle anunciara que también estaba embarazada, estaba convencido de que vendrían incluso más.

Besé a mi madre en la mejilla y le di un apretón de manos a mi padre.

—Ian, me sigue sin parecer bien que hayas pagado tú el billete de avión, tenemos que discutirlo —dijo él con seriedad. Mis padres eran orgullosos y no estaban de acuerdo con que sus hijos les apoyáramos económicamente cuando podíamos, pero nos habían cuidado durante toda la vida, así que nosotros habíamos decidido que cuando se retiraran les ayudaríamos con los

pequeños gastos. Eso sin mencionar que ni siquiera estarían en Nueva York de no ser por nosotros... otra razón por la que mi hermano, hermanas y yo pagábamos lo que nos permitían.

—Ya hablaremos de eso más tarde —respondí con un guiño. Mis padres eran cabezotas, pero yo también: no me harían cambiar de opinión.

—No creas que esta discusión se ha acabado, hijo —dijo mi madre. Su tono severo me llevó de vuelta a la niñez, a cuando me metía en algún lío (así como a mis hermanos) y ella sabía exactamente a quién echar la culpa. No podía evitarlo: en la pequeña ciudad donde crecimos se me conocía por estar siempre donde había jaleo.

—Ni se me ocurriría —le lancé un guiño a ella también y me encaminé a la entrada, me monté en mi Tesla y me dirigí directamente al aeropuerto John F. Kennedy. Según el GPS aún tenía una hora por delante: una hora para no pensar en Ellie.

La teoría de mis hermanas no estaba del todo equivocada. Henry había sido mi mejor amigo desde nuestros días de universidad en Washington. Ellie era seis años menor y, a los dieciocho, eso suponía una enorme diferencia de edad. Sin contar con que las pocas veces que había coincidido con aquella niña tímida de entonces, lo último que se me hubiera ocurrido hubiera sido prestarle ese *tipo* de atención. Tan solo era la hermana pequeña de mi mejor amigo. Ese hecho había cambiado dos años atrás. Ellie tenía veintiuno, yo veintisiete, y pasamos tres semanas en el lago Tahoe junto con Henry y un grupo de amigos: ella era tan deslumbrante que no podía dejar de mirarla.

Henry me hizo prometer que no ligaría con su hermana. Me conocía bien, se podría decir que jugábamos con las mismas cartas: si yo hubiera tenido una hermana pequeña, también habría advertido a Henry de que era territorio prohibido. Resultó que me salió mal la jugada, ya que me pasé las tres semanas luchando contra mí mismo y mis instintos.

Habían pasado dos años de aquello. Unas semanas antes de la fiesta de compromiso, Henry me había llamado para preguntar si podía ayudar a su hermana con la mudanza, y me volvió a recordar que Ellie era intocable para mí. Alegué que últimamente había gozado de un excelente autocontrol.

Resultó que no lo tenía. La había visto de nuevo por primera vez dos semanas antes, cuando fui a la ciudad para una entrevista. Me controlé. A duras penas.

Pero estaba decidido a comportarme como nunca.

Durante el trayecto desde Tarrytown al aeropuerto John F. Kennedy, consulté su vuelo en mi móvil. Venía de Miami y parecía que iba en hora.

Cuando llegué al aeropuerto, dejé el coche en el *parking express* y comprobé de nuevo la aplicación del vuelo. Me indicó que había aterrizado hacía dos minutos. Salí del coche rápidamente y me dirigí corriendo hacia la entrada principal. Me puse a patrullar el área de espera, atento a las puertas de la zona de llegadas cada vez que se abrían.

Ellie salió unos cuarenta minutos más tarde. Apenas pude verla detrás del carrito lleno de cinco maletas enormes, pero en cuanto ella me localizó, esbozó una sonrisa de oreja a oreja. Mierda, mierda, mierda. *Mantén contacto visual, Ian. No mires ese pelo moreno, tan largo que alcanza su cintura...* O esos ojos enormes, casi tan oscuros como su pelo. *Ojos arriba, Ian.*

Empiezas bien, imbécil. Solo habían pasado diez segundos y ya estaba contemplándola. Ellie Cavanaugh estaba poniendo a prueba mi autocontrol.

—Solo cinco maletas, ¿eh? —bromeé.

—¿Qué? Me encanta la ropa —dijo al tiempo que se encogía de hombros—. Suelo estar con el uniforme de cocina la mayor parte del tiempo, así que cuando no trabajo me gusta arreglarme.

Estaba increíble, vestida con unos vaqueros cortos que mostraban su perfecto culo, y una camiseta amarilla que se amoldaba perfectamente a sus curvas. No medía más de metro sesenta. Era tan pequeña comparada con mi más de metro ochenta que seguramente pudiera levantarla con tan solo un brazo. Sacudí la cabeza. ¿En qué estaba pensando? La aparté suavemente para empujar yo el carrito, y me dije a mi mismo: *No tocar. No pensar en tocar, ni en nada parecido. Es territorio prohibido.*

—Muy amable. Gracias por llevar mis maletas —comentó.

—¿Qué tal el vuelo?

—Nada del otro mundo, solo he leído. Gracias por recogerme, sabes que no hacía falta, ¿no?

—Claro que sí, ¿cómo si no ibas a llevar todas estas maletas? —contesté.

Sonrió, y por poco no me acerqué más a ella. Joder, estaba metido en un buen lío.

—Es verdad.

—Además, le he prometido a Henry que te ayudaría a establecerte. —Cierto, hablar de su hermano me haría entrar en razón.

—Ay, mi hermano... siempre tan sobreprotector, pero tiene buenas intenciones. Creo que espera que ocupes su puesto e interpretes el papel de hermano mayor.

—Sí, eso es lo que quiere —afirmé—. Y eso es justo lo que le he prometido.

Las comisuras de su boca se crisparon. Chocó su hombro contra mi brazo y me dijo:

—Te advierto de que te va a pedir un informe de vez en cuando.

Fruncí el ceño.

—No, él no es así. —¿Qué? ¿Acaso estaba intentando presionarme?

—Lo es cuando se trata de mí.

—Tal vez, pero *conozco* a Henry.

—Eso es verdad, y él te *conoce* a ti. —Estalló en risas, apartando la mirada mientras íbamos al aparcamiento.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Te lo diré, con la condición de que no hagas caso de sus tendencias sobreprotectoras y le digas que se preocupe de sus asuntos cuando te pregunte por mí.

Consideré lo que me decía por un momento y me puse en la situación de Henry. Dylan y yo habíamos vivido mucho tiempo en Washington, pero antes de mudarnos a Nueva York estaba siempre preocupado por cómo se encontraban mis hermanas. No era que quisiera un informe exactamente, pero entendía el comportamiento de Henry. Sabía que Ellie había vivido en otros estados donde Henry no tenía amigos, pero en Nueva York seguramente quería que yo fuera sus ojos y oídos.

—Vale, retiro el trato —comentó, al tiempo que daba vueltas entre los dedos a un mechón de pelo.

—¿Por qué?

—Te has tomado demasiado tiempo para pensar, así que seguro que *estás de acuerdo* con Henry.

—Más o menos.

—¿Ves? Lo sabía.

Era muy impetuosa, y eso me gustaba demasiado. No era la niña tímida que recordaba. Me acerqué para poder susurrarle al oído:

—Eso no significa que no podamos hacer un trato.

Tragó saliva al tiempo que se giraba para mirarme y, aunque duró menos de un segundo, la sorprendí con la mirada en mi boca.

—Lo pensaré —dijo lentamente mientras le indicaba dónde estaba mi coche. Llené el maletero con tres de sus maletas y las otras dos las encajé en el asiento trasero. Mientras me sentaba al volante, Ellie ponía su dirección en el GPS: el apartamento estaba en los alrededores de Columbus Circle, a una hora del aeropuerto si no había mucho tráfico. Durante el camino, me habló del restaurante donde empezaría a trabajar el lunes siguiente.

—¿Te hace ilusión? —le pregunté lanzándole una mirada y viendo lo feliz que parecía.

—Ay, sí. Trabajar en un restaurante con estrellas *Michelin* ha sido mi sueño desde que fui a la escuela de cocina. Tengo muchísima suerte de que me surgiera este trabajo. Sinceramente, he estado postulándome desde que terminé la escuela para restaurantes de Nueva York, pero nunca he llegado a pasar de la primera entrevista. Esta vez, todo parece haber salido como debía.

Me gustó su energía y la manera en la que movía las manos al hablar, como si personificara lo que decía. Miró a su alrededor con una amplia sonrisa. Podía comprender la sensación que experimentaba: hacía poco que yo también me había mudado a Nueva York y era un lugar increíble. Mi hermano y yo dirigíamos una empresa de *software*, Gallagher Solutions. Había estado ubicada en Washington durante años antes de que decidiéramos expandirnos y mudarnos a Nueva York. Fue la mejor decisión que pudimos tomar. El negocio estaba en pleno crecimiento. Seguía teniendo que viajar a Washington de vez en cuando para ayudar a algún cliente que lo requiriera, pero mi base de operaciones estaba en ese momento allí, en Nueva York.

—Además, también tuve muchísima, pero muchísima suerte al encontrar este apartamento. Me apetecía vivir en Manhattan para no estar muy lejos del trabajo y, ya sabes, toda la emoción de los sitios turísticos. Me llevó una larga búsqueda en Internet, pero al final encontré el sitio en *Craigslist*.

La miré de reojo.

—¿Encontraste el apartamento en *Craigslist*?

—Sí. Mi nueva compañera lo publicó. La otra persona que vivía con ella se marchó, así que necesitaba a otra persona para compartir el alquiler.

—Por favor, dime que conoces a esta persona.

—A ver, la conozco de *Craigslist*.

—¿Y nunca la has visto en persona? —Pensé que era una mala idea, sin importar la ciudad a la que uno se mude.

—No, pero hicimos una videollamada antes de firmar el contrato. Quería ponerle cara y ver si teníamos química. Y la tenemos.

—¿Te mudas con una extraña? —pregunté. Me di cuenta de que mi voz parecía un gruñido.

Ellie se rio.

—Por favor, pareces mi hermano... tan sobreprotector. Me he movido mucho a lo largo de mi vida, estoy acostumbrada a vivir con extraños. No es la primera vez.

No respondí nada, pero se rió más fuerte. Incluso me pareció que volvió a refunfuñar.

—Vas a ser tan sobreprotector aquí como lo fuiste en el lago Tahoe, ¿eh? Eras como mi guardaespaldas personal. Esperaba que fuera por Henry, que él te había pedido que me controlaras.

—Era porque te perseguían los problemas. Bueno, ahora que me paro a pensarlo, parecía que tú eras la que iba buscando problemas —le recordé.

—Acababa de cumplir veintiuno, tenía que aprovecharlo.

Sí, eso incluía ir a bares y quedarse despierta hasta tarde. Henry y yo nos turnábamos para ir con Ellie, asegurarnos de que no se aprovechaban de ella.

—Buscando problemas —repetí.

—Cada vez sueñas más como mi hermano —bromeó—. Encontrar un sitio donde quedarse en Manhattan durante poco tiempo no ha sido fácil. Solo alquilaré habitación por seis meses.

La miré sorprendido. Henry no me había comentado esa parte.

—¿Solo estarás aquí medio año?

—Sí, el restaurante donde voy a trabajar tiene tres sedes: Nueva York, Nueva Orleans, y San Francisco. Voy a estar seis meses en cada sitio. Es un programa de prácticas.

Cuando llegamos a Columbus Circle, contempló lo que la rodeaba incluso con más curiosidad. El ajetreo y bullicio de la ciudad podían ser abrumadoras. La calle de Ellie se encontraba a cinco manzanas de nuestra posición. Unos minutos más tarde, señaló una barbería cerca de una típica pizzería de “noventa y nueve céntimos el trozo”.

—Ahí está mi edificio, vivo en la segunda planta. —Era una construcción de principios del siglo XX, de ventanas negras y ladrillo gris. No era demasiado impresionante desde fuera, pero el área parecía segura.

¿A quién quería engañar? Me *preocupaba* que Ellie viviera sola en la ciudad: en Nueva York uno siempre debía estar ojo avizor, atento a lo que te rodeaba. Salí del coche con ella y saqué las cinco maletas. Podría haber apostado que cada una de ellas sobrepasaba el límite de veintitrés kilos.

—Subiré contigo —me ofrecí. No estaba dispuesto a dejarla meterse en una situación peligrosa, tenía que confirmar de que estaba segura.

—No tienes por qué hacerlo —repuso. Bajó la mirada a mi torso—. Pero ya que te ofreces, voy a dar un buen uso a tus fuertes brazos. No creo que pueda subir todas las maletas yo sola.

—Menos mal que puedes usarme —bromeé. Aunque el edificio tenía ascensor, subir las maletas por los primeros tres peldaños de la entrada no fue fácil.

—¿Qué tienes aquí? —pregunté.

—Zapatos. Montones y montones de zapatos; ropa también. No me juzgues.

—No lo hago, tengo dos hermanas. También les gustan los zapatos y la ropa.

—Genial, quizá puedas presentármelas más adelante.

—Ya pensaba hacerlo —apunté—. Creo que os llevaríais bien.

—Gracias. —Sus ojos se abrieron, verdaderamente sorprendida. ¿Qué la asombraba tanto? —. Estoy deseando conocer gente nueva.

El ascensor parecía viejo, pero fue una agradable sorpresa que funcionara. Por mi parte, yo vivía en un edificio completamente distinto. Se construyó hacía tan solo cinco años, así que tenía todas las comodidades imaginables a mi disposición.

Ellie tocó el timbre, y abrió la puerta una mujer rubia y menuda.

—Hola, Harper —saludó Ellie.

—Bienvenida Ellie. He estado limpiando mientras te esperaba. —Me echó un vistazo.

Ellie giró la cabeza para mirarme.

—Este es Ian, un amigo de mi hermano. Vive en Nueva York y me ha querido ayudar en el aeropuerto, además de asegurarse de que no eres una asesina en serie.

Harper asintió.

—Ha hecho bien. Debo admitir que mudarse con un desconocido puede ser complicado. —Abrió la puerta y entramos al apartamento.

La habitación de Ellie era tan pequeña que, después de dejar las maletas, no había espacio para moverse.

—Bueno... la habitación es incluso más pequeña de lo que parecía en las fotos —comentó Ellie. Harper se encontraba a nuestras espaldas.

—Lo sé. Intenté tomar un buen ángulo de la habitación, pero no pude.

—No pasa nada, Harper. Con esto bastará. —Al esbozar una afectuosa sonrisa y no dar importancia al cambio en sus condiciones de vida, consiguió que todos nos relajáramos. Eso me gustó de ella: el hecho de no reaccionar contra Harper por no haber hecho una mejor fotografía. Algunas mujeres con las que había salido en el pasado habrían reaccionado con enfados y exigencias... razón por la que estaban “en el pasado”.

—Vale —contestó Harper—. Si necesitas algo, estaré en la cocina.

Que Harper pareciera una buena persona me tranquilizó. Su aparente sinceridad me hacía estar mucho menos preocupado con respecto al hecho de que Ellie viviera allí.

Ellie contempló sus maletas, la habitación, y luego se giró hacia mí. Las comisuras de su boca se crisparon. No pude evitar soltar una carcajada.

—Es imposible que haya espacio suficiente para toda mi ropa —afirmó—. Ya me las apañaré. Quería vivir en Manhattan sin gastarme todo mi dinero en el alquiler, y esto parecía una buena opción. No sé muy bien qué voy a hacer con mis maletas.

—Sinceramente Ellie, me has impresionado no volviéndote loca por tener que adaptarte. Puedo guardar las maletas en mi casa hasta que las necesites, para que tengas un poco más de espacio.

—¿De verdad? Eso estaría genial. No las necesitaré hasta que me mude otra vez, así que si pudieras quedártelas hasta entonces sería perfecto.

—¿Cuándo empiezas a trabajar? —pregunté mientras Ellie revolvía sus cosas, empezando a prepararse para deshacer las maletas y acomodarse.

—El lunes. Voy a estar de prueba dos semanas, pero es lo normal. En cualquier caso, solo tengo hoy y mañana para explorar la ciudad un poco.

—Puedo explorarla contigo —propuse—. Mi hermana Isabelle era guía turística cuando se mudó a Nueva York. Cuando Dylan y yo vinimos a vivir aquí se ofreció a enseñarnos la ciudad. A mi hermano no le apeteció demasiado, pero yo me uní a un par de sus *tours* y eran bastante interesantes.

—Así que, ¿quieres ser mi guía? —preguntó con una sonrisa—. ¿Era ese el trabajo que mi hermano te había encargado?

Joder, no. Lo único que su hermano me había dicho era que cuidara de ella, y en ese momento lo único en que podía pensar era en el firme culo que dejaban ver esos vaqueros. Henry me daría un puñetazo si lo supiera.

—Bueno, hoy solo desharé las maletas y me acomodaré. Pero podemos hablar mañana y ver si hacemos algo.

—Sí, claro —respondí, deseando recibir cuanto antes su mensaje.

—Muchas gracias, Ian. De verdad que te agradezco que hayas venido a buscarme y tu ayuda.

—Un placer, Ellie. —La besé en la mejilla; llevaba un dulce perfume con olor a vainilla y algún tipo de flor. Apenas me contuve para no deslizar mis labios por su cuello: solo quería hundir el rostro en su fragancia y descubrir más, tener más—. Mándame un mensaje mañana, y también podremos hablar más sobre ese trato.

Capítulo Dos

Ellie

Pasada la medianoche dejé de deshacer el equipaje, por lo que el domingo me levanté después de las diez. Me desperté y sonreí, mientras miraba alrededor. Tenía demasiada ropa para aquel cuarto. La doble cama era pequeña, con cajones debajo y un armario a su lado. Además, había algunas baldas junto a él. De todos modos, había comprado un perchero por Amazon, y podía encajarlo en alguna parte. Sería un poco incómodo moverse por la habitación, pero ya me acostumbraría. Después de una ducha y vestirme, me asomé al salón. Harper estaba allí, trabajando en una especie de proyecto de manualidades. La mesa del comedor rebosaba con papeles de varios colores. Durante nuestra segunda videollamada, había descubierto que era maestra de primaria.

—Hola, Harper —saludé al entrar—. ¿Quieres venir conmigo un rato a explorar la ciudad?

Estaba muy contenta por haber llegado cuando lo hice, así tenía un día entero para relajarme y caminar por los alrededores.

—No puedo, lo siento. Les prometí a los niños que tendría este robot de papel terminado para mañana. Pero lo que sí tengo son muchas recomendaciones. —Se frotó las manos, sonriendo—. Columbus Center te va a encantar. Hay una heladería buenísima al pasar la esquina, y un café donde hacen un chocolate caliente increíble.

—Lo tendré en cuenta. ¿Necesitas algo de la calle?

—Hice la compra antes de que llegaras, así que no hace falta, pero te he reservado espacio en la nevera.

Habíamos acordado que cada una compraría su propia comida, y que compartiríamos esenciales como leche, aceite, sal, y demás.

—Muchas gracias. Por cierto, me encanta lo que has hecho con el salón.

—Gracias, Ellie. Me encanta personalizar los sitios donde vivo, y a mi primer compañero de piso no le importaba. Si quieres que quite algo o traer algunas de tus cosas, solo dímelo. Soy flexible.

Harper me caía muy bien.

—No cambiaría una sola cosa del salón, además, solo estaré aquí seis meses, así que tampoco tendría sentido.

Harper era una muy buena decoradora. La pared del salón era de ladrillo: un piano con su banqueta y una televisión enorme ocupaban un lado de la habitación. De otra pared colgaban algunas guitarras: en su tiempo libre era también profesora de música. Alrededor de la ventana había una librería gigantesca que se alzaba hasta el techo: había incluso una escalera para alcanzar la parte superior. Finalmente, la mesita de café de metal verde contrastaba con el resto de la habitación, pero de alguna manera encajaba.

Mi habitación era pequeña y completamente blanca. El último huésped la dejó en muy buenas condiciones, aunque la habían repintado y habían llevado a limpiar la alfombra, mullida y de color naranja. El suelo de madera requería un poco de encerado, pero la alfombra era lo suficientemente grande como para cubrir la mayor parte de la superficie. Sin embargo, necesitaba algo más de decoración para que fuera más hogareña.

Volví a mi cuarto y miré el móvil. En un impulso mandé un mensaje a Ian.

Ellie: ¿Tu oferta sigue en pie? Me gustaría explorar un poco la ciudad.

Respondió casi inmediatamente.

Ian: Sí, estoy en Central Park con mis hermanas y mi sobrina. Vente.

Ellie: Genial. ¿Puedes mandarme la ubicación? Así puedo ir a la entrada que más cerca esté de vosotros.

Tras unos segundos de espera mandó un mensaje junto con el enlace a un mapa.

Ian: Claro. Estoy deseando que vengas.

Ellie: Yo también.

Me pregunté si era la mejor idea. Era un pecado lo bueno que estaba ese hombre, tanto que me costaba no abanicarme cuando estaba cerca. Cuando le vi por primera vez tenía doce años, pero incluso entonces pensé que era guapo. Sin embargo, era demasiado tímida como para hablar con él. Henry le había invitado a casa de nuestra madre: una mañana me levanté, deambulé hasta la cocina vistiendo un delicado pijama rosa, y ahí estaba él. Me había sonrojado hasta las orejas, derramé el té sobre mí y desaparecí en mi habitación.

Le vi otro par de veces en los años posteriores, pero no fue hasta que tuve diecisiete años y me quedé con Henry una semana entera cuando me di cuenta de que Ian no era tan solo guapo... sino que directamente estaba para comérselo. Me encantaron su humor y actitud temeraria, pero él ni se daba cuenta de mi existencia. Estaba segura de que para él yo no era más que la hermana pequeña de Henry.

El verano en que cumplí veintiún años, Henry me preguntó si quería pasar un par de semanas en el lago Tahoe con él, Ian y un grupo de amigos. Respondí con un *sí* antes de que terminara la frase. Sin duda fueron las mejores vacaciones de mi vida: pasé horas bajo el sol, bebiendo cócteles y con un buen libro. Ian... bueno, no tenía por qué mentir. Me gustaba mucho. ¿Quién podría haberme culpado? Era metro ochenta de puro músculo, diferente de todos con los que había salido en la universidad. Niños, todos ellos. Ian, por el contrario, era un hombre... que parecía resuelto a evitar que me escapara a sitios nocturnos cuestionables, pero nada más.

Durante los dos años siguientes no nos habíamos vuelto a poner en contacto, pero verle cuando fui a Nueva York para hacer la entrevista de trabajo fue un *shock*. Esperaba ser inmune a él una vez volviera a verle, pero no había sido el caso. Quizá la vez siguiente fuera mejor. Mi cuerpo no reaccionaría de la misma manera, estaba segura.

Llamé a mi hermano antes de salir de casa; puesto que ya me había mandado un par de mensajes.

—Hola, esperaba que me llamaras ayer —recriminó—. Imagino que tendrías mil cosas que hacer para establecerte.

—No tuve tiempo de nada, estuve intentando deshacer el equipaje.

—¿Te gusta la ciudad? ¿Qué tal todo con Ian?

—Aún no he visto nada de la ciudad. Ian fue muy amable. Me ayudó con las maletas, e incluso se ha ofrecido a enseñarme la ciudad. Hemos quedado ahora.

—Me alegro de que quedéis, ¡pero ojo! Ian es muy buen colega. Muy fiel, de los que se preocupan; siempre ha estado ahí. Sin embargo, te aviso, no encajaría como pareja. ¡Ni de broma! Él es un espíritu libre, igual que yo.

Ay, Henry, ¿podrías ser más obvio?

—Gracias por avisar, Henry. Solo me lo has dicho ya un millón de veces.

—Lo digo en serio. Es mi mejor amigo, ¿lo recuerdas? Le conozco muy bien y sé que no es el adecuado para ti.

—No lo olvidaré, lo prometo. También vendrán sus hermanas por si eso te hace sentir mejor.

—No creo que necesites una carabina, Ellie. Eso no es lo que quería decir.

¿De verdad? Porque yo sentía como si necesitara una carabina. Si me volvía a mirar con esos increíbles ojos azules, explotaría. *Oh, Ian, Ian.* Me *había* impresionado. Era tan caballeroso...

incluso me había ayudado con las maletas y todo. También me gustaba su sentido del humor, era algo inesperado e hizo que me sintiera aún más atraída hacia él.

—No tienes por qué preocuparte, Henry —intenté tranquilizarle—. Luego hablamos, ¿vale? Quiero ver la ubicación que me ha enviado para saber dónde ir.

—Diviértete. Estoy muy orgulloso de ti. —Henry y yo siempre nos habíamos llevado bien, nos apoyábamos mutuamente. Que me dijera eso me hacía muy feliz.

—Gracias. —Después de colgar, me calcé las deportivas y me miré rápidamente al espejo para comprobar mi aspecto. Llevaba unos vaqueros y una camiseta blanca y ligera de manga corta. Aunque fuera septiembre, el clima seguía cálido.

A pesar de la diferencia de edad, nos llevábamos muy bien con Henry. Nuestros padres se divorciaron cuando yo estaba en el instituto. Ambos se volvieron a casar y tuvieron más hijos de sus respectivos matrimonios. Teníamos un hermanastro por parte de madre, y una hermanastra por parte de padre. Henry y yo vivíamos con nuestra madre, pero no terminábamos de encajar con ninguna de las dos familias. De niños, solíamos bromear con que éramos afortunados, ya que recibíamos el doble de regalos por Navidad, cumpleaños, y otras ocasiones. Pero, en realidad, nos sentíamos bastante solos. Quizá era la razón por la que Henry y yo nos llevábamos tan bien, pese a que se hubiera mudado para ir a la universidad y nuestra madre se hubiera quedado conmigo en Ohio.

Mi hermano siempre había cuidado de mí.

No siempre se lo puse fácil. Cuando cursé la escuela de cocina, viví en Los Ángeles. Tras graduarme, trabajé en un restaurante de pescado en Portland; más tarde Miami. Finalmente, me surgió la oportunidad en Nueva York. Pero Henry sabía lo feliz que yo era, y siempre me había apoyado.

Una vez en la calle, me puse las gafas de sol. Era un caluroso día otoñal e, ilusionada, miré a mi alrededor con una sonrisa.

A pesar de ser viejo, el edificio de mi apartamento tenía mucha personalidad. Me fascinaban sus techos altos, y estaba completamente enamorada de las paredes de yeso, acabadas a mano.

Me gustaba Columbus Circle. Era bonito, con una mezcla de edificios modernos e históricos que se extendían a lo largo de la calle. Los escaparates lucían pintorescos y los restaurantes ofrecían asientos en terrazas que permanecían cálidas gracias a las lámparas de calor portables. Era una convergencia de elementos de la gran ciudad con un toque hogareño.

El muestrario de la pizzería tenía una pinta increíble, y estaba segura de que terminaría siendo una cliente habitual. Quizá no era muy normal que una persona como yo, que acababa de graduarse como *chef*, comiera comida rápida. Pero, cuando llegaba a casa después de trabajar, lo último que me apetecía era cocinar. La mayoría de las veces ni siquiera me importaba lo que estaba comiendo, porque estaba agotada después de un largo día.

Seguí la ruta hasta la ubicación que Ian me había enviado. Tenía quince minutos de paseo hasta Central Park, lo que era perfecto y me daba suficiente tiempo para absorber la ciudad. Todas las guías turísticas recomendaban visitar Nueva York en otoño. Me sentí especialmente afortunada por empezar a trabajar en septiembre: el clima seguía cálido y el follaje de los árboles comenzaba a tornarse una mezcla de verde y rojo. En unas pocas semanas, el paisaje cambiaría por completo.

Solía caminar escuchando música, pero decidí no hacerlo esa vez. Quería impregnarme de los ruidos de la ciudad... y había muchos. El intenso tráfico era la fuente principal de bullicio. Central Park era el punto de encuentro favorito de Nueva York, principalmente porque era uno de los pocos lugares en Manhattan no hecho de cemento. La cantidad de personas que había en la

acera me obligó a centrarme para no chocar contra nadie. En cuanto estuve más cerca al parque, Ian volvió a enviar su ubicación y conseguí encontrarle con facilidad.

¡Dios mío! Cada vez estaba más bueno. Llevaba una camiseta negra que realzaba sus bíceps, los cuales lucían aún más definidos. Tenía un culo tan redondo que pedía a gritos ser estrujado. Y esos ojos azules eran fascinantes. ¿Cómo podía estar tan bueno?

Vaaaale... Redacté una nota mental para no contactar a Ian cada vez que quisiera explorar la ciudad. Me guiñó un ojo una vez me vio, y me uní al grupo. Al acercarme, noté que su camiseta estaba tan ajustada que resaltaba unos abdominales impresionantes. Levantó una ceja, y desvié rápidamente la mirada. Mi pulso se aceleró mientras volvía la atención a las dos mujeres que estaban junto a él. Una de ellas empujaba un carrito. Era la primera vez que veía a sus hermanas. No habían ido con Ian a la universidad de Washington, así que nunca las había conocido. En ese momento recordé haber conocido brevemente a su hermano Dylan, aunque solo unas pocas veces y no recordaba dónde. Dylan no nos había acompañado al lago Tahoe.

—Hola, Ellie. Te presento a mis hermanas: Josie e Isabelle. Y esta es mi sobrina, Sophie.

Josie era quien empujaba el carrito. Los hermanos no guardaban ningún parecido: Isabelle tenía una melena salvaje de cabello rojizo, mientras que el de Josie era oscuro y le llegaba hasta los hombros. Ninguna de ellas tenía el cabello rubio oscuro, ni los pómulos marcados que caracterizaban a Ian.

—¡Hola! Encantada de conoceros. Espero no estar interrumpiendo el tiempo en familia. Me moría por recorrer la ciudad con alguien que la conociera.

—No te preocupes, no estás interrumpiendo nada. Es un placer conocerte, —respondió inmediatamente Isabelle, y añadió—: y entiendo tu entusiasmo. Me mudé a Nueva York alrededor de un año antes que mis hermanos, y sigo ilusionándome con la ciudad. Trabajé de guía turística por un tiempo, así que, si necesitas consejo sobre a dónde ir, o a dónde no, pregúntame.

—Muchas gracias —respondí. Todos parecían muy amables, y aunque solo iba a estar allí por un corto periodo de tiempo, no dudaría en contactar a Isabelle para que me diera recomendaciones.

—Yo he vivido aquí más de quince años —intervino Josie—. Me conozco la “Gran Manzana”. Si necesitas algo solo tienes que decírnoslo. Te voy a dar mi número de teléfono.

—Yo también —añadió Isabelle.

Mientras apuntaba sus números, no pude evitar sentirme un poco abrumada. ¿Por qué me recibían con tanto entusiasmo? Era una desconocida. Sí, era la hermana del amigo de Ian, pero no dejaba de ser una extraña para ellas.

Había cambiado mucho de ciudad desde que me gradué, así que no había mantenido ninguna amistad cercana. Sin embargo, noté que sería fácil hacerme amiga de Josie e Isabelle. Me cayeron bien de inmediato.

—¿Te apetece ver algo en específico del parque? —preguntó Isabelle.

—En realidad no, cualquier cosa me vale.

—Íbamos a proponer el sendero de North Woods —ofreció, y todos estuvimos de acuerdo.

—Me parece genial.

A medida que avanzábamos, noté cómo la densidad del entorno aumentaba, transportándonos gradualmente de la bulliciosa Nueva York a lo que parecía un bosque. Nos rodeaban árboles altos y robustos; incluso pasamos junto a una pequeña cascada, y gran variedad de pájaros piaban a nuestro paso. Era realmente un lugar magnífico para contemplar.

—¿Cuándo empiezas tu nuevo trabajo? —se interesó Isabelle mientras cruzábamos un puente rústico. Josie llevaba en brazos a Sophie, e Ian cargaba con el carrito plegado al hombro. Estaba atento a lo que nos rodeaba, preocupado de que no chocáramos con los grupos grandes que se nos acercaban. ¡Qué instinto protector! Él y Henry eran definitivamente muy parecidos. Mientras tanto, no podía parar de mirar los bíceps de Ian. Y ese culo... su presencia abrumaba mis sentidos. *Increíble*.

—Empiezo mañana. Estoy muy ilusionada, hace un par de años que quería mudarme aquí y por fin está pasando. —Me tropecé con una planta, pero mantuve el equilibrio y salí airosa del percance—: Quiero aprenderlo *todo*. Con suerte, en un par de años sabré lo suficiente como para abrir mi propio restaurante.

—¿En Nueva York? —indagó Josie.

—Nunca podría permitirme abrirlo en Nueva York, pero estoy acostumbrada a cambiar de ciudad, así que seguiré mi sueño hasta que encuentre un sitio que pueda pagar. De todas maneras, aún quedan un par de años para eso, así que todavía no tengo un plan definido. —Tenía veintitrés años. Esperaba poder abrir mi propio negocio a los treinta y pocos. Hasta entonces, iba a ahorrar todo el dinero posible y empaparme de todo el conocimiento culinario que pudiera. Estaba impaciente por mudarme a Nueva Orleans y aprender a conciencia la cocina sureña. Me intrigaba la combinación de la comida criolla y el sur profundo.

—Pero es bueno tener objetivos —repuso Josie.

Asentí, coincidiendo plenamente con ella. Conversamos un poco más sobre la ciudad, pero sobre todo admiramos la belleza que nos rodeaba al caminar. El aire era fresco y vigorizante, y los olores que provenían del bosque resultaban embriagadores. Ya estaba planeando mi próxima excursión. Quizá Harper quisiera venir conmigo... o tal vez Ian.

—Por cierto, Brayden y yo vamos a posponer la boda —anunció Isabelle de repente. Di por hecho que hablaba de su prometido.

—¿Por qué? —interrogó Ian—. ¿Qué ha hecho?

Se transformó ante mis ojos de hermano despreocupado a sobreprotector, y aquella reacción me gustó más de lo que debía. ¿Cómo podía ser posible? Cuando Henry asumía la misma actitud, no me gustaba nada.

Isabelle estalló en carcajadas.

—Nada, pero ya estoy de tres meses. Para la fiesta y la recepción serían cinco, y no creo ser capaz de lidiar con la boda y los *paparazzi* mientras me preocupo de si el estrés está afectando al bebé. —Se giró para mirarme, y explicó—: Mi prometido es Brayden Clarke.

Desencajé la mandíbula involuntariamente, y mi voz subió de tono al exclamar:

—¿El cantante de *GreenFire*?!

Era mi grupo favorito. Estaba sorprendida de no haberlo sabido, de que Ian no lo hubiera mencionado antes. Tampoco había tenido ocasión, pero, aun así...

Isabelle asintió. Ian parecía más relajado al decir:

—Vale, tiene sentido. ¿Entonces, cuándo vais a casaros?

—No lo sabemos, pero os mantendremos informados. Bueno, ¿por dónde vamos ahora?

Habíamos llegado a un cruce de caminos: en el centro había un mapa enorme, pero a mí no se me daba bien interpretar aquel tipo de indicaciones.

—Parece que a la derecha —interpretó Josie. El sendero se extendía hasta casi seis kilómetros, y lo terminamos en una hora y media. Sophie se mostró inquieta durante los últimos veinte minutos, antes de enfadarse por completo y echarse a llorar en brazos de su madre.

—Creo que es hora de que me vaya —dijo Josie. Para mi sorpresa, Ian se agachó sonriendo frente a Sophie y le hizo cosquillas bajo la barbilla. La niña se calmó un poco, y terminó por sonreírle ampliamente. No tenía ni idea de que un adulto que le hace carantoñas a un bebé pudiera considerarse sexy, pero *joder*.

—Guau, ¿desde cuándo eres el encantador de bebés? —preguntó Josie. Era agradable ver cómo bromeaban entre los tres: era evidente que formaban un equipo que se apoyaba y cuidaba mutuamente.

Isabelle dio una palmada al aire.

—Excelente. Por favor, practica esa habilidad para cuando nazca el mío.

Sophie comenzó a llorar otra vez, aunque más desesperadamente, y Josie hizo pucheros.

—Tengo que irme. Encantada, Ellie.

—Igualmente.

Isabelle se marchó con Josie y Sophie, y nos dejó a Ian y a mí solos: de inmediato, me volví muy consciente de su presencia. Algo en él hacía que le prestara atención, su presencia era magnética. Estaba segura de que acaparaba toda la atención de cualquier habitación en la que entraba. Sentí el calor de su cuerpo y *supe* que me estaba mirando. Le ojeé disimuladamente, y mi estómago se revolucionó cuando nuestras miradas se cruzaron.

—¿Qué quieres hacer ahora? —pregunté.

—De hecho, tengo que irme. Debo reunirme con un cliente.

—¿Un domingo? —La decepción se abrió paso dentro de mí, lo que hizo que me diera cuenta de cuánto había disfrutado estar con él esa tarde.

—Sí. Las desventajas de tener tu propio negocio.

—Gracias por lo de hoy. Tus hermanas me caen muy bien.

—Y tú a ellas también.

—¿Así que iban en serio cuando dijeron que podía contactarlas y quedar con ellas cuando quisiera? —cuestioné mientras nos dirigíamos al puesto ambulante de café. Allí, el parque dejaba de parecerse a un bosque y se asemejaba más al puñado de árboles recortados contra el fondo de torres de cristal y metal que recordaba haber visto en fotografías.

—Sí. Mis hermanas nunca dicen algo que no vaya en serio.

Pedí un *cappuccino*, e Ian un café solo. Mientras el barista preparaba nuestros pedidos, pude notar como no apartaba la mirada de mí. Tras coger los vasos, nos sentamos en un banco de madera de pintura descascarillada que se encontraba a tan solo unos metros. Podía oír el tráfico en la distancia.

—Está muy bueno—comenté, todavía sintiendo esa tensión inexplicable entre nosotros.

—Es mi puesto de café favorito del parque.

—¡Genial! ¿Tienes alguna otra recomendación?

—Sí. Entre nosotros... soy mucho mejor guía que Isabelle.

—¿Ah, sí? —pregunté, distraída por la escasa distancia entre nosotros.

—Sip.

—¿Y qué te hace pensar eso?

—Ya verás. —Me clavó esa intensa mirada suya. Mi respiración se detuvo, mi corazón se aceleró... ¿Cómo podía mi cuerpo reaccionar a él de esa manera? Rebusqué en mi cabeza un tema de conversación para evitar convertirme en aquella niña de doce años de pocas palabras que había sido una vez.

—Por cierto, ya entiendo por qué Henry y tú sois amigos. Tú instinto protector es tan fuerte como el suyo.

—Hablando de Henry... ahora que estamos solos, ¿qué tal si hablamos de ese trato? — preguntó.

Me eché a reír.

—Henry no dijo nada malo de ti, Ian. Solo comentó lo buen amigo que eres... pero me advirtió de que tuviera cuidado contigo. Me dijo que nunca has tenido una novia seria.

Ian esbozó una media sonrisa:

—Tiene razón. Y también me advirtió a mí.

Me giré hacia él tan rápido que casi derramé el café:

—¿Qué? ¿Mi propio hermano, hablando a *mis* espaldas?

—Qué mona eres. No. Dijo que, dada *mi* reputación, no podía cruzar los límites: ni mirarte demasiado, ni tontear... nada.

—¿Y qué le contestaste?

—Prometí que me comportaría. Pensé que sería fácil, como cuando fuimos a Tahoe.

—¿Qué paso en Tahoe? —¿Esa era mi voz? Parecía que me faltara el aliento. No podía respirar.

—Fue la primera vez que me di cuenta de lo increíblemente guapa que eres. Y ahora lo eres incluso más... Puede que se me hayan ido los ojos un par de veces. —Elevó las cejas, dando énfasis a sus palabras. Noté como se me encendía el rostro: me aclaré la garganta, me humedecí los labios y estiré la espalda.

—Será nuestro secreto —respondí, deseando que no fuera capaz de notar cuánto me agradaba su cumplido. La advertencia de mi hermano resonó en mis oídos, pero, de alguna manera, la idea de *Ian, el rompecorazones*, no encajaba con *Ian, el encantador de bebés*.

Intenté pensar en otra cosa: nada de eso importaba. Era el mejor amigo de mi hermano, y yo no iba a ser la que se pusiera en medio solamente por lo bueno que estaba Ian.

—Ahora que lo he confesado, ya no me siento culpable. —Volvió a mover las cejas—: ¿Y si comenzamos un nuevo capítulo?

—Brindemos por eso. —Chocamos las dos tazas de café, y el roce de nuestros dedos envió una ola de calor por mi cuerpo. ¡Joder! ¿Solo tocarle brevemente causaba tal reacción en mí?

Era un mal presagio para aquel nuevo capítulo, en caso de que realmente lo fuera a haber...

Capítulo Tres

Ellie

En la cocina, existía una norma fundamental: seguir siempre la cadena de mando. El chef era la persona más importante de un restaurante. *On Point* se encontraba en una cuarta planta del Upper East Side, justo enfrente de los imponentes edificios de la *Gilded Age*. Tenía planeado disfrutar de la vista todo cuanto pudiera en las horas de descanso. La cocina no tenía ventanas, pero incluso aunque las hubiera tenido, el ritmo frenético de trabajo no permitiría detenerse a contemplar el paisaje.

Me desempeñaba como *garde manger*. Preparaba los platos fríos, como ensaladas y entrantes. En mi último empleo, trabajé como repostera, lo cual, siendo honestos, era más fácil. La repostería no dejaba mucho margen para la experimentación; las recetas debían seguirse al pie de la letra en cada horneada. Sin embargo, con los entrantes la creatividad fluía más libremente... ya estaba empezando a disfrutar de mi nuevo trabajo.

Mi jornada comenzó a las diez y terminó a las seis, con el cambio de turno. El otro *garde manger* empezaba a las seis y terminaba a las dos de la mañana. Me encantaba la locura generalizada de la cocina: voces gritando pedidos, cuchillos repicando contra las tablas de cortar, el sonido de las puertas de los hornos abriéndose y cerrándose... Para mí, era como una composición de música de fondo vigorizante.

Era estimulante, pero, por mucho que adorara mi trabajo, no podía negar que estar todo el día de pie era agotador. Para mitigar el dolor de pies, llevaba unas horribles medias de compresión. Incluso en la hora de comer, devoraba mi sándwich rápidamente para regresar al trabajo lo antes posible. No era sino hasta la tarde que conseguía realmente descansar.

Fui al área de descanso del personal, una habitación pequeña detrás de la cocina que solo contaba con un par de sillas. Levanté las piernas y revisé mi móvil. Un nudo se formó en mi estómago cuando vi que Ian me había enviado un mensaje.

Ian: ¿Cómo ha ido el primer día de trabajo?

Estaba asegurándose de que todo fuera bien. Qué gesto tan considerado.

Respondí al momento.

Ellie: Agotador, pero superemocionante.

Ian: ¿Qué harás después?

Ellie: Volver a casa y ver Netflix.

Ian: ¿Quieres que cenemos juntos?

Me mordí el labio y lo consideré. Toqueteé la pantalla del teléfono, preguntándome qué responder. Era absurdo: Ian era un hombre atractivo, sin duda, pero no era tan raro ver un hombre guapo. Quería llevarme bien con él y sus hermanas, no alejarle de mí por el hecho de que estuviera bueno. Eso era injusto para él; en fin, aquella noche no iba a ser una persona muy entretenida, considerando lo exhausta que me sentía.

Ellie: Hoy estoy agotada. Podemos quedar en un par de días, cuando haya tenido tiempo de adaptarme un poco.

Ian: Vale. Si necesitas algo, dime.

Sonreí, aturdida tras el descanso.

Tal como había previsto, llegué al apartamento exhausta aquella noche.

—Te han llegado unos paquetes —me informó Harper—. Los he llevado a tu cuarto.

—Gracias. No tenías por qué, pero te lo agradezco —respondí animada. El domingo por la noche había pedido cortinas, una barra para sujetarlas y un taladro por Amazon, y ya había

llegado todo. ¡Qué bien! Por fin podía empezar a decorar mi cuarto.

Me sentía llena de energía mientras sacaba la barra y el taladro. Dado que me había mudado varias veces antes, estaba acostumbrada a montar todo tipo de muebles, aunque hasta ahora, lo único que había taladrado eran estanterías. Una barra para las cortinas no podía ser mucho más difícil, ¿verdad?

Media hora más tarde, mi habitación parecía un campo de batalla.

Había comprado el taladro incorrecto. Tenía demasiada fuerza para la pared de ladrillo y acabé perforando un agujero gigante. La zona de la ventana estaba llena de polvo y serrín, y había causado un desastre enorme.

Harper se reía mientras contemplaba el caos.

—Una vez busqué un manitas en *Craigslist*, pero son bastante caros.

—¿No conoces a nadie, entonces? —pregunté, esperanzada porque hubiera encontrado a alguien para lo que fuera que necesitaba ayuda.

—No.

Jo. Estaba en un lío, y debía arreglar el destrozo que había causado o le debería dinero a Harper.

Resoplé y apoyé mis manos sobre la cadera.

—Vale, pensaré en algo.

—¿Por qué no le preguntas al bombón que vino contigo el primer día si conoce a alguien? —sugirió.

Me reí.

—¿Bombón?

—Venga tía. Tengo novio, pero también tengo ojos. E Ian es *más* que atractivo.

—Es verdad —respondí sonrojándome.

—¿Sois amigos con derecho, o algo así? No es que me incumba, pero creo que necesitamos una especie de código. Paso mucho tiempo en casa de mi novio, pero no quiero interrumpiros accidentalmente si llego a casa en mal momento.

—No, no. Somos solo amigos. —*Eso es, Ellie, y no debes olvidarlo*, me gritó mi voz interior. Suspiré y cambié de tema rápidamente—: Limpiaré este desastre y pensaré en una solución.

Sentí que mis mejillas se enrojecieron todavía más mientras la imagen de un Ian desnudo se abría paso en mi cabeza y embotaba mis sentidos. ¿Qué se sentiría al tener ese cuerpo fuerte y ardiente contra el mío?

No tenía nada con lo que compararlo... porque era virgen. Sí, seguía teniendo mi virginidad intacta a los veintitrés. Sinceramente, ni siquiera sabía cómo había pasado. A pesar de haber salido con chicos en la universidad, nunca había querido tener sexo con alguien con quien no hubiera estado en pareja mucho tiempo, y ninguna de mis relaciones duró lo suficiente. Después de graduarme, tener citas resultó todavía más difícil. Un tío rompió conmigo incluso cuando le conté que era virgen, y puso de excusa que suponía demasiado trabajo. Me sentí *tan* insignificante.

Sin embargo, no era una mojigata. Tenía un amigo con el que, mientras no se le acabara la batería, podía contar para estimularme el clítoris (no quería perder la virginidad con un pene de goma), y se me daba bastante bien darme placer.

Negué con la cabeza y miré a mi alrededor, pensando en cómo limpiar la habitación. Decidí apartar de mi mente los pensamientos lujuriosos sobre Ian. Henry había dicho que era un rompecorazones, y mi hermano no era un mentiroso. Era poco probable que Ian buscara complicaciones con alguien sin experiencia.

Aspiré el suelo y me ocupé de limpiar la ventana con un paño húmedo. Después, me dejé caer en la cama y decidí revisar *Craigslist* para ver si mi compañera de piso se había saltado a alguien que pudiera echarme una mano. Harper tenía razón. Los precios eran desorbitados. Antes de desanimarme del todo, se me ocurrió la idea de consultar a Ian. Sin pensarlo dos veces, marqué su número antes de que tuviera tiempo de cambiar de opinión.

—¡Qué sorpresa más agradable! —dijo a modo de saludo. Sentí cómo mi cuerpo se encendía al escuchar su tono grave y penetrante.

—¡Hola!

—¿Te has pensado mejor lo de la cena?

—No, estoy exhausta, sobre todo después de intentar montar una cortina y fracasar. Harper ya había buscado antes un manitas en *Craigslist* pero resulta que son bastante caros. ¿Conoces a alguien que pueda hacerme un precio de amigo? —pregunté esperanzada.

Ian contestó rápidamente.

—Yo lo haré.

Parpadeé sorprendida.

—¿En serio? ¿Quieres pasarte la noche taladrando?

—Quiero pasar la noche contigo.

Me llevé la mano al estómago con una sonrisa. ¿Su idea de empezar un nuevo capítulo era ligando?

—Gracias, Ian. ¿Cuándo tendrías tiempo esta semana?

—Siempre estoy libre por las noches.

—Estoy impresionada. Cuando te fuiste a una reunión el domingo pensé que podrías ser un adicto al trabajo.

—Qué va, es inevitable tener reuniones de vez en cuando. Si mis clientes solo tienen tiempo por la noche o los fines de semana, me adapto, pero es una excepción. No quiero que el trabajo domine mi vida. Afortunadamente, tengo una posición que me permite establecer mi propio horario.

—Buena filosofía de vida.

—Es que me gusta disfrutar al máximo de mi tiempo libre. Suelo pasar el rato con Dylan o mis hermanas. Últimamente, hago de sujetavelas, pero fingen que no.

Me gustaba lo unidos que estaban los Gallagher. Me hacía echar de menos a mi hermano más todavía.

—Cuando quieras, soy tuyo.

Me reí con nerviosismo. ¿Hablaban con indirectas a propósito, o solo era su forma de ser?

—Ven el miércoles. Termina el turno a las seis y puedo estar en casa en media hora.

—O puedo pasar por tu restaurante y vamos caminando.

Ay, más tiempo que pasar con ese hombre tan sexy que había propuesto comenzar un nuevo capítulo, pero que me llevaba al límite con cada palabra que pronunciaba. ¿Qué podría ir mal? Todo, pero no podía negarme.

—Vale. Me encanta caminar. Además, así tendrás una oportunidad de demostrarme lo buen guía que eres, guapo.

Pero, ¿qué estaba haciendo? ¿Estaba intentando tontear con él?

—¿Guapo? —preguntó con una carcajada.

Suspiré y me humedecí los labios.

—Estoy supercansada. No sé ni lo que digo. Por favor, ignórame y olvídalos.

Se rió de nuevo, pero esa vez su risa fue más profunda y duró un poco más:

—Lo ignoraré por ahora, pero no lo olvidaré.

Oh, Ian, Ian.

—Así que... ¿Te veo en dos días?

—Sí. ¿Ellie? Una cosa: El miércoles, sí que te *haré* responsable de cualquier cosa que digas.

O hagas.

El miércoles estuve llena de energía todo el día.

¿Fue porque el *chef* me llamó por mi nombre? No.

¿Fue porque un cliente quedó tan satisfecho con el aliño de una ensalada que pidió la receta?

No.

¿Fue porque iba a volver a ver a Ian? ¡Dios, sí!

Al final de la jornada, me dirigí a la ducha, agradecida por las comodidades que ofrecía el restaurante al personal. Después de un duro día de trabajo, estaba sudada y algo maloliente.

Me vestí con un vestido blanco, de manga corta y largo hasta la rodilla, un abrigo ligero y tacones negros. Me miré al espejo. Sí, sabía que era ridículo arreglarme mucho, pero no me gustaba la ropa que tenía que vestir en la cocina, y necesitaba sentirme atractiva cuando no estaba trabajando.

Me pase una mano por el pelo con resignación. A pesar de lavármelo todas las tardes, ya empezaba a sentirlo grasiento y aplastado debido al gorro de cocinero. No me gustaba lavarme el pelo en los vestuarios del restaurante porque siempre necesitaba buena cantidad de productos capilares para darle forma. Opté por aplicarme un poco de champú en seco y me ayudé de la mano para darle volumen. Me dolían los pies, pero me gustaba llevar tacones. Además, sabía que solo podría llevarlos durante un par de meses más antes de que llegara el frío y tuviera que calzarme las botas UGG hasta marzo.

Cuando salí del edificio, ví cómo Ian caminaba de un lado a otro. Cada centímetro de su cuerpo era tan delicioso como lo recordaba. Era aún más atractivo con una camiseta y vaqueros ceñidos. Noté que tenía una caja de herramientas. Le sonreí y me acerqué a él, encontrando su mirada.

—¿Estás seguro de querer pasarte el resto del día siendo mi manitas? —pregunté.

Ian me mostró una media sonrisa y señaló su caja de herramientas:

—Amigo, manitas. Seré lo que necesites que sea.

Tragué saliva y me relamí los labios. ¿Lo había dicho de manera lasciva, o estaba buscando segundas donde no las había?

—¿Estás intentando ganarte la aprobación de mi hermano? —pregunté.

—No. Estoy intentando ganarte a ti.

Vaya. Ya estaba cerca de quemarme, y solo habíamos estado un par de minutos juntos. Esa noche prometía.

Capítulo Cuatro

Ian

Me consideraba un tío despreocupado. Actuaba según la situación en la que estaba y no me tomaba nada demasiado a pecho. Sin embargo, incluso yo tenía mis normas, y la más importante era no involucrarme con la hermana de mi mejor amigo. Y no pensaba cruzar ese límite.

Especialmente después de que *ambos* hubiéramos decidido empezar de nuevo.

No podría explicar por qué el impulso de ligar con ella era más fuerte que la razón. Quizá porque se ruborizaba de una manera encantadora cuando hablaba con doble sentido. O quizá porque parecía brillar cada vez que llegábamos cerca de ese límite.

—¿Qué te parece el trabajo hasta ahora? —pregunté mientras caminábamos hacia Columbus Circle.

—Sinceramente, es increíble. Estoy aprendiendo muchísimo, y el ritmo es frenético. Más rápido que cualquier otro sitio donde he trabajado. A veces siento que casi voy a cortarme los dedos cada vez que preparo una ensalada: apenas termino una y ya llega la siguiente comanda... es una locura. —Reímos, y añadió—: La atmósfera en la cocina es alucinante, y hay un montón de *chefs* impresionantes.

Me encantaba la pasión con la que hablaba.

—Mis padres siempre bromean sobre la carrera que elegí.

Henry siempre hablaba con tanto respeto del trabajo de su hermana que me sorprendí un poco por lo que dijo.

—¿Por qué? —indagué.

—Ninguno de los dos cocina. Crecimos a base de comida rápida desde la niñez.

—Tú te fuiste a vivir con tu madre después del divorcio, ¿verdad? —De alguna manera recordaba vagamente haber oído a Henry mencionar esa historia durante nuestros primeros años de universidad.

Asintió. Sus hombros se encogieron levemente:

—Sí. Pasaba los veranos con mi padre, pero vivía con mi madre el resto del año. Henry se fue a la universidad no mucho después del divorcio, pero yo tuve que alternar vivir con ambos durante seis años.

Parecía tan vulnerable... quería animarla de alguna manera.

—¿Te llevas bien con ellos? Henry me contó que los dos se volvieron a casar.

—Sí. Y también han conseguido tener una buena relación entre ellos después de tantos años, pero a veces no es fácil tener a todo el mundo contento. Mi madrastra y padrastro también me caen bien.

Hacer feliz a su familia era importante para ella, algo que teníamos en común. Los Gallagher habíamos sido siempre una piña, nuestros padres nos habían criado así. Los enfados entre hermanos eran pasajeros: nos apoyábamos los unos a los otros pasara lo que pasara. Según lo veía yo, el apoyo incondicional de mi familia era una de las mejores cosas de las que gozaba en la vida.

—No estamos...

Soltó un grito, al tiempo que yo la aparté del camino justo a tiempo:

—¡Mira por dónde coño vas! —grité al loco de la bicicleta que por poco no la había atropellado.

Me centré en Ellie, y comprobé que no se había hecho daño. Tenía los ojos muy abiertos, y las mejillas sonrosadas.

—¿Te has hecho daño? ¿Te ha rozado o algo?

—Estoy bien. Solo sorprendida, ha pasado tan rápido... no le había ni oído.

Estaba apoyada con la espalda en una pared llena de grafiti amarillo neón, respirando con dificultad. Puse la palma de mi mano en su mejilla y la miré con atención.

—No pasa nada. Solo ha sido un susto —traté de calmarla. Mi lado protector se había activado como por reflejo.

Asintió, pero su cuerpo seguía rígido.

—Necesito solo un minuto para tranquilizarme.

Distraído, mi mano se deslizó sobre su mejilla y, sin querer rocé la comisura de su boca. Ellie cogió aire con fuerza. Sus pupilas se dilataron. Joder, ¿qué estaba haciendo?

Por otra parte... aquello parecía distraerla del mal trago.

Di un paso atrás, y le indiqué que continuara el camino a su casa.

No la volví a tocar durante el resto del trayecto. Ellie parloteó sobre su vecindario. Al final, terminó por ser ella la guía turística. Yo no sabía nada de Columbus Circle y me gustaba verla tan entusiasmada con todo. Nunca había conocido a nadie tan expresiva. Gesticulaba con las manos, incluso dando un par de vueltas sobre sí misma al señalar algunos edificios sobre los que había leído.

Estaba perdida en su entusiasmo, no era de extrañar que no hubiera escuchado la bicicleta acercándose por nuestra espalda. Por si acaso, me mantuve atento a nuestro entorno, no fuera a ser que apareciera otro vehículo fuera de control.

Cuando entramos en su apartamento, Harper nos dio la bienvenida desde el salón.

—Hola, chicos. Me voy a quedar aquí para hacer un proyecto de manualidades. Espero que no os moleste, me siento encerrada en mi habitación.

—Claro —contestó Ellie—. Ian va a arreglar la cortina y la pared de mi habitación, así que quizá te molestemos un poco con el taladro.

—No pasa nada, mis cascos tienen cancelación de ruido —respondió Ellie, señalándose las orejas.

—Genial. —Ellie se despidió con la mano mientras recoríamos el corto pasillo hasta la habitación.

Cuando abrió la puerta, noté que el espacio parecía incluso más reducido que la última vez... Tal vez porque Ellie había intentado meter todo el inventario de un centro comercial dentro.

Miré la pared y apenas pude contener la risa.

—¿Qué haces? —bromeó, señalando mi boca con un dedo—. Parece como si quisieras reírte.

—Hubiera apostado que habías tirado abajo la pared.

—Oye, no la he *tirado abajo*. Solo se ha caído un trozo, pero no pasa nada. Se me ha ocurrido que podemos hacer los nuevos agujeros encima y cubrir el espacio con la cortina: ni siquiera se notará. Ya lo arreglaré en otro momento.

—Tengo todo lo que necesito para rellenarlo.

—Vaya, ¿de verdad?

—Sí.

Dios, era demasiado adorable.

—Has venido preparado...

La miré fijamente.

—Para todo.

Enrojeció, se colocó un mechón de pelo tras la oreja y se pasó la lengua por los labios. Quería apoderarme de su boca y explorarla hasta que sus piernas flaquearan.

—Eh... vale, bueno, ¿necesitas mi ayuda? —preguntó—. Si no, voy a comprar algo de cenar.

—Ayuda nada, pero lo que sí necesito son como veinte minutos.

—Genial, pues traeré algo de la calle.

Era adorable cómo trataba de mirarme a la cara cuando sabía que lo que realmente quería era mirar más abajo.

Me dirigí a la ventana y dejé la caja de herramientas en el alféizar. Sonreí; me estaba siguiendo fijamente con los ojos. La miré de reojo.

—¿Ellie?

—¿Sí?

—¿Necesitas algo, o estás disfrutando de las vistas?

Volvió a sonrojarse.

—No voy a responder a eso.

Sonreí:

—Ya lo has dicho todo.

Rio nerviosamente y se dio la vuelta para salir.

Tardé quince minutos en terminar. Para cuando regresó, había incluso guardado las herramientas en la caja.

—Ya estoy aquí. Vaya... ¿ya has acabado? Yo siempre tardo un siglo.

—Soy así de apañado —contesté con un guiño—. Sinceramente, lo más importante son las herramientas. Este taladro es para paredes de ladrillo. —Me entró un poco de hambre al oler el aroma de lo que fuera que había traído, por lo que pregunté—: ¿Qué has comprado?

—Unas empanadas del restaurante de enfrente. María, la que lo dirige, es de Buenos Aires, y estoy intentando convencerla para que suba los precios porque están riquísimas. Espero que me haga caso: hasta entonces le seguiré dando una buena propina.

Estaba fascinado por lo rápido que había entablado amistad con una extraña. Yo crecí en una ciudad pequeña de Montana, y echaba mucho de menos los fuertes vínculos que se formaban en una población pequeña. Las relaciones eran distintas en Washington y Nueva York: de alguna manera, más superficiales. No conocía a ninguno de los vecinos de mi edificio: los neoyorquinos eran gente cautelosa, tal como debía ser, lo que complicaba avanzar más allá de la etapa inicial de una amistad.

—Traeré un plato para colocar las empanadas y comeremos aquí. No quiero molestar a Harper yendo al salón.

—Me parece bien.

Cogí asiento en el alféizar y miré por la ventana. No había mucho que contemplar; la vista simplemente mostraba otro edificio. Las cortinas destacaban como el principal elemento de los otros apartamentos, ya que las viviendas estaban tan próximas que permitían ver claramente al interior de unas y otras. Supuse que esa era la razón por la que Ellie también quería unas, para asegurarse de tener privacidad. Regresó y se sentó en el extremo opuesto del alféizar, dejando el plato entre nosotros.

—Gracias por ayudarme.

—No hay de qué. La próxima vez que necesites que haga algo, llámame.

Sonrió.

—Lo haré, aunque sea solo para no dañar más la habitación. Quiero darle personalidad sin gastar mucho tiempo y dinero... como me voy a Nueva Orleans en seis meses.

—Recuérdame por qué tenías que irte. —Lo había mencionado en alguna ocasión, pero no había llegado a entenderlo bien.

—La empresa me envía a tres restaurantes de la misma cadena, pero en ciudades distintas y cada uno adapta su gastronomía a dónde está.

—Y cuando hayas estado en los tres, ¿te harán un contrato indefinido?

—Es una posibilidad, pero no es seguro. De todas maneras, quedará bien en el currículum haber trabajado en diferentes ciudades, así que, seguro que acabaré encontrando un buen trabajo o, incluso, otro programa de prácticas. Con un poco de suerte, en unos años tendré dinero y conocimientos suficientes como para abrir mi propio restaurante.

—Me gusta que sepas exactamente lo que quieres. —De verdad que sí. Por aquellos días sentía como que me faltaba algo.

—Leí en alguna parte que es importante tener una meta en mente, sobre todo en los momentos duros.

—Eso es cierto: Dylan y yo queríamos crear un *software* para un modelo de seguros, que sirviera para la gente con negocios en las industrias con dependencia meteorológica. Nuestros padres llevaban un complejo de esquí y algunos años no nevaba lo suficiente. Nevó tan poco que ni siquiera las máquinas de nieve bastaron. Casi les arruina, porque las compañías de seguros no cubren ese problema. Bueno, el plan era presentar el *software* en un concurso: el ganador iba a tener acceso a una amplia red de colaboraciones para extenderse en el ámbito nacional. Jodimos la propuesta, así que nos descalificaron. Nos desanimamos al principio, pero me di cuenta de que podíamos hacer lo mismo por nuestra cuenta. El objetivo no era la competición, sino fabricar un producto que pudiera conseguir que las personas que se ganaban la vida como mis padres no tuvieran tanta inestabilidad. Tenemos ese producto, lo que es una victoria. Ahora estamos en proceso de encontrar colaboradores. Va más despacio que si hubiéramos ganado la competición, pero estamos progresando.

—¿Tus padres siguen teniendo el complejo de esquí? ¿Hacíais mucho esquí de pequeños? —preguntó. Me daba la impresión de que quería llegar a saber toda la historia de las personas a las que conocía y eso me encantaba. Eran tantas las mujeres con las que había salido que solo se preocupaban de sí mismas...

—Esquíabamos mucho: de pequeños, íbamos casi siempre a las pistas después del colegio. Mis padres se jubilaron hace unos años.

—¿Qué tal les va con la jubilación? A mi madre le toca dentro de poco y no lo lleva muy bien.

—Sinceramente, lo están disfrutando. Son felices de tener una nieta a la que mimar y están contentísimos con el embarazo de Isabelle. Va a ser su segundo nieto y se los ve muy emocionados, lo que me hace feliz a mí también porque ahora he salido un poco de su foco de atención.

Cogí otra empanada, esta vez era de pollo. La primera era de gambas.

—Tenías razón con las empanadas. Están buenísimas —afirmé. Engullí la segunda, y cuando fui a por la tercera, mi mano rozó la de Ellie. Inspiró con fuerza. La miré en el momento justo para verla apartar la vista. El aire que nos rodeaba se electrizó por la química, y eso que solo estábamos *hablando*. Era una locura.

—¿Verdad? —murmuró—. Creo que le voy a pedir la receta.

—¿Cómo es que empezaste a cocinar si a tus padres no les gustaba?

—A ver... Después del divorcio mi madre empezó a trabajar a tiempo completo, y hacía turnos alternos. Muchas noches ni siquiera estaba en casa, así que empecé a descargar recetas. En un principio era divertido tan solo seguir las al dedillo, me hacía sentirme orgullosa de

conseguir algo. Cocinar tenía sentido y créeme cuando te digo que no muchas cosas lo tenían en aquel entonces. Como el divorcio de mis padres: no podía entenderlo.

—¿Cuánto años tenías?

—Once.

—¿Te hacías la cena con once años? —No era mi intención sonar enfadado, pero qué cojones. Mi instinto protector estaba en alerta... aquella chica me hacía reaccionar de formas desconocidas.

—Sí. —Parecía un poco a la defensiva—. Henry tenía fútbol por las tardes, así que nunca había nadie en casa cuando volvía del colegio. Necesitaba algo con lo que ocupar las horas...

Había algo más que no me decía, pero a pesar del millón de preguntas que quería hacerle, no la presioné. ¿No tenía amigos? ¿Por qué pasaba tanto tiempo sola? Evidentemente, la razón no era que no fuera una persona sociable.

Ese fue el momento en que me di cuenta de que hacer caso a la advertencia de Henry iba a ser todavía más difícil de lo que pensaba, incluso dejando la atracción física a un lado. Había algo en Ellie que me absorbía. Podía ser su calidez, o su determinación de no tirar la toalla: desconocía qué era, pero nunca antes había sentido ese impulso tan fuerte de acercarme a alguien. Era más que un simple impulso. Era una necesidad fundamental.

—Me he sorprendido, Ellie. Eso es todo. ¿Quieres la última empanada?

Sonrió.

—Sí que la quiero. ¿Voy a tener que pelearme contigo por ella?

—Podemos partirla. —De verdad que era adorable.

—Nah. Partir el último trozo es una forma de tortura. No puedo disfrutarlo como se debe. No tengo suficiente con lo que paladear el sabor. —Se reclinó contra el marco de la ventana, entrecerrando los ojos por la concentración—: Me gusta disfrutar durante el mayor tiempo posible de la sensación explosiva de sabores en mis labios y lengua.

Gruñí, solo pudiendo mirar sus labios. Hablar tanto sobre su boca provocaba que el hambre que sentía por ella creciera. Dejó una pierna colgar por el alféizar, y rozó la mía. Se sobresaltó levemente: el contacto parecía ser demasiado para ella.

Se humedeció el labio inferior antes de exhalar con fuerza. Por mi parte, no podía apartar la vista. Empujé sin mirar el plato en su dirección. Podía comerse la empanada, no me importaba.

Yo quería algo diferente.

Yo la quería a ella.

La contemplé mientras se comía la empanada y bebía agua. Dejó con cuidado el plato sobre el estante de al lado de la ventana. Entonces, se levantó del alféizar al mismo tiempo que yo.

Elevó la barbilla para encontrar sus ojos con los míos, pero desvió rápidamente la vista al tiempo que se mordía el labio inferior. Finalmente, no pude resistirme más. La agarré por la cintura con un brazo y la apreté contra mí. Sellé mi boca con la suya y la exploré en toda su profundidad. Ella enlazó ambas manos detrás de mi cuello, poniéndose de puntillas. Me recliné para poder equilibrar la diferencia de altura entre nosotros, para acabar levantándola a ella. Le agarré el culo con las manos y la elevé hasta el alféizar, besándola más y más sin poder saciarme de ella. Quería explorarla toda la noche. Apretó su torso contra el mío y clavó los tacones en mis muslos. Sentir sus pechos contra mí me puso duro como una piedra. Era deliciosa, y su piel era tan jodidamente suave allí donde la tocaba... cuello, brazos, manos. Si descubrir su boca era así de exquisito, ¿qué se sentiría al explorar su cuerpo? Sus gemidos me sacaron de mis pensamientos, y me aparté.

—Joder. Lo único que quiero es volver a probarte —susurré acariciando sus labios con dos dedos. Ella parpadeó despacio.

—Entonces hazlo... Ay, espera. —Parpadeó con más rapidez. Aunque sonreía, su mirada era firme—. He perdido la cabeza, Ian... no quiero interponerme entre mi hermano y tú.

—Yo tampoco. —De igual manera, no quería sabotear la relación que tenía con *ella*. Tenía que ser un buen amigo, pero cualquier otra relación era imposible.

—Puede que necesite unos minutos para calmarme —indicó con una sonrisa bobalicona—. O días. O semanas.

—¿Tan bueno ha sido el beso?

Ella rió:

—Sabes que sí.

Traté de no concentrarme en su boca. Supe instantáneamente que no importaba que pasaran días o semanas hasta que volviera a verla. Seguiría deseándola con cada fibra de mi cuerpo.

Capítulo Cinco

Ian

—Ian, ¿estás ahí? ¿Por qué no paras de mirar el móvil? —Quiso saber Dylan. Levanté la vista del teléfono y miré a mi hermano. Estábamos en la oficina comprobando un código, y yo me había abstraído leyendo un mensaje.

—Estoy mirando lo que me ha mandado Ellie.

Dylan levantó una ceja.

—¿Estás leyendo mensajes en vez de programar? Estás rarísimo, tío.

Eso era cierto. No aplicaba muchas reglas, pero había una que siempre cumplía: cuando programaba, nunca leía mensajes ni *emails*. Me distraía y hacía que tardara más en terminar.

La mayor parte del tiempo no tenía problemas en seguir la norma, pero en el transcurso de dos días la había quebrantado más de una vez. Simplemente, no podía resistirme.

—No paro de oír Ellie esto, Ellie aquello. Y quiero remarcar que ni siquiera has mencionado lo buena que está. Estoy empezando a sospechar.

Sonreí.

—Está buenísima. Joder, está demasiado buena, pero fuera de mi alcance.

Dylan abrió los ojos con sorpresa.

—¿Qué dices? Nada está fuera de tu alcance.

—Ellie lo está —repuse. La confianza que yo tenía en mis palabras era igual a la de Dylan, pero si seguía repitiéndomelo, quizá terminaría por creerlo.

—¿Por Henry?

—Sí, pero eso no es todo. No tengo ni idea de cómo ser algo más que un amigo.

El estupor volvió a su rostro. ¿Qué cojones había dicho?

—¿Es que no te encuentras bien?

—Que te den —respondí.

—Es la primera vez que siquiera insinúas querer ser algo más que un amigo.

—Eso no es lo que he dicho.

—Sí, en realidad es más o menos lo que has dicho.

—No, lo que he dicho es que no sé cómo serlo. —Dylan era un buen hermano y me encantaba trabajar con él, pero a veces no estaba de humor para aguantar sus chorradas.

—Lo que tú digas, Ian. A mí no se me da bien dar consejos de mierda. Llama a Isabelle.

—Lo voy a hacer. Siempre se le ocurren buenas ideas.

—Te advierto que le va a dar más importancia de la que pueda tener.

—Así es ella, tío —contesté—. Le dará importancia de cualquier manera. No es a mí al que le asustan nuestras hermanas.

—Eh, ¡yo tampoco les tengo miedo, pero me gusta que mis asuntos sean privados!— exclamó, antes de añadir—: Ian, necesito que te concentres en esto.

—Lo sé.

Además de la puesta en marcha del “Proyecto Z”, que tomó bastante más tiempo del que había anticipado, también teníamos clientes a los que atender. Ofrecíamos soluciones integrales de *software* para compañías de tamaño pequeño y mediano, y algunos de esos clientes eran como moscas cojoneras. Sin embargo, no me quejaba demasiado: al fin y al cabo, su confianza y actividad constantes nos habían hecho ricos.

—Vale tío. De todas formas, da igual cómo lo hagas, pero tienes que solucionar tu problema. Si no, te doy un mes antes de que te vuelvas loco y mandes todo a tomar viento.

Le hice el corte de manga. Pude escuchar su risa mientras recorría el pasillo.

Después de que se fuera, me concentré en el código. Estaba resultando más difícil de lo normal. Me encantaba mi trabajo en *Gallagher Solutions* y estaba orgulloso de todo lo que mi hermano y yo habíamos conseguido, pero a veces sentía un desasosiego que era imposible de sacarme de encima o explicar. Cuando decidimos crear *Gallagher Solutions*, mucha gente había advertido a Dylan de que hacer negocios con la familia no era conveniente. Sobre todo, cuando esa familia se trataba de mí. Al parecer, que me gustara hacerme el duro y tuviera un gran sentido del humor me convertía en una apuesta perdedora. Pero, Dylan confió en mí y yo no estaba dispuesto a que se arrepintiera de haberlo hecho. Sin embargo, mi desasosiego habitual no era la razón por la que estaba teniendo problemas con el código.

Me dejé caer en el respaldo de la silla mientras me reía de mí mismo. Dylan se equivocaba. No iba a durar ni un mes.

Ellie

Seguía notando su beso en mis labios una semana más tarde. Ian me había calado hondo, cada vez más, y no estaba segura de cómo detenerlo ni si realmente quería hacerlo. Pero tenía que hacerlo. Solo iba a permanecer allí unos meses y, de todas maneras, no iba a funcionar. El mero hecho de pensar en contarle a Ian que era virgen hacía que comenzara a temblar. Los hombres no entendían aquel tipo de cosas y, además, ¿cómo podía decírselo a él? ¿A él, de entre todo el mundo? No tenía otra alternativa, debía mantener lo que teníamos como una amistad... pero no me lo estaba poniendo nada fácil. Se aseguraba de que estaba bien todos los días, y yo no hacía más que esperar con ansia cada mensaje.

Solía ponerse en contacto conmigo una vez acabado mi turno, cuando ya estaba en casa en la cama. Pero aquella noche, exactamente ocho días (sí, llevaba la cuenta) después del beso, aún no me había enviado nada. Eran las once de la noche y estaba tumbada en la cama, a punto de abrir la aplicación de Netflix en el móvil y ver mi serie de ficción favorita. Estaba viéndola cuando Ian me envió un mensaje y, en ese momento, ni siquiera los musculitos de los actores pudieron distraerme de él. Tenía el corazón en la garganta.

Ian: ¡Hola! ¿Qué tal tu día?

Me senté a la velocidad del rayo.

Ellie: Estaba viendo una serie. Ahora estoy bailando y dando saltitos de alegría en la cama.

Ian: ¿Cómo se puede bailar en la cama?

Tomé aire, preguntándome cómo responder, pero al ver que él estaba escribiendo, decidí esperar.

Ian: Olvídalo. No quiero saberlo.

Sonreí y, en vez de dejarlo pasar, comencé a escribir mi respuesta. La parte angelical en mí me decía que me comportara, pero la traviesa quería provocarle.

Ellie: ¿Por qué? ¿Te da miedo no poder resistir la respuesta?

Ian: ¿Qué dices? Si fuiste tú la que me pidió un tiempo para que las cosas se calmaran.

Ellie: Ahí tienes razón.

Ian: Por cierto, ¿qué tal llevas eso? Ya han pasado ocho días.

¿Acaso él también los estaba contando? Enterré el rostro en la almohada sonriendo incontroladamente.

Volví a tumbarme de espaldas y sujeté el teléfono sobre mí.

Ellie: Todavía sigo algo caliente...

Ian: Ellie...

Podía oír su voz en mi cabeza, esa deliciosa voz grave... se me puso la piel de gallina. ¡Vaya! Estaba metida en problemas si solo imaginármelo diciendo mi nombre me hacía reaccionar de esa manera.

Ellie: No sé cómo hacerlo.

Ian: ¿A qué te refieres?

Me mordí el labio sin saber si debería contárselo todo, pero no podía explicarle mi dilema mediante mensajes.

Oye, sigo siendo virgen. ¿Cuánto te asusta en una escala del uno al diez?

No sería capaz de hacerlo, pero quería ser todo lo sincera que pudiera con él.

Ellie: No se me dan bien las relaciones. Podría echarle la culpa al hecho de estar mudándome todo el tiempo, pero creo que en realidad el problema soy yo.

Envié el mensaje esperando su silencio, pero respondió casi inmediatamente.

Ian: No, no lo eres.

Ellie: ¿Cómo lo sabes?

Ian: Lo sé.

Me reí, acurrucándome contra las sábanas con un bostezo.

Ellie: Se me están cerrando los ojos.

Ian: ¿Te aburro? :)

Ellie: Qué va, pero estoy agotada del trabajo. Sigo acostumbrándome al ritmo. Es una locura.

Ian: Parece que necesitas un descanso. Yo podría ayudarte.

¡Dios mío! ¿Por qué tenía que ser tan irresistible? No podía hacer otra cosa que preguntarme qué pasaba por su cabeza.

Ellie: ¿Cuál es tu idea?

Ian: ¿Qué haces mañana por la tarde?

Ellie: Voy a ir a cenar con Isabelle y Josie. Me sorprendió muchísimo cuando Isabelle me invitó.

Ian: Te dije que les habías caído bien. Ya saldremos otra noche. Les pediré que no monopolicen todo tu tiempo libre.

Ellie: ¿Por qué no?

Ian: Porque te quiero para mí.

Vaya. Aparté la manta y una ola de calor se abrió paso por mi cuerpo.

Escribí unas palabras, las borré, escribí otra frase y estaba a punto de borrarla también antes de pulsar “enviar”.

Ellie: ¿Podrías explicarte?

Ian: Lo haré cuando te vea. Con MUCHO detalle. Pero por ahora te dejaré ir a dormir. Buenas noches.

Ellie: Buenas noches.

No podía parar de sonreír mientras apretaba una almohada contra mi pecho. Me moría por saber qué implicaban esos detalles, pero... quería conocerlos en persona.

La noche siguiente me dirigí al restaurante italiano *La Bella Vita* con Josie e Isabelle. El establecimiento se encontraba a orillas del río Hudson. Ellas me estaban esperando sentadas en una mesa de la terraza. En mi opinión, hacía un poco de frío como para estar fuera, pero los restaurantes neoyorquinos eran muy creativos: tenían calefacciones repartidas por todo el lugar, y mantas para mantener a los clientes calentitos. Tenía la costumbre de memorizar la disposición de los restaurantes a los que iba y fijarme en los pequeños detalles: la experiencia me ayudaría cuando abriera el mío.

—¡Hola, chicas! Gracias por invitarme.

—¡Pues claro! Queríamos asegurarnos de que estabas bien y ver qué tal te habían ido las primeras semanas en Nueva York —respondió Josie.

—Os pondré al día —aseguré al sentarme—. Por lo pronto, pidamos algo. Me muero de hambre.

—¿No comes en el restaurante? —preguntó Josie.

—Bueno, sí que tenemos comida y aperitivos a media tarde, pero sinceramente me los he saltado. Hay un lío tremendo por las tardes. —Pedí espagueti con marisco. Ellas, una pizza para cada una. Josie y yo pedimos también vino blanco.

—Cuando me vine a vivir a Nueva York estaba un poco sobrepasada con todo. Afortunadamente, tenía a Josie para ayudarme. —Mientras Isabelle rememoraba, apoyó la mano en el brazo de su hermana.

Josie le sonrió.

—Bueno, se adaptó rápido. Y después me enseñó una cara completamente nueva de la ciudad. Creo que podría pasar toda la vida en Nueva York, y seguiría encontrando cosas para sorprenderme.

—Estoy de acuerdo, es la ciudad más interesante en la que he vivido.

—¿Te gusta el trabajo? —preguntó Josie.

Les hablé un poco del restaurante. Nuestro vino llegó con rapidez, y me dio tiempo a dar un par de sorbos antes de que nos sirvieran la comida. La pasta estaba cocida exactamente como a mí me gustaba: no demasiado blanda, pero tampoco dura. Pasaba que algunos *chefs* no comprendían el término *al dente*.

—La gastronomía es impresionante —continué entre bocados—. Hay tesoros ocultos allá donde vayas. Por ejemplo, hay una panadería argentina al lado de mi casa: es tan barato que al principio me daba miedo hasta probar lo que vendían, pero está todo buenísimo. A mi compañera de piso le encanta. A Ian también le gustó mucho.

Isabelle y Josie intercambiaron una mirada. Bebí otro sorbo de vino.

—Me ayudó a montar una cortina. Cuando yo lo intenté me cargué una pared, y al preguntarle si conocía a algún manitas se ofreció a hacerlo él mismo. Vino a casa, muy caballeroso y siempre tan guapo, y se encargó solo de todo.

Josie soltó una carcajada. Miré mi copa de vino. ¿Podía ser que estuviera ligeramente borracha? Apreté los labios, determinada a no decir nada más.

—Parecía que ibas a decir añadir algo —apuntó Isabelle con un brillo de diversión en la mirada.

—Creo que estoy hablando demasiado —respondí, jugueteando con mi copa. Josie apoyó un codo en la mesa y puso su barbilla sobre la palma de la mano.

—Pero estamos aquí para escucharte.

Negué con la cabeza:

—Si lo digo en voz alta no seré capaz de dejar de pensar en eso.

Isabelle imitó mi gesto de negación.

—Intentar reprimir un pensamiento es contraproducente. Como psicóloga, siempre aconsejo a mis clientes que aligeren el peso sobre sus hombros hablando de ello. Si no, las situaciones tienden a... explotar.

—Creo que ya ha pasado. Esa noche nos besamos —terminé por decir. Me había ido de la lengua. *Bien hecho, Ellie*. Ya que estábamos, podría haberles contado toda la historia... Pero no hicieron ningún comentario; simplemente se miraron entre sí.

Isabelle entrecerró los ojos.

—Se va a unir a nosotras para el postre, espero que no te importe. Lo convencí para que viniera.

Maldición. Enderecé mi postura en la silla y las observé. ¿Por qué no me lo habían dicho antes? Bueno, después de todo, era su hermano; podían reunirse cuando quisieran. No era para

tanto. Tenía algo de tiempo para que se me pasara el efecto del vino, y esperaba sentirme mejor una vez terminado el plato de pasta.

Mis pensamientos se aclararon a medida que terminaba mi plato de espaguetis, y para cuando estábamos a punto de pedir el postre, ya me sentía recuperada. Había dejado de ser una charlatana borracha.

Sin embargo, una vez llegó Ian, me di cuenta de que no importaba. Sus ardientes ojos azules se clavaron en mí. Me revolví en la silla: Dios mío, su mera presencia hacía que me estremeciera.

—Buenas noches, señoritas. ¿Hay algo que tenga buena pinta? —Ojeó el menú mientras se sentaba entre Isabelle y yo.

—Como somos cuatro, creo que deberíamos pedir su “Postre-Palooza”. Incluye ocho minipostres—sugirió Isabelle.

Estuvimos todos de acuerdo. Me removí un poco más en la silla. Su cuerpo irradiaba calor... o quizá era el vino provocándome esa sensación.

—Oye, ¿por qué no dejáis de mirarme? —cuestionó Ian, dirigiendo su mirada a sus hermanas.

—Nada, nada. Ellie simplemente nos estaba contando cómo la ayudaste a colgar una cortina —respondió Isabelle.

Sentí cómo la cara se me ponía roja. Joder, y yo pensaba que tenía confianza con mi hermano... los Gallagher no se asemejaban a nada que hubiera visto antes.

Ian giró el rostro hacia mí con una sonrisa en los labios. Mis mejillas ardían tanto que apenas podía contenerme para no abanicarme. A continuación, declaró:

—Hay dos cosas que debes saber sobre mi familia. Primero: nadie se preocupa solo por sus asuntos. Segundo: una vez te tienen en la mira, no te sueltan.

—Ya lo estoy empezando a comprender. —Tomé un sorbo de agua, sintiendo aún el calor en mi rostro.

—Te escribí para preguntar si no te importaba que me uniera —dijo con seriedad—. Como no respondías, di por hecho que no te importaba.

—No lo vi, tengo el móvil sin batería. Pero claro que no me importa. —Conmovida, pensé que había querido asegurarse de que su presencia no me molestara. ¿Pero cómo podía hacerlo? Era su familia, yo era la intrusa.

Además, estaba empezando a pensar que no había forma de que las cosas se calmaran cuando se trataba de Ian.

—Aaay —musitó Isabelle—. Qué monos sois. En mi defensa, ni siquiera sabía que había pasado algo entre vosotros. Solo quería animar a Ian.

—¿Qué ha pasado? —pregunté.

Ian sacudió la mano, quitándole importancia.

—El trabajo es estresante. Me encantaría dejar ir a algunos clientes. No dejan de exigir cosas.

—¿Por qué no lo haces? —continué—. Eres tu propio jefe.

—Algunos clientes son unos pesados, pero cortar lazos con ellos podría dañar nuestra reputación.

Josie levantó su copa:

—Admiro tu ética profesional. Si un cliente me da muchos dolores de cabeza, simplemente dejo a otro llevar su caso. Pero nuestras circunstancias son distintas. Yo solo me ocupo de ellos hasta que termina el caso, lo tuyo es a largo plazo. Aunque podrías establecer algunos límites...

—O pasárselos a Dylan. Te encargas de todos los clientes difíciles —añadió Isabelle.

Ian se rió.

—Es porque a Dylan le molestan más que a mí. Bueno, no hablemos más de trabajo.

—Vale —contestó Josie.

Los observé, sorprendida por cómo intercambiaban consejos mutuos y compartían todo, desde preocupaciones hasta momentos gratificantes en el trabajo.

Cuando Ian movió la pierna por debajo de la mesa y rozó accidentalmente la mía, contuve el aliento y sentí un cosquilleo en el estómago al percibir la energía que se expandía desde ese punto de contacto. ¿Cómo era posible? Ambos llevábamos vaqueros... Esperaba que no se hubiera dado cuenta de mi reacción. Discretamente, lo miré, solo para descubrir que me observaba de una manera fija e intensa. *Dios mío*.

Estudí mi copa de vino vacía tratando de recomponerme.

—Por cierto, creo que deberíamos quedar con Tess y Skye Winchester, las primas de mi marido —dijo Josie de repente—. Son amigas cercanas, te caerán muy bien.

—Me encantaría —respondí. ¿Acaso notarían que me moría por tener un grupo de amigas? Me habían acogido tanto...

Sirvieron el postre rápidamente. Me gustaba mucho el restaurante: eran atentos, la comida estaba deliciosa y tenían un menú variado. Había espacio para más o menos cincuenta comensales, y los camareros se movían con destreza entre ellos. La cocina debía operar con el mismo nivel de eficiencia.

—Me encantan —declaré mirando el plato con los ocho minipostres: tarta de queso con mermelada de fresa, tiramisú, un *macaron* del tamaño de una hamburguesa, tarta de chocolate, y tres tipos diferentes de magdalenas cubiertas de *fondant*. Los cortamos en cuatro trozos para poder probar todos un poco: estaban deliciosos. Mi preferido fue la tarta de chocolate.

—Tenemos que repetirlo —propuso Josie al poner la servilleta en la mesa y recoger sus cosas—, pero tengo que irme ya. Le he prometido a Hunter que volvería a casa para que acostáramos juntos a Sophie. Me encargo yo de la cuenta.

—No, qué va —dijo Ian con firmeza.

—Ian...

—Lo sigo en serio. Pago yo.

—Bueno, gracias —contestó Josie.

Intenté protestar también, pero cuando me miró con aquellos ojos cerré la boca enseguida. Como si quisiera dejar clara su postura, pagó mientras Josie se preparaba para marcharse.

Se cubrió con la chaqueta y nos mandó a todos besos con la mano antes de pedir un Uber.

Isabelle bostezó.

—Yo tampoco me voy a quedar mucho más. Este chiquitín me está dejando agotada. Esta última semana he caído todas las noches a las nueve.

Ian levantó una ceja, y ella le sonrió. Estaban teniendo una de esas conversaciones silenciosas que yo a veces tenía con Henry. Me moría por saber de qué hablaban. O quizá, era mejor que no lo supiera. Tenía el presentimiento de que era sobre mí.

—Bueno, si nos vamos a quedar, voy a pedir otra copa de vino —anuncié.

—Yo también —dijo Ian. Aunque solo había llegado para el postre, se estiró y cogió la carta de vinos. Pude oler su colonia: era exquisita. Una mezcla de vetiver y bergamota que despertaba en mí la necesidad de acercarme.

Mi cuerpo parecía tener vida propia desde que él tomó asiento. Estaba funcionando en otra frecuencia, consciente de cada detalle. Pedimos vino para los dos, y el camarero regresó rápidamente con las bebidas.

Isabelle se quedó otros quince minutos, durante los cuales Ian y ella siguieron intercambiando ‘‘miraditas’’, como me gustaba llamarlas. Explotaba de curiosidad, y cuando Isabelle se fue, no pude seguir resistiéndome. Ian y yo casi habíamos terminado el vino.

—Vale, ¿qué era todo eso? Lo de las miradas y los gestos.

Ian rió:

—¿Era tan obvio?

—Sí, yo también lo hago con Henry, pero vosotros tres estáis en otro nivel.

—Estaba siendo muy poco discreta con sus intenciones de dejarnos solos. La he mandado a la mierda.

Enrojecí.

—Intuí que podía ser eso.

Me contempló con una sonrisa mordaz.

—Les caes bien.

—Ah, ¿también te lo ha dicho sin hablar?

—No, solo lo he notado.

—Estoy tan contenta de que me las presentaras... cuando me mudo a una nueva ciudad, al principio siempre me siento un poco sola. —Jugué con el tallo de la copa casi vacía, e inhalé con fuerza. Me encantaba Nueva York. Pese al poco tiempo que llevaba allí, la energía de la ciudad era alucinante.

—Vamos, te acompaño a casa —anunció.

Sonreí:

—¿Quieres protegerme de más ciclistas?

Me devolvió la sonrisa y yo intenté no dejarme cautivar por sus hoyuelos.

—Y de cualquier otra cosa que te pueda pasar.

—En realidad, se me suele dar bien eso de cuidar de mí misma: tengo mucha práctica. Algo en ti hace que pierda el norte.

Pensé que se reiría de mi no tan disimulada indirecta, pero su mirada se volvió seria.

—¿Qué es eso de que tienes mucha práctica, Ellie?

Mierda.

Toquetteé un poco más el tallo de la copa, encogiéndome de hombros.

—De niña fui un poco bicho raro en el colegio. Después del divorcio, me retraje en mí misma incluso más y mis compañeros de clase empezaron a burlarse de mí. En un principio eran inofensivos, pero fueron empeorando. Y después se volvieron peleas de verdad.

—Joder.

—Así que empecé a ver clases de defensa personal en *YouTube* y aprendí un montón.

—¿Por qué no fuiste presencialmente a alguna?

—Necesitaba a un adulto que me apuntara y no quería que mi madre se preocupara. Ya tenía suficientes problemas. Una vez, Henry me pilló practicando y me inscribió en una clase. Le dijimos a mamá que estaba yendo a baile.

Aquella era una de las razones por las que Henry era tan protector conmigo. La atmósfera entre Ian y yo era demasiado seria para mi gusto, así que estiré la espalda y añadí:

—Así que estoy perfectamente adiestrada en caso de que intenten robarme. Por otra parte, si se trata de ciclistas locos, te lo dejaré a ti, guapo.

Sus ojos se encendieron inmediatamente y nos levantamos de la mesa.

—En ese caso, vámonos antes de que cambies de idea.

Mi piso estaba a cuarenta minutos a pie, así que decidimos caminar: me dolían los pies de estar todo el día en la cocina, pero un paseo me ayudaba a sentirme mejor.

La noche era fría, pero fuimos a un ritmo rápido que no permitió que me enfriara. El brazo de Ian alrededor de mis hombros contribuía a mantener el calor corporal. Incluso se ofreció a acompañarme por las escaleras que llevaban al apartamento... y al hacerlo, convirtió la noche en toda una prueba. ¿Podíamos ser solo amigos... que a veces se dejaban llevar un poco? ¿Y que ocasionalmente flirteaban?

—Muy atento —bromeé. Pero él solo me contempló mientras subía las escaleras. Cuando llegamos a mi puerta, giré un poco la cabeza para mirarle, pero me fallaron las rodillas ante la intensidad de su mirada.

—¿Quieres pasar? —ofrecí.

Un sonido grave emergió desde su garganta.

—Ni de broma. Desde la última vez que estuve aquí, no he podido pensar en otra cosa que en besarte.

Me humedecí los labios:

—¿Cuánto has pensado en ello?

—No quieres saberlo.

—Quiero.

—Todo el puto rato. —Se acercó y rozó mi labio inferior con el pulgar. Al darme cuenta de que yo también quería más, mi cuerpo se estremeció.

—Ellie, no debería tocarte. Quererte. Pero lo hago. Quiero *conocerte*. Es algo nuevo para mí, esto no suele pasarme.

Vaya. Volví a pasarme la lengua por los labios. Mi corazón martilleó contra mis costillas.

—Di algo —azuzó.

—No puedo pensar con claridad cuando te tengo tan cerca, guapo —bromeé. Pero era la verdad. En ese momento, él dio un paso atrás, poniendo un poco de distancia entre nosotros. Eché de menos su cercanía al instante.

Ladeó la cabeza de manera juguetona.

—Ya veo. Solo me llamas guapo cuando estás... —gesticuló con las manos, como si no encontrara las palabras adecuadas.

—¿Bajo tu hechizo? Estoy de acuerdo. Y...

La puerta se abrió e interrumpió la conversación. Harper se encontraba en la entrada.

—¡Hola! ¿Qué estás...? Ah, hola, Ian. ¿Se ha atascado la puerta? Te he oído subir las escaleras hace ya un rato.

—No, no. Solo estábamos hablando. Ni siquiera he intentado abrirla.

—Pasa, Ian —le invitó Harper. Él negó con la cabeza.

—No, no te preocupes. Os dejo. Ellie y yo nos lo hemos pasado muy bien esta noche. Y tiene mucho en lo que pensar —apuntó con una sonrisa traviesa.

—¿Cómo qué? —le desafié con las cejas levantadas. Estaba jugando con fuego.

—Como, por ejemplo, qué sería para ti traspasar los límites... o si solo se trata de una excusa. —¡Guau! Que hubiera podido calarme de esa manera me dejó de piedra. Me mantuvo la mirada, y ni siquiera parpadeé a pesar de sentir cómo mi temperatura corporal aumentaba—. Y sobre estar bajo mi hechizo... y todo eso.

Harper se rió, y yo, cargada de nerviosismo, hice lo mismo. Si aquella noche era una prueba, estábamos destinados a fracasar irremediabilmente.

Capítulo Seis

Ian

—¿Cómo vamos con esa apuesta? —me preguntó Dylan después de salir de una reunión táctica para el “Proyecto Z” la tarde siguiente. Estaba de celebración: acabábamos de convencer a un socio grande para que trabajara con nuestro *software* en el desarrollo de un producto de seguros.

—¿Qué apuesta? —indagué.

—Esa en la que no durabas un mes antes de decidir que “fuera de los límites” no existe en tu vocabulario.

Me encogí de hombros y me hice un café en la máquina que teníamos en la recepción. Las ventanas de nuestra oficina, ubicada en un alto edificio cerca del Battery Park, ofrecían vistas directas al río Hudson.

—Nunca hice esa apuesta.

—Porque sabías que ibas a perder.

—Exactamente.

Me dio una palmada en el hombro.

—Siempre he apreciado tu sinceridad.

No lograba sacarme aquello de la cabeza, fuera lo que fuera. Me encontraba constantemente dándole vueltas a cómo pedirle a Ellie que saliera conmigo. Dylan también se hizo un café y miró el móvil.

—¡Mamá y papá van a volver a la ciudad! —exclamó—. El mes que viene. Quieren celebrar su aniversario con nosotros.

—Genial. Qué bien que estén viniendo tanto. ¿Deberíamos comprarles los billetes de avión?

Dylan asintió.

—Sí. Hablé con ellos después de que te fueras de la fiesta de compromiso, cuando mencionaron que tal vez lo celebrarían aquí. Accedieron a que les compráramos los billetes, más o menos.

—¿Más o menos? —pregunté entre risas—. No quiero saber nada más.

—Vamos a comprarlos antes de que cambien de idea.

—Vale. Esta vez los compro yo.

Aunque Dylan, Josie, Isabelle, y yo teníamos dinero más que suficiente, mis padres rechazaban rotundamente cualquier ayuda monetaria. Era exasperante. Comprendía que tuvieran su orgullo, pero ya que podíamos ayudarles, ¿por qué no lo aceptaban? Quería que vivieran cómodamente, así que nos turnábamos la compra de los billetes de avión.

—¿Qué planes tienes para esta tarde? —se interesó.

—Estaba pensando hacer una sesión de programación, pero no hasta tarde. —Me gustaba salir temprano los viernes. La hora del almuerzo había pasado, así que no me quedaba mucho de la tarde; aun así, tenía tiempo suficiente para trabajar un par de horas más. Muchos socios se sorprendían al enterarse de que Dylan y yo seguíamos creando nuestro propio código, pero lo disfrutaba. A veces, ni siquiera parecía trabajo.

Fui directo a la oficina, me senté, y elevé el reposabrazos hasta que alcanzó una posición en la que pudiera teclear con el ordenador cómodamente durante horas. Era una silla diseñada para jugadores de videojuegos, pero me iba bien.

Casi no había abierto el ordenador cuando la pantalla de mi teléfono se iluminó con una llamada entrante de mi hermana. No solía llamar durante el horario laboral, sabía que

normalmente yo apagaba el teléfono y le molestaba que el contestador automático atendiera. Supuse que querría hablar de la visita de nuestros padres.

—Hola, Isabelle —saludé.

—Ian, ¿estás ocupado? —El deje frenético de su voz provocó que me irguiera en la silla, alerta.

—¿Qué ha pasado?

—Ellie me ha mandado un mensaje, ha tenido un accidente en el trabajo y está en el hospital. El médico le ha recomendado llamar a alguien para que la lleven a casa, pero yo estoy esperando a un cliente que está a punto de llegar y no puedo ir.

—Joder. Dime la dirección y voy a por ella.

Salté de la silla y apunté rápidamente la dirección en un pósit. ¿Por qué no me había contactado a mí primero?

—Lo tengo, salgo hacia allí. ¿Sabes qué le ha pasado?

—No, pero tampoco creo que sea muy grave. Me llamó ella, y parecía estar bien.

Entonces, ¿por qué necesitaría que la llevaran a casa?

Dejé la oficina en cuanto colgué y pedí un Uber antes de entrar en el ascensor. Cuando salí del edificio no pude evitar quejarme a viva voz: el vehículo estaba parado en el tráfico y el viaje se había cancelado. Pedí uno nuevo.

Dylan tenía un chófer durante el día y a mí siempre me había parecido algo innecesario, pero estaba empezando a cambiar de idea.

Diez minutos más tarde me encontraba en el Uber de camino al hospital. Isabelle tenía razón, si Ellie había hecho la llamada y no el equipo médico, la situación no podía ser tan grave. Pero no me calmaría hasta verla con mis propios ojos.

Cuando llegué, seguí las indicaciones que Isabelle me había enviado. Parecía como si me hubiera reenviado el mensaje que ella había recibido de Ellie. La encontré sola en una habitación pequeña de la onceava planta. Estaba tumbada sobre la cama con la vista clavada en el techo. Analicé su cuerpo. Llevaba su uniforme de *chef*: pantalones blancos y una chaquetilla blanca abotonada en el centro. Aunque a primera vista parecía estar bien, yo seguía con los nervios a flor de piel.

—Ellie, hola —dije encaminándome a la cama. Me miró con una gran sonrisa.

—Hola. Gracias por venir.

—¿Qué te ha pasado? —interrogué.

—Un accidente en la cocina. Pasa constantemente. Me resbalé y me di en la cabeza. Me mandaron aquí para comprobar que no me hubiera pasado nada. El médico dice que tengo una conmoción leve. Estoy solo un poco mareada, por lo demás me encuentro bien.

—¿No deberían dejarte en observación? —Mi tono era severo, pero Ellie solo rió.

—Ya he estado aquí unas horas. Llamé a Isabelle cuando me dijeron que podía irme a casa. Me senté en el borde de la cama y cogí una de sus manos entre las mías. Estaba fría.

—Espera, ¿cuánto tiempo llevas aquí?

—Eeem... Me caí nada más empezar mi turno, así que cinco horas, creo.

—¿Por qué no me llamaste cuando te trajeron aquí?

—¿Para qué? —preguntó, como si fuera lo más ridículo que había escuchado en su vida.

—Para acompañarte.

Ellie rió y sacudió una mano:

—Si me dieran un céntimo por cada vez que me hago daño en la cocina, sería millonaria. Ya estoy acostumbrada.

—¿A qué? ¿A estar sola en los hospitales?

—Sí.

—Bueno, pues mientras estés en Nueva York, tendrás que acostumbrarte a que yo espere contigo. La próxima vez que te pase algo así, llámame inmediatamente.

Abrió la boca para protestar, pero coloqué un dedo sobre sus labios para impedirselo.

—No me discutas esto, o te besaré aquí mismo.

Respiró profundamente. Justo en ese momento, un médico entró en la habitación.

—Ah, señorita Cavanaugh, ¿cómo está? Acabo de firmar su alta, pero quería preguntarle cómo estaba antes de que se fuera.

—Estoy bien.

Se giró para mirarme.

—Me gustaría estar un momento a solas con la paciente.

—Sí, claro.

Salí y me dispuse a buscar algo para animar a Ellie. Divisé unas máquinas expendedoras con comida y bebida... Pero luego recordé que al lado del ascensor había un carrito de peluches. Aunque los peluches estaban pensados para niños, estaba seguro de que Ellie se reiría como nunca, y eso era exactamente lo que buscaba.

Escogí un oso verde y pagué rápidamente con la tarjeta, atento a la puerta de Ellie. Vi al médico salir. Volví a la habitación en cuanto tuve el juguete, escondiéndolo a mi espalda.

—¿Qué tienes ahí? —curioseó.

Mostré el osito con un movimiento teatral, y el rostro de Ellie se iluminó con una sonrisa.

—¿Es para mí?

—Sí.

Me acerqué a ella y le di el juguete: lo apretó contra su pecho, como si fuera una posesión preciada.

—Gracias, me encanta. No puedo creerlo.

Para mi sorpresa, podía ver en sus ojos que se había realmente conmovido. A ver, era solo un peluche, pero parecía significar más para ella. Trató levantarse de la cama, e inmediatamente coloqué la mano en su espalda para ayudarla a sentarse. Le eché la chaqueta que se encontraba a los pies de la cama por los hombros.

—Ian, ¿qué haces?

—Te ayudo.

Las comisuras de su boca se elevaron.

—No creo que pueda hacerme daño levantándome de la cama. Pero gracias por echarme una mano... literalmente.

—¿Te parece divertido? Me has quitado años de vida con el susto. —Aunque quería parecer despreocupado no faltaba verdad en mis palabras.

—¡Vaya! —La sonrisa se le congeló en los labios, como si de repente hubiera caído en la cuenta de lo que estaba diciendo. ¿No estaba acostumbrada a que se preocuparan por ella? Sabía que Henry lo hacía, pero siempre habían vivido en ciudades diferentes: quizá la distancia marcaba la diferencia.

—¿Necesitas alguna receta? —pregunté.

—No, solo tengo que tomar paracetamol, si es necesario. Y ya tengo en casa.

—Entonces, vamos.

Cuando se levantó, la rodeé por la cintura y juntos recorrimos el pasillo hasta el ascensor. Pedí un Uber y nos introdujimos en el atestado ascensor, donde la abracé fuertemente. Por

alguna razón, el descenso pareció durar una eternidad.

El coche ya había llegado cuando salimos del hospital, así que ayudé a Ellie a entrar y me subí por la otra puerta.

—Estoy bien, no tienes que montar tanto jaleo por mí. Me siento ridícula —susurró al arrancar el coche.

—Pues no tienes por qué sentirte así. Ellie, tienes que decirme si necesitas algo, ¿vale? No importa si es de día o de noche: quiero enterarme.

Asintió mientras soltaba todo el aire de sus pulmones.

Guardamos silencio el resto del viaje, pero continué observándola de reojo. Apoyaba la frente contra la ventana, y sonreía cada vez que me descubría mirándola. Abrazaba al oso de peluche en su regazo como si fuera algo especial.

Rocé el dorso de su mano con los dedos hasta que oí su respiración acelerarse. No estaba acostumbrado a pensar tanto en alguien con quien no estuviera emparentado. Podía pretender que la razón era el parentesco de Ellie con Henry, pero iba más allá. Cada vez que la veía, que le mandaba un mensaje o hablaba con ella, toda mi actitud cambiaba. Incluso si un cliente me tenía estresado, solo estar cerca de ella me hacía sentir mejor.

Su apartamento estaba vacío.

—Dime que no trabajas mañana —suspiré esperanzado.

Se quitó la chaqueta con una sonrisa.

—Me gustaría decir que sí, aunque solo fuera para ver tu reacción.

—¡Ellie!

—No trabajo. Nunca trabajo los fines de semana. Además, mi jefa me ha prohibido volver hasta que no esté en plena forma. Me ha dicho que podía tomarme la semana que viene si quiero, pero no lo haré.

—¿Por qué no?

—Porque quiero causar buena impresión. No voy a faltar al trabajo a menos que sea absolutamente necesario.

—¡Ellie, tienes un traumatismo!

—Leve. Casi ni eso, de verdad. —Puso las manos sobre las caderas y me miró a los ojos—: ¿Qué vas a hacer? ¿Venir el lunes para controlarme?

Me acerqué un paso, bajando la barbilla y sosteniendo su mirada.

—No se acerca ni por asomo a lo que estoy pensando. No quieres saber lo que estoy imaginándome.

Ellie se sonrojó y no indagó más. Estaba tan cerca que podía percibir su perfume de nuevo: me estaba volviendo loco. Deseaba tanto probarla...

Me esquivó para entrar en su cuarto y la seguí hasta el marco de la puerta, donde me apoyé con el hombro. Ella se sentó en la cama y colocó el osito de peluche en la estantería, encima del cabecero.

—¿Cuándo vuelve Harper a casa? —pregunté. Se apartó el pelo de la cara y lo peinó con los dedos. Era grueso y sedoso: lo que daría por enredar los dedos en él... antes de sujetarla del pelo con la mano y atraerla hacia mí para proclamar sus labios.

—Se ha ido el finde. Está visitando a sus padres.

Eso no me gustó un pelo. Iba a estar sola todo el fin de semana, y eso no era bueno.

—¿No ha dicho el médico que no deberías estar sola?

Sacudió la mano. *¿Qué iba a hacer con ella?*

—Los médicos exageran. Además, lo que dijo fue que no podía volver a casa sola, no que necesitara a alguien para vigilarme.

Entré en la habitación y me arrodillé frente a ella.

—Ellie, quiero ser la primera persona a la que llames, sea lo que sea. ¿Me entiendes? Ni a Isabelle, ni a Josie. A mí.

Sonrió débilmente:

—Lo sé. Pensé en llamarte, pero después pensé que... ya sabes.

Me incliné sobre ella, emitiendo un gruñido.

—La primera persona. ¿Entendido?

—¿Por qué? —susurró.

—Porque eres mía.

Capítulo Siete

Ian

Abrió los ojos como platos. Rodeé su mejilla con la mano y recorrí su piel suave con el pulgar. No entendía de dónde habían salido aquellas palabras, pero eran ciertas. *Eran jodidamente ciertas*. Me apoderé de su boca, atendiendo a la necesidad de besarla. Sabía a caramelo de menta. Me devolvió el beso con tanto fervor que me puse duro de inmediato. Cuando profundicé el beso, ella gimió contra mí. Joder, estaba perdiendo el control, desesperado por más. Deslizó las manos bajo mi camiseta y delineó mis abdominales con las yemas de los dedos.

Mi mano recorrió su cuerpo desde su cuello hasta su cadera, pasando por el lateral de su pecho. Entonces, recordé lo que me había llevado allí en primer lugar y me aparté de ella.

—Ellie, no te encuentras bien.

—Sí, claro que sí —susurró con un deje de incertidumbre. Cerró los ojos con un profundo suspiro, y finalmente los volvió a abrir—. Hay algo que tienes que saber. Yo... nunca he llegado a esto.

—¿Qué?

Se mordió el labio inferior, incómoda. Hubo un momento de silencio antes de que continuara:

—Al sexo. Soy virgen.

Mis pensamientos se detuvieron de golpe. Durante varios segundos, no comprendí del todo sus palabras. Me aparté un poco de ella para poder mirarla mejor. Parecía estar en guardia, mordiendo el labio inferior, claramente nerviosa por lo que vendría después de sus palabras.

—No es para tanto —continuó con rapidez. Con eso, interrumpió el tren de ideas que consideraban cómo responderle—. Simplemente, nunca pasó cuando era más joven y, al hacerme mayor, todo se complicaba cada vez que sacaba el tema...

Parecía estar disculpándose. ¿Por qué coño pensaba que tenía que disculparse?

—Ellie, no tienes que explicarte. —Acaricié su oscuro cabello con los dedos. Era incluso más suave de lo que había imaginado.

—Solo pensaba que debías saberlo... antes de ir más allá. —Las comisuras de su boca se elevaron en una sonrisa burlona, pero su mirada *seguía* en guardia. Algún imbécil seguramente la había hecho sentir mal con aquel tema, estaba seguro de ello. Quería pegarle un puñetazo al desconocido gilipollas. Rodeé una de sus mejillas con una mano, y la otra la dejé reposar en su cadera.

—Ellie, vamos a dejar algunas cosas claras. Primero: no tienes que avergonzarte de nada. Segundo: no vas a perder la virginidad después de haber sufrido una conmoción y de que el médico te haya dicho que te lo tomes con calma. Simplemente... me he dejado llevar.

Su sonrisa desapareció:

—¿Eso significa que no quieres? —Señaló con la mano el espacio que nos separaba antes de detenerse—. ¿Que no me quieres a mí?

Trató de gatear sobre la cama para alejarse, pero le agarré de los tobillos.

—Ellie, lo quiero tanto que casi no puedo ni pensar. Pero tu primera vez... no va a ser así. Voy a tomarme mi tiempo contigo, y será especial. Lo haré especial.

—No me esperaba esto —murmuró.

Fruncí el entrecejo:

—¿Qué te esperabas?

—No sé. No importa. No soy una mojigata ni nada. Tengo un vibrador, y...

Gemí y la acerqué más a mi cuerpo, hasta que nuestras bocas estuvieron casi a la misma altura. Cogí su mano y la coloqué sobre mi erección. Ella contuvo el aliento.

—Ellie, estoy durísimo. Hablar de vibradores no ayuda en nada.

Rio suavemente.

—Lo siento. No lo había pensado.

Besé su mano. Mi polla se apretaba dolorosamente contra la cremallera de mis pantalones. Necesitaba explorar su cuerpo, sentir su piel bajo los dedos. Pero, aquella noche, sería imposible hacerlo sin perder completamente el control. Lo que le había dicho era verdad. No iba a apresurarme. Sin embargo, no pude evitar contenerme: besé el lateral de su cuello y seguí besándola hasta que su piel se escondió en la tela de su chaquetilla de cocina. Un ligero temblor se apoderó de su cuerpo al tiempo que hundía los dedos en el colchón.

Me estiré mientras la miraba fijamente a los ojos:

—Tengo que darme una ducha de agua fría.

Sonrió, moviéndose contra la cama.

—Con que sí, ¿eh?

—Deja de tentarme.

Compuso una expresión que seguramente creía parecer seria, pero por la fina línea que formaban sus labios apretados era obvio que estaba conteniendo la risa.

—Fuera a la izquierda —indicó.

El baño era tan pequeño como el que yo había tenido durante los días de universidad. Casi era posible sentarse en el retrete y lavarse las manos y el pelo, todo al mismo tiempo. Al entrar en la ducha casi no podía moverme sin tocar los azulejos con los codos. Qué cojones. Ellie era virgen. Eso no lo había visto venir. Me agarré el miembro y deslicé la mano arriba y abajo imaginándome que era la de ella. Paré inmediatamente. No. Masturbarme no me calmaría, tendría el efecto opuesto. Puse el agua lo más fría posible y me quedé de pie bajo el chorro.

Al salir del cubículo me sequé y me puse los vaqueros, pero no me molesté en ponerme la camiseta: al fin y al cabo, solo estábamos nosotros dos.

La encontré en la cocina sacando comida de la nevera. Llevaba unos pantalones cortos negros y una camiseta ajustada rosa; lucía tan sexy que lo único que quería hacer era tumbarla sobre la encimera. Joder... no. Tenía que pensar en otra cosa.

—¿Qué haces? —pregunté.

—Vaciando todos los tápers de comida rápida que me han sobrado esta semana para que podamos tener cena.

—Ellie, ve al sofá. Ya te llevo yo la comida.

Giró el rostro para mirarme.

—¿Por qué?

—Has estado en el hospital por un traumatismo.

—Pero me encuentro mejor —respondió.

—Vete. Siéntate. —Mi voz no dejaba lugar a discusión ninguna. Suspiró mientras se dirigía al sofá, donde comenzó a estirarse.

No bromeaba cuando dijo que estaba sacando comida rápida de la nevera. Dispuse unos sándwiches y un trozo de pizza en una bandeja para llevárselo al sofá. ¡Qué coño! Estaba tumbada sobre un costado. Sus pechos estaban presionados uno contra el otro. Tenía la pierna superior doblada levemente sobre la inferior. Parecía una diosa.

—Oh, ya te has distraído —comentó—. Me gusta por dónde va esto.

Agité la cabeza y la miré a los ojos. Me senté a sus pies con la bandeja entre nosotros.

Se sentó.

—Esto me gusta. ¿Quieres traerme el desayuno mañana también?

—Sí. Quiero quedarme aquí el fin de semana y cuidar de ti.

Me miró aturdida. Yo también estaba sorprendido, para ser sinceros. Aquel no era mi *modus operandi*, pero el instinto de asegurarme de que estaba bien era más fuerte que todo lo demás.

Una sonrisa se extendió por su rostro:

—Por favor, sí. Lo estoy disfrutando muchísimo. —Nos comimos la pizza y los sándwiches. No sabían a mucho, pero era suficiente para aplacar el hambre. Tras poner la bandeja vacía sobre la mesita de café, se volvió a tumbar. Puse sus piernas en mi regazo y le masajeeé las plantas de los pies y pantorrillas. Emitió un sonido de placer, completamente relajada.

—Oh, esto me gusta. Los pies siempre me están matando.

Solté una carcajada, pero la miré directamente a los ojos.

—Hoy me has asustado, Ellie. No lo vuelvas a hacer.

—Sí, señor.

Solté aire, produciendo un sonido grave con la garganta. Me miró absorta, luego abrió la boca y la cerró de nuevo. ¿Querría hablar de lo que había pasado antes de la ducha?

—Ian... sobre lo de antes... ¿quieres hablar de ello?

—Solo si tú quieres. Pero te lo advierto: nada de vibradores.

Compuso una sonrisa. Bien. Quería que se sintiera a gusto.

—No tenía intención de soltarlo así. Pero no he podido encontrar un momento para decírtelo. No sabía cómo. Tampoco es que fuera mi intención llegar virgen a los veintitrés, pero con los chicos con los que salí en la universidad nunca llegué tan lejos. Aunque sí hice otras... cosas.

Mi mente se oscureció. No. Me. Jodas. No podía imaginarme a Ellie haciendo nada con otra persona o me volvería completamente loco. ¿Cuándo me había vuelto tan posesivo? Yo no era así.

—Y cuanto más mayor era, más complicado se volvía todo cada vez que lo decía. Asustaba a los tíos, les hacía pensar que estaba esperando por alguien especial. Quizá lo estaba. Quiero decir, no iba simplemente a acostarme con un tío que me encontrara por ahí.

—Menos mal que no entro en esa categoría —bromeé.

—Te aseguro que no lo estás. A ver, me has comprado un osito de peluche y quieres pasarte aquí el finde aún corriendo el riesgo de terminar con un calentón tremendo.

Volví a vocalizar aquel sonido gutural, parecido a un gruñido.

—Otra regla: no quiero volver a oírte decir “calentón”. —Sonrió e imitó el cierre de una cremallera sobre los labios—. Tenemos que hablar de otra cosa. Necesito que me cuentes si no te sientes bien o si tienes un accidente. No quiero que estés sola en el hospital.

—Vale—. Se mordió el labio inferior y jugueteó con los dedos de los pies—. Ian, respecto a... eso que mencionaste... sobre cruzar límites.

Solté un leve gruñido, atrayéndola hacia mí hasta que su trasero hizo contacto con mis muslos.

—No sirve de nada fingir que podemos respetarlos.

—Eso es verdad —reconoció.

—Que le den a los límites, Ellie.

—Me parece bien...

Bajó la mirada y sacudió la cabeza.

—¿Cómo es que he terminado otra vez a centímetros de tu polla?

—Quieres volverme loco.

—Solo preguntaba —argumentó con descaro.

—Y yo solo respondía. Ya tenemos otra palabra que mejor que no salga de esa dulce boca esta noche.

—¿Cuál? ¿Polla? —preguntó con falsa inocencia.

—Sí, Ellie. Dios, ten piedad.

Le masajeeé el culo, y comencé a besarle el hombro y el cuello. Se deslizó sobre mi regazo.

Me encantaban sus reacciones y la forma en la que respondía a mis caricias. Pero, a pesar de sus protestas, el médico había prescrito descanso. Quería que se recuperara por completo; los traumatismos no eran para tomárselos a la ligera. Frunció el ceño cuando la volví a sentar en el sofá, pero luego se recostó para observar a su alrededor.

—¿Qué buscas? —pregunté.

—El móvil. Acabo de darme cuenta de que el cumpleaños de mi padrastro es la semana que viene, y se me ha olvidado pedir su regalo. Siempre lo envío directamente a su casa. Espero no olvidarme de hacerlo más tarde.

—Yo te lo recordaré —aseguré—. Así que, ¿te llevas bien con las parejas de tus padres? —indagué mientras volvía a masajearle las piernas. Parecía gustarle, y yo quería complacerla.

—Sí, lo intento. De adolescente les guardé algo de rencor. Pero he aprendido a apreciarles. Mis padres no pudieron hacerse felices el uno al otro, pero encontraron la felicidad en otras personas.

—No puedo ni imaginarme cómo es eso. Mis padres siempre han sido felices juntos. Apenas puedo recordarlos discutiendo.

—Tienes suerte. Sinceramente, creo que ver cómo su relación se desmoronaba me afectó. Aunque encontraron la felicidad con mi padrastro y mi madrastra, Henry y yo salimos perjudicados durante años. Yo era la conciliadora cada vez que uno se quejaba del otro. Mi madre estuvo destrozada al principio, antes de conocer a mi padrastro. Era demasiado orgullosa como para ir a un psicólogo, así que prácticamente solo hablaba conmigo. No podía darle consejo, pero la escuchaba, y eso la ayudaba. —Estaba tan vulnerable... solo quería que se olvidara de aquellos dolorosos recuerdos. Joder, era tan fuerte e increíble. Incluso cuando era una niña que sufría. Había querido que los demás fueran felices.

Bostezó, cubriéndose la boca con una mano, y luego se frotó los ojos.

—Deberías irte a dormir —sugerí—. Yo me quedaré en el sofá.

Levantó la cabeza con un respingo.

—No te quedarás aquí. Mi cama es grande; podemos compartirla.

La contemplé con intensidad:

—No es una buena idea.

—¿Por qué? ¿Acaso no puedes resistirte a mí?

—No —respondí con sinceridad.

—Bueno, confío plenamente en ti. Además, este sofá es muy incómodo. Una vez me dormí aquí después del trabajo y me desperté dos horas más tarde con dolor de cuello y espalda... No puedo ni imaginar cómo sería pasar toda la noche en él. —Se levantó y señaló la puerta con la cabeza.

—Me voy a duchar.

Subí y bajé las cejas con intención.

—Te esperaré en la cama.

El rubor en sus mejillas me provocó una enorme satisfacción. Aquella era una mala idea. Lo sabía antes de meterme en su cama, pero lo hice de todas maneras. Cuando se trataba de Ellie,

estaba claro que no era capaz de seguir mis propios consejos.

Me quité los vaqueros antes de acostarme, quedándome solo en calzoncillos. Cuando regresó del baño, con el cabello recogido en un moño alto, casi me atraganto. Estaba buenísima. La camiseta rosa, ceñida por completo a su cuerpo, estaba mojada en zonas como... el ombligo y el pecho. Cuando distinguí sus respingones pezones a través de la tela, me puse duro de inmediato.

A continuación, apagó la luz. Pero justo antes de que la habitación se sumiera en la oscuridad, alcancé a distinguir cómo esbozaba una sonrisa tímida. Mi corazón latía con fuerza contra mis costillas. Nunca había dormido con una mujer sin haber tenido sexo primero. Tampoco me había acostado nunca con una chica que fuera virgen. Había muchas primeras veces con Ellie.

—¿Estás cómodo? —susurró al tiempo que se introducía bajo las sábanas a mi lado.

Contesté con un quejido evasivo. A la cama no le pasaba nada, pero tenía una dolorosa erección. Me giré sobre un costado y la acerqué a mí en la oscuridad. Olía increíblemente bien, como a flores frescas o a frutas: quizá a una combinación de ambas. Separé sus labios con el pulgar antes de juntar nuestras bocas. Estar tan cerca de ella y no hacerla mía era una tortura, necesitaba aquello, al menos. Tenía un sabor delicioso, y no podía saciarme de ella lo suficiente. Profundicé el beso y descendí una mano por su cuerpo hasta ahuecarla en su culo. Subió una pierna encima de mí. Por instinto, empujé las caderas contra ella. Mi miembro rozó su clítoris. Gimió contra mi boca y me tiró del pelo. Su piel se erizó, y la pierna que me rodeaba temblaba.

Joder. Joder. No.

La aparté de mí, intentando recuperar algo de control. Acaricié con los dedos su muslo, y noté que tenía la piel de gallina.

—Vale. Los besos tampoco están permitidos —convine.

—Ian —susurró—. Podemos besarnos.

Le rocé los labios con los dedos y noté lo hinchados que estaban. No podía dejar de imaginármelos alrededor de mi miembro. *Controla el calentón, Gallagher.*

Sonreí, y le susurré al oído:

—Sé que podemos. Pero no es una buena idea. Ahora mismo, no. Buenas noches, Ellie.

—Buenas noches.

Se encogió en sí misma a unos centímetros de mí. El calor de su cuerpo llegaba hasta mí en oleadas. Su olor era embriagador. Quería saber exactamente qué era. Tan solo unos minutos más tarde, su respiración se ralentizó y me di cuenta de que se había dormido. Yo permanecí despierto durante lo que parecieron horas, pensando en todo lo que me había contado. Aunque Ellie intentó no darle mucha importancia, había una frase que no podía sacarme de la cabeza: *no iba simplemente a acostarme con un tío que me encontrara por ahí.*

El sexo era importante para ella. Esperar no era mi punto fuerte, pero lo haría por ella. Aunque estar tan cerca y no poder hacerla mía fuera una tortura.

Capítulo Ocho

Ellie

A la mañana siguiente, cuando me desperté, la cama estaba vacía. Lo primero que pensé fue que, después de todo, Ian se había marchado. Mi estómago se revolvió. Cogí el osito de peluche de la estantería que tenía sobre la cabeza y me quedé en la cama, aferrada a la manta, recordando la noche anterior, hasta que oí un ruido en la cocina. Me levanté tan deprisa que perdí el equilibrio. Mierda, seguía en casa. La felicidad se apoderó de mi cuerpo, recorriéndome de la cabeza a los pies. Seguía *en casa*. Quería quedarse el fin de semana y cuidar de mí. No me lo podía creer.

Primero fui al baño, me lavé los dientes con dentífrico de menta y me peiné antes de coger un ibuprofeno. Por suerte, no tenía dolor de cabeza ni me sentía mareada como después de la caída, pero aún así tomé el medicamento como medida preventiva.

También me lavé la cara y me apliqué crema facial para lucir fresca. Sabía que eso no cambiaría mucho mi apariencia, considerando que aún me sentía medio dormida y tenía los ojos ligeramente hinchados, por lo que no tenía sentido maquillarme. Llevaba puestos mis pantalones cortos de pijama de color rosa y una camiseta, así que en general, estaba bastante presentable.

Me dirigí de puntillas a la cocina, sonriendo al verlo frente a la encimera. Llevaba puestos unos vaqueros, pero no llevaba camiseta. Los músculos de su espalda eran impresionantes y sumamente atractivos. Había preparado un desayuno abundante, con tomates, queso feta y pan de hierbas, y parecía que se las había apañado para encontrarlo todo.

—Este es sin duda el mejor desayuno de la historia —dije, anunciándome. Se volvió hacia mí—. Ah, y se está poniendo aún mejor. Pensaba que tu espalda era increíble, pero esos pectorales, joder. Deberían venir con una señal de advertencia.

Sonrió.

—¿Cómo te encuentras?

—De maravilla. —Me acerqué a él de puntillas, deslizando mi dedo entre sus pectorales y luego por su tableta de chocolate—. Alguien me ha mimado como a una princesa.

—Y a ese alguien... ¿te gusta tenerlo cerca?

Me di un golpecito con el dedo en la barbilla y luego la froté teatralmente, como si aquello requiriera pensar mucho.

—Déjame pensar. Sí, sobre todo cuando se pasea sin camiseta. —Cogí una loncha de queso y noté que había una botella de champán sobre la encimera—. Vale, estoy bastante segura de que no tengo una botella tan cara. ¿Qué hace esto aquí?

—Lo pedí a *Dumond Foods* esta mañana. Pensé que podríamos celebrarlo.

—¿Qué? ¿Que fui al hospital? —pregunté.

—No. Que has superado tu periodo de prueba de dos semanas.

Me sorprendió que se acordara.

—Bueno. No había pensado en celebrarlo, pero sí, estoy emocionada.

—Lo consulté con el hospital y el personal me dijo que no puedes beber alcohol, así que compré champán sin alcohol.

Mis ojos se abrieron como platos. ¿Había llamado al hospital? No podía creer que fuera tan considerado. Me quedé en silencio mientras comíamos, saboreando el queso feta, los tomates y el pan. Ian no dejaba de sorprenderme. Henry hablaba de él como si fuera un picaflor e incluso un poco capullo. Bueno, en realidad, nunca había dicho eso; simplemente no era el tipo de persona ideal para una relación seria. Mi hermano siempre decía que Ian era un amigo leal... pero dudaba de sus cualidades como novio. Mientras estábamos de pie uno al lado del otro, junto a la

encimera, no pude evitar preguntarme... ¿podría ser un novio leal? ¿Acaso existía algún universo en el que siquiera considerara eso?

Empecé a reprenderme mentalmente. ¿Por qué pensaba así? No era que me fuera a quedar en Nueva York para siempre. En seis meses, me marcharía a Nueva Orleans para sumergirme en el mundo de la cocina criolla. La idea ya no me entusiasmaba tanto como cuando conseguí el trabajo, pero estaba segura de que solo era una etapa. Todo lo que aprendería en aquel programa de prácticas tendría un valor incalculable cuando finalmente abriera mi propio restaurante.

—¿En qué estás pensando? —preguntó.

—Que solo estaré aquí unos meses. —Apreté los labios, sin saber qué más decir. No quería que pareciera que estaba cuestionando el futuro de nuestra relación. Habíamos compartido cama, pero solo de una manera platónica, por el amor de Dios.

Su mirada se volvió seria:

—No hablemos de eso. De hecho, ya lo he apartado de mi mente.

Le miré fijamente, recuperando el aliento. No estaba segura de lo que eso significaba. ¿Se refería a lo que había dicho sobre querer ser el primero? Sabía que quería que lo fuera, pero no iba a centrarme en eso en ese momento. Tenía a un hombre muy sexy en mi cocina. Sería mío durante el fin de semana y planeaba aprovecharlo al máximo.

Cuando terminamos de desayunar, abrió la botella de champán. Mientras la vertía en tazas de café limpias (ya que yo no tenía ni idea de dónde estaban las copas de vino o de champán), le di un masaje en los hombros.

—¿Qué haces? —preguntó riendo.

—Quiero que te relajes. Estos hombros han trabajado mucho.

—¿Haciendo qué? ¿Sirviendo champán? Solo buscas una excusa para tocarme.

—Tienes razón. Es que estos músculos son irresistibles. Me piden a gritos que los acaricie. —Se dio la vuelta y me tendió una taza. Brindamos y luego bebí un sorbo. Estaba exquisito.

—Por superar el periodo de prueba —dijo, y luego añadió—: ¡Salud!

—Gracias. Tienes razón... no debería olvidarme de este logro tan importante.

—De vez en cuando es bueno hacer un balance de lo que has conseguido hasta ahora y disfrutarlo. Por lo general, la gente solo se limita a poner los ojos en el siguiente objetivo, olvidando lo que acaba de conseguir y dándolo por sentado al instante —comentó.

—Tú no eres de esas personas, ¿no? —pregunté.

—No. Jamás. Me siento muy agradecido por todo lo que mi hermano y yo hemos construido. Venimos de un entorno humilde.

—Dijiste que tus padres dirigían una estación de esquí, ¿verdad?

—Sí, así es —contestó, cogiéndome de la mano y llevándome al puf que yo llamaba sillón. Se sentó en él y me colocó sobre su regazo. Me contoneé, sonriendo cuando gruñó. Me gustaba sentarme sobre él—. Tuvimos una buena infancia, nos dieron todo lo que queríamos. Solo hubo unos pocos inviernos muy duros en los que no había nieve y apenas llegábamos a fin de mes. Recuerdo haber oído conversaciones de mis padres; se preocupaban por pagar la hipoteca y todo eso.

—Pero este modelo de seguros en el que estáis trabajando va a cambiar eso, ¿verdad? —pregunté, recordando la charla.

—Sí, eso es lo que pretendemos. Se va a lanzar a nivel nacional, así que va a llevar más tiempo del que esperábamos. Es algo único y requiere mucho esfuerzo, pero merece la pena. Vamos a conceder licencias de nuestro *software* a las compañías de seguros, pero tenemos que ajustarlo para que sea compatible con sus sistemas operativos.

Me encantaba oír lo que le impulsaba y lo que le motivaba. Una vez más, la imagen que tenía de Ian Gallagher estaba cambiando. Era un tipo al que le gustaba cuidar de su familia y de mí.

—No puedo creer que te quedes aquí para cuidar de mí.

—¿Por qué?

Me encogí de hombros.

—No sé. Nunca fui de armar un revuelo cuando estaba enferma, a menos que estuviera realmente mal. Simplemente no quería que se preocuparan, como tú ahora.

—No estoy preocupado. Todo irá bien, mientras yo esté aquí para cuidarte.

¿Acaso se daba cuenta de lo adorable que sonaba?

—¿Se lo has contado a tu familia? —preguntó.

—¡Ian! En serio. No quiero armar ningún revuelo. Pero hablando de familia, ¿ves mi teléfono? No quiero olvidarme de enviar el regalo. He investigado mucho para encontrar algo que le gustara de verdad.

—¿Qué le has comprado? —preguntó.

—A mi padrastro le gusta pescar, así que le he comprado un set de pesca. Pasé mucho tiempo en foros, tratando de averiguar cuál era el mejor, e incluso le pedí a mi madre que me enviara fotos de todos los sets que ya tiene para no comprar las mismas cosas.

—Eres demasiado adorable. Yo soy malísimo para los regalos. Cuando éramos niños, Dylan y yo hacíamos regalos horribles a nuestros padres. Nuestras hermanas siempre tenían algo perfecto para ellos. Les encantaba presumir de ello a esas dos.

Me reí, me encantaba escucharle hablar de su familia.

—Qué gracioso.

—La próxima vez que necesite comprar un regalo, te pediré ayuda.

—Claro, cuando quieras. No conozco mucho Nueva York, pero se me da muy bien conseguir cosas bonitas por Internet.

Bebí unos sorbos de champán. Ni siquiera se notaba que era sin alcohol.

Al levantar la vista hacia Ian, me sorprendió descubrir que me estaba mirando con mucha atención.

—¿Qué? —pregunté.

—Es que me gusta mirarte.

Mis mejillas se encendieron:

—Henry nunca mencionó que fueras tan bueno con las palabras.

—Hay muchas cosas que no sabes sobre mí. —Se acercó, acarició mi mejilla y me pasó el pulgar por el labio inferior. Aquel contacto me hizo estremecer—. Y yo tampoco sé mucho sobre ti. Disfrutaré explorándote.

Presionó mi labio superior con el pulgar, poniéndome completamente al límite, pero luego dio un paso atrás.

—Bueno, ¿qué vamos a hacer hoy? —pregunté—. Quería conocer Broadway y el Soho este fin de semana. Josie dijo que las primas de su marido tienen tiendas de lencería allí.

—Ellie. Las indicaciones del médico fueron que hicieras reposo.

—Pero pasear es hacer reposo.

Ladeó la cabeza, con una gran determinación en sus ojos. Sentí una oleada de calor.

—No lo es. Ya lo he comprobado esta mañana también. El reposo debe realizarse en casa.

Me derretí ante su preocupación y ese profundo tono barítono en su voz.

—Vale, entonces visitaré la tienda de lencería en otra ocasión. ¿Qué vamos a hacer? ¿Ver películas?

—Lo que te permita relajarte. —Acercándose, movió las cejas—. Incluso te ofrezco mi cuerpo.

Me eché a reír.

—Menudo sacrificio, ¿verdad?

—Oye, no vaciles. Quién sabe lo que querrás hacer con él.

—Cosas terribles —bromeé—. Terribles.

—Me parece bien.

—Espera, ¿hoy sí que nos podemos besar? ¿Y puedo decir palabras como polla? —No tenía ni idea de por qué era tan descarada cuando estaba con él.

Gruñó, acercándose más.

—¡Ellie! Ya te he dicho que no quiero precipitarme. No te mentiré, esto es nuevo para mí.

—¿Qué?

—Esperar. Pero merece la pena. Tú mereces la pena.

Dios mío. Me derretí al instante.

—Quiero que me conozcas —continuó, como si no acabara de hacerme papilla por dentro—. Que confíes en mí. Para que cuando por fin estemos juntos, sea increíble para ti.

Me rodeó la cintura con un brazo, levantándose del suelo unos centímetros hasta que estuvimos cara a cara. Entonces capturó mi boca, rozando mi lengua con la suya hasta que olvidé lo que pensaba y dónde estábamos. Todo se difuminó excepto él.

Besar a Ian me consumía por completo. El mero hecho de que me abrazara hizo que mi estómago se revolucionara. Sus fuertes brazos me estrecharon contra él y le rodeé con las piernas. Seguía derritiéndome, recordando el momento exacto en que dijo que quería quedarse a dormir la noche anterior. *Ay, Ellie, ya estás demasiado metida en esto.* Una duda apareció en mi mente: No estaba acostumbrado a esperar, él mismo me lo había dicho. ¿Y si se cansaba de esperar? Sin embargo, decidí apartar esos pensamientos al fondo de mi mente. Me sentía feliz de que estuviera a mi lado y me negaba rotundamente a empañar esa felicidad.

Capítulo Nueve

Ian

La semana siguiente fue una locura. El lanzamiento del “Proyecto Z” iba tan bien que necesitábamos programar reuniones estratégicas a diario. Y, además, tenía mis reuniones habituales con los clientes que ya integraban nuestra cartera. Me había quedado en casa de Ellie hasta el domingo por la noche, pero no la había visto desde entonces. Me sentía inquieto, así que cuando Dylan sugirió que fuéramos al gimnasio el miércoles antes de comer, ni siquiera lo dudé. Era una forma estupenda de desahogarme.

Isabelle también iría, así que se había convertido en una reunión de hermanos. Desde que se había mudado a Tarrytown con Brayden, solo se desplazaba a la ciudad dos o tres veces por semana.

Pasé una hora y media haciendo mi rutina de cardio y pesas, y luego me dirigí con Dylan a la sala de descanso. Me serví un vaso de zumo de naranja y noté que, a pesar del entrenamiento, seguía sintiéndome muy tenso. La sala de descanso vacía, incluso con su *snack bar* y su *Feng Shui* (o como quiera que lo llamara Isabelle) tampoco parecía tener ningún efecto relajante en mí.

—¿Qué hiciste el fin de semana pasado? —preguntó Dylan, sirviéndose agua con gas. Su novia, Mel, también estaba con nosotros. Era entrenadora en el gimnasio. Se habían conocido allí.

Me limité a gruñir, mostrando poco entusiasmo. Levantó una ceja.

—Oye, deja en paz a Ian —dijo Mel.

—Gracias, Mel. Por fin alguien que lo entiende.

—Voy a intentar hacerle entrar en razón en casa; pero ahora debo irme. Tengo un cliente esperando. —Nos envió un beso al aire a Dylan y a mí mientras salía de la sala de descanso.

—¿En serio no vas a decirme por qué has estado perdido todo el fin de semana? —preguntó Dylan justo cuando Isabelle se unía a nosotros.

—¿A qué se debe esa expresión de desconcierto, Dylan? —preguntó ella.

Mi hermano se encogió de hombros.

—Solo intento averiguar qué se traía Ian entre manos el viernes.

Isabelle batió las pestañas:

—¡Ah, eso! Pues yo ya lo sé.

Dylan hizo un movimiento repentino hacia atrás, casi derramando agua con gas de su vaso.

—¿Cómo lo sabes? Ni siquiera has investigado. ¿Ahora puedes leer la mente?

Isabelle movió las cejas, mirándome:

—Déjame adivinar. Fuiste al hospital, te pusiste en plan caballeroso y llevaste a Ellie a su casa.

Asentí.

—Eso sigue sin explicar lo que hizo durante todo el fin de semana. Lo llamé siete veces, y me ignoró.

Puse los ojos en blanco.

—Eso es porque justamente era *fin de semana*. Algunos no trabajamos todo el tiempo.

Mi hermana se sobresaltó.

—Espera un momento. ¿Todo el fin de semana?

Dylan lo confirmó asintiendo.

—Ala, ¿has pasado todo el fin de semana con Ellie? —preguntó.

—Sí —respondí—. Tenía un traumatismo por una caída y su compañera de piso estaba fuera de la ciudad. No quería que se quedara sola.

Isabelle me miró fijamente durante un par de segundos, y de inmediato supe que mi explicación no serviría de nada. Cuandoladeó la cabeza, sonriendo con picardía, obtuve mi confirmación.

—Ya. ¿Eso significa que de alguna manera te caíste en su cama y no te volviste a levantar?

—No ha pasado nada —insistí.

Isabelle levantó una ceja.

Sonreí a Dylan.

—¿Ves? Así es como debes interrogar a alguien si quieres sacarle respuestas de verdad.

—Oye, ella tenía información privilegiada. Eso no es justo.

—Es verdad —admití.

—Entonces, ¿qué significa esto? —preguntó Isabelle.

Me pasé una mano por el pelo, encogiéndome de hombros.

—Que Henry me va a partir la cara cuando se entere.

Isabelle y Dylan intercambiaron una mirada.

—¿Es mi imaginación o a nuestro hermano le gusta mucho Ellie? —preguntó Isabelle.

—Me reservo mi opinión hasta que tenga más información —repuso Dylan.

Alterné mi mirada entre los dos. ¿Me estaban tomando el pelo?

—¿Alguno tiene algún consejo útil? —pregunté.

Mi hermano me dio una palmada en el hombro.

—Te gusta la hermana de tu mejor amigo, que se quedará en la ciudad durante medio año. ¿Es así?

—Sí.

—Pues entonces estás jodido.

—Gracias, tío, eso me ayuda un montón.

—Me voy a la ducha —dijo Dylan—. Os dejo para que cotilleéis.

Cuando se marchó, miré a Isabelle.

—Vale, tú sueles tener buenas ideas y nunca paras de hablar. ¿Por qué estás tan callada ahora?

—Estoy intentando encontrar el enfoque adecuado.

—Mujer, haces que todo esto parezca una ciencia.

—Puede que lo sea —dijo.

Mi hermana era una gran psicóloga, y a mí no me hacía mucha gracia reconocer que me encontraba en terreno escabroso.

—¿Qué quieres, Ian?

—A Ellie —afirmé sin vacilar.

—Pues entonces sácala a pasear. Haced cosas de pareja.

Fruncí el ceño.

—¿Puedes explicarte mejor? Las *cosas de pareja* no son lo mío.

—Sí, pero antes déjame señalar que no te has inmutado ante la palabra “pareja”. Eso es un progreso.

Me encogí de hombros, frotándome la barbilla. Nunca había entendido lo que les gustaba a mis hermanos y amigos de estar en pareja, pero había experimentado una faceta de la vida que no había sentido antes de pasar el fin de semana con Ellie. Disfruté relajándome con ella durante

todo el día, escuchando todo lo que quería compartir, algo que además me permitió hacerme una idea de quién era.

—No creo que Henry se enfade porque paséis tiempo juntos —comentó ella.

Levanté una ceja.

—Era mi colega de fiestas en la universidad, Isabelle.

Mi hermana hizo un gesto de preocupación:

—Vale. Entonces, puede que le moleste. Pero no te lo pienses demasiado, Ian. Sigue tus instintos.

Me pareció un buen consejo. Pensé en las palabras de Isabelle mientras volvía a la oficina. Tenía una llamada con uno de los clientes que menos me agradaba, Bill. Duró cuarenta y cinco minutos y, cuando terminó, no estaba de muy buen humor.

Saqué el teléfono, marqué el número de Ellie y al instante sentí que la tensión desaparecía de mis hombros.

Ellie

Me encantaba volver a estar activa y en la cocina, trabajando sin parar. Un miembro del personal estaba ocupándose de cortar todas las verduras por mí, pero aún me quedaba mucho que cortar antes de poder preparar mis ensaladas.

Nadie parecía prestarme atención, lo cual era bueno, considerando que el viernes anterior me había sentido un poco tonta y bastante culpable mientras todos estaban preocupados por mí. Me resbalé con un trozo de lechuga que se me había caído y me pilló por sorpresa; lección aprendida. Me aseguraría de mantener el suelo más limpio en adelante. No obstante, me gustó que Ian me mimara durante todo el fin de semana. Me hizo sentir muy especial e importante, algo a lo que yo no estaba acostumbrada.

Mi vida era muy solitaria, y tenía vagos recuerdos de haber estado enferma de niña. Mis padres solían mimarme, pero después del divorcio, mi madre estaba tan abrumada con el trabajo a jornada completa que yo intentaba no quitarle demasiado tiempo. No quería sobrecargarla. Así que, cuando tenía un resfriado o algo por el estilo, intentaba no darle mucha importancia. Sin embargo, si tenía algo grave y necesitaba ir al médico, evidentemente se lo decía. Mamá cuidaba muy bien de mí cuando se lo pedía, pero no se lo pedía a menudo. Quería que se preocupara lo menos posible por mí. Por eso, el fin de semana con Ian había sido como vivir la vida de otra persona.

De repente, mientras terminaba de emplatar tres ensaladas, sonó mi móvil y le eché un vistazo. Mi padrastro me había enviado un mensaje de agradecimiento. Le había mandado su regalo con entrega rápida el domingo, y lo entregaron antes. Sonreí y le respondí con un emoji de corazón.

Una ligera sonrisa se dibujó en mis labios al recordar la sorpresa de Ian cuando hablamos del tema de los regalos. *Debía* dejar de fantasear con aquel fin de semana. No habíamos hecho más planes y no quería preocuparme demasiado por lo que eso pudiera significar. Tal vez Ian pensara que debíamos volver a ser amigos. Se me encogió el corazón al pensarlo. Tenía que dejar de sopesar nuestro fin de semana, porque cada vez que lo hacía encontraba más motivos para sentirme cautivada por él.

—Ellie, cinco ensaladas, sin nueces. Alérgica.

—Vale, estoy en ello —confirmé, prestando especial atención al pedido específico. Cada vez que alguien con alergia pedía algo, cambiaba mis guantes, el cuchillo y la tabla de cortar. En definitiva, prácticamente todo. No se trataba solo de evitar poner frutos secos; todo podía tener trazas de lo que había utilizado anteriormente y era necesario cambiarlo por completo.

Mi teléfono volvió a sonar mientras me concentraba en las ensaladas. Sonó dos veces seguidas, así que supuse que mi padrastro quería charlar un poco más. Cuando terminé de preparar las ensaladas y Raúl se las llevó a los comensales, miré el móvil. Mierda, no era un mensaje de mi padrastro. Era de Ian.

Ian: ¿Cuándo es tu próximo descanso? Quiero hablar contigo.

Vale. Inspira, espira, *Ellie. Inspira, espira*. Bueno, eso no ayudó en nada ya que así, sin más, estaba pensando de nuevo en el fin de semana, derritiéndome una vez más. Miré el reloj y respondí.

Ellie: Tengo un descanso en veinte minutos.

Ian respondió al instante.

Ian: Llámame cuando estés sola.

Ellie: ¿Qué tipo de llamada será que necesitas que esté sola?

Ian: De las que te hacen sonrojar.

Dios mío. Ya me estaba ruborizando. Notaba cómo se me calentaban las mejillas.

Por suerte, como estaba en la cocina, la mayoría del personal estaba sonrojado por el alocado ritmo al que nos movíamos y el calor de los hornos.

Ellie: Bueno, me aseguraré de estar sola. Pero será mejor que cumplas tu palabra. No quiero tomarme la molestia de buscar un espacio privado para nada.

Ian: Que comience el juego.

¿Adivináis qué fue lo único en lo que pude pensar durante los siguientes veinte minutos? Efectivamente, en mi llamada con Ian. Intenté imaginar cómo iría. Quizá quería hablar de volver a ser amigos, pero había mencionado que me haría sonrojar, así que eso parecía estar descartado.

Diecinueve minutos después, corrí a la despensa. Sí; *corrí*, no caminé. Solo tenía cinco minutos de descanso y no quería perder ni un segundo.

Podría haber ido a la sala de descanso del personal, pero lo más probable es que me topara con algún compañero, e Ian dijo que iba a hacerme sonrojar. No quería arriesgarme a que alguien nos oyera. Hacía un frescor agradable en la despensa porque tenía aire acondicionado, y sabía que mis compañeros rara vez entraban allí. Normalmente, sacábamos lo que necesitábamos por la mañana para tenerlo a mano.

Le llamé enseguida, apoyándome en la pared.

—Ellie —respondió con su profunda voz de barítono, lo que me hizo estremecer.

—Hola —repliqué. Mi voz sonó muy aguda. Me llevé una mano al estómago, intentando controlar mi respiración para no hacer el ridículo.

—¿Cómo estás? —Quiso saber. ¿Esa era su primera pregunta? ¿Acaso quería hacerme derretir? No era justo. ¿Cómo iba a sobrellevar la situación?

—Estoy bien. Me siento como nueva.

—¿Hasta qué hora trabajas hoy?

—Hasta las seis, como siempre.

—¿En tu primera semana luego del accidente?

Estaba segura de haber escuchado un gruñido. La vena protectora de su voz no ayudaba a evitar que me dieritiera.

—Sí. Como he dicho, me encuentro estupenda. Incluso fui a hacerme un chequeo y todo está bien. No vi ninguna razón para no incorporarme a tiempo completo.

—Me gustaría verte esta tarde. Salgamos a algún sitio.

—Ah... —No sabía qué decir—. Vale.

—No pareces muy convencida. —Su voz tenía un tono diferente.

—No, no es eso. O sea, sí que quiero salir. Solo me pregunto si quieres que salgamos como amigos o...

—Ellie, te he dicho que voy a hacer que te ruborices. ¿En serio crees que sería posible que fuéramos solo amigos?

Me reí con nerviosismo, encogiéndome de hombros aunque él no pudiera verme.

—No sé cuál es tu definición de amistad. O de rubor.

—Lo primero que haré cuando te vea será besarte hasta que te mojes por mí.

¡Madre mía! Apreté los muslos, ya hiperventilando.

—Eso sí que es una promesa —susurré.

—Y la cumpliré.

En lugar de pensar en el fin de semana durante el resto del día, pensé en nuestra próxima velada. ¿Era un progreso? Ni siquiera podía estar segura.

Capítulo Diez

Ellie

Prácticamente troté hasta casa después del trabajo, ansiosa por dedicar el máximo tiempo posible a arreglarme. Al llegar, encontré a Harper en el salón, como siempre. Por primera vez, observé que estaba viendo Netflix y no corrigiendo trabajos o inmersa en algún proyecto de manualidades.

—Hola, compañera de piso —saludé.

—Oye, ¿te apetece salir a cenar?

—Hoy no puedo, he quedado con Ian, y no estoy del todo segura, pero creo que es una cita. Se enderezó.

—¡Por fin! Tienes que tirártelo. Está demasiado bueno para seguir siendo solo amigos. Sonreí.

—La verdad es que está buenísimo. No sé qué ponerme —dije con sinceridad.

—En caso de duda, vístete para una cita —dijo Harper con convicción.

Me reí.

—Estaba pensando lo mismo.

Decidí ponerme un vestido rojo de cachemira. Era cálido y muy cómodo, uno de mis conjuntos favoritos. Fue una ganga que compré en una tienda de segunda mano el verano anterior. Era sencillo, pero se ajustaba a mis curvas como ninguna otra prenda. Lo combiné con botines de tacón alto, y también me puse unas medias. Eran *nude*, por lo que apenas se notaban a menos que alguien estuviera muy cerca, pero las necesitaba debido al frío viento que había llegado en octubre. Además, me puse un abrigo blanco. Aunque no era impermeable, esperaba que el clima nos favoreciera o que no tuviéramos que caminar mucho.

—Estás guapísima. Me encanta tu estilo —comentó Harper—. Pareces salida de una película.

—Gracias. La verdad es que compro todo en rebajas o en tiendas de segunda mano.

—¿De verdad? Yo nunca encuentro nada allí.

—Tengo mucha práctica, y también se pueden encontrar muchas joyas. A veces no entiendo por qué la gente las regala, porque son muy bonitas. Pero oye, su pérdida es mi ganancia.

El timbre sonó a las siete en punto.

—Haz como si no estuviera aquí —dijo Harper antes de desaparecer dentro de su habitación. Me abroché el abrigo y abrí la puerta. Ian dio un enorme paso atrás, mirándome de arriba abajo. Casi podía jurar que me estaba escudriñando a través de mi abrigo. Había arreglado mi pelo en sedosos rizos y me había puesto unos pendientes largos que realzaban mi *look*. Eran muy sexys, al igual que mis botines.

Cerré la puerta principal y al segundo siguiente Ian me besó, apretándome contra él. ¡Dios mío! Menos mal que no llevaba pintalabios. Exploró mi boca hasta que sentí su beso en cada célula de mi cuerpo, como si me estuviera besando por todas partes. Contraí los músculos de los muslos y la barriga. Cuando se apartó, le dije:

—Esa es la mejor forma de saludar.

—Y de hacer que te mojes. —Me separó las piernas con la rodilla, capturando mi mirada con la suya.

—Ni lo confirmo, ni lo desmiento —Infundí mi voz con un descaro desbordante.

—Lo comprobaré más tarde. Y seré muy minucioso.

—¿Qué vamos a hacer? —pregunté, necesitando cambiar de tema antes de terminar de derretirme—. ¿Adónde tienes pensado llevarme?

—¿Adónde quieres ir?

—Humm... ¿por qué no me sorprendes? Llévame a algún sitio de *tu* elección.

Me miró fijamente, como si intentara descifrar algo.

—Conozco el lugar adecuado.

Media hora más tarde, estábamos sentados en uno de los bancos de madera del mirador de Battery Park, observando el puerto de Nueva York. El aire estaba impregnado de humedad y las gaviotas volaban en círculos. Disfruté enormemente de la vista.

—Me encanta este sitio —comenté.

—Me transmite paz.

—Entiendo por qué. —Que Ian me llevara a aquel lugar tan especial para él me hizo muy feliz.

Inmediatamente me atrajo hacia su regazo, provocándome una risa espontánea.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—No has tardado nada en hacer esto.

—Es la mejor manera de mantenerte caliente —dijo con seriedad.

—Ya veo. Muy caballeroso de tu parte.

Frotó sus manos por mis brazos antes de desabrochar un par de botones de mi abrigo.

—¿Acaso estás desvestiéndome para mantenerme caliente? —desafié, luchando contra la risa.

—No te estoy desvestiendo. Solo quería desabrochar estos botones para poder hacer esto. —Apoyó las palmas de las manos en mi cintura. Sentí que mi temperatura corporal aumentaba en cuanto me tocó, por lo que tal vez su teoría fuera un poco cierta.

—Ian... ¿qué estamos haciendo exactamente? —indagué.

Su mirada se volvió seria:

—Disfruto contigo, Ellie. Cuando no estoy contigo, no dejo de pensar en ti. Te seré sincero: No tengo ni idea de lo que estoy haciendo, no se me dan bien las relaciones. Ni siquiera lo he intentado antes, y sé que pronto te irás a Nueva Orleans, pero hasta entonces... eres toda mía.

Rocé sus labios con mis dedos, considerando sus palabras. Me gustaba que fuera tan abierto, no quería pensar en el futuro más que él. Por lo general, me emocionaba pensar en mi próximo destino y explorar la ciudad a fondo, pero en esa ocasión, no era así.

—Me gusta cómo suena eso.

—¿Qué sentiste durante el fin de semana?

—Me sentí muy feliz —dije con total sinceridad—. La forma en que me cuidaste, ya sabes, no estoy acostumbrada... —Sus ojos se llenaron de interrogantes y me pregunté si había hablado de más y si lo estaba asustando.

—¿Qué le vamos a decir a Henry?

Lo consideré durante unos segundos.

—No estoy segura. La verdad es que ni siquiera sabría por dónde empezar.

Ian asintió.

—Es mi mejor amigo. Tal vez sea capaz de leer entre líneas.

Me contoneé en su regazo y volví a colocar sus manos sobre mi cintura.

—Bueno, si lo hace, ya nos ocuparemos de resolverlo. Ahora no estoy de humor para escuchar un sermón sobre cómo acabaré herida y...

—¡Ellie!

Me sobresalté ante la urgencia en su voz. Retiró una mano de mi abrigo y la apoyó sobre mi mejilla.

—No puedo prometerte mucho, pero que sepas esto. No te haré daño, ¿vale? No lo haré.

—Te creo —dije con aire risueño, aunque mi pecho se llenara de un cálido nerviosismo—. Pero puede que Henry no...

Gruñó.

—Es verdad, puede que no. Pero es un buen hermano, solo está intentando protegerte y quiere lo mejor para su hermana: un hombre que cumpla todos los requisitos.

No me agradaba que mencionara a otro hombre en mi vida. No quería pensar demasiado en lo que vendría después de Nueva York. Después de Ian.

—¿Vienes aquí a menudo? —pregunté, tratando de cambiar de tema.

—Probablemente una o dos veces al mes, cuando tengo un día estresante y necesito relajarme. Me recuerda un poco a mi tierra.

—¿Montana?

—Sí.

—¿Por qué? No es que sea precisamente verde.

—No está lleno de gente. Me encanta Nueva York, pero también me gusta la tranquilidad y el espacio, y eso no es fácil de encontrar en la ciudad.

—Podrías mudarte a Tarrytown, como Isabelle. Lo busqué en Google después de que lo mencionaras. Al menos en las fotos parece increíble.

—Puede que algún día lo haga —respondió con cierta indiferencia—. Pero por ahora, prefiero quedarme en Manhattan.

—A mí también me encanta, es un lugar apasionante. Y la escena gastronómica es, sin duda, la mejor del país.

—Entonces, ¿por qué elegiste un programa de prácticas con rotación? ¿Por qué no solicitas un trabajo fijo aquí?

—Por un par de razones. Aunque Nueva York alberga muchos restaurantes con estrellas *Michelin*, conseguir trabajo aquí es extremadamente difícil.

—¿Y la otra razón? —preguntó.

—Ah, sí. Bueno, el hecho de que el programa cuente con rotación me ayuda a ganar más experiencia. Normalmente, si trabajas con un *chef* durante muchos años, aprendes su estilo. Yo quiero desarrollar el mío propio, por eso busqué un programa así.

Ian me miró atentamente, pero no dijo nada más durante unos segundos.

—Entonces, ¿después de terminar este programa, buscarás otro?

—Aún no lo he pensado. Ya veré. He visto algunos programas que se llevan a cabo en distintos continentes: uno incluso incluía una experiencia de un año en Tokio.

—¿En Tokio? —Frunció el ceño como si no estuviera seguro de haberme entendido.

—Sí. ¿Sabías que tiene la mayor densidad de restaurantes *Michelin* del mundo?

—No, no lo sabía.

—Es el sueño de muchos, pero no estoy segura de querer viajar tan lejos. Ya veremos. El inconveniente de todos estos programas de prácticas es la paga, la verdad. Es una fracción de un salario normal, y no sé cuánto tiempo querré tener compañeros de piso y vivir de una manera tan austera.

Hubo un momento de silencio. Me pregunté en qué estaría pensando.

—Nunca me ha apasionado lo que hago como a ti —afirmó al cabo de un rato.

—¿En serio? —Me sorprendió—. Supuse que te dedicabas a la programación porque te gustaba.

—Me gusta, sobre todo porque se me da muy bien, pero no me apasiona. Sin embargo, hace unos años, Dylan tuvo la idea de montar un negocio, y yo no quería que asumiera todo ese riesgo

él solo. Así surgió *Gallagher Solutions*.

Vaya. Aquel hombre era increíble.

—¿A qué viene esa mirada? —preguntó.

Intenté suavizar mis facciones.

—No sé de qué me estás hablando.

—Claro que lo sabes.

Encogiéndome de hombros, acerqué mi boca a su oído.

—Es mejor que no conozcas todos mis secretos.

Se apartó unos centímetros, mirándome directamente a los ojos. Me sujetó ligeramente la mandíbula y acarició mis labios con sus dedos.

—Entonces los descubriré. Uno a uno. Soy muy paciente.

Su voz era tan sensual que ni siquiera sabía qué hacer conmigo misma. Necesitaba una distracción. Me acomodé en una posición que me facilitara contemplar nuestro entorno.

—Esto es tan tranquilo —murmuré—. Siempre me ha gustado estar al aire libre. En casa, me pasaba horas leyendo en el jardín. Cuando mis padres aún estaban juntos, era el lugar donde iba cada vez que empezaban a discutir. Henry tuvo suerte. Al ser mayor, pasaba mucho tiempo en casa de sus amigos, pero yo no. —Me había sentido muy sola sin mi hermano, especialmente cuando se marchó a la universidad.

—¿Mejoraron las cosas cuando se divorciaron?

—Más o menos. Ya no había tantas peleas, pero mi madre estaba muy triste. No sé si era depresión o no, pero no era la de siempre. A veces incluso conducíamos hasta donde vivía la *otra* mujer para poder comprobar si el coche de mi padre estaba aparcado allí.

Se me revolvió el estómago al recordarlo. También recordé que en esas ocasiones me aferraba al asiento y que mi corazón latía tan deprisa que podía oírlo en mis oídos.

Ian frunció el ceño.

—¿Y nunca le dijiste que te molestaba?

—No, no quería herir sus sentimientos, y ella no tenía a nadie más con quien hablar. Creo que se sentía avergonzada, como si los demás pudieran juzgarla o algo así. No lo sé.

—¿Y tu padre?

—No lo veía mucho. Normalmente los fines de semana o durante las vacaciones. Solía esperar delante de casa a que me recogiera para que mi madre no lo viera. Se ponía frenética cada vez. Creo que también estaba un poco enfadada porque yo seguía queriendo pasar tiempo con él a pesar de las cosas que me contaba. Una parte de ella esperaba que yo estuviera demasiado enfadada para querer volver a verlo.

Recordar aquellos duros años siempre me entristecía, pero compartirlo con Ian de alguna manera me hacía sentir más aliviada.

—Qué duro.

—Fue un momento muy difícil para ella. No la culpo. Lo hizo lo mejor que pudo, y ha cambiado mucho desde entonces.

—¿Y tu padre se casó con la mujer con la que salía después del divorcio?

—No, rompieron. Poco después conoció a su actual esposa. Todos acabaron encontrando su equilibrio con el tiempo. Pero no hablemos más de ellos. Disfrutemos del lugar increíble en el que estamos.

Un zumbido llamó mi atención. Ian sacó el teléfono del bolsillo y, aunque no quería mirar, la pantalla estaba justo a mi lado.

¿Te apetece tomar algo y divertirte en la cama?

Me quedé helada. Ian refunfuñó. Apartó la vista de la pantalla para dirigirla hacia mí. Intentaba poner cara de póker, pero sentí un nudo en la garganta.

—¿Lo has visto?

Asentí, sin saber qué decir. El corazón me latía con fuerza en la caja torácica.

—Es alguien con quien me enrollé hace meses un par de veces, nada más.

—Vale. —Mi ritmo cardíaco se intensificó de nuevo. Sentía que estaba a punto de salirse de mi pecho—. Entonces, ¿qué vas a contestarle?

—Que no, por supuesto.

Sentí un gran alivio. Todo mi cuerpo pareció más ligero. Ian debió de notar ese cambio, porque se volvió hacia mí y apoyó sus manos en mi cara.

—Ellie, ¿pensabas que me acostaría con otra?

—No, o sea... No tengo experiencia en esto, y nunca hemos hablado de ello. —Contesté rápidamente. Mi voz sonaba algo quebradiza.

—Quiero que te quede muy claro que no pienso en nadie más. Solo en ti. ¿Lo entiendes?

Volví a asentir. Una sonrisa apareció en mi cara por sí sola, y se fue extendiendo hasta que la cara comenzó a dolerme, literalmente.

—Me alegro de que sea así —confesé, sintiéndome un poco tonta—. Bueno, hablemos de otra cosa. ¿A Dylan también le gusta venir aquí?

—Siempre vengo aquí solo —dijo.

—Gracias por compartir este lugar conmigo.

—Es nuestro secreto.

Simulé cerrar una cremallera sobre mis labios.

—No se lo diré a nadie.

Sentí mariposas revoloteando por mi vientre. No podía creer que yo fuera la primera a la que había llevado allí. Aun así, la inquietud me carcomía por aquel mensaje. Con lo atractivo que era, imaginé que recibía muchos. ¿Y si se había cansado de esperarme? Me mordí el labio y traté de apartar esa idea de mi mente. Había compartido aquel lugar —y una parte de sí mismo— conmigo. Eso significaba algo y me llenaba de una inmensa alegría.

Normalmente siempre estaba planeando la siguiente etapa de mi vida, pero por primera vez, era feliz justo donde estaba.

Capítulo Once

Ian

—¿Has pensado alguna vez en hacer otra cosa que no sea programación? —pregunté a Dylan dos semanas después, mientras revisábamos un frustrante informe sobre fallos repetidos en la solución de *software* que proporcionábamos a un importante cliente.

Levantó la vista de su informe y arqueó una ceja.

—No. ¿Y tú?

—No, no de manera seria. Pero a veces me pregunto si hay algo más ahí fuera que pudiera gustarme más. No puedo evitar sentirme un poco inquieto a veces.

Pasar tiempo con Ellie estaba empezando a influir sobre mí. No me cansaba de escuchar la pasión en su voz cuando hablaba del restaurante que planeaba abrir algún día. Yo nunca había tenido una pasión que seguir. Me dediqué a la programación de *software* solo porque se me daba muy bien, pero no podía asegurar que fuera la carrera de mis sueños. No tenía ninguno. Pasar tiempo con ella me hacía plantearme cosas nuevas, hacerme preguntas que nunca me había hecho. Verla ir tras lo que quería con tanta determinación me resultaba inspirador.

—¿A qué viene todo esto? —preguntó, apartando el informe a un lado. Yo hice lo mismo. Habíamos dedicado toda la mañana a ello y probablemente pasaríamos el resto del día resolviendo problemas. Podíamos permitirnos un breve descanso.

—Cada vez que Ellie habla del restaurante que abrirá algún día, caigo en la cuenta de que nunca me ha apasionado nada. No de esa manera.

Dylan se encogió de hombros:

—A Isabelle le pasa lo mismo. Su profesión de psicóloga es más que un trabajo. No sé si alguna vez querré hacer otra cosa, pero si tú quieres, seguramente podamos encontrar una solución.

Sabía que mi hermano siempre me cubriría las espaldas, y no iba a defraudarle.

—Es pura palabrería —dije—. ¿Quieres volver al informe?

Dylan me mostró una sonrisa burlona. Lo señalé, diciendo:

—A juzgar por ese gesto, la respuesta es no.

Entrelazó sus manos en la nuca:

—¿Qué otras preguntas que pueden cambiarte la vida te está haciendo plantearte la hermana pequeña de tu mejor amigo?

Me eché a reír y di pequeños golpecitos con los dedos en el escritorio. Sí, me lo merecía. Me reí tanto de Dylan cuando empezó a salir con Mel que todo aquello estaba más que justificado.

—Te mueres de ganas de saberlo, ¿no?

—Así es. Es fascinante verte pasar por este cambio.

—¿Qué cambio? —pregunté sin comprender.

Dylan empezó a contar con los dedos de la mano derecha.

—Veamos. Uno: llevas más de una semana saliendo con la misma mujer. Eso es un récord. Dos: estás pasando tiempo con ella, no es solo sexo. —Me pregunté qué diría si le contaba que la había llevado al mirador, pero decidí no hacerlo. No tenía por qué saberlo todo. Algunas cosas eran privadas, incluso en mi familia—. Y ahora, al cabo de solo unas semanas, te estás cuestionando tus decisiones de vida. Estoy intentando imaginar qué va a pasar dentro de unos meses —concluyó.

—Nada —aseguré—. Estará en otra ciudad, completando la siguiente etapa de sus prácticas.

Las palabras me resultaron amargas. Dylan entrecerró los ojos.

—¿Por qué me miras así? —desafié.

—Estoy intentando comprender algo. Pero me supera. Dejaré que Isabelle se encargue de lo más peliagudo.

Estaba totalmente confundido.

—¿De qué estás hablando?

—No sé cómo explicarlo. Pero oye, hablando de Isabelle, ella y Josie ya están buscando un regalo.

—¡No me jodas! ¿Vamos a seguir compitiendo?

—Nunca hubo competición. Nuestras hermanas ganan por defecto.

—Esta vez no.

—¿Por qué no?

—Porque contaremos con la ayuda de Ellie.

Los ojos de Dylan se abrieron de par en par. Abrió la boca, pero volvió a cerrarla sin decir nada. Fue la primera vez que lo hacía.

Cuando salió de la oficina, le envié un mensaje a Ellie.

Ian: Dylan y yo no tenemos ni idea de qué comprar a mis padres por su aniversario. Necesitamos ayuda. ¿Te apuntas?

Ellie: Sí.

Sonreí solo de imaginarme su enorme sonrisa en ese instante.

Ian: ¿Quieres venir a mi piso?

Ellie: Señor Gallagher, le gusta vivir en el peligro. Apenas podemos evitar meternos mano con Harper presente. ¿Cómo conseguiremos aguantar estando solos?

Ian: Tengo fe en nosotros.

Ellie: Yo no.

Me reí, aunque en cierto modo estaba de acuerdo con ella. Estar completamente solo con Ellie *era* peligroso. Aunque mi piso solo tenía un dormitorio, era más espacioso que el suyo. Me caía bien Harper, pero quería pasar tiempo a solas con Ellie. La quería solo para mí. Me reí entre dientes, imaginando lo que diría Dylan si supiera que Ellie y yo ni siquiera nos habíamos acostado. Probablemente diría que ya ni siquiera me reconocía. Apenas yo lo hacía, pero quería que Ellie estuviera preparada. *Ella* era la importante en aquel escenario.

—¿Por qué estamos haciendo una lista? —pregunté a Ellie aquella tarde, perplejo.

—Porque necesito hacerme una idea de lo que les gusta a tus padres.

Ellie estaba tumbada boca abajo en mi sofá, con las piernas flexionadas y los pies en alto. Se había recogido el pelo con un lápiz. Tenía otro lápiz en la mano, garabateando a toda velocidad todo lo que le decía, que no era mucho. Hasta ese momento, había mencionado *su casa, Montana, la barbacoa y la Navidad*.

No era precisamente un gran observador. Algunos detalles pasaban desapercibidos para mí.

—¿Haces listas para todo? —pregunté.

—Suelo hacer tableros de visión. —Sonrió con timidez—. Soy una persona visual, así que pienso mejor en imágenes.

—Eso parece... lo contrario de cómo funciona mi cerebro. Pienso en líneas de código y números. Eso explica los atroces regalos que hago. Entonces, ¿para qué usas los tableros?

—¡Ja! Para todo, sinceramente. Por ejemplo, para pensar en el aspecto que debería tener el restaurante de mis sueños, desde la arquitectura hasta la carta, mi diseño favorito para una casa,

ropa...

Ellie me resultaba fascinante. Era tan vibrante y llena de vida, una auténtica soñadora. Además, me hacía plantearme cosas en las que nunca había pensado, cosas que había descartado toda mi vida, como pasar una noche tranquila en mi piso con ella. Las palabras de Dylan resonaron en mi mente. *Es fascinante verte pasar por este cambio.*

El cambio era algo positivo, ¿verdad? Aunque fuera temporal. Cuando se marchara de Nueva York, mi vida volvería a ser la misma de siempre. No me gustaba pensar en ello.

—¿Podemos llamar a Dylan? —preguntó con una sonrisa.

—Claro. —Cogí el teléfono, llamé al número de mi hermano y lo puse en altavoz.

—¿Qué tal! Estás en el altavoz, Ellie te está escuchando —dije en cuanto contestó.

—¡Hola, Ellie! —saludó Dylan—. Encantado de conocerte.

—Igualmente. Creo que te vi una vez cuando fui a Washington, pero ya han pasado bastantes años de eso —comentó Ellie.

—Vaya, no te recuerdo en absoluto, pero estoy deseando conocerte en persona. ¿A qué viene la llamada?

—Ian y yo estamos pensando qué regalar a tus padres. Estoy haciendo una lista de cosas que les gustan, y no es muy larga que digamos.

—¿Estás haciendo una lista? Qué detallista. —Parecía atónito.

—Échanos una mano. ¿Qué les gusta a tus padres?

—Montana. Barbacoa... —respondió Dylan inmediatamente. Apenas pude contener la risa. Ellie refunfuñó.

—Eso ya lo tengo. Así como su casa y la Navidad. ¿Algo más?

Dylan no respondió. Si hubiéramos estado en la misma habitación, estaba seguro de que me miraría desesperadamente en busca de ayuda. Por eso le había llamado.

—Sinceramente, ni idea —dijo en último término.

Ellie no paraba de morder el lápiz.

—Vale, trabajaré con lo que tengo.

—Entonces... ¿Cuál es el plan, chicos? ¿Hacer una lluvia de ideas mientras disfrutáis de una cena en la ciudad? —preguntó Dylan.

—Eres tan obvio, hermano —repliqué. Ellie me miró sorprendida. Mi hermano se rió.

—Estamos en mi piso. Y ya que no estás ayudando...

—¡Ah, vale, los dejo solos entonces! —dijo rápidamente—. Ha sido un placer conocerte, Ellie. Aunque haya sido por teléfono.

—Igualmente —contestó.

Después de que la llamada se desconectara, clavó sus ojos en mí.

—¿Qué ha sido eso?

—Mi hermano estaba buscando información —expliqué—. Hace poco le dije a Dylan que no estaba seguro de que la programación fuera algo que me apasionara. Se quedó intrigado. Sobre todo cuando le dije que pasar tiempo contigo me está haciendo plantearme todo tipo de cosas.

Sus ojos se abrieron de par en par, sorprendida, pero percibí que estaba contenta.

—¿A qué otra cosa te gustaría dedicarte?

—Ese es el punto, ni siquiera lo sé. Pero me gusta la empresa que he construido con mi hermano, así que no tomaría ninguna decisión drástica que pudiera decepcionarle.

—¿Por qué piensas eso? —preguntó ella, con cara de rechazo. Hablar con ella resultaba sorprendentemente fácil.

—Durante la universidad, él fue siempre el hermano más serio. Yo no me tomaba casi nada con seriedad. Incluso todos estos años después, a algunos de nuestros socios no les gusta que sea tan relajado.

—¿Acaso existe alguna norma que diga que no puedes ser relajado y bueno en tu trabajo?

—En algunos círculos, sí. Pero a Dylan y a mí nunca nos importó lo que dijeran los demás.

—Me gusta la dinámica que tenéis. —Su rostro se iluminó antes de volver a la lista, mirando fijamente las palabras como si pudiera conseguir que la información se multiplicara con solo observarla.

—¿Te apetece una copa de vino? —pregunté.

—¡Ay, sí! —Movié los dedos de los pies, levantando la vista de la hoja de papel. Tenía una botella de cava en la cocina, y Ellie la miró con atención—. Quiero un *sauvignon blanc*.

—Sí, señora. —Descorché la botella, lo serví en copas y le tendí una a ella.

—Es lo más sexy que has hecho en toda la noche —dijo moviendo las cejas. Por instinto, me incliné hacia ella, besándole un lado del cuello. Primero solo lo hice con los labios y luego con la lengua. Noté cómo se estremecía y entonces acerqué mi boca a su oreja.

—Voy a hacer mucho más que esto, Ellie. Te lo aseguro.

Inspiró con fuerza. Misión cumplida. Enderezándome, volví a la mesa del salón, donde había estado sentado antes. Disfrutaba observándola desde la distancia. Me gustaba que estuviera en mi piso, tumbada en mi sofá de cuero blanco.

Nuestras conversaciones solían girar en torno al trabajo o a nuestras familias. Si ocurría algo especial durante el día, Ellie me enviaba un mensaje y hablábamos de ello por teléfono o cuando quedábamos. Nunca había experimentado nada remotamente parecido a eso, pero me gustaba.

—Necesito más ideas —dijo mientras pensaba, mordisqueando la punta del lápiz. Joder, era adorable, concentrándose en la tarea como si estuviera escribiendo una tesis.

—Seguiré pensando.

—¿Podemos llamar a Isabelle y Josie?

—Isabelle y Josie son la competencia, ¿recuerdas?

Ellie se rió, golpeando el lápiz contra la hoja de papel.

—Me encanta tu lado competitivo. ¿Nunca pensasteis en unir fuerzas y comprar un gran regalo todos juntos?

—Lo pensamos, pero nos pareció un poco cutre que, siendo cuatro hijos, solo recibieran un regalo. Además, se convirtió en una especie de tradición. Ni siquiera recuerdo un momento en que Dylan y yo no compitiéramos contra nuestras hermanas.

—Eso no ayuda mucho, pero es divertido. Lo reconozco.

—Tenemos tiempo suficiente para comprarles algo —dije—. Vendrán dentro de dos semanas.

Ellie se giró sobre un lado, apoyando la cabeza en una mano.

—No es tanto tiempo como parece. No todas las tiendas online tienen entrega rápida, y no conozco bien la ciudad. Si es algo que podemos encontrar en los grandes almacenes, no habrá problema. Pero si es algo más específico...

Me desplacé de la silla de la mesa del salón al extremo del sofá, apoyando sus pies en mi regazo.

—Vale, suficiente investigación por hoy —señalé.

—Pero si acabo de empezar.

—Entonces hagamos un descanso.

Me sonrió.

—No me vendría mal. ¿Podrías darme un masaje en los pies?

—Puedo darte lo que quieras.

—¿Hablas en serio?

—Muy.

—¿Es porque estoy ayudando con los regalos?

—No solo por eso.

—Humm... ¿por qué otra cosa podría ser? Ah, ya sé. ¿Son preliminares porque tienes en mente cosas obscenas para más tarde?

Me incliné más hacia ella, hablando directamente contra sus labios.

—Ellie, los preliminares hacen que te mojes. Esto es solo un masaje de pies. Estás todo el día de pie.

Se aclaró la garganta.

—Me alegro de que lo hayamos dejado claro.

Continué con el masaje, ejerciendo presión a lo largo de sus tobillos con los pulgares. Noté cómo se le cortó la respiración. Clavé mis ojos en ella, sintiendo cómo vibraba su cuerpo bajo mi contacto.

Relamiéndose los labios, miró hacia la barra de la cocina.

—¿Te importa que eche un vistazo. Es tan elegante.

—Claro.

Se levantó del sofá y la seguí de cerca.

Me coloqué detrás de ella mientras observaba mi barra, prestando mucha atención a la selección de bebidas. Le rocé los brazos con los dedos. Se estremeció cuando aparté su pelo hacia un lado y, al besarla en la nuca, el estremecimiento de su cuerpo se intensificó. Olía a manzanas y flores, una combinación que me resultaba embriagadora. Su piel era tan suave que no podía dejar de imaginar lo que sentiría al tocar el resto de su cuerpo, al saborear cada centímetro de su piel. Su respiración se entrecortó, produciendo algo dentro de mí. Le di la vuelta y acaricié su mejilla con el dorso de los dedos. Acto seguido, me incliné hacia ella.

Lamí su labio inferior con la punta de la lengua antes de besarla. Moví mi boca sobre la suya a un ritmo lento, saboreándola, tomándome mi tiempo para disfrutar del contacto con sus labios y su lengua. Pero necesitaba más. Enredé los dedos en su cabello, inclinando su cabeza de tal manera que me permitiera explorarla aún más profundamente. Me rodeó el cuello con un brazo e introdujo su mano en mi cabello.

Su sabor era delicioso. La cogí en brazos, manteniendo las manos firmes bajo su culo. Ella me rodeó con las piernas. Mi intención era llevarla al sofá, pero acabé inmovilizándola contra la pared, deteniendo el beso solo para asegurarme de que estaba bien.

Se inclinó hacia mí y me pellizcó la nuez. Gruñí, moviendo las caderas hacia delante. Estaba empalmadísimo. Ella jadeó y contoneó las suyas.

—¡Ian! —la urgencia de su voz casi me hace perder el control—. Te deseo. Deseo todo de ti. Estoy lista. —Tiró de mi camisa como si no pudiera esperar ni un segundo más.

Sus palabras desataron algo dentro de mí. La besé ferozmente, por primera vez sin contenerme. Solo necesitaba aguantar lo suficiente como para llevarla a la cama. También iba a hacerle el amor contra la pared, contra todas las malditas paredes de mi apartamento, pero no esa noche. Aquella noche quería que estuviera cómoda en un colchón. Era su primera vez y tenía que ser especial, la mejor experiencia de su vida.

Volví a cogerla en brazos y la llevé al dormitorio, colocándola sobre la cama. Inspiró profundamente, mirándome con mucha atención. Su pecho subía y bajaba con rapidez. Le

desabroché los botones de la camisa, besándole el cuello, y luego descendí entre las copas de su sujetador negro de encaje.

—Eres tan preciosa —susurré, sintiendo cómo se relajaba bajo mis caricias—. ¿Estás segura, Ellie? Necesito saber que estás segura.

—Estoy segura —susurró.

Le bajé los vaqueros lentamente, sintiendo su suave piel bajo mis dedos. Me tomé mi tiempo, acariciando sus muslos y luego pasando por los tobillos hasta que se los quité de un tirón. Luego, volví a recorrer el mismo camino con mi boca, en una secuencia que alternaba presionar mis labios contra su piel o rozarla con mi lengua. Jadeaba cada vez que hacía lo segundo.

Cuando llegué al extremo de sus muslos, la miré. Tenía las pupilas dilatadas. La tumbé boca abajo, separando sus piernas. Giró un poco la cabeza para mirarme, mordiendo el labio inferior con una sonrisa traviesa. Le besé la parte posterior de la rodilla y ascendí por el muslo. Quería que estuviera preparada para mí y para todo el placer que quería darle.

Subí con mis labios por su nalga y deslicé la mano por la cara interna de su muslo, hasta que mi pulgar alcanzó su coño por encima de la tela. Avancé despacio, deslizando mi dedo arriba y abajo hasta que la tela se humedeció. Ella apretó la sábana con los puños, presionando la frente contra el colchón, gimiendo. Pasé a la otra nalga y seguí tocándole su zona íntima, sintiendo cómo los músculos de su trasero se contraían. Sus piernas se pusieron rígidas. La tenía exactamente donde quería. Preparada para todo lo que quería darle. Se dio la vuelta, de cara a mí, y tiró de mi camisa, metiendo las manos por debajo y recorriendo mis abdominales con las yemas de los dedos. No podía concentrarme en nada excepto en lo mucho que la deseaba. Le desabroché el sujetador y lo arrojé a un lado. Era tan jodidamente preciosa.

La coloqué aún más arriba en la cama, besándole el pezón, venerando sus pechos.

—Ian —susurró, contoneando las caderas contra el colchón. Pasé de un pecho al otro y luego bajé hasta su ombligo en una estela de besos lentos y sensuales. Sabía que la estaban volviendo loca. A mí también.

Estaba tan empalmado que el contacto de mi polla contra mis vaqueros resultaba doloroso. La deseaba con desesperación. Introduje dos dedos entre sus piernas, gruñendo al ver lo empapada que estaba la tela. Ella se estremeció. Me moría de ganas de ver cómo reaccionaría cuando pusiera los dedos directamente sobre su piel y luego la lengua.

Estaba tan duro que apenas podía pensar, pero había una cosa de lo que era perfectamente consciente: Quería que todo fuera perfecto para ella. Me bajé de la cama, quitándome la camisa y los pantalones.

Cogí un condón de la caja que había junto a la cama y me lo puse. El contacto del látex contra mi polla ya fue estimulante. Estaba al límite. Apoyando una rodilla en la cama, bajé sobre ella. La deseaba tan desesperadamente que aún no había decidido dónde tocarla a continuación.

—Por favor, no pares —confirmó.

La miré a los ojos.

—Ellie, si cambias de opinión, dímelo. ¿Vale?

—No lo haré. *Por favor.* —Asintió enérgicamente, con su cabello castaño cayéndole por los hombros y los pechos.

Llevé ambas manos a sus bragas y se las quité. Estaba sutilmente depilada y muy bella. Apoyé mi boca en su pubis, jugueteando un poco antes de descender hasta su clítoris. Abrió aún más las piernas. Me iba a volver loco.

—Quiero sentir cómo te corres mientras tengo mi boca sobre ti. Quiero tu orgasmo en mi lengua —dije. Estimulé su clítoris con la boca, dibujando pequeños círculos con la lengua y

succionándolo entre los labios.

Acaricié su cuerpo curvilíneo, tocando sus pechos y sus caderas. Cuando su respiración empezó a entrecortarse y su pecho subía y bajaba más deprisa, le agarré el culo con ambas manos, manteniéndola inmóvil, dándole tanto placer que sus piernas empezaron a temblar. Se corrió de una manera maravillosa, gritando mi nombre. Yo estaba a punto de explotar.

Me enderecé hasta ponerme de pie, tirando de sus dos piernas hacia mí para posicionarla al borde del colchón. La cama era lo bastante alta como para que su coño quedara a la altura de mi polla.

Flexionó las piernas, encajando los tobillos por encima de mis caderas.

Empujé dentro de ella muy despacio, observando su cara atentamente, conteniendo el deseo. Tenía que ir a su ritmo. Jadeó, tirando de las sábanas.

Mi incliné hacia ella, besé su hombro y, acercando mi boca a su oreja, le pregunté:

—¿Te duele?

—Solo un poco. Pero también me gusta. Dame más. Por favor.

Me deslicé otro centímetro más. Entonces, sentí que sus músculos internos se apretaban a mi alrededor y me quedé inmóvil.

Movió las caderas hacia delante y hacia atrás, introduciéndome a su ritmo, hasta que estuve profundamente dentro de ella.

—Ya no me duele nada —susurró.

Me gustaba verla así, abierta y expuesta. Sus pechos caían hacia los lados. La forma en que me miraba me oprimía el pecho. Era una sensación totalmente nueva para mí.

Empujé dentro y fuera despacio, observándonos, sintiéndolo todo con mucha intensidad. El placer aumentaba a cada segundo, atravesando todo mi cuerpo, irradiando desde donde estábamos conectados. Mis sentidos se agudizaron. Me incliné ligeramente, tocando sus muslos y sus pechos, acariciando su clítoris de manera intermitente. Quería ir creando poco a poco un segundo orgasmo. Cada vez que pasaba mi pulgar alrededor de su clítoris, un temblor recorría su cuerpo y ella se apretaba contra mí.

Quería verla rendirse al placer, de manera gradual, entregarse a mí por completo como nunca lo había hecho antes. Tenía la necesidad de poseer cada parte de Ellie. Empujé hacia dentro y hacia fuera mientras el orgasmo empezaba a formarse en lo más profundo de mí. Me corrí con tanta fuerza que me temblaron los muslos. Mis piernas flaquearon durante unos segundos, pero seguí empujando despacio hasta que se corrió por segunda vez. Gritó aún más fuerte que la anterior.

Me dejé caer en la cama junto a ella, apenas capaz de respirar. Ella permaneció completamente en silencio y quieta. La observé. Tenía sudor en la frente y en el pecho.

—¿Cómo te encuentras? ¿Estás dolorida?

Habló con una sonrisa relajada y saciada.

—No. Me siento bien. Más que bien.

—¿Estás segura?

—Sí.

Me acerqué más a ella, acariciándole la mejilla. Un pensamiento peligroso rondaba mi mente. No quería ser solo el primero, también quería ser el último.

—¿En qué estás pensando? —pregunté al cabo de un rato.

—En todas las cosas que quiero. Antes dijiste que podías darme todo lo que pidiera. ¡Eso abre un mundo de posibilidades! Me pregunto qué debería pedirte primero.

—Tómate tu tiempo. Mi único objetivo es hacerte feliz.

—¿Ves? Esas cosas hacen que me derrita.

—Es la verdad.

Cerró un ojo con un gesto teatral, mientras me miraba con atención con el otro.

—¿Por qué me siento observado? —pregunté.

—Porque eso es exactamente lo que estoy haciendo. Preguntándome si eres real o solo estoy inventando esta increíble noche en mi mente.

Le mordí ligeramente el labio inferior y ella soltó una risita.

—Vale, sí que eres real. Quizá yo también deba tocarte, solo para asegurarme.

—Siéntete libre de hacerlo.

Me dio un golpecito en el brazo derecho. Instintivamente, tomé su muñeca y sentí su pulso con el pulgar. Sus latidos se aceleraron. Se pasó la lengua por el labio inferior mientras su respiración se volvía entrecortada.

—¿Por qué eres tan increíble? —murmuró—. Es tan... —Se detuvo de golpe, como si se sorprendiera a sí misma diciendo algo que no debía.

—¿Tan qué?

—No lo sé. Esto es muy nuevo para mí. Nunca me había sentido tan conectada con alguien.

—Yo tampoco.

—En el pasado, siempre me resultó fácil continuar con mi vida, dondequiera que me llevara el trabajo. Pero esta vez... —Apretó los labios, negando con la cabeza—. No importa. Olvida lo que he dicho.

—Ellie...

Su expresión se suavizó. Sus ojos parecían vulnerables. No quería olvidar nada, pero tampoco quería ponerla en un aprieto.

—¿Quieres ir a ducharte? —pregunté, cambiando de tema.

—Sí, por favor.

Tomé su mano y le di un beso en el dorso antes de levantarnos de la cama. De camino al baño, le di una palmadita en el culo. Ella se rió, moviendo las cejas antes de mirarse en el espejo redondo que colgaba sobre el lavabo.

Tiré el preservativo rápidamente y besé su hombro.

—Soy tan feliz —susurró.

—Eso es música para mis oídos. —Me coloqué detrás de ella, rodeando su cintura con los brazos, mirándola en el espejo—. Me alegro de que hayas venido esta noche.

Soltó una risita.

—Es que tenías una muy buena excusa. Ayudarte a que no compraras un regalo de mierda.

—No era una excusa. A Dylan y a mí se nos da fatal. Tenemos que compensar muchos años de pésimos regalos.

—Me parece una idea genial que vengan para estar con todos vosotros en su aniversario.

—Cada vez vienen más a menudo a la ciudad. ¿Tú cuán a menudo ves a tu familia?

—No tanto como me gustaría. Es una de las desventajas de estar siempre en distintos estados.

—¿En qué se diferencia de vivir en el mismo lugar? A menos que viváis en la misma ciudad, uno de vosotros sigue teniendo que viajar para veros.

—Es verdad. Pero los vuelos son muy caros, y con un sueldo de becario, tengo que ahorrar todo lo posible. Para ellos es aún más caro venir a visitarme, porque tienen que pagar dos billetes. Además, tienen mucho que hacer, así que no tienen mucho tiempo libre. —La tristeza inundó sus ojos, retorciéndome las entrañas.

Sabía por Henry que sus padres no estaban muy unidos. Se llevaban bien y se preocupaban el uno por el otro, y a Henry le bastaba con eso. Pero Ellie era más sensible. Ella irradiaba calidez y afecto, y necesitaba lo mismo a cambio.

A la vez, yo tenía la incesante necesidad de hacer realidad todos sus deseos. Tal vez eso la haría quedarse en Nueva York. Pero sacudí la cabeza para apartar esos pensamientos. Ella quería perseguir sus sueños, y yo no me interpondría en su camino. Entendía lo que significaba tener un objetivo y dedicarse por completo a alcanzarlo. Yo mismo lo había hecho durante años para convertir a *Gallagher Solutions* en un negocio de éxito. Era una de las razones por las que había descuidado mi vida personal. La otra razón era que, sencillamente, nunca quise más que ligues y citas ocasionales. Pero aquella tranquilidad y cercanía con Ellie era algo que nunca había tenido, y ni siquiera anhelado. Hasta entonces.

Capítulo Doce

Ellie

Nueva York me estaba gustando mucho más que cualquier otra ciudad en la que hubiera trabajado. Había algo en la “Gran Manzana” que me encandilaba. Salía a recorrerla casi todas las mañanas antes de ir a trabajar, leyendo alguna guía o simplemente contemplando los distintos lugares. Ya había recorrido los principales museos, pero, sinceramente, me gustaba más estar al aire libre, así que me limitaba a vagar por Manhattan.

Fui a NoLIta para comprar el regalo para los padres de Ian. Me gustó mucho la zona. Era un barrio moderno y vanguardista, con numerosas tiendas, la mayoría especializadas en moda, joyas y muebles. Después de pensarlo mucho, nos decidimos por un juego profesional de cubiertos para asar como regalo. Ni Ian ni Dylan estaban seguros de que sus padres tuvieran ya algo así, pero les íbamos a comprar una colección profesional que utilizaran los restaurantes. Con suerte, el juego de parrilla de alta gama y calidad eclipsaría cualquier cosa que ya tuvieran.

No encontré nada con plazos de entrega rápidos en Internet, así que decidí recurrir a una tienda en NoLIta que principalmente abastecía a restaurantes pero también ofrecía sus productos al público en general. Si bien era pequeña, estaba muy bien provista, y el juego de cubiertos para la parrilla era justo lo que estaba buscando. Además, recibí un beneficio adicional: como era *chef*, me hicieron un descuento.

Envié un mensaje a Ian enseguida.

Ellie: El set es estupendo. Creo que les gustará.

Ian: Si la *chef* lo aprueba, adelante.

Ellie: La *chef* lo aprueba. Lo compraré.

Ian: Muchas gracias por hacer esto. Esta noche te lo gratificaré con creces.

Ellie: Oooh, quiero detalles.

Ian: No te diré nada: te lo enseñaré todo.

La llegada de sus padres en avión estaba programada para esa misma tarde, y aunque me preguntaba sobre cómo lo tendría todo organizado, confiaba plenamente en Ian. Era muy creativo. Desde que habíamos tenido sexo por primera vez dos semanas atrás, nos habíamos visto casi a diario después del trabajo. Aún no podía creer lo increíble que había sido aquella noche. Cada detalle estaba grabado en mi memoria. Me había hecho sentir como una diosa. Antes de Ian, casi me sentía avergonzada de ser virgen a los veintitrés años. Pero quizá estaba destinada a esperarle. *No te pongas ridículamente romántica, Ellie.*

La verdad era que no podía evitarlo. Me moví con gracia, con una sonrisa radiante que iluminaba por completo mi rostro. Por más absurdo que pareciera, me sentía rebosante de felicidad mientras pagaba el regalo. Ian me había confiado su tarjeta de crédito, y la guardé con cuidado en mi cartera. En el pasado, había perdido cantidad de tarjetas y carteras, y ni siquiera podía explicar cómo sucedía.

Me encantaba comprar regalos y ver la alegría en el rostro de las personas al recibirlos. Sin embargo, en los últimos tiempos, rara vez tenía la oportunidad de entregarlos en persona debido a mis constantes viajes. Por suerte, en aquella ocasión, estaría allí mismo cuando Ian y Dylan les dieran el regalo a sus padres.

Al salir del local, otro pequeño comercio captó mi atención. Era una tienda de telas. La mayor parte de la ropa de mi madre la confeccionaba una costurera; le encantaba pasear por las tiendas de telas y seleccionar sus patrones favoritos. De niña, solíamos detenernos en diversas tiendas de telas hasta que encontraba exactamente lo que buscaba.

Aunque mi habilidad para la moda no se extendía completamente a las telas, sobre todo porque no estaba al corriente de los proyectos de costura de mi madre, no pude resistir la tentación de entrar.

Recorrí las estanterías y me sentí un poco abrumada por la cantidad de opciones: desde estampados florales hasta colores lisos, pasando por cuadros escoceses y mucho más; todo tipo de telas que uno pudiera imaginar. Podría haberle enviado fotos a mamá y preguntarle qué quería, pero habría estropeado la sorpresa.

Al final, opté por un algodón burdeos, sabiendo que a ella le encantaría tanto el color como la textura, y compré suficiente tela para confeccionar un vestido si así lo deseaba.

Salí de la tienda con una sonrisa tan grande que me dolía la cara. Entonces me percaté de que mi turno empezaba en quince minutos, y entré en modo pánico.

Me fui en Uber hasta el restaurante y, durante mi turno, no dejaba de imaginarme cómo reaccionaría mi madre cuando recibiera la tela y cómo responderían los padres de Ian a su regalo.

Me encantaba la lealtad de Ian hacia sus hermanos, especialmente hacia Dylan y la empresa que habían construido juntos. No podía creer que se hubiera tomado tan en serio nuestra conversación sobre la importancia de sentir pasión por lo que uno hacía. Dylan incluso mencionó que yo era una buena influencia para Ian. ¡Ja! ¡Yo! Me sentía rebosante de orgullo.

Después de mi turno, fui directamente a casa y me puse un vestido rojo intenso con un cinturón dorado y medias negras. Tenía el cabello un poco despeinado y no había tenido tiempo de lavármelo, así que decidí peinarlo para darle volumen. A mi parecer, se asemejaba demasiado a la melena de un león, pero sabía cómo sacarle partido.

—¡Guau! Pareces una estrella del rock —comentó Harper, apoyada en la puerta del baño. En los últimos tiempos no la había visto tan a menudo, ya que pasaba varias tardes a la semana en casa de Ian, y Harper prácticamente estaba viviendo con su novio.

—Era el único peinado que podía hacerme.

—Cariño, te queda genial. Oye, ¿qué es esa bolsa de regalos junto a la puerta principal?

—El regalo para los padres de Ian.

Harper me miró fijamente.

—¿Y todavía no vais en serio?

Me encogí de hombros:

—Nos estamos divirtiendo mucho juntos, pero dadas las circunstancias, no hay lugar para nada serio.

—¿Qué quieres decir con “circunstancias”?

—Como sabes, mis prácticas terminan dentro de unos meses, y no creo que esto se extienda más.

—¿Estás segura?

Un nudo se formó en mi estómago. No quería pensar demasiado en ello, porque la verdad era que en las últimas semanas no estaba segura de nada.

Ian me recogió a las seis y cuarenta y cinco. Estaba esperándome frente a mi edificio, apoyado en un coche negro.

—Hola, preciosa —saludó. Me quitó la bolsa y la colocó en el asiento trasero antes de atraerme hacia él. Acercó sus labios a los míos y el simple contacto bastó para encenderme. Cuando se apoderó de mi boca y me besó con pasión e intensidad, me derretí entre sus brazos, perdiendo la noción del tiempo y el lugar, olvidando por completo que estábamos en plena calle.

Una oleada de calor recorrió mi cuerpo. Me puse de puntillas y rodeé su cuello con mis brazos, necesitando estar aún más cerca. Solo volví a la realidad cuando gruñó. Me aparté y miré

a nuestro alrededor, riendo.

—Uy... he olvidado que estábamos en público —bromeé—. Tiene un efecto peligroso sobre mí, señor.

—Lo tendré en cuenta.

—¿Subimos al coche? —sugerí.

—Nah. Quiero besarte un poco más. —La intensidad de su mirada dejaba claro que quería hacer mucho más que eso.

—Pésima idea —susurré.

—No lo creo —contrapuso, fijando su mirada en mis labios hasta que me estremecí contra él. Dedicándome una sonrisa con sus adorables hoyuelos, se apartó y abrió la puerta del coche.

Habíamos quedado en un restaurante de las afueras de la ciudad, lo cual me pareció una elección extraña hasta que investigué el lugar y descubrí lo bonito que era. Era una especie de invernadero. Estaba construido completamente de cristal, y había tantas plantas dentro que te sentías como si estuvieras al aire libre, en plena naturaleza.

—Gracias por comprar el regalo —agradeció una vez el coche estuvo en marcha. Le devolví la tarjeta de crédito antes de que me olvidara.

—De nada. Me encanta comprar regalos. Incluso he encontrado una tienda que vende telas y he comprado algunas para mi madre. Mañana lo enviaré todo por *FedEx*. —Me miró con un aire de calidez en sus ojos. Mi corazón dio un vuelco—. ¿Por qué habéis decidido no hacer la fiesta en casa de Isabelle? Dijiste que se había ofrecido —pregunté.

—Porque mis padres son unos cabezotas. Les pagamos los billetes de avión, así que decidieron invitarnos a un restaurante, que al final es más caro que si hubieran pagado ellos mismos los billetes. No sé por qué se resisten tanto a que cuidemos de ellos.

Parecía un poco exasperado. Me entraron ganas de inclinarme y darle un gran beso, pero me contuve. ¿Acaso era consciente de lo irresistible que resultaba cuando hablaba de cuidar de su familia?

—Háblame de tus padres y de todos los que estarán presentes esta noche.

—Es un grupo pequeño. Nosotros, Dylan y Mel, Josie y Hunter, e Isabelle. Brayden no ha podido venir.

Me contó cosas sobre todos ellos. Como que Isabelle era una *foodie lover*, que a Josie le encantaba comer en el parque cuando hacía sol, que Dylan era adicto a los entrenamientos... Aunque Ian no sabía si solo se trataba de una excusa para pasar tiempo con su novia, que era entrenadora en el gimnasio... ¿Y decía que no se fijaba en los detalles? Mi sexy chico se estaba subestimando.

Cuando llegamos al restaurante, me quedé asombrada una vez más por su belleza. Parecía aún más majestuoso en la vida real que en las fotos.

Conocía a Isabelle y Josie, pero era la primera vez que iba a ver a Dylan. Ian me presentó a Hunter y a sus padres, Jim y Dora. Ian y Dylan se parecían a su padre: tenían la misma complexión alta y fuerte, así como una intensa mirada.

Isabelle y Josie no se parecían mucho a su madre, pero yo era de esas personas que no veían el parecido entre los miembros de la familia a menos que fuera muy evidente.

Dora estaba extasiada.

—¡Dios mío, no me lo podía creer cuando Dylan me dijo que vendrías con Ellie!

Me sonrojé, mirando a Ian. Había mencionado lo de la cena tan a la ligera que no pensé que fuera a ser para tanto. Dora parecía pensar lo contrario.

Ian me pasó un brazo por los hombros y miró a Dylan:

—¿Y tú decías que Isabelle era la chivata de la familia?

Dylan sonrió, levantando las manos en señal de defensa. Isabelle le dio un golpecito juguetón y preguntó:

—¡Oye! ¿Así que has estado hablando mal de mí?

—¿Yo? Nunca.

Sonreí ante sus bromas. ¡Vaya! Estar con ellos solo me recordaba cuánto echaba de menos a Henry. Me enviaba mensajes a diario y chateábamos dos veces por semana, pero no era lo mismo. De hecho, echaba de menos a toda mi familia. Deseaba tanto que todos estuviéramos un poco más cerca... Agradecía que mis padres ya no estuvieran enfrentados, pero me hubiera encantado poder reunirnos más a menudo.

—¿Cuándo vamos a entregar los regalos? —preguntó Dylan, tratando claramente de desviar la atención.

Jim y Dora sonrieron al grupo.

—Cuando queráis. Podemos hacerlo después del brindis, o podemos abrirlos ahora mismo.

—Hagámoslo ahora —dijo Isabelle. Miró con un poco de suficiencia a Dylan y a Ian. Entendí entonces que había llegado la hora de la competencia entre hermanos

¡Podemos ganar esto!

Ian colocó nuestro regalo sobre la mesa, que no se limitaba al juego de cubiertos que había comprado. También incluía un vale para una clase de cocina especializada en barbacoas en Montana.

Todos se quedaron en suspenso mientras abrían primero el otro paquete. Incluso yo estaba nerviosa.

Dora sacó lo que parecía ser un traje de neopreno, similar al que se usa en el submarinismo, junto con otro vale.

—Mamá, te alegraste tanto cuando te envié fotos del paracaidismo en mi luna de miel que supe que tenías que probarlo algún día. Papá, a ti también te encantará.

—¡Oh, será maravilloso! —exclamó Dora.

Jim asintió.

—Yo también lo creo. —Miró a sus hijos—. Estáis compitiendo entre vosotros, ¿verdad?

Dylan hizo un gesto de sorpresa.

—¿Todo este tiempo habéis sabido que estábamos compitiendo?

—Pues claro —respondió Dora, que ya estaba abriendo nuestro paquete—. Es la mejor manera de recibir buenos regalos.

Ian me cogió la mano y la besó en el dorso. Me invadió una sensación de calidez. ¡Estaba tan emocionada!

Lo abrieron juntos, y Jim aplaudió, silbando.

—¿Un juego de parrilla profesional? —preguntó, mirándome directamente—. La *chef* está detrás de esto, ¿verdad?

—Vuestros hijos me han contado que os encanta hacer barbacoas, y yo solo les di mi opinión profesional.

Ian me atrajo más a él y besó mi cabeza.

—No le quites importancia a tu papel. Hizo listas con las cosas que os gustan y luego investigó a fondo.

Dora chilló emocionada al ver el vale.

—¡Hasta tenemos un vale para una clase!

Estaban radiantes. Me encantaba ver la genuina expresión de felicidad en sus caras; era muy auténtica. Josie, Hunter e Isabelle estaban a un lado de la mesa. Ian, Dylan, Mel y yo, al otro. Los agasajados se encontraban en la cabecera de la mesa. Alternaban su mirada de un lado a otro. Pude notar que Jim apenas contenía la risa.

—Vale, está claro que queréis saber quién ha ganado. Pero tengo que decir que todos os habéis lucido. Digamos que es un empate.

Todos, incluida yo, gritamos de alegría. Un empate no era una victoria, pero el grupo entero sonreía mientras tomábamos asiento. Me senté junto a Dora, que era muy habladora. Me preguntó por qué me gustaba ser cocinera.

—Esa es una pregunta peligrosa. Puedo hablar de cocina todo el día —contesté y le conté algunas de las cosas básicas que hacía en el restaurante.

—Ian dijo que tienes mucho talento y eres muy trabajadora.

Vaya, ¿acaso había hablado de mí con su madre? Yo solo suponía que ella sabía cosas por algunos comentarios que hubieran podido hacer.

—Lo intento.

Con voz más suave para que solo oyéramos nosotras dos, dijo:

—Estoy muy contenta de que mi hijo te haya conocido. Eres todo lo que esperaba para él.

—¡Oh! —Se me estremeció el estómago. Su sonrisa era tan radiante que no tuve valor para decirle que solo estaría en la ciudad durante seis meses. Tenía esa mirada soñadora que a veces mostraba mamá cuando hablaba de la posibilidad de que yo le diera nietos.

Suspiré. Mi corazón estaba rebosante de felicidad por estar allí aquella noche, aunque, por otro lado, también sentía un poco de tristeza, porque sabía que todo eso que estaba viviendo no iba a durar para siempre. Aún no estaba preparada para dejar ir a Ian. La forma en que me miraba bastaba para que mi corazón diera un vuelco y sintiera que yo era lo único que le importaba. No me había ido y ya le echaba de menos.

—Cuéntame más cosas de él —susurré cuando Ian estaba demasiado ocupado fastidiando a Dylan como para prestarme atención.

—¡Claro! —Pero al instante, vaciló, y con la cara llena de alegría, comentó—: ¿Sabes? Nadie me había preguntado esto antes. No sé por dónde empezar.

—¿Era diferente a tus otros hijos de pequeño? —Quería saberlo *todo*.

—Bueno, cada uno era diferente a su manera. Ian siempre fue muy protector, incluso con Dylan. A veces pienso que se dedicó a los negocios con su hermano para cuidar de él. Cuando estaba en la universidad, me comentó un par de veces sobre impartir clases.

—Vaya. —Me encantó ese dato y la animé a que me contara más. Charlamos sobre él hasta que nos sirvieron la comida. Después, ella se giró hacia Mel y dejé de hacer preguntas. No quería monopolizar a Dora, aunque era una gran fuente de información.

—¿Por qué estás tan callada? —preguntó Ian aquella noche cuando entramos en mi piso. Harper iba a pasar la noche en casa de su novio, así que teníamos el piso para nosotros solos. La bombilla de la entrada estaba fundida, de modo que todo estaba en penumbra.

—No sé... simplemente estoy disfrutando de la noche. Me ha encantado estar con tu familia. Ha hecho que eche de menos a la mía.

—¿Vosotros también tenéis grandes reuniones familiares?

—En realidad no, aunque me encantaría que fuera así. La última vez que intenté reunirlos a todos fue en mi graduación de la escuela de cocina hace unos años. No prosperó la idea, así que

solo estuvieron Henry y mi madre. Desde entonces, he dejado de intentarlo. No quiero obligar a nadie a hacer algo que no quiere, ¿sabes? Ojalá tuviera lo que tú y tu familia tenéis. Con un poco de suerte, lo tendré con mi propia familia en el futuro. —Tomé aire, cayendo en la cuenta de lo impactante que podría parecerle hablar sobre la familia ideal, e inmediatamente cambié de tema—. Por cierto, tu madre es encantadora. Creo que piensa que lo nuestro es a largo plazo. No me atreví a explicárselo todo.

Ian guardó un silencio desconcertante. Ladeé la cabeza en su dirección, pero no pude distinguir su expresión en la oscuridad. ¿Acaso había dicho algo malo? No pretendía que se disgustara. Simplemente no quería que se sorprendiera si su madre mencionaba algo.

Me cogió la mano, la besó y luego rozó mi piel con sus labios.

—Tengo una idea. ¿Qué vas a hacer el próximo fin de semana?

Parpadeé, un poco desconcertada por el abrupto cambio de tema.

—No tengo planes. ¿Por qué? —Lo miré expectante, acariciando sus fuertes bíceps.

—¿Quieres que vayamos juntos a algún sitio? ¿Una escapada de fin de semana, los dos solos?

—Dios mío, ¿hablas en serio? —pregunté con una risita nerviosa.

—Muy en serio. —Acarició mi barbilla con los dedos. Sentí sus yemas y uñas a lo largo de mi labio inferior—. Quiero que seas toda mía durante un fin de semana.

—¿Y qué piensas hacer exactamente conmigo?

—Aún no me he decidido. Pero primero voy a asegurarme de que te relajes. Has estado bajo mucha tensión estas dos últimas semanas.

—¿Tan evidente ha sido? —El trabajo se había intensificado porque un miembro del personal había dimitido, así que también me estaba desempeñando como pastelera. Me había ofrecido a ayudar porque tenía experiencia, pero luego me sobrecargué. A decir verdad, me sentía un poco desbordada. Cuando me ofrecí, pensé que encontrarían un pastelero enseguida. En fin... ¡La cuestión era que mi guapísimo chico se había dado cuenta! ¿Por qué ese simple gesto hizo que me emocionara?

—Por supuesto. Lo noto todo en ti. —Me besó el labio superior, rozándolo brevemente con la punta de la lengua. Se acumuló una sensación de calor entre mis piernas. Madre mía. No tenía ni idea de cómo era capaz de excitarme tan rápido.

—¿Es esta la recompensa de la que hablabas? Porque no te...

Capturé mi boca con un apasionado beso, y yo tiré de su camisa. Cuando hicimos una pausa para respirar, me di cuenta de que había deslizado una mano bajo la prenda. Vaya. Aquel hombre me hacía perder la cabeza.

—No. La idea apenas se me ha ocurrido esta noche. Ahora, en cuanto a esa recompensa, tenía en mente algo mucho más sencillo...

Atraje mi pelvis contra sus caderas y gemí al sentir su erección.

—A menos que mi cuerpo no sea suficientemente gratificante... —dijo con aire burlón.

—Claro que lo es. —Me reí, dándole un pico en la barbilla—. Voy a encender el interruptor del salón para que tengamos un poco de luz.

Cuando me soltó, caminé a lo largo de la pared hasta llegar al salón, y encendí la luz.

—¿Tienes bombillas? —preguntó Ian—. La cambiaré.

—Sí, en la cocina. Te traeré una. —Estaba en lo alto de un armario donde solo guardábamos las cosas que no necesitábamos a diario. Ian ya había llevado una silla de la mesa del comedor al recibidor cuando llegué con la bombilla. Se subió a ella, quitó la bombilla vieja y la sustituyó por la nueva. No podía creer lo fácil que se habían entrelazado nuestras vidas.

—¡Listo! —exclamó Ian, bajando de la silla.
—Gracias, señor Manitas —dije con tono juguetón.
—Cualquier cosa que necesites. Dímelo y lo haré.

Necesito que sigas en mi vida.

—¿Ellie? —preguntó mirándome fijamente—. ¿Qué pasa?

Dios mío, ¿lo dije en voz alta o fue la expresión de mi cara lo que le hizo cuestionarme?

Le cogí de la mano y le guié hacia el salón, con la intención de abrirme lo máximo posible. No era algo que me saliera de forma natural. ¿Y si lo asustaba? Se me puso el corazón en la garganta solo de pensarlo. Era una posibilidad, pero necesitaba saberlo.

—Solo pensaba en lo fácil que parece todo esto. El hecho de que estés aquí, cambiando la bombilla...

Rodeó mi cintura con un brazo y me tumbó inesperadamente al sofá. Tropezamos y nos caímos, Ian antes que yo. Aterricé con torpeza encima de él.

—¿A qué ha venido eso? —pregunté, pellizcándole el pecho.

—Quería tenerte más cerca.

—Querrás decir encima de ti.

—Debajo de mí, encima de mí. Da igual. —Me acarició las nalgas y besó mi cuello—. Me gusta estar aquí contigo, Ellie.

—Siempre he sido muy reservada en cuanto a mis sentimientos, incluso cuando estaba en el instituto. Pero hay algo en ti que me da confianza como para querer abrirme.

—Así que soy especial.

Entrecerré los ojos.

—Si digo que sí, ¿se te subirá a la cabeza?

—Por supuesto.

—Humm... bueno, eres una gran persona, así que mereces saberlo.

—Gracias por el voto de confianza.

Sonreí, contoneándome encima de él.

—¿Te quedarás a desayunar mañana también?

—Si tú quieres.

—Claro que quiero. Pero normalmente tienes llamadas con los clientes por la mañana.

—Sí, pero las pospondré por ti.

En ese momento sentí una alegría inmensa. ¡Iba a posponer las llamadas por mí! Tenía la sensación de que Ian me haría perder algo más que la cabeza. También me haría perder el corazón. Me vino a la mente una visión de Ian y yo en el futuro. ¿Viviríamos en su piso? ¿Alquilaríamos otro? Me lo imaginaba sustituyendo bombillas mientras yo cocinaba algo delicioso para los dos.

Tragué saliva. Por lo general, cuando pensaba en el futuro, pensaba en mi restaurante. Era la primera vez que me veía con alguien, lo cual me sorprendió. Sin embargo, lo que me sorprendió aún más fue el innegable anhelo de que aquella versión del futuro se hiciera realidad.

Capítulo Trece

Ian

Una semana más tarde, el viernes para ser exactos, recogí a Ellie en el Soho, donde estaba de compras con Isabelle en la tienda de Tess y Skye. Íbamos a visitar el Parque Estatal Bear Mountain para nuestra escapada de fin de semana.

De camino, sonó mi teléfono, y puse la llamada en altavoz.

—¡Hola, Ian!

Era Henry.

—¡Henry! ¿Qué tal? Hace tiempo que no sé nada de ti.

—Lo siento, tío. La vida en un bufete de abogados es una locura. ¿En qué andas?

—Aquí, terminando la semana. —Estuve a punto de decirle que iba a recoger a Ellie.

—¡Genial! ¿Cómo está Ellie?

—Vaya, y yo que ya me estaba sintiendo orgulloso de ti por haber hecho esa pregunta solo diez veces esta semana, en vez de veinte como de costumbre.

—¡Colega! No puedes culparme.

—De hecho, sí que puedo. —Siempre me gustó vacilar a Henry y burlarme de él por ser la persona más sobreprotectora que conocía. Como ya conocía mejor a Ellie, lo entendía como nunca antes. La historia del *bullying* en el colegio aún me hacía enfurecer, así que podía empatizar con Henry. Controlar la preocupación por un ser querido no era nada fácil. No se trataba de un interruptor que uno pudiera encender y apagar a voluntad—. Está muy bien, tío. Creo que tiene mucho más trabajo de lo habitual, pero lo está disfrutando.

Perfecto. No es que fuera mentira, pero no me gustaba ocultarle cosas a mi mejor amigo. Quería hablar del tema con Ellie. Las últimas veces que salimos nunca lo habíamos hecho, pero iba a hablarlo con ella durante el fin de semana. Al principio, había estado completamente de acuerdo con su sugerencia de mantener las cosas en secreto, porque no tenía sentido contárselo y arriesgarnos a que se lo tomara mal cuando ni siquiera estábamos seguros de lo que pasaba entre nosotros. Pero en ese momento las cosas eran distintas, no podía ser el único que notara el cambio. No quería seguir mintiéndole a mi mejor amigo.

—Qué bien. Estaba pensando en visitarla, pero no sabía cuándo.

—¿Le has preguntado cuándo le viene bien?

—No, todavía no. Tengo que llamarla.

—Genial. Se alegrará mucho de verte. ¿Te apetece quedar cuando estés por aquí?

—¡Claro!

Charlamos un poco sobre lo que podíamos hacer. Echaba de menos a mi mejor amigo, y eso no hacía más que aumentar mi sentimiento de culpa.

Sabía que no iba a gustarle nada la situación, porque quería lo mejor para su hermana, y yo estaba muy lejos de serlo.

Sin embargo, yo ya no era el mismo que en la universidad y, desde que conocí a Ellie, me sentía diferente. Nunca me había sentido tan libre ni tan feliz como cuando estaba con ella. Ellie despertó una faceta en mí que desconocía.

Cuando llegué al Soho, aparqué y me senté en una heladería frente a *Soho Lingerie*, observando a las chicas a través del escaparate. Solo pude ver a Ellie de espaldas. Estaba con Skye mirando algunas prendas frente a un estante. Me alegré de lo bien que había encajado con mi familia y mis amigos. En ese instante, recordé lo mucho que se divirtió en la cena con mis padres. No se limitó a intercambiar cumplidos: La escuché preguntarle a mi madre sobre su vida

y luego por detalles de mi infancia. Quería conocer cosas de mí que nadie sabía, algo que jamás me había pasado en la vida. Para ser sincero, nunca le había dado la oportunidad a ninguna otra mujer porque jamás existió ningún interés por mi parte. Pero con Ellie, *sí que lo había*.

La miré atentamente y, cuando por fin miró hacia afuera, sonrió de inmediato al verme. Entonces sacó su teléfono y, unos segundos después, recibí un mensaje.

Ellie: Terminaré en breve. Ya he comprado demasiadas cosas.

Ian: Me muero de ganas de que te lo pongas todo para mí.

Ellie: Ya quisieras.

Ian: Claro que sí, y me encargaré de que así sea.

Ellie: ¿Estás un poco mandón o me parece?

Ian: Mandón es poco...

Ellie

Con Tess y Skye Winchester, fue amor a primera vista. No había otra forma de describirlo. Me alegré mucho de que Isabelle me llamara antes de dirigirse a la tienda. Las chicas eran divertidísimas, y me gustaron tanto su sentido del humor como sus diseños. Además, tenían una gran sección de rebajas.

—No me puedo creer que tengáis tantas cosas en oferta —comenté. La tienda era elegante y la atmósfera resultaba sensual, pero no en exceso. Estaba decorada en tonos dorados, verde oscuro y terracota que combinaban muy bien con el ambiente del barrio. Entre las calles adoquinadas y los edificios antiguos, el Soho me transportaba al pasado.

—Bueno, nos gusta ofrecer algo para todas —explicó Tess—. Sabemos que nuestros productos son algo caros, por lo que no todo el mundo puede permitirse comprar de nueva colección. Por eso, en cuanto pasan a ser artículos de temporadas anteriores, los ponemos en oferta. Todo menos nuestros *bestsellers*.

—Por cierto, me encanta vuestra colección de maternidad —dijo Isabelle, acariciando su creciente barriga en círculos.

—Sí. Tardamos un tiempo en dar con ello —dijo Skye—. La verdad es que, antes de tener a mi hijo, ninguna de las dos habíamos experimentado esos cambios en nuestros cuerpos, y bueno, una vez que pasas por ello, sabes exactamente lo que necesitas y lo que desearías encontrar en las tiendas de lencería.

—Así que Ian y tú vais a ir a Bear Mountain, ¿eh? —dijo Tess—. Siempre supe que Ian cambiaría de parecer en cuanto encontrara a la mujer indicada.

Skye asintió, pero Isabelle negó con la cabeza.

—La verdad es que no tenía muchas esperanzas de que así fuera. Siempre me ha parecido un eterno soltero. Está muy distinto desde que te conoció —añadió, dándome un empujoncito.

Mi corazón dio un vuelco. La forma en que hablaban me hacía pensar en cosas que no encajaban con la relación que Ian y yo teníamos en ese momento, como que pudiéramos tener un futuro juntos. Decidí apartar esos pensamientos al fondo de mi mente y guardarlos en la carpeta titulada “Sueños”. Estaba superfeliz, disfrutando de lo que teníamos en ese momento, aunque Ian había puesto el listón tan alto que no estaba segura de cómo me sentiría al estar de nuevo sin él. A ver, me había invitado a pasar un fin de semana juntos, me daba masajes en los pies y además parecía decidido a hacer que me derritiera una y otra vez.

Llevé todo lo que quería a la zona donde estaba la caja. No podía dejar de tocar la maravillosa tela del conjunto de bragas de encaje que estaba comprando. También había comprado una liga. No sabía cuándo me lo pondría, pero en algún momento se presentaría la oportunidad. Estaba segura de ello.

—Todo listo, Ellie —dijo Skye, empaquetándolo todo con mucho esmero en papel rosa—. No dudes en pasarte cuando quieras.

—Lo haré sin dudarlo —prometí—. Sois un encanto, chicas.

Tess sonrió de oreja a oreja.

—Me alegra escuchar eso. Nos moríamos de ganas de conocerte desde que Isabelle nos habló de ti.

Miré a Isabelle, que se encontraba a mi lado y parecía estar muy orgullosa de ser la cotilla de la familia Gallagher.

—Oye, me gusta presumir de mis hermanos —afirmó.

Rebosaba de felicidad. Sentí una calidez que nunca había tenido con mi familia. Me gustaba tener un grupo de chicas con las que charlar y hacer cosas como ir de compras juntas. Iba a echar de menos todo eso cuando me marchara.

Miré a través del escaparate mientras pagaba. Tenía una vista directa de Ian. Para mi sorpresa, ya estaba esperando delante de *Soho Lingerie*. Tras despedirme de las chicas, salí de la tienda con un bailecito de felicidad.

Miró la bolsa que tenía en la mano y levantó una ceja.

—No parecen muchos conjuntos —comentó.

—Es lencería. Son cosas pequeñas.

—¿Y qué has comprado? —Quiso saber, pasándome un brazo por los hombros y acompañándome calle abajo—. No he aparcado muy lejos.

—Bueno, podría decírtelo, pero me gustaba más la idea de antes...

—¿Así que ni siquiera tengo que convencerte para que te pruebes todo eso para mí?

—¡Ay, es verdad! Debía hacerme un poco la dura. Mierda, he olvidado que esa era mi táctica.

Me besó suavemente en la sien, riéndose a carcajadas.

—¿Estás contenta?

—Sí, mucho. Ni siquiera siento los pies. Ni los hombros. —Seguía desempeñando el doble cargo de pastelera y repostera.

—Me aseguraré de que te relajes este fin de semana —afirmó.

—Qué curioso. Tengo el mismo objetivo, asegurarme de que *tú* te relajes.

Me encantaba planear distintas maneras de hacerle feliz. Una vez que estuvimos en el coche, la “Operación Cuidar de Ian” comenzó, llenándolo de tiernos besos en la mejilla y en el cuello.

—Ellie, ¿qué estás haciendo? —preguntó.

—Dando comienzo al fin de semana y a mimarte para que te relajes. —Besé el contorno de su mandíbula, y gruñó ligeramente. Me aparté. Vaya, tal vez mis besos no eran tan tiernos—. Vale, mejor me quedo quieta. No me fío ni de mis dedos ni de mi boca —concluí.

Se limitó a reír, negando con la cabeza.

—Este coche es tan elegante... —comenté, acariciando los asientos de cuero. No me había montado en él desde que me recogió en el aeropuerto.

—Había tomado la decisión de venderlo y alquilar uno cada vez que tuviera que viajar fuera de la ciudad, pero cambié de idea después de que Isabelle se mudara a Tarrytown. Es útil, pero la verdad es que detesto conducir por Manhattan.

Primero pasamos por mi casa para recoger mi bolso, y luego fuimos a la suya. Su piso se encontraba en el Upper East Side. Al llegar, aparcó el coche en la calle, en la parte trasera del edificio.

—Enseguida vuelvo —dijo.

En ese momento, divisé un *food truck* que había a unos metros.

—Voy a comprar algo de comida para el camino.

—Pero si solo es un trayecto de hora y media.

—Oye, nunca te interpongas entre la comida y yo.

—Lo tendré en cuenta. —Me guiñó un ojo antes de dirigirse al edificio y corrí hacia el *food truck*. Vendía bocadillos y tenían muy buena pinta.

—Me gustaría uno de carne y otro de pollo, por favor. Y póngale también bastante lechuga. —La lechuga parecía recién cortada, al igual que los tomates, los pepinos y las hierbas aromáticas. Casi podía paladear la explosión de sabores.

La preparación llevó algún tiempo porque el hombre a cargo, Johnny, no era especialmente rápido, pero no me importaba. La perfección no admitía prisas.

—¿Lista? —preguntó Ian, apareciendo detrás de mí por sorpresa, besándome el costado del cuello. Se me erizó la piel.

—Aún no. Todavía tiene que calentar los bocadillos. Iré al coche en cuanto termine.

—Vale. —Volvió a besarme el cuello.

Le di un codazo juguetón.

—Oye, dijimos que no nos meteríamos mano.

—No, eso lo has dicho tú —susurró contra mi cuello. En ese momento, no solo se me erizó la piel de los brazos, sino que también la de las piernas y la zona íntima.

—Venga, vete al coche —dije.

Movió las cejas, pero me soltó, llevando su pequeña maleta al coche. Luego me volví para centrar mi atención en el *food truck*.

Mientras esperaba, apareció otra clienta, una rubia preciosa que parecía mirarme raro. Ella pidió un bocadillo con cecina.

—¿Ese era Ian? —preguntó de repente.

Parpadeé.

—Sí. ¿Le conoces?

—Vivo en el edificio de al lado. Nos conocimos haciendo *footing*. También hemos follado un par de veces.

Johnny se enderezó.

Mis ojos se desorbitaron.

—¿Y piensas contárselo a todo el mundo?

—No, pero parecíais estar muy juntitos. Pensé que te merecías que te advirtiera.

—¿Sobre qué, exactamente? —Me crucé de brazos, la miré directamente a los ojos y me erguí lo máximo posible.

—Bueno, Ian es así. No se toma en serio nada ni a nadie.

Levanté una palma delante de su cara.

—Detente ahí. No me interesa nada de esto.

—¿Estás segura? Por la forma en que te pones, diría que estás muy metida en esto. —Señaló el coche de Ian—. Permíteme un consejo: No te involucres demasiado.

¿Cómo se atrevía a decir eso? Tal vez era verdad que solo intentaba advertirme, pero me estaba cayendo fatal.

—Lo que yo haga no es asunto tuyo.

—Leah —saludó Ian, acercándose por detrás. Me rodeó la cintura con un brazo.

—Ian —dijo asintiendo, sin dejar de mirarnos con una expresión extraña.

—¿Están listos los bocadillos? —preguntó.

—Sí —respondió Johnny, envolviéndolos en una bolsa de plástico y entregándomelos, alternando la mirada entre nosotras con una expresión tensa. Pobre chico. Seguro que no escuchaba conversaciones así muy a menudo.

—Vale, entonces ya podemos irnos, ¿no? —declaró Ian. Parecía ajeno al hecho de que Leah nos estaba fulminando con la mirada—. Adiós, Leah —saludó justo antes de que nos dirigiéramos al vehículo.

Una vez dentro del coche, comimos en silencio. Yo no dejaba de pensar en Leah.

Era posible que Ian no se hubiera percatado en el *food truck* de que algo no iba bien, pero tardó menos de diez minutos en darse cuenta una vez estuvimos en el coche.

—Ellie, ¿te pasa algo? Estás demasiado callada —preguntó Ian después de que termináramos de comer.

—De verdad no te has dado cuenta, ¿no?

—¿De qué? —Realmente parecía no haberlo notado.

—De la forma en que nos miraba.

—¿Quién? ¿Leah? ¿Qué quieres decir?

Suspiré, negando con la cabeza.

—En cierto modo me estaba advirtiéndome acerca de ti antes de que vinieras.

Ian apretó el volante con fuerza.

—¿Que ha hecho qué? ¿Por qué?

—Soltó de repente que te acostaste con ella.

—Nos lo pasamos bien hace algún tiempo, ocurrió hace unos dos años, pero fui claro en cuanto a lo que yo buscaba. ¿Ella sacó el tema? —Parecía atónito—. ¿Por qué iba a hacerlo?

—Voy a aventurarme a decir que todavía te guarda rencor, pero no importa.

—Sí que importa, te está afectando. —Y en ese preciso momento, supe que no me ocultaba nada. Al contrario, se preocupaba por mí y por cómo me sentía. La sinceridad era algo muy importante para mí, quizá porque en mi familia no abundaba.

—No, Ian —dije en tono tranquilizador—. No pasa nada. Solo he caído en una trampa, eso es todo.

—Oye, puedo explicarlo todo. La verdad es que no hay mucho que contar.

—No tienes por qué hacerlo. No te juzgo por tu pasado. Eso sería ridículo. Simplemente disfrutemos de esta tarde y pensemos en todas las cosas que vamos a hacer en los alrededores del Parque Estatal Bear Mountain.

—Quiero contártelo de todos modos: no quiero que haya secretos ni barreras entre nosotros. Antes de ti, solo tenía citas casuales. Muy casuales. Yo los llamaría ligues más que citas, pero siempre fui sincero sobre lo que buscaba. No hago falsas promesas ni miento a nadie.

—Vale. Gracias por compartirlo conmigo.

Incluso después de que Ian me explicara sus hábitos de citas en el pasado, hubiera mentido al decir que el encuentro no apagó un poco mi estado de ánimo, lo cual era absurdo. El pasado no importaba, no nos pertenecía, como tampoco nos pertenecía el futuro. Lo que Ian y yo teníamos era para el presente, que era maravilloso e iba a disfrutarlo cada segundo.

Ten cuidado, Ellie... estás enamorándote demasiado rápido.

Capítulo Catorce

Ian

—¡Este lugar es increíble! —exclamó Ellie cuando entramos en la *suite* del hotel. Era muy espaciosa; contaba con un salón, un dormitorio y una terraza que daba al espeso bosque del Parque Estatal Bear Mountain.

Besé el dorso de su mano.

—Me alegro de que te guste.

Asintió, mirando a su alrededor. Quería asegurarme de que estaba bien después del altercado con Leah. Me fastidió mucho que le hubieran echado en cara mi pasado de esa manera. Aunque le había explicado mi *modus operandi* con respecto a las citas, seguía teniendo la sensación de que algo no estaba bien. Dijera lo que dijera Ellie, le afectaba, y quería remediarlo.

—Ellie, háblame. ¿Sigues pensando en Leah?

Ella se mordió el labio, negando con la cabeza:

—No. Mira, no voy a darle más importancia de la que merece. Disfrutemos del fin de semana.

—¿Seguro de que todo va bien entre nosotros?

Ella asintió enérgicamente.

—No voy a dejar que nadie nos estropee el fin de semana. Quiero decir, mira esta preciosa habitación y el bosque que hay fuera. ¿Crees que voy a pensar en algo que no sea todo esto? Bueno, sí, quizá en ti...

Me reí entre dientes.

—Gracias por incluirme.

Sonrió de oreja a oreja. Me produjo un inmenso placer haberla provocado. Tenía una necesidad incesante de verla feliz. Mejor dicho, de *hacerla* feliz.

A continuación, Ellie besó las comisuras de mis labios, yo la atraje hacia mí y deslicé las palmas de las manos por sus nalgas.

—Mmm... Me parece que alguien no quiere ni siquiera salir de la habitación del hotel —dijo.

—Claro que quiero, pero después de saciarme de ti.

—Menos mal que comimos ese bocadillo por el camino.

Y menos mal que ya estábamos en la habitación, porque la deseaba tanto que habría montado todo un espectáculo con ella fuera. Le acaricié la mejilla, rozando con los dedos desde la mandíbula hasta la oreja, y luego cubrí el mismo trayecto con la boca. Los besos pretendían ser tranquilizadores, pero muy pronto empecé a *desearla*. Ansiaba más, quería hacerla mía.

—Ellie —susurré—, te deseo. —Me sujetó la muñeca sin decir nada, pero por la forma en que sus dedos se clavaron en mi mano, supe que me deseaba con la misma intensidad. Se apartó y miró a su alrededor con una sonrisa de curiosidad. Rodeé su cintura con un brazo, la apreté contra mí y murmuré en su oído—: Haremos el recorrido más tarde.

Mi voz era casi un gruñido. Ni siquiera podía pensar con claridad. Eso era lo mucho que la deseaba.

Me miró de reojo, con una sonrisa en los labios.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué tengo la impresión de que estás a punto de enseñarme el dormitorio?

—El dormitorio no —continué hablando en su oído—, solo la cama. Conocerás *muy* íntimamente la cama. Te lo aseguro. —Se le puso la piel de gallina. Joder, esa mujer iba a matarme. ¿Cómo podía ser tan receptiva a lo que le decía?

—Voy a suponer que está en esa dirección —dijo, señalando la única puerta que comunicaba el salón con el dormitorio.

Me miró, mostrándome una sonrisa pícaro, y luego salió corriendo hacia la habitación. ¿Qué juego se traía entre manos? La seguí, sintiendo curiosidad. Encendió la luz y se dirigió primero hacia el equipaje. El personal del hotel lo había colocado junto a la cama. Sacó su neceser y lo puso en la mesilla de noche antes de ir hasta el rincón opuesto a la cama.

—Quiero quitarme la ropa yo misma. Siéntate en la cama —explicó—, y límitate a mirar.

Incliné la cabeza hacia la derecha, entrecerrando los ojos. Me senté en la cama sin decir nada, solo observándola. Ella tragó con fuerza, contoneándose suavemente.

—¿Y bien? —preguntó, sonando un poco insegura.

—Seguiremos tus reglas hasta que estés desnuda, Ellie. Entonces seguiremos las mías, y harás todo lo que te diga, ¿entendido?

Sus ojos se abrieron de par en par. Asintió, con la respiración entrecortada. Me senté al borde de la cama, viendo cómo deslizaba las manos por debajo del vestido. En un primer momento, no reparé realmente en lo que estaba haciendo, pero luego me percaté de que se estaba bajando las medias. Cuando iba por la mitad de sus muslos, se subió más el vestido y se giró un poco, de manera que pudiera verle el culo mientras continuaba bajándose las medias despacio por las piernas. Al llegar a sus tobillos, se las quitó por completo. Gruñí. Su culo lucía simplemente perfecto con aquel diminuto tanga que apenas cubría su zona íntima, y dejaba sus nalgas completamente al descubierto.

Acto seguido, se quitó el vestido, arrojándolo al suelo sin decir palabra. Llevaba un sujetador negro a juego y un tanga de seda, y sentí la incontrolable necesidad de tocarla. Ansiaba sentir su piel bajo mi mano y mi boca. Tiré de la sábana. Un gemido grave reverberó en mi garganta, produciendo una sonrisa de satisfacción en sus labios. ¿Así que Ellie tenía ganas de jugar? Pues yo también le demostraría lo bien que sabía hacerlo. Acarició la tela de su tanga y el sujetador, pasando el dedo índice por una tira y luego por la otra, con la clara intención de provocarme. Pero yo sabía exactamente qué hacer para que ella acelerara el proceso. Me puse de pie y me quité la ropa de golpe. Me deshice de todo en cuestión de segundos. Sus ojos se abrieron de par en par y sus mejillas enrojecieron. No dijo nada. A continuación, volví a sentarme en la cama, con las piernas abiertas, agarrándome la polla.

—Ian —susurró ella, con los ojos aún más estupefacta, juntando sus muslos.

Mi táctica resultó ser un arma de doble filo, porque en cuanto agarré mi erección, supe que la necesitaba aún más. Moví la mano arriba y abajo lentamente, observándola. Ella me observaba, paralizada. Su mano temblaba ligeramente cuando se desabrochó el sujetador. Al instante, la prenda cayó al suelo y dejó al descubierto sus preciosos pechos.

—Acércate, Ellie —indiqué, y ella no discrepó. Sabía que estaba dispuesta a seguir mis reglas, a entregarse a mí. Caminó despacio, enganchando el pulgar en el elástico del tanga y bajándose por las piernas, hasta llegar a la altura de las rodillas. Se detuvo delante de mí y se lo bajé de un tirón hasta el suelo. No pude contenerme. Me incliné hacia ella y saqué la lengua, lamiendo su abertura. Jadeó y se estremeció. Sus piernas comenzaron a temblar.

Le agarré las dos nalgas para mantenerla firme.

—Espera —dijo ella, con voz trepidante—, tengo un preservativo en el neceser.

Sus piernas no pararon de temblar cuando se dirigió a la mesilla de noche, rebuscó en el neceser y volvió con un preservativo. La miré fijamente mientras arrancaba el envoltorio y se arrodillaba ante mí para ponérmelo. Respiré hondo, apretando los dientes. Era la primera vez que

me tocaba desde que entró en el dormitorio, y estaba nervioso. Entonces, se puso en pie, observándome con atención.

—Ahora seguiremos mis reglas, Ellie —afirmé, justo antes de atraerla hacia mi regazo. Hizo lo que le pedí, sentándose a horcajadas sobre mí y frotando su cuerpo contra mi polla. La imagen era increíblemente sensual—. Vamos, móntame —dije. Acto seguido, me acogió, bajando sobre mi erección.

Ellie quería ir rápido, pero la sujeté por las caderas.

—Más despacio —indiqué.

—No creo que pueda ir despacio —murmuró.

—Lo harás. Son mis reglas, ¿recuerdas?

Sus ojos se encendieron, pero no podía moverse más rápido de lo que yo le permitía, así que descendió sobre mí centímetro a centímetro.

—Oooh... —Su voz temblaba, al igual que su cuerpo.

—Eso es, arriba y abajo. Despacio, preciosa, para que pueda observarte.

Cerró los ojos, apoyando las palmas de las manos en mis hombros mientras se empujaba arriba y abajo. Estaba completamente loco por aquella mujer, por la forma en que nos complementábamos. Le gustaba provocarme y excitarme, pero también quería entregarse a mí, darme el control en la cama. Solo aguanté unos minutos antes de girarla para que estuviera de espaldas sobre la cama y colocarme sobre ella. Apoyé las rodillas sobre el colchón y la penetré.

Cuando intentó tocarse el clítoris, le aparté la mano antes de que llegara a su objetivo:

—No, eso me corresponde a mí. Solo puedes tocarte cuando yo te lo diga. —Sus ojos volvieron a encenderse—. Si yo te lo indico.

Tragó saliva con fuerza y se llevó las manos a los pezones, rodeándolos. Joder, me estaba volviendo loco.

—Quiero que me toques por todas partes —pidió.

Me incliné para lamer su pezón y complacerla. Quería que experimentara todo el placer del mundo, pero poco a poco, de modo *in crescendo*, que la condujera hasta el más intenso de los orgasmos. Pasé al otro pezón, de nuevo pasando mi lengua, penetrándola cada vez más deprisa. Percibí que estaba a punto de correrse, ya que estaba tensando los músculos internos, pero no iba a dejar que se liberara tan rápido. Quería llevarla aún más lejos. Me retiré un poco y me quedé quieto dentro de ella, sintiendo cómo se contraía a mi alrededor. Cuando la saqué, abrió ampliamente los ojos, jadeando.

—Date la vuelta —indiqué. Hizo lo que le pedí, sin preguntas ni titubeos. Depositó su confianza en mí para que le hiciera todo lo que quisiera, y eso me excitó más que cualquier otra cosa. Giró su cabeza para mirarme cuando coloqué la polla entre sus muslos abiertos y, al penetrarla, jadeó con fuerza. De algún modo, en los últimos segundos, se había contraído aún más.

—Joder, Ellie, —susurré—, así.

Se estremeció cuando me deslicé hasta el fondo. Sus nalgas se apretaron contra mis muslos. Jadeaba, apenas podía respirar a causa del placer. Estiró los brazos a lo largo de la cama, clavando los dedos en la almohada. Pude ver su cara de perfil: le besé la parte superior de la espalda y la mejilla. Tenía los ojos entrecerrados y estaba sonrojada. Su expresión era tensa, como si el placer fuera demasiado para ella. Cuando supe que realmente no podía aguantar más, pasé los dedos entre su cuerpo y el colchón.

Se corrió al segundo de acariciar su clítoris. Era tan preciosa. Quería guardar en mi memoria cada detalle de aquel momento: la forma en que arqueó el cuello y abrió la boca para gritar mi

nombre. Intenté contener mi orgasmo para poder seguir y complacerla aún más, pero apreté tanto que me resultó imposible contenerme por más tiempo. Sumergí la mano en su pelo y hundí la boca en el pliegue de su cuello mientras me corría, estremeciéndome, sacudiéndome y casi a punto de perder la conciencia debido al placer.

—Eres increíble —susurré en su oído, y ella me dedicó una sonrisa de satisfacción.

Nos quedamos en la cama durante más de una hora.

—Serías feliz pasando todo el fin de semana tumbado y pidiendo al servicio de habitaciones, ¿eh? —inquirió.

¿Con Ellie? Sí. Pero antes de conocerla, jamás.

—No te lo voy a negar. —Giré para mirarla y le acaricié la mejilla—. Pero sé que necesitas estar más activa para terminar de relajarte.

Abrió los ojos como platos:

—¿Cómo lo sabes?

—Porque sales a pasear por la ciudad todas las mañanas.

Sonrió con timidez, ocultando media cara en la almohada.

—Bueno, quiero aprovechar al máximo mi estancia en Nueva York, así que voy a explorarla siempre que pueda.

El hecho de recordar su futura partida fue como un puñetazo en el estómago. Me acerqué a ella, le acaricié el hombro y pasé la mano por su cintura. La conexión que sentía con ella era más seria que la de una simple aventura. Lo percibía en lo más profundo de mi ser. ¿Acaso ella sentiría lo mismo?

—¿Qué quieres hacer este fin de semana? —pregunté.

—Disfrutar de un paseo por la zona, y también podríamos ir a algunos restaurantes, he visto que hay algunos muy interesantes. ¿Qué quieres hacer tú?

—Ya me conoces. Soy flexible.

Movió las cejas:

—Excepto en la cama, mandón.

Le pellizqué la nalga.

—¿Tienes alguna queja?

—Oh, no, no. No era una crítica, solo una observación. Por favor, sigue haciéndolo, me encanta.

Empujó su coño contra mi polla, subiendo una mano por mi hombro.

Gemí, moviéndome instintivamente hacia delante y hacia atrás.

—Levantémonos, Ellie. O no saldremos nunca de la cama.

—Eso empieza a parecerme cada vez más tentador.

—Ellie. A ducharnos.

—Otra vez con ese tono mandón. Me gusta.

Nos duchamos y nos vestimos rápidamente. Ellie estuvo lista antes que yo. Cuando me reuní con ella en el salón, se encontraba junto a la ventana, mirando hacia el bosque. El vestido que llevaba... madre mía. Era corto, de color negro, y se amoldaba a sus curvas a la perfección. Caía en forma de V por su espalda: me provocaba tanto que quise quitárselo. Me coloqué justo detrás de ella, deslizando los dedos por su piel descubierta. Jadeó y se arqueó hacia delante.

—Ellie, joder, ¿qué es esto?

—Solo un vestido —susurró.

—No es solo un vestido. —Aparté su cabello hacia un lado y le rocé el lóbulo de la oreja con la boca—. Eres tan jodidamente preciosa que ni siquiera quiero compartirte con el mundo.

—Entonces, misión cumplida. —Su voz era gutural. Le rodeé la cintura con los brazos, manteniéndola cerca, y apoyé la barbilla en la delicada piel entre su hombro y su cuello.

—¿Te gusta provocarme? —exigí saber.

—Solo un poco. Me gusta cómo me miras cuando llevo algo bonito. Como si no pudieras esperar a estar a solas conmigo.

—*Spoiler*: Siempre tengo ganas de estar contigo.

Se trataba de una verdad tan profunda que no sabía cómo expresarla con palabras. Resultaba curioso que pudiera explicar complejos algoritmos de *software* a los clientes, pero a la hora de describir lo que sentía por Ellie, me encontraba superado.

Lo único que sabía era que, antes de que ella se mudara a la ciudad, ocupaba mis fines de semana y mis tardes con planes banales simplemente para pasar el tiempo. Nada de eso me había hecho realmente feliz, pero Ellie sí. Deseaba verla cada ratito libre que tenía.

Se dio la vuelta, ladeando la cabeza de manera juguetona.

—¿En qué piensas? Se te forman unas arrugas muy sexys al hacerlo.

—¿Arrugas sexys?

Se dibujó una sonrisa en su rostro.

—No puedo explicarlo, pero aumentan tu *sex appeal*. No es que necesites ayuda en ese aspecto. Ya estaba por las nubes antes.

—¿Ah, sí?

Pasó una mano por mi brazo y me apretó el bíceps:

—Los noté el primer día, cuando me ayudaste con el equipaje.

—Continúa.

Movió la otra mano por el costado de mi torso. Pensé que iría a por los abdominales, pero en lugar de eso, me apretó el trasero.

—Y esto de aquí es un sueño. Al igual que esto. —Se contoneó contra mi polla y tuve que recurrir a todo mi autocontrol para no aprisionarla contra la ventana—. Pero noto tu cara de preocupación. ¿Qué pasa?

—Tengo muchas cosas en la cabeza.

—¿Quieres contármelo? Si no lo sé, no podré ayudarte a quitártelo de la cabeza.

—Hoy he hablado con Henry y me ha dejado pensando... No me gusta ocultarle cosas. —La miré fijamente, esperando su reacción. Se mordió el labio inferior. ¿Quería que siguiéramos manteniendo todo en secreto? No sabía cómo reaccionaría si así fuera. Respetaría su decisión, por supuesto, porque Henry era su hermano, pero no me gustaría.

—A mí tampoco me gusta. Y creo que, si se lo explicamos bien, quizá no... ya sabes, actúe como suele hacerlo. Al principio, pensé que esto... —Su voz se entrecortó.

—¿Que esto qué? —insistí.

—No me hagas decirlo. —Las comisuras de sus labios se inclinaron hacia arriba. Estaba conteniendo la risa. La tensión entre mis omóplatos desapareció.

—Ellie. Voy a sacártelo, de una manera u otra.

—No tengo ninguna duda. Es que pensaba que solo tendríamos una aventura o que te asustaría que fuera virgen...

Sujeté su cara con suavidad y la miré directo a los ojos:

—Ellie, nada me asustaría, ¿comprendes? Nada. Y tú no eres una aventura: eres importante para mí.

Permaneció en silencio, y decidí no presionar porque sospechaba que no era la única que estaba andando por terreno desconocido.

—Me encantaría decírselo en persona. Se me da mucho mejor controlar sus instintos fraternales cara a cara —comentó.

—Dice que quiere venir a visitarte.

Se le iluminaron los ojos.

—¿De verdad? A mí no me ha dicho nada. Podríamos contárselo cuando esté en la ciudad —sugirió.

—Perfecto. Lo haremos juntos.

—Eeeh, no —respondió en tono sarcástico, como si yo no pudiera estar hablando en serio—. No quiero que te estrangule. Tengo que prepararle.

—Conozco a Henry. Es mi mejor amigo.

—Sí... pero no te habías tirado a su hermana hasta ahora.

Solté una carcajada y le di un beso tan profundo y apasionado que se estremeció entre mis brazos. Me miró con los ojos muy abiertos, sonriendo de manera radiante cuando me aparté.

—Venga, bajemos al restaurante. Tengo hambre.

—Es lógico, después de ese *entrenamiento* tan erótico de antes.

Me reí, pellizcándole el culo. Ella chilló, dándome un golpecito con el hombro.

—Puede que Henry venga para mi cumpleaños —dijo mientras salíamos de la habitación.

—¿Cuándo es?

—En tres semanas.

—¿Por qué no me lo habías dicho?

Me miró, encogiéndose de hombros.

—Nunca le doy importancia.

Parecía encantada con el lugar, así que se me ocurrió que podría invitarla a volver. Nah, esa era una pésima idea. Debía pensar en otra cosa que también la hiciera feliz. Lo bueno era que tenía tiempo suficiente para organizar algo.

—¿Quieres que nos quedemos un rato en la terraza antes de ir a cenar? —preguntó.

—Claro.

Cuando abrí las puertas francesas, se apoyó en la barandilla, dirigiendo su mirada hacia abajo. Agarré con fuerza uno de sus brazos.

Me miró con una sonrisa burlona.

—¿Tienes miedo de que me caiga? Estamos en la segunda planta.

La solté, encogiéndome de hombros.

—Lo siento, ha sido solo un reflejo.

Enderezándose, se volvió hacia mí.

—¿Qué quieres decir?

—Cuando Dylan y yo éramos niños, nos gustaba mucho hacer escalada en roca. Nada profesional, solo éramos dos niños que se creían indestructibles. En fin... una vez, cuando estábamos en el borde de una montaña escarpada, se resbaló de una roca. Fue el momento más aterrador de mi vida. Conseguí agarrarle, pero desde entonces, tengo un poco de miedo a las alturas y a acercarme demasiado a los bordes.

Ellie hizo pucheros y me puso las manos en los hombros.

—Siento escuchar eso. Menos mal que no pasó nada. Te prometo que no volveré a mirar hacia abajo.

Me reí, besándole la frente.

—Puedes mirar todo lo que quieras, Ellie. Controlaré mis reflejos.

—Por favor, no lo hagas, eres increíblemente sexy cuando te pones así. —Me guiñó un ojo antes de darse por completo la vuelta. Le rodeé la cintura con un brazo y ella se contoneó contra mi polla, haciéndome gemir. Besé su cuello de arriba abajo, disfrutando de la suavidad de su piel y de su perfume floral. No dejaba de pensar en su cumpleaños, aunque estaba un poco molesto porque no lo había mencionado. ¿Acaso creía que no me importaba su cumpleaños? Eso no me gustaba, y quería demostrarle que yo era diferente, que sí me importaba.

Ellie era especial para mí y tenía que saberlo.

Capítulo Quince

Ian

Cuando me fijaba un objetivo, no paraba hasta alcanzarlo; mejor aún, hasta superarlo. Mi meta de entonces era organizar algo para el cumpleaños de Ellie que le gustara de verdad.

No era tarea fácil, especialmente teniendo en cuenta mi historial de malos regalos. Quería sorprenderla, así que mi tarea era doblemente difícil porque no podía preguntarle qué quería o qué le gustaba. Después de volver de nuestra escapada en el Parque Estatal Bear Mountain, me pasé una semana pensando en ello, pero no conseguí ningún progreso.

Por suerte, yo no era tan orgulloso como para admitir que necesitaba ayuda. Consideré la posibilidad de pedírsela a Henry y estuve a punto de marcar su número, pero cancelé la llamada antes de que conectara. Aquello sería motivo de sospecha; el tío me conocía demasiado bien.

Mientras daba golpecitos con el dedo en el reposabrazos de la silla *gamer* que tenía en mi despacho, debatí mi siguiente paso. Solo había una forma de hacerlo. Llamé a Isabelle. En ese instante, no pude evitar sentirme un poco inquieto: ella me conocía demasiado bien y eso, de algún modo, podría jugar en mi contra. Mi hermana contestó enseguida.

—Oye, necesito un favor —comenté.

—Dime.

—Se trata de Ellie.

—Ian, ten cuidado con ella, ¿vale? Pasáis mucho tiempo juntos. No le hagas daño.

Fruncí el ceño, empezando a cabrearme. ¿Por qué decía eso? ¿Acaso era lo que esperaba todo el mundo, incluida Ellie? No me gustaba la idea de que pudiera estar pendiente de que pasara algo malo.

—Haré de cuenta que no acabas de decir eso. Su cumpleaños es dentro de un par de semanas y quiero hacer algo que a ella le guste.

—¡Ala! ¡Retiro todo lo que he dicho! —exclamó mi hermana.

—Y discúlpate —añadí.

—Tampoco es para tanto.

—Averigua qué le gustaría hacer, *por favor*.

—¿Por qué no se lo preguntas tú?

—Porque quiero darle una sorpresa.

—Vale, pero aún así puedes preguntárselo casualmente. Algo como: *Oye, ¿qué sueles hacer en tu cumpleaños? O, ¿cuáles han sido tus cumpleaños favoritos hasta ahora? O, ¿hay algo que quieras hacer y que nunca hayas hecho antes?*

Me recosté en la silla, considerándolo.

—Eso podría funcionar, pero creo que la sorpresa será mayor si ella no sabe que yo sé lo que le gusta.

Hubo una larga pausa antes de que Isabelle hablara.

—Hermano, no puedo creer que por fin des señales de ser romántico.

—Solo quiero darle una sorpresa —repliqué.

—¿Sabes? Cuando éramos niños, siempre pensé que eras adoptado —dijo de repente.

Me eché a reír.

—¡Isabelle!

—Lo digo en serio. Incluso se lo pregunté a mamá. No entendía por qué eras tan diferente a Dylan y a mí.

—¿En serio le preguntaste eso? Seguro que te dijo que era su favorito.

—Ya quisieras. Y, por cierto, ni te has inmutado cuando te he llamado romántico.

—¿Cómo lo sabes? No puedes ver mi cara.

—No, pero puedo oírlo en tu voz.

—Isabelle, ¿vas a ayudarme o no?

—Sí, pero antes quiero saber algunas cosas.

—Claro.

—¿Dónde te ves dentro de cinco años?

Me enderecé en la silla.

—Perdona, ¿esto es una entrevista de trabajo y no me he enterado?

—Lo digo en serio. Respóndeme.

—No lo sé. Es probable que Dylan y yo consigamos hacer que se dupliquen nuestros ingresos, y...

—Me refiero a tu vida personal.

Fruñí el ceño ante el ordenador, reflexionando. Nunca me había hecho esa pregunta. ¿Era algo en lo que la gente pensaba habitualmente? Parecía un poco descabellado, pero no quería herir los sentimientos de Isabelle. No le encontraba sentido. Algunas cosas estaban fuera de nuestro control, incluso del mío.

—¿Sabes qué? Ni siquiera tienes que decírmelo. Pero piénsatelo —añadió.

—Vale, lo haré. ¿Cuándo vas a hablar con Ellie?

—Me pondré mi sombrero de detective y averiguaré todo lo que necesites saber.

Refunfuñé, mirando por la ventana.

—Ahora que lo dices, quizá debería haber hablado con Josie para que me ayude con esto.

—¿Por qué? —Mi hermana parecía conmovida, así que quizá había algo que decir sobre la interpretación del tono de voz.

—Porque tú tienes tanto tacto como yo.

Mi hermana se rió.

—Me enfadaría si no tuvieras razón. Pero he perfeccionado mi técnica a lo largo de los años, ¿sabes?

—Quizá puedas pedirle ayuda a Josie cuando pongas en marcha tu misión de detective.

—Ahora te estás pasando, pero si te hace sentir mejor, lo haré.

—Gracias, Isabelle.

Ellie era importante para mí, y no quería que tuviera ninguna duda al respecto.

Trabajé dos horas puramente en la programación del código, y luego hice algo que no había hecho en años. Busqué en la página del instituto local ofertas de trabajo como profesor. En la universidad, había considerado seriamente dedicarme a la docencia, pero luego cambié de rumbo. Por primera vez, me pregunté si podría hacer ambas cosas. No creía que enseñar en un instituto fuera compatible con dirigir la empresa, pero había empezado a gestarse una idea en mi mente. No necesitaría estar de manera presencial en el lugar para enseñar, esa era una de las razones por las que me gustaba la programación informática. Ni siquiera tenía que salir de mi casa para desempeñar aquel trabajo. Podía crear una plataforma *online* para enseñar programación informática. Me moría de ganas de contarle mi idea a Ellie.

Aquella noche, me llevé una agradable sorpresa cuando Tess, Ryker y Skye me invitaron a cenar con ellos en *Dumont's*, uno de los restaurantes propiedad del marido de Skye. Los Winchester eran primos de Hunter, así que los veía en eventos comunes, pero hacía tiempo que no quedábamos. Todos los Winchester estaban casados o comprometidos, y algunos incluso

tenían hijos. Eso dificultaba los encuentros espontáneos, pero afortunadamente los tres se encontraban en Manhattan, en uno de los restaurantes *Dumont*.

Skye: ¿Por qué no traes también a Ellie?

Ian: Hoy trabaja hasta tarde.

Cuando llegué, Tess, Ryker y Skye estaban ya sentados en una mesita del fondo, comiendo pan recién hecho con algo que parecía queso de untar.

—¡Hola, Ian! Cuánto tiempo sin verte —saludó Tess.

—La semana pasada estuve esperando a Ellie delante de tu tienda —respondí, desmintiendo su afirmación.

—Lo vimos, pero no quisimos molestaros —explicó Tess.

—¿Qué hacéis cenando en la ciudad? —pregunté.

—Rob nos pidió que probáramos algunos de los nuevos platos del menú que ha añadido —contestó Skye.

—Ah, por eso querías que trajera a Ellie.

Tess me guiñó un ojo.

—Para eso, y también para pasar tiempo con ella.

—¿Dónde está el resto de la pandilla? —quise saber.

—Rob está en la cocina. Cole y Laney han viajado a Roma y Liam está atrapado en una reunión, aunque es probable que se una a nosotros más tarde. Ningún otro miembro de los Gallagher tenía tiempo para reunirse. En su defensa, fue algo improvisado, ya que Rob quería nuestra opinión antes de discutir el menú con su equipo mañana.

—No soy un experto en gastronomía, pero me gusta comer, así que daré mi sincera opinión —declaró Ryker.

—Bueno, ninguno de nosotros lo somos, simplemente somos *foodie lovers* —señaló Tess. Ella y Skye tenían dos tiendas de lencería en la ciudad y un gran negocio *online*, y Ryker trabajaba en Wall Street.

—¿Por qué no ha podido venir Ellie? —preguntó Tess.

—Están haciendo algunos cambios de personal, así que ella también está cubriendo a otros. Empezó hace unas semanas y la verdad es que la están sobrecargando mucho, lo que no me hace mucha gracia.

Los ojos de Tess se abrieron de par en par. Skye abrió la boca para decir algo, pero volvió a cerrarla. Las dos hermanas se miraron mutuamente.

—¿Soy yo, o eso ha sonado un poco sobreprotector? —preguntó Tess—. Solo le he escuchado hablar así de Isabelle y Josie.

—No solo ha sonado sobreprotector. Suena como si ella le importara —añadió Skye, pensativa.

Ryker levantó una ceja.

—¿Por qué estáis hablando de él en tercera persona?

—A mí también me gustaría saberlo —dije.

Skye y Tess esbozaron sonrisas idénticas.

—Lo siento, es que estamos sorprendidas —justificó Skye—. Nos habían dicho que *solo* era la hermana pequeña de tu mejor amigo.

—No estamos al corriente de las noticias —afirmó Tess con seriedad.

—¿De qué estáis hablando? La conocisteis la semana pasada y me pedisteis que la trajera aquí, así que ya sabéis que estoy saliendo con ella.

Tess levantó un dedo.

—Exacto, “saliendo” con ella; pero esto es más que eso. Casi parecéis estar... enamorados. Volvió a sonreír. Frunció el ceño, negando con la cabeza.

—Ellie está en un programa de prácticas con rotación. Tiene los siguientes meses planeados. No puedo pedirle que cambie sus planes por mí —expliqué.

La afirmación no pareció convincente ni siquiera para mis propios oídos, porque la verdad era que eso era justo lo que yo quería hacer.

—Vale, suficiente psicoanálisis por una noche. Estamos aquí para comer —dijo Ryker. Justo cuando iba a darle las gracias por cubrirme las espaldas, añadió—: Pero si Tess y Skye están mínimamente en lo cierto, hazte un favor y haz algo al respecto, tío.

Menuda manera de cubrirme las espaldas.

Tess entrecerró los ojos y dirigió la mirada hacia Ryker:

—¿Alguna vez estuvimos solo *mínimamente* en lo cierto?

Ryker levantó las manos en señal de defensa.

—Solo era una forma de hablar, pero lo digo en serio: centrémonos en la cena.

Para mi asombro, no mencionaron a Ellie durante el resto de la velada, pero estuvo en mi mente todo el tiempo. A su lado, sentía una felicidad que desconocía por completo. No sabía si podría volver a ser el de siempre después de que Ellie se marchara.

Probamos toda la carta en cuarenta y cinco minutos. Me gustó todo, lo cual sabía que no era demasiado útil para Rob. Necesitaba una crítica constructiva.

—Bueno, creo que no podemos aportar mucho más —dijo Skye, besando la mejilla de Rob. Se había acercado a la mesa para hacernos preguntas después del postre.

—No soy muy detallista, tío. Lo siento —añadí.

—No te preocupes, me sirve de todos modos. Solo quería una opinión, no una crítica. —Volviéndose hacia Skye, preguntó—: ¿Quieres irte a casa?

—Sí. Mi madre me ha dicho que Jonas ya está durmiendo, pero quiero darle un besito de todos modos.

—Yo también me voy —dijo Ryker—. No me gusta dejar a Heather sola con los niños por la noche. Suelen ponerse muy revoltosos antes de irse a la cama.

Mientras terminábamos nuestras bebidas, saqué mi móvil y le envié un mensaje a Ellie.

Ian: ¿Ya has terminado el turno?

Ellie: Sí. Acabo de llegar a casa. Ni siquiera siento los pies. Y me muero de hambre. María se ha quedado sin empanadas, y en la pizzería solo quedaba la de salami.

Ian: Estoy en Dumont's. Te llevaré algo. ¿Te apetece un menú?

En lugar de una respuesta en forma de texto, Ellie me envió una foto. Estaba sonriendo de oreja a oreja, con el pulgar arriba en señal de aprobación. Se me escapó una risa.

Ian: A juzgar por tu entusiasmo, eso es un sí. Estaré allí dentro de media hora.

Ellie: Harper está durmiendo en casa de su novio. Te esperaré desnuda.

Ian: Joder, mujer. ¿Por qué me tientas así? ¿Quieres que pase de la cena?

Ellie: ¡No! Solo era un incentivo para que llegaras antes.

Sonreí y guardé el teléfono en el bolsillo antes de que se me perdiera. Pedí comida para llevar mientras los demás comenzaron a marcharse.

Llegué a su casa en veinticinco minutos y llamé a la puerta. Ellie abrió al instante, con los ojos muy abiertos, sonrojada y aún vestida.

Levanté una ceja.

—¿Qué ha pasado con eso de esperarme desnuda?

Se apartó un mechón de pelo de los ojos.

—Has llegado antes.

—Cinco minutos.

—Ni siquiera me he duchado.

Moviendo las cejas, entré.

—Podemos hacerlo juntos.

Estaba monísima así de acelerada. Le tendí la bolsa de comida, se relamió los labios y la cogió, dirigiéndose a la cocina. Me reí y la seguí.

—Ya te has olvidado de la ducha y de todo lo demás, ¿eh?

Giró la cabeza y me miró, sonriendo avergonzada.

—La comida lo supera todo. Muchas gracias por traerme esto. Háblame de tu día mientras como.

Se quedó en la encimera de la cocina, comiendo directamente de la caja mientras yo le contaba cómo había sido mi jornada.

—Además, por puro capricho, me puse a buscar trabajos de profesor. Era algo que me gustaba cuando estaba en la universidad. Trabajé unas cuantas veces como ayudante de cátedra ayudando a los alumnos después de clase, y disfrutaba viéndolos entender el proceso.

Ellie levantó la vista, sorprendida.

—Tu madre me dijo que siempre pensó que te dedicarías a la docencia.

Me eché hacia atrás, atónito.

—¿En serio?

Se le dibujó una sonrisa en el rostro.

—¿Has encontrado algo interesante?

—Nah, no hay vacantes, pero luego caí en la cuenta de que no tendría tiempo para dar clases presenciales, así que he pensado en algunas ideas sobre cómo hacerlo a distancia.

—Cuéntame.

Su curiosidad me *animó*. Estaba realmente interesada.

—Podría crear cursos en línea a los que pudieran acceder personas con distintos niveles de competencias. No tengo un esquema detallado. Es algo que apenas se me ha ocurrido hoy.

—Parece muy guay.

Me sentía bien compartiendo aquello con Ellie. Esperaba con ganas poder hablar con ella todas las noches. Cuando no nos veíamos, hablábamos por teléfono.

Más tarde, mientras se lavaba las manos en el lavabo, yo recorría con las mías los costados de su cuerpo, presionando mi pelvis contra su trasero; apenas podía evitar tocarla. Luego, aparté su cabello para besarle la nuca. Soltó un suave suspiro y se le erizó la piel de los brazos. Echaría de menos esas tardes tranquilas cuando se fuera. Echaría de menos a *Ellie*.

Antes, nunca había entendido por qué Dylan, Isabelle y los Winchester siempre tenían prisa por volver a casa con sus parejas cada vez que salíamos, pero había conseguido comprenderlo y no estaba dispuesto a renunciar a ello.

Capítulo Dieciséis

Ellie

Ir de *brunch* los sábados era prácticamente una ley en Nueva York. Josie e Isabelle me habían preguntado si me apetecía quedar unos días antes, y yo había aprovechado la oportunidad para salir con ellas.

Cuando salí de mi edificio, sonreía de oreja a oreja. Era un día glorioso de finales de octubre. Hacía frío, pero el sol me calentaba la cara. Nueva York tenía un aspecto mágico, con el follaje los árboles en tonos rojizos, amarillos y marrones. Había quedado con ellas en un restaurante del Riverside Park. De camino, llamé a mi hermano. Si bien me llevaría unos cuarenta minutos, pensaba hacer todo el camino andando. Era probable que luego volviera en Uber, pero en ese momento quería estirar las piernas.

—¡Hola, hermana! —contestó.

—¡Hola! Espero no despertarte.

—Bueno, casi... Ya sabes cómo soy los sábados.

Claro que lo sabía. Siempre fui de levantarme temprano y, de pequeña, solía hacer mucho ruido a propósito. Era una diablilla. Luego, cuando me hice mayor, le preparaba el desayuno. Mis primeros intentos fueron incomibles, pero él me animó a seguir experimentando, como un buen hermano mayor.

Cuando mis padres se divorciaron, ya me había vuelto una muy buena cocinera, así que intentaba animar a mi madre todos los sábados y domingos con pasteles, tartas y *omelettes*. Por desgracia, no conseguí mejorar mucho las cosas. Permaneció muy sumida en su dolor durante unos años, y nada de lo que hice ayudó.

—Desde que me mudé a Nueva York, disfruto mucho de las mañanas. La ciudad es más tranquila y eso me permite hacer muchas más actividades —comenté.

—¿Qué harás hoy? —preguntó.

—He quedado con Josie e Isabelle para ir de *brunch*.

—¿Las hermanas de Ian?

—Sí, nos estamos volviendo muy cercanas.

—Estaba a punto de decir que parece que siempre sales con ellas. ¿Qué ha hecho Ian, te ha dejado en manos de sus hermanas?

—¡No! —contesté a la defensiva—. Me escribe a menudo para ver cómo estoy. —Me sonrojé y agradecí que no estuviéramos usando FaceTime, porque mi hermano era un experto en lo referido al lenguaje corporal.

—Me alegro. Le llamaré para agradecerse.

—Me han comentado que tienes pensado visitarme.

—Sí... espera, ¿te lo ha dicho Ian?

Hice un gesto de disgusto. Si no actuaba con cuidado, ataría cabos. No quería ocultarle más cosas, así que esperaba que me visitara pronto.

La única razón por la que no se lo contaba por teléfono era porque sabía que se preocuparía. Cara a cara, me resultaría más fácil convencerle de que aquello era algo positivo y yo era feliz. Ian me hacía feliz.

—Sí, hablamos de ti y él lo mencionó. ¿Por qué no me lo dijiste?

Había pasado más de una semana desde que Ian y yo fuimos al Parque Estatal Bear Mountain. Esperé unos días para ver si Henry sacaba el tema, pero nunca lo hizo.

—Porque quería sorprenderte apareciendo el fin de semana siguiente a tu cumpleaños.

Detuve mi marcha y presioné mi pecho con la palma de la mano. Sentía como si mi corazón estuviera a punto de estallar. Aunque mi cumpleaños caía entre semana, era perfecto que llegara el fin de semana. Podríamos quedarnos despiertos hasta tarde y ponernos al día de todo.

—¿Hablas en serio?

—¡Sí!

—Vaya, gracias. Te echo mucho, mucho de menos.

—Yo también te echo de menos, Ellie. Escucha, tengo que irme, debo volver al trabajo.

—¿Un sábado?

—Sí, estos tíos no tienen límites. ¿Hablamos luego?

—Claro.

Estaba tan extasiada que no podía dejar de sonreír. Me dejé los cascos puestos y reproduje una *playlist*. A veces me gustaba escuchar los sonidos de la ciudad, pero otras solo quería perderme en la música. Miré a mi alrededor mientras la ciudad empezaba a despertarse. El sábado era el día perfecto para dormir hasta tarde, pero años de trabajo en restaurantes me enseñaron lo valiosas que eran las horas de la mañana y lo mucho que se podía hacer en ellas.

Cuando llegué a la puerta del restaurante, estaba un poco sudada. Vale, quizá caminar cuarenta minutos no había sido tan buena idea. Aunque no hacía calor, tenía las axilas un poco húmedas, así que me dirigí al servicio y las sequé con unas toallitas de papel. Cuando volví a la sala del restaurante, Josie e Isabelle ya estaban sentadas en una mesa. Ambas me miraron sorprendidas, así que me apresuré a sentarme.

—¿Cuándo has llegado? —preguntó Josie.

—Hace unos minutos, pero antes he pasado por el servicio.

El local se estaba llenando rápidamente. Era bastante diferente de aquel en el que yo trabajaba. En primer lugar, era mucho más pequeño y estaba situado en la planta baja, por lo que nuestra mesa daba directamente a la calle. Además, la cocina era abierta, así que podías ver a los cocineros mientras preparaban los platos. Entendía el atractivo del concepto de cocina abierta. Cuando estudiaba aprendimos que daba a los clientes la sensación de que todo era fresco, simplemente porque podían ver cómo se preparaba. Pero cuando abriera mi propio restaurante, la mantendría completamente separada, ya que las cocinas abiertas ponían demasiada presión sobre el personal. Anteriormente había trabajado en una con ese diseño, y todo era más difícil, desde la comunicación hasta el hecho de tener que limpiar mucho más a menudo. A fin de cuentas, no compensaba.

Pedimos unos *bagels*. El mío era con salmón ahumado, el de Josie con huevo, y el de Isabelle con una pasta de pimientos para untar y cebolla caramelizada. La combinación del último me pareció interesante, así que le pedí un bocado a Isabelle para probarlo.

—Mmm, está bueno, pero no es mi estilo —dije. Estaba sabroso, pero la combinación me pareció demasiado fuerte. Yo habría utilizado hummus en lugar de la pasta de pimiento. Josie e Isabelle compartieron su comida haciendo todo tipo de comentarios sobre los ingredientes y debatiendo sobre quién tenía el mejor bocadillo. Eran divertidísimas, y me encantaba la dinámica que tenían entre ellas. Cuando Ian me habló de la casi caída de Dylan, me vino a la mente lo que su madre me dijo de él: siempre protegía a su hermano mayor.

—Por cierto, Ellie. Voy a dar una fiesta en diciembre. A la gente del lugar que reservamos para la boda no le hizo mucha gracia que la canceláramos, así que prometí dar una gran fiesta a finales de año. La boda iba a ser en noviembre, pero no quería utilizar la misma fecha. En fin, la cuestión es que vamos a hacer un menú vegano y sin gluten para algunos de los invitados, y la *chef* dijo que podría necesitar ayuda. ¿Tienes experiencia en este tipo de platos?

—Sí, mucha. Que me contacte cuando quiera, pásale mi número de teléfono, pero dile que primero me envíe un mensaje. No contesto llamadas de números desconocidos. Últimamente estoy recibiendo muchas llamadas fraudulentas.

—Lo haré. Gracias. —Me alegré mucho de poder ayudar a Isabelle. Las dos hermanas de Ian habían sido muy amables, así que agradecí tener la oportunidad de hacer algo por ellas. Isabelle preguntó casi al instante—: ¿Qué es lo que más te gusta de la ciudad?

—¿Sinceramente? Todo. Aunque ahora mismo, estoy enamorada de un *spa* que descubrí en el Upper West Side. Dan unos masajes de cuello increíbles. El cuello y los hombros son zonas problemáticas para la mayoría de los *chefs*.

—Eso es estupendo. ¿Qué más piensas hacer en Nueva York? ¿Hay algo que no hayas visto? ¿Qué te mueres por probar? —preguntó Isabelle.

—He visto bastante ya. Como empiezo a trabajar todos los días a las diez, aprovecho para levantarme supertemprano, y los museos están prácticamente vacíos por la mañana. Así que, cuando no me quedo atrapada en el tráfico en un taxi, puedo hacer muchas cosas.

—¿Dónde has estado? —preguntó Josie.

—He visitado un par de museos. Incluso cogí el ferry un fin de semana y fui a visitar la Estatua de la Libertad y a la Isla Ellis. Todavía no he ido a Coney Island, más que nada porque queda un poco lejos.

Isabelle arrugó la nariz:

—No te pierdes de nada. No es mi lugar favorito de Nueva York.

—¿En serio? Leí en algunos *blogs* que sus días de gloria habían terminado, pero pensé que podrían estar exagerando.

Isabelle sonrió:

—Nunca está de más ir y hacerte tu propia idea, pero no te generes grandes expectativas.

—¿Qué más me recomendáis que vea? —pregunté.

—Eso depende de lo que te guste. ¿Quieres visitar más museos o ver obras de Broadway? ¿Te gustan los parques temáticos? ¿Bares o sitios para cenar?

—No, como me paso todo el día en restaurantes, me gusta hacer algo diferente en mi tiempo libre. No me gusta mucho ir de fiesta, ni tampoco las obras de teatro, para ser sincera.

—Humm... es difícil recomendarte algo si no sabemos lo que te gusta —señaló Josie.

—¿Por qué no me dais una lista? Ian dijo que era un buen guía turístico, pero no estoy tan segura de que sea así. Últimamente, no hacemos más que desviarnos del objetivo. —Me sonrojé, mirando mi café. *¿Por qué demonios había dicho eso?*— Dios mío, esta vez ni siquiera puedo culpar al vino. ¿Cómo es que me voy tanto de la lengua cuando estoy con vosotras? —Seguro que lo sospechaban, pero por Dios, *vaya manera de anunciarlo, Ellie*.

—Es que tengo ese tipo de energía —dijo Isabelle con una sonrisa—. Hace que la gente quiera abrir su corazón por completo, lo cual es una buena cualidad para una psicóloga.

Me eché a reír, aunque seguía sonrojada.

—Bueno, decidme todas las cosas que debería ver. Estoy continuamente diciendo que tengo tiempo suficiente para verlo todo, pero antes de que me dé cuenta, ya habré empezado mis prácticas en Nueva Orleans. —Se me encogió el corazón al decir aquello. Isabelle me miraba con atención.

—¿Y te hace ilusión? —preguntó Josie.

Me encogí de hombros, bebiendo un sorbo de café para ganar tiempo.

—Sí, es una parte muy interesante del programa. La cocina criolla es tan rica y combina tantos sabores diferentes que es un privilegio poder aprenderla en un restaurante local. —¿Era mi

sensación o mi voz había sonado vacía? Todo lo que decía era cierto, pero, por alguna razón, mi corazón no sentía lo mismo.

Mi corazón quería quedarse en Nueva York. Con Ian.

Ian

Jugar al tenis los sábados por la mañana era mi actividad favorita. No había mejor manera de reunirse casualmente con los clientes el fin de semana y charlar un poco de todo. A muchos de ellos les gustaba jugar al golf o al tenis. Como el golf me aburría muchísimo, optamos por el tenis. Dylan despreciaba el cotilleo, por lo que era yo quien solía llevar las riendas. Era importante mantener contentos a nuestros clientes, y como era una persona sociable, no me importaba en absoluto. Sin embargo, eso significaba que tendría que centrarme en conversar con ellos durante los descansos en lugar de comprobar el móvil, y la verdad era que estaba ansioso por saber qué novedades tenía Isabelle para empezar a planificar.

Dylan me miró con un gesto de preocupación cuando consulté el móvil por tercera vez durante una pausa de cinco minutos.

—¿Pasa algo? —preguntó.

—No, solo estoy esperando un mensaje.

—¿Puedes centrarte en los clientes, por favor?

—Claro. —Tenía razón; necesitaba ponerme las pilas. Los miré con una sonrisa radiante y dije—: Venga, último set, y luego el *brunch* corre por nuestra cuenta.

Ambos asintieron, claramente satisfechos. Nos gustaba tener contentos a los clientes. Se quedaban con nosotros más tiempo si lo hacíamos y, cuando querían emprender otros proyectos, nos volvían a tener en cuenta. Esa era la razón por la cual teníamos tantos clientes fieles: Cuidábamos bien de ellos, y lo apreciaban. No obstante, eso no significaba que les dejara ganar la partida a propósito. Tanto Dylan como yo teníamos un lado competitivo, y a nuestros clientes les gustaba que no fuéramos indulgentes con ellos.

El partido estuvo muy reñido, pero acabamos ganando.

—¡Enhorabuena! —dijo Andrew.

—Ha estado igualado —respondí—. Buen partido.

—Una victoria es una victoria, no importa por cuánto. Venga, ahora vamos. Me muero de hambre y me prometiste un *brunch*.

—No fue muy buena idea jugar con el estómago vacío —dijo Carlos.

—Coincidió. La próxima vez desayunamos primero y luego jugamos.

Andrew negó con la cabeza.

—Eso significaría que no podría beber champán para desayunar, así que no estoy de acuerdo. Nos vemos en el restaurante dentro de quince minutos. —Estábamos bastante sudados, por lo que tuvimos que ducharnos y cambiarnos la muda.

—Claro. —Una vez estuvimos solos, le dije a Dylan—: Tengo que hacer una llamada, pero luego estaré listo rápidamente.

¿Por qué no me llamaba Isabelle? Tecleé su número, pensando en un primer momento que rechazaría la llamada, ya que a lo mejor seguiría con Ellie. Para mi sorpresa, contestó al primer tono.

—Hola, hermano. —No parecía tan entusiasmada como esperaba—. Lo siento, no tengo nada de información para ti.

Gruñí. Así que por eso no me había enviado actualizaciones.

—¿Por qué no?

—No paraba de hablar de la ciudad, y no podíamos insistir sin que se diera cuenta. Pregúntale a Josie.

Me reí.

—Te creo. Gracias por intentarlo. Ya se me ocurrirá algo.

Estaba a punto de colgar e irme a las duchas cuando dijo:

—Aunque tengo un dato que puede resultar útil.

—Soy todo oídos.

—Le preguntamos si está entusiasmada con sus prácticas en Nueva Orleans.

—¿Y? —Todo mi cuerpo estaba en vilo, esperando la respuesta de mi hermana.

—Dijo que sí porque tiene muchas ganas de aprender, pero no creo que fuera verdad.

—¿Por qué no?

—No puedo explicártelo con exactitud. Es solo una sensación que tengo basada en su lenguaje corporal.

Negué con la cabeza, pero dije:

—Gracias. Bueno, te dejo; tengo que ducharme antes de llevar a nuestros clientes a un *brunch*. Hablaré con ella más tarde. Gracias de nuevo.

—De nada. Siento no haber podido ser de más ayuda. Creo que el bebé está afectando mis habilidades detectivescas.

—Ni se te ocurra culpar a mi futuro sobrino.

—¡Ah, es verdad! Olvidé que ya estás en plan protector con él.

—Por supuesto, lo necesita. Adiós, Isabelle.

—Adiós.

No compartía la opinión de mi hermana, pero no quería ser descortés. Isabelle siempre decía que yo no era una persona romántica, pero la realidad era que no idealizaba nada. Me tomaba lo que decía la gente al pie de la letra, no intentaba interpretarlo todo como hacía ella. En mi experiencia, solo era una manera de ver lo que uno quería en la reacción de alguien. No buscaba nada que no existiera. Por el momento, solo aspiraba a hacer feliz a Ellie. A esas alturas, consideraba que eso era todo lo que teníamos.

Capítulo Diecisiete

Ellie

El día de mi cumpleaños me desperté tempranísimo, como de costumbre. Salí de la cama y miré la cómoda donde ya tenía los regalos de Henry y de mis padres; estaba superemocionada. Habían llegado el día anterior, pero nunca los abría antes de mi cumpleaños. Me vestí con ropa cómoda y abrigada, los llevé a la cama y, una vez acomodada en el colchón, di un bailecito de alegría mientras los abría.

Mi hermano me regaló un enorme libro de viajes de *Lonely Planet*. Mi madre y mi padrastro me regalaron un grueso abrigo de invierno, lo que me hizo gracia. Aquello tenía el sello de mi madre, que siempre pensaba que no me abrigaba lo suficiente. Pero no podía contradecirla, porque era verdad. Mi padre y mi madrastra me enviaron una tarjeta regalo para mi tienda *online* favorita, que vendía velas hechas a mano. Me pareció un detalle muy bonito.

Llamé enseguida a todos para darles las gracias. Mientras hablaba con mamá, oí el timbre de la puerta. Harper contestó y, unos minutos después, llamó a la mía.

—Mamá, tengo que irme. Luego hablamos, ¿vale? —dije.

—Claro, cariño.

—¿Qué pasa, Harper? —pregunté, abriendo la puerta.

—Ha llegado algo para ti.

—¡Más regalos! —exclamé.

—Feliz cumpleaños, Ellie. —Harper sostenía un paquete gigante de chocolate en los brazos.

—Vaya, te has lucido, compañera.

—Oh, no, no. No es mío. Es de cierto tío bueno con el que has estado pasando el tiempo últimamente.

—¿Ian me ha enviado esto? —pregunté con voz ahogada. De repente, estaba aún más emocionada que antes.

—Así es. El repartidor dijo que también había una tarjeta, pero que se había mojado y estaba ilegible.

—Me quedaré con los chocolates, incluso sin la tarjeta. —Cogí el paquete y lo dejé sobre la cómoda.

Harper sonrió.

—Vas a compartirlos, ¿verdad? Es imposible que te los comas todos.

Me eché a reír:

—Bueno, podría, pero como soy generosa, voy a permitir que te lleves unos cuantos.

—Define “unos cuantos”.

—Aún no estoy segura. Puedes empezar por coger uno, luego iremos viendo.

—Venga. Hagamos un desayuno de celebración —sugirió Harper, y la seguí fuera de la habitación—. Tengo que irme dentro de veinte minutos, pero hay tiempo suficiente para eso.

Me sorprendió ver que ya había puesto la mesa. Normalmente nos turnábamos para preparar el desayuno, pero ella insistió en que quería hacerlo todo. Puso jamón, queso y tomates en el horno, que era mi truco para conseguir que los tomates tuvieran sabor en los meses de invierno. Cuando llenamos los platos y estuvimos listas para sentarnos, Harper y yo chocamos nuestras tazas de café.

—¡Salud! Brindaría con champán, pero está mal visto que un profesor se presente en la escuela apestando a alcohol. Feliz cumpleaños, Ellie. Como no voy a verte esta noche, espero que pases un día estupendo.

—Espera. ¿Por qué no saldrás conmigo esta noche?

—¡Mierda! Se supone que no debes saberlo.

—¿Saber qué?

—No puedo decirte nada.

—¡Harper!

Apreté los labios y murmuró:

—Mis labios están sellados. Tengo que irme.

—No, aún tienes unos minutos.

—Hoy empiezo temprano —afirmó, haciéndome reír aún más.

—Sí, claro... En realidad, solo tienes miedo de que te haga preguntas.

—Naturalmente. —Me besó la mejilla y se marchó, no sin antes dirigirse a mi dormitorio.

—¿Así que, no tienes tiempo, pero puedes colarte en mi dormitorio y robar un chocolate? —reprendí.

—Tengo mis prioridades —contestó Harper antes de escabullirse del apartamento.

Sonriendo de oreja a oreja, recogí la mesa rápidamente después de que se fuera. Ian me había enviado chocolates. Era muy considerado por su parte, y me encantaba que supiera qué tipo de chocolate me gustaba. Cuando terminé de limpiar la cocina, volví a mi habitación y me quedé observando los bombones; acto seguido, decidí enviarle un mensaje. Tenía algunas sospechas sobre lo que había dicho Harper, pero debía actuar con ingenio para hacer hablar a Ian.

Hice una foto y la añadí a mi mensaje.

Ellie: Buenos días, acabo de recibir esto. Muchas gracias. El repartidor dijo que la tarjeta se estropeó, ¿podrías decirme qué ponía?

Ian respondió enseguida.

Ian: Te lo diré cuando te vea.

Ellie: ¿Y cuándo será eso?

No respondió. Le envié otro mensaje.

Ellie: Harper acaba de decirme que no saldrá conmigo esta noche. ¿Tienes algo que ver con eso?

Ian: A Harper se le da muy mal guardar secretos.

Ellie: DIOS MÍO.

Ian: ¿Creías que no mimaría a mi cumpleañera?

Ellie: Pero es mi cumpleaños. Se supone que soy yo la que da la fiesta o alguna otra cosa.

Ian: Puedes hacerlo cuando Henry venga de visita el sábado. Esta noche eres toda mía.

Vaya.

Mientras me duchaba y me vestía, sentía que estaba llena de energía. Aún me quedaba mucho tiempo hasta que empezara mi turno, pero tenía demasiada vitalidad como para quedarme sentada en casa. Abrigándome bien con el chaquetón que me regaló mi madre, salí fuera a toda prisa. Noviembre no era el mejor mes para pasear, pues hacía bastante frío, pero aun así me encantaba. Mientras caminaba tranquilamente por la ciudad, pensé en mi familia y en lo mucho que los echaba de menos.

Mi mayor sueño era que todos nos pudiéramos reunir en el mismo lugar para mi cumpleaños algún día, pero nunca había podido concretarlo. No estaba segura, pero a veces me preguntaba si era porque todos se evitaban entre sí. Soñaba con celebrar algo juntos como una gran familia. Si no era por mi cumpleaños, tal vez por Navidad o cualquier otra ocasión.

Mi buen humor persistió incluso después de empezar mi turno. Había escuchado una melodía pegadiza por la mañana, y no dejé de cantarla en mi mente ni siquiera después de quitarme los cascos y empezar a preparar las ensaladas. Bailé con ella durante todo el día. Por la tarde, cuando hubo un poco de calma en la sala del restaurante, mi jefa se dirigió a mí.

—Ellie, hoy es tu cumpleaños, ¿verdad?

—Sí.

—¡Feliz cumpleaños!

—Gracias, Nancy.

—No hemos tenido tiempo de charlar antes, pero he recibido muy buenos comentarios de todos en la cocina.

—Gracias.

—Me gustaría seguir hablando la semana que viene. Comprobaré mi agenda y te avisaré cuando tenga tiempo.

Me asusté un poco, pero asentí.

—De acuerdo. —Por lo general, nunca era positivo que el jefe fuera muy amable y luego te pidiera una reunión. Me habían despedido así dos veces, cuando el jefe me invitó amablemente a sentarnos y tomar algo juntos, solo para decirme que iban a recortar personal y tal. Sin embargo, decidí ponerlo todo en un segundo plano. Quizá esa vez se tratara de una buena noticia; o tal vez tuviera que mudarme a Nueva Orleans antes de lo que pensaba.

Mi estado de ánimo decayó un poco tras la marcha de mi jefa. No quería pensar en mudarme. En el pasado, solía esperar con ilusión llegar a una nueva ciudad para enfrentar un nuevo reto. Pero en los últimos tiempos algo había cambiado dentro de mí, y sabía que era a causa de Ian. Me encantaban nuestras noches juntos y los mensajes casuales que nos enviábamos durante el día. Por primera vez, no estaba contenta con mi vida nómada. Con Ian, sentía que pertenecía a la ciudad donde me encontraba.

Mi buen humor volvió una vez terminado mi turno. Corrí a casa para cambiarme; Ian ya estaba esperándome frente a mi edificio.

—¿Cuándo has llegado? —pregunté.

—Sé que tu turno termina a las seis, y normalmente te lleva unos quince minutos llegar a casa, así que ahí tienes tu respuesta.

—Alguien es extremadamente puntual...

—Tenía muchas ganas de nuestra noche juntos. —Me miraba con ojos hambrientos. Le señalé con el dedo a modo de advertencia:

—No, no. Reserva los besos para cuando estemos arriba.

—¿Por qué?

—Porque no quiero que nos vea toda la calle. ¿Qué pensarán?

—Que estamos a punto de pasar una gran noche.

—Ian... —advertí con tono juguetón, entrando en el edificio. Aunque estaba cansada a causa del trabajo, decidí no coger el ascensor. Después de estar tantas horas de pie, necesitaba moverme. Subí los escalones de dos en dos, sonriendo al ver que Ian me seguía—. ¿Y bien, vas a decirme lo que vamos a hacer?

—Sí. Has dicho que no quieres salir porque estás cansada. Así que voy a cocinar para ti en mi casa. Prepara un bolso para pasar la noche. —Aquella orden sonó muy tentadora, me produjo escalofríos por todo el cuerpo. Mi corazón suspiró de felicidad: Ian quería mimarme en mi cumpleaños. ¿Quién era aquel hombre? ¿Y qué estaba haciendo conmigo?

—Vale —respondí, plenamente consciente de que había elevado la voz por la emoción. Fui a mi dormitorio, saqué una mochila de debajo de la cama y metí un bonito vestido que me pondría cuando llegara a su casa. Era bastante sensual, pero si no me ponía sujetador, resultaba supersexy. Por supuesto, no me lo pondría. Era de color negro, de manga larga y escote en pico. Solo llegaba a la mitad del muslo, así que no era precisamente apropiado para el invierno, pero como estaríamos dentro de su casa, no importaba. También metí un camisón en la mochila, y estaba contemplando dos tipos de bragas. Una era de encaje negro, la otra, de seda roja.

—Empaca las dos. —Sobresaltada, giré la cabeza para mirar hacia atrás. Ian estaba asomado por la puerta.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí de pie como un mirón?

—Un rato. Eres guapísima.

Me sonrojé.

—Pues lárgate, me estás distrayendo. Y no necesito dos juegos de bragas.

—Sí que las necesitas.

—¿Por qué?

Se acercó a mí, clavándome su intensa mirada. Se me cortó la respiración. Me relamí los labios cuando se inclinó más hacia mí y acercó su boca a mi oreja.

—Puedo utilizar una de ellas para atarte las muñecas.

Dios mío. Si antes había sentido que me ruborizaba, no era nada comparado con lo de ese momento. Mi cara entera estaba ardiendo. Al instante, me besó profundamente. Gemí al tiempo que mis muslos empezaban a temblar. Su boca era implacable, explorándome más y más rápido. Sabía que, si seguíamos así, nunca saldríamos de mi piso, así que di un paso atrás, dándome la vuelta.

Mientras terminaba de preparar la mochila, rodeó mi cintura con un brazo y me besó la nuca. Me sentí tan especial y valorada que mis defensas se derrumbaron por completo.

En cierto modo, era extraño que hubiera sido virgen durante tantos años preguntándome si alguna vez encontraría a alguien que me hiciera sentir así, y después de conocer a Ian, sintiera que todo estaba destinado a ser de esa manera: como si hubiera estado esperando a aquella persona. No podía imaginarme estar con nadie más. Ian era mi primer y único hombre.

—Nunca había sentido esto —afirmé. Se me hizo un nudo en el estómago. *¿Le estaría asustando con esa confesión?*

—Me alegro de ser el primero en hacerte sentir cosas nuevas —dijo en mi oído—. Eres muy importante para mí, Ellie. Importantísima.

Coloqué mi mano sobre la suya, que estaba apoyada en mi vientre. Estuve a punto de preguntarle hasta qué punto era importante, pero no tuve ocasión porque sonó el timbre.

—¿Esperas a alguien? —preguntó.

—No. Probablemente sea algún repartidor para entregar un paquete. No sé por qué, pero nunca es una sola persona la que entrega los paquetes aquí. Vienen al menos dos veces al día, Harper se vuelve loca.

—Yo contesto. Tú termina de empacar.

—Gracias. —Cuando se marchó, metí las bragas en mi neceser. ¡Listo! Tenía todo lo que necesitaba. Cerré la cremallera de la mochila justo cuando Ian abría la puerta principal.

—¿Qué haces aquí?

No era un repartidor, era Henry.

Capítulo Dieciocho

Ian

—¿Qué tal? ¡Pasa! —saludé, abriendo la puerta de par en par. Ellie salió de su habitación al segundo siguiente. Aún estaba nerviosa por el beso que nos habíamos dado. Su cabello castaño estaba alborotado y tenía los labios rojos. Henry no tardaría en descubrirnos. Lo rodeó con los brazos y él le dio un abrazo tan efusivo que hizo que ella se despegara del suelo.

—¿Qué haces aquí? Creía que vendrías el sábado —dijo riendo.

—Quería darte una sorpresa.

—Deberías haberme dicho que venías hoy. ¿Cuánto tiempo vas a quedarte?

—Hasta el domingo. ¿Qué vas a hacer esta noche? —preguntó. Ella salió del abrazo y los ojos de Henry se centraron en su boca. Al instante, se volvió para mirarme:

—¿Qué está pasando?

Maldita sea. Tardó incluso menos de lo que había previsto.

—Puedo explicarlo —dijo Ellie.

—Lo haré yo. —Sabía cómo podía ponerse Henry. Quería proteger a Ellie. Por más que quisiera lo mejor para ella, a veces podía ser muy duro.

—Claro que lo harás. ¿Qué cojones pasa, Ian? Te advertí que te mantuvieras alejado de ella.

—Lo intenté, pero se me fue de las manos —admití—. Sí, estamos juntos. —No se me ocurrían las palabras adecuadas, y sabía que lo que acababa de decir no era suficiente para apaciguar la situación.

—¿Pero qué...?

—No te pongas así, Henry —intervino Ellie—. No soy una niña.

Henry negó con la cabeza, alternando la mirada entre su hermana y yo. Estaba decepcionado conmigo, podía verlo en sus ojos, y era una puta mierda. No me gustaba decepcionar a nadie.

—¿Qué quieres decir con que *estáis juntos*? —exigió saber.

Ellie apretó los labios, mirándome. Me puse a su lado y le rodeé los hombros con un brazo. Estaba tensa. Me pregunté si era porque su hermano se había enterado o porque sentía curiosidad por saber cómo definiría yo nuestra relación.

—Estamos saliendo y pasando mucho tiempo juntos. De hecho, iba a cocinar para Ellie esta noche en mi casa.

Los ojos de Henry se desorbitaron cuando Ellie se inclinó hacia mí. Le toqué los hombros, rozando su cuello con el pulgar, y percibí cómo por fin se relajaba.

Había pensado mucho acerca de qué hacer aquella noche. Ellie salía mucho por la ciudad, pero parecía más feliz cuando estábamos los dos en su casa o en la mía, así que eso era lo que había planeado.

—¿Qué tal si en vez de eso salimos todos a cenar? —preguntó ella—. Seguro que podemos conseguir una reserva en algún lugar.

La miré.

—Pero a ti no te gusta salir por la noche. Siempre dices que estás demasiado cansada después del trabajo. Tengo comida suficiente para todos.

—Vale. Me parece un buen plan —afirmó Ellie—. Recogeré mi mochila.

—Esperaré en el salón —dijo Henry. Yo fui detrás de Ellie, queriendo asegurarme de que se encontraba bien. Cerré la puerta de su habitación y me miró a los ojos, señalándome con el dedo.

—No, no. *Nada* de besos.

Fruncí el ceño al mirarla.

—Entendí tu postura frente al edificio, pero ¿cuál es tu excusa esta vez?

—Henry tiene visión de rayos X, lo juro. Así que aparta tus manos y tus ojos de mí mientras cenamos. ¿Vale?

Me acerqué aún más y llevé la mano a su cuello, acariciándola despacio.

—Me comportaré mientras esté con nosotros, pero cuando se vaya, serás mía, Ellie. Y entonces te devoraré. —Sus ojos se abrieron de par en par y sus labios se entreabrieron al exhalar un suspiro. Me encantaba mantenerla al límite.

—Si no puedes comportarte —dijo ella, totalmente nerviosa—, espérame en el salón con Henry.

Di un paso atrás, levantando ambas manos.

—Lo haré. Es imposible estar en la misma habitación contigo y no poder tocarte. O besarte...

—O decir obscenidades.

—Eso también.

Todavía con las manos en alto, salí de la habitación. Henry deambulaba por el salón.

—No seas gilipollas con tu hermana —indiqué.

Entrecerró los ojos:

—Esto es exactamente lo que me temía. ¿Por qué no me lo dijiste?

—Quería hacerlo cara a cara cuando vinieras a la ciudad. No le arruines su cumpleaños.

—No voy a hacerlo. —No me gustaba que mi mejor amigo no confiara en mí, pero solo conocía una versión anterior mía, no la persona en la que me había convertido, ni cómo era con Ellie.

—Bien. Porque vamos a tener un problema si lo haces.

—Menudos cojones tienes para decirme eso. —Entrecerró los ojos, pero no dijo nada más.

Después de que Ellie se reuniera con nosotros en el salón, fuimos a mi casa. Henry parecía un poco más relajado cuando llegamos. Cuando abrí la puerta, apenas reconocí mi apartamento.

—¿Qué es esto? —preguntó Ellie.

—Le pedí a Isabelle que me ayudara a decorarlo todo para que tuviera un aspecto más festivo. —Mi hermana me había preguntado si me parecía bien que pusiera velas, y le respondí que sí, pensando que colocaría una o dos, pero conté al menos una docena. Henry hizo un gesto de sorpresa, pero Ellie parecía muy contenta.

No importaba. Hubiera dejado que pusiera cien velas si eso la hacía feliz.

—Esto es increíble —susurró. Sus ojos estaban un poco llorosos. ¿Por qué aquello era tan especial para ella?

Henry y Ellie se sentaron en los taburetes de la isla de mi cocina. Me dirigí al otro lado, donde estaban los fogones. Echó un vistazo a los ingredientes con una sonrisa:

—¿Vas a preparar *risotto*? —preguntó.

—Es tu plato favorito —contesté. Lo había mencionado durante el fin de semana en Bear Mountain, y lo guardé en mi memoria—. También tengo tarta en la nevera.

Nos serví a todos una copa de vino blanco antes de comenzar a picar la cebolla.

—Quedaremos mañana, ¿no? —preguntó Ellie a su hermano.

—¡Claro! He venido a visitarte —respondió Henry.

Ambos parecían mucho más relajados que antes. No dejé de observar a Henry mientras se cocinaba el *risotto*, preparado para intervenir si era necesario. Comprendía su preocupación, pero no quería que estropeará el cumpleaños de Ellie.

—¿Dónde te estás alojando? —pregunté.

—En un *Airbnb* del centro.

—¿Por qué no me lo dijiste? Habría arreglado algo con Harper para que pudieras quedarte en nuestro piso.

—No, ya me conoces, hermanita. No me gusta hacer eso.

Era verdad. A Henry nunca le había gustado compartir vivienda con más personas, ni siquiera cuando estábamos en la universidad. El *risotto* estuvo listo un rato después. Le eché una tonelada de parmesano por encima antes de llevar los platos a la mesa.

—Entonces, ¿cuánto tiempo hace que empezó todo esto? —preguntó cuando por fin empezamos a comer.

—Humm, hace un tiempo —respondió Ellie, nerviosa—. Casi desde que llegué a la ciudad.

—¿Me habéis estado mintiendo todo este tiempo?

—No, Henry. Sabíamos que reaccionarías así —replicó.

—Así que nadie más lo sabe. ¿Mi hermana es solo un mísero secretillo para ti?

—¡Henry! —Mi tono era de advertencia, estaba tenso.

—No soy un secreto.

—Mi familia sabe que estamos juntos —añadí con calma.

—¿Así que soy el único que no lo sabe? —insistió Henry.

Ellie sonrió.

—No hay quien le gane cuando se pone así.

—Ya lo sé. Lo conozco.

—Tío, no te ofendas, pero sabes muy bien que fui testigo de toda la mierda que hiciste en la universidad. Es lógico que me moleste que ahora salgas con mi hermana.

—He cambiado, Henry. Ya no estoy en la universidad, y tú tampoco; los dos hemos crecido.

Miró a Ellie, que estaba sonriendo ampliamente.

—Venga, Henry. Es mi cumpleaños. Compórtate. Si no, no tendrás tarta ni champán.

Henry volvió a sentarse en su silla, y finalmente esbozó una sonrisa.

—Vale, da igual, sois adultos. No tengo por qué meterme. Pero que lo sepas, cuando le hagas daño, tú y yo vamos a tener un problema muy gordo.

No me gustó el uso de “*cuando*”. Daba a entender que era algo seguro, pero no quería ser yo quien estropear la velada iniciando una pelea.

—¡Henry! —regañó Ellie—. Déjalo ya.

—Vale, vale. No volveré a sacar el tema *esta noche*.

Charlamos sobre sus padres mientras cenábamos el *risotto* con algunas verduras. Cuando recogimos los platos, saqué la tarta de la nevera. Descorché el champán, serví copas para todos y brindamos:

—¡Salud! —dije—. Por Ellie.

—Por Ellie —brindó Henry. Acto seguido, le cantamos un suave *cumpleaños feliz*. No se me daba muy bien cantar, así que en ese momento se hizo evidente. Una vez, Brayden me había escuchado cantar una y pensó que estaba enfermo o algo, el muy cabrón.

Henry se quedó charlando con nosotros una hora más antes de anunciar que se iba. Parecía que no podía dejar de mirar las velas que Isabelle había dispuesto por todo el apartamento.

—Bueno, voy a volver a mi *Airbnb*. Ellie, hablaremos mañana.

Ellie y yo le acompañamos hasta la puerta. Cuando se marchó, dirigí la mirada hacia ella.

—Me encantan todas estas velas —comentó—. No puedo creer que le pidieras a Isabelle que te ayudara a decorar. Y que hayas cocinado mi comida favorita.

La atraje hacia mí, apartándole un mechón de pelo detrás de la oreja y acariciando su sien con el pulgar.

—¿Por qué no te lo crees? —pregunté.

Se encogió de hombros.

—No lo sé. Supongo que es algo a lo que no estoy acostumbrada, o algo que nunca espero de nadie.

—¿Qué? ¿Qué alguien haga un esfuerzo por tu cumpleaños?

—Sí —susurró Ellie.

Acerqué mi frente a la suya.

—Sé que te hace feliz, y me gusta hacerte feliz. —Su mirada se ensombreció; parecía que quería decir algo—. ¿Qué es lo que te preocupa?

—Es solo que, después de cómo acabó el matrimonio de mis padres... No es que los culpe ni nada de eso. Sé que soy adulta y que debo responder por mis propios actos.

—Ellie, algunas cosas pueden afectarnos durante años. Nadie tiene la culpa.

—Creo que esa fue la razón por la que nunca dejé entrar a nadie en mi vida, ¿sabes? Ni siquiera sé si lo hacía de manera consciente, pero no dejé entrar a nadie. Como que levanté un muro a mi alrededor, para no decepcionarme. Hasta que llegaste tú. —La timidez de su mirada me llegó al corazón—. Además, incluso *has cocinado* para mí. En mi mundo, eso es como una declaración de amor.

Joder. Sus palabras se hicieron mella en mi pecho. Tomé sus manos entre las mías, apoyándola contra la puerta, y le confesé:

—Así es. Te quiero, Ellie. Ni siquiera estaba seguro de ser capaz de hacerlo, pero me has conquistado. Lo que le dije a Henry era cien por cien cierto: Desde que te conocí, he cambiado. Tú me has cambiado. —Acaricié su mejilla, besé su boca y luego descendí hasta su cuello.

—¿En serio? —susurró ella.

—Sí. Y no creía que fuera posible sentirse así. —No había planeado nada de lo que estaba pasando, pero me alegré de que ocurriera. Ellie debía saber que no podía dejarla marchar.

—Y yo a ti, Ian.

Me enderecé y la miré directamente a los ojos. Una sonrisa empezó a asomar en sus labios, pero sus ojos estaban llenos de emoción.

—Gracias por todo lo que has hecho esta noche. Y por mantener a raya a Henry —añadió.

—Tampoco ha sido para tanto. —Al menos eso fue lo que me pareció.

—Me habría echado aún más la bronca si no le hubieras fulminado con la mirada cada cinco minutos.

Me reí, acariciándole la nuca.

—No quería que nada estropeará tu cumpleaños.

—No lo hizo. Sinceramente, ha sido el mejor que he tenido nunca. Y todo gracias a ti.

Quería que todos sus cumpleaños fueran inolvidables, absolutamente todos.

—Así que yo también voy a mimarte esta noche —prosiguió—. Pero antes tengo que cambiarme.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Tengo un conjunto sexy en la mochila. Obviamente, cuando lo empaqué, no tenía ni idea de que Henry se iba a unir a nosotros.

—¿Es muy inapropiado? —Mi polla se crispó y ella se rió, apretándose contra mi erección.

—A alguien le excita la idea.

—Mucho.

—Sí, lo es.

—¿Y qué habría pasado si hubiera planeado una fiesta sorpresa con más gente?

Entrecerró los ojos:

—Te conozco. No harías eso, siempre buscas la manera de que estemos solos.

—Claro, porque eres mía.

—Lo soy —susurró ella.

Escucharla entregarse de ese modo estaba socavando mi autocontrol. Quería apoderarme de su boca, de su cuerpo y de todo su placer.

Capítulo Diecinueve

Ian

Su sonrisa se volvió aún más alegre, pero enseguida se interrumpió con un gesto de desazón.

—¿Qué vamos a hacer cuando acaben mis prácticas?

—No lo sé, pero entiendo que tu carrera es importante para ti. —Se me revolvieron las tripas al decirlo, pero seguí adelante porque quería que supiera que yo tenía en cuenta sus sueños. Lo que ella quería también era importante para mí—. Sé lo que es tener un objetivo y centrarse en él, y lo respeto. Quiero que consigas todo lo que sueñas, no pensemos en lo que pasará cuando acaben tus prácticas. Aún faltan algunos meses para eso.

Su ceño se frunció, y se mordió el labio inferior.

—¿Qué? —pregunté.

—No lo sé. Mi jefa me ha dicho que quiere hablar conmigo. Eso nunca ha sido una buena señal.

—¿Hubo alguna queja hacia ti? —pregunté.

—No.

—Y llevas desempeñando casi una doble tarea desde que se fue el pastelero. Eso tiene que significar algo.

—Exacto. Yo también lo creo... pero...

—No creo que esto vaya a ir por el lado negativo. Espera a ver qué pasa —dije—, y luego lo resolveremos juntos.

Asintió. Era preciso que supiera que contaba con mi apoyo. Necesitaba distraerla. No quería que se preocupara por nada en su cumpleaños.

—¡He olvidado darte tu regalo! —exclamé.

Se animó, mirando detrás de mí como si esperara verlo allí.

—Pues ve a por él. ¿Y... puedes hacerlo desnudo?

—Es un pedido muy explícito —contesté riendo.

—Soy la cumpleañera, así que no puedes negarte. Aunque la verdad es que la visita de Henry me ha quitado un poco el calentón.

Guiñé un ojo, pasándome una mano por el pelo.

—Y que lo digas.

—Entonces... ¿mi regalo?

Cogí el sobre del mueble de la televisión y se lo acerqué. Me lo arrebató de las manos y luego se sentó más erguida, sacando el contenido del sobre.

—Es una tarjeta regalo para un billete de avión —dijo sorprendida.

—Para varios billetes, para que puedas visitar a tu familia cuando quieras.

Me miró con la boca ligeramente abierta.

—Ian, esto es más de lo que había soñado. Muchísimas gracias. Es el regalo perfecto.

—Se me ha ocurrido a mí solo. —Estaba muy orgulloso de haberle provocado esa enorme sonrisa en la cara—. ¿A quién quieres visitar primero?

—Bueno, acabo de ver a Henry, así que quizá a mi madre.

No paró de sonreír mientras permanecía sentada en el sofá, reflexionando en voz alta sobre cuándo podría tomarse un tiempo libre. Sin embargo, no la estaba escuchando con mucha atención. No dejaba de pensar en su programa de prácticas y en lo que significaría para nosotros. Unos meses antes, los pensamientos acerca del futuro ni siquiera rondaban por mi mente, pero en

ese momento, estaban en primer plano. Era lo único en lo que podía pensar. Ellie había puesto mi mundo patas arriba y me había mostrado una faceta de la vida que no conocía.

Deseaba que se quedara a mi lado, pero no quería que renunciara a sus sueños.

Me senté junto a ella en el sofá, observando cómo buscaba vuelos.

—No voy a comprar nada, solo quiero ver qué vuelos podría reservar —explicó, abriendo un navegador tras otro.

Acabamos durmiéndonos en el sofá. En algún momento de la noche, me desperté con tortícolis. Ellie estaba acurrucada a mi lado, con la cabeza colgando en una posición incómoda. No podía pasar la noche así, o estaría muy dolorida al día siguiente. La cogí en brazos con cuidado de no despertarla y apoyé su cabeza en mi pecho. ¿Acaso aquel sonido era un ronquido? Joder, qué mona era. Cuando la acosté en la cama, completamente vestida, no se despertó en absoluto. Me acosté a su lado y luego yo también me quedé dormido.

A la mañana siguiente, me desperté con el sonido de unas risitas de fondo. Al abrir los ojos, vi a Ellie rondándome, sonriendo.

—¿Qué hora es? —pregunté.

—Las seis de la mañana.

Gruñí.

—¿Qué haces despierta?

—Es que nos dormimos muy temprano. Ni siquiera recuerdo haberme acostado.

—Te traje aquí en algún momento de la noche. Estabas durmiendo en una posición incómoda y no quería que hoy te doliera.

—Eres todo un caballero. —Sonrió, llena de alegría, dando un salto para bajarse de la cama.

—Bueno, es hora de empezar el día. Y por si a alguien le interesa, se me ocurrió que podríamos poner en marcha el plan de anoche. Ya sabes, ese en el que yo me pongo el vestido sensual y tú pones en práctica esa idea supersexy con las bragas sobrantes. ¿Te suena?

Mi polla se crispó.

—¡Me apunto!

—Estupendo. Mientras te desperezas, voy a lavarme los dientes.

Salió corriendo de la habitación contoneando aquel tentador trasero. Unos minutos después, fui tras ella. La encontré bailando en el cuarto de baño, cantando desafinadamente con un cepillo de dientes en la boca. Yo enjuagué la mía con el mismo dentífrico sin apartar los ojos de ella. Estaba claro que Ellie era feliz, y yo quería que siguiera siendo así.

—Entonces, señor —dijo una vez que ambos terminamos de lavarnos los dientes—, ¿qué piensa hacerme?

Como respuesta, la apreté contra mí.

—Tendrás que soltarme para que pueda ponerme el vestido —susurró.

—Cambio de planes. Te quitaré la ropa, así que no hace falta que te pongas nada más. —Besé su cuello, poseído por la necesidad de follar allí mismo. Necesitaba que se quedara conmigo. Capturé su boca y le pasé las manos por el cuello y los hombros, hasta la cintura, mientras tiraba de su jersey. Interrumpí el beso y le quité la camiseta—. Eres tan sexy —concluí.

Ella gruñó en señal de rechazo.

—Es solo un sujetador de algodón.

—Eres jodidamente sexy —repetí—. Para mí eres la mujer más sexy del planeta. —Le quité el sujetador y agarré sus pechos, le rocé los pezones con los dedos, notando cómo se endurecían al tiempo que su piel se erizaba. Solo entonces, bajé la mano hasta el botón de sus vaqueros, desabrochándolos de golpe.

—¿Quieres desnudarme antes de que lleguemos a la cama? —preguntó con voz burlona.

—Quiero hacer que te corras antes incluso de que salgamos del baño. —Inspiró con fuerza. Le bajé los vaqueros de un tirón, junto con las bragas, y ella los apartó a un lado con cuidado. La piel de sus piernas también se había erizado. Ascendí lentamente, acariciándole los tobillos y las rodillas. Subí más las manos y le rocé la parte exterior de los muslos con los dedos antes de agarrarle las nalgas.

—Voy a hacer que te corras muy fuerte —prometí, besando de nuevo su boca. Luego la atraje hacia mí, con las manos aún en su culo. Quería que sintiera que ya estaba empalmado, solo por ver su precioso cuerpo y por la reacción que había tenido cuando le dije lo que había planeado hacerle.

Cuando hicimos una pausa para respirar, la empujé contra el lavabo. Ella sonrió, separando ligeramente las piernas. Bajé la mano desde el pecho hasta el pubis, rozándole el clítoris con la punta de los dedos. Echó la cabeza hacia atrás, gimiendo.

—Aún no he decidido si haré que te corras con la boca o con los dedos. Quizá haga las dos cosas —dije.

Se estremeció, separando aún más las piernas. La colmé de besos a lo largo del hombro y el cuello mientras movía los dedos en lentos círculos sobre su clítoris.

—Más —susurró ella—. Más fuerte, por favor.

Iba a estallar con mis pantalones puestos. Quería penetrarla, pero no antes de hacer que se corriera. Ralenticé el ritmo de mis dedos y disfruté de su grito de protesta. Besar su cuello y su hombro era una de mis cosas favoritas; su piel era increíblemente suave.

—¡Ian! —gritó a modo de súplica. Le temblaba la voz. Se aferró a mi jersey mientras unos ligeros temblores recorrieron su cuerpo. Joder, ya estaba al límite. La manera en que reaccionaba ante mí era tan estimulante como adictiva. Me detuve y seguí bajando por su cuerpo hasta llegar a sus pechos. Mirándola, colmé de mimos su pecho izquierdo antes de pasar al derecho. Había dejado de tocarle el clítoris, y ella estaba sufriendo una abstinencia de placer. Podía verlo en sus ojos. Necesitaba que la tocara. Bajé la boca hasta su pubis, rozando su clítoris con la barbilla. Gritó cuando llegué a su centro con la boca.

—Ian, por favor. ¡Ian!

Cubrí su clítoris con los labios, succionando un poco antes de presionar la lengua contra él. Sus caderas se movieron hacia delante y yo la sujeté, manteniéndola en su sitio para poder explorarla a mi antojo. Lamí su entrada, evitando su clítoris hasta que tiró de mi cabello, haciéndome sonreír contra su delicado tejido.

La observé y memoricé cada detalle de ese segundo: la forma en que tenía la boca abierta a causa de un gemido, los ojos cerrados como si se estuviera preparando para la oleada de placer... Tenía la cabeza ligeramente inclinada hacia un lado y los hombros encorvados. Todo su cuerpo estaba esperando el orgasmo.

Volví a poner su clítoris entre mis labios y contemplé cómo se corría. Se arqueó hacia delante, agitándose, pero yo la mantuve en su sitio. Sus gritos de placer llenaron el cuarto de baño. Levantó una pierna y apoyó ambas manos en mis hombros.

—Ian —murmuró. Su voz era muy, muy débil.

—Te tengo, cariño. No te dejaré caer, te lo aseguro.

Se enderezó, pero seguía débil. Parecía como de masilla. Cubrí su boca con mis labios para besarla y luego la conduje a mi habitación. Podía follarla en el baño, pero quería hacerlo en mi cama. De hecho, quería hacerlo en todas partes: en mi ducha, contra todas las paredes...

Sonrió sobre mi boca, y su cuerpo recuperó la fuerza cuando llegamos al dormitorio. Me miró con una amplia sonrisa de satisfacción. Estaba saciada, pero yo no. Seguía hambriento de ella. Necesitaba liberarme, quería hundirme dentro de ella. Me quitó el jersey enseguida y yo me quité los vaqueros por mi cuenta.

—¿Dónde están esas bragas que te pedí que trajeras?

Sus ojos se abrieron de par en par.

—En mi mochila. —Señaló un rincón del dormitorio donde la había dejado cuando llegamos.

—Tráelas —ordené.

Ella asintió, inspiró y se dirigió a la mochila. Unos segundos después, volvió con sus bragas negras de encaje.

—¿Qué vas a hacer con ellas? —Quiso saber.

La miré directamente a los ojos.

—Te dije que te ataría las muñecas. A menos que no quieras.

—Sí que quiero. Es solo que... No es algo que haya hecho antes.

—Entonces yo seré el primero en hacerlo. —Sentí una inmensa satisfacción ante ese pensamiento. Sería el primero en tantas cosas con aquella mujer... Y el último, si pudiera elegir—. Extiende las muñecas. —Ella obedeció de inmediato. Crucé sus delicadas muñecas y enrosqué las bragas hasta que quedaron lo bastante apretadas para lo que tenía pensado hacer. A continuación, las até—. Tumbate en la cama.

Se sentó y se movió hacia el centro de la cama.

—Mantén las manos por encima de la cabeza —indiqué.

Hizo lo que le pedí, mientras me observaba con atención. Era la primera vez que lo hacía y, sin embargo, no dudó en entregarse para complacerme. Aquella mujer significaba mucho para mí y quería demostrárselo de todas las maneras posibles.

Cogí un condón de la cómoda y me lo puse, porque estaba seguro de que no iba a acordarme de hacerlo más tarde; no estando tan desesperado por ella. Quería poseerla por completo. Me acomodé entre sus piernas, besé la cara interna de sus muslos, continué subiendo hasta su coño y apreté la boca contra sus tejidos íntimos. Seguía palpitando a causa de las réplicas del orgasmo. Gritó, emitiendo un sonido profundo y prolongado que no le había oído antes. Mi polla se estremeció. Ascendí por su cuerpo, mirándola directamente a los ojos. Ellie empezó a tirar de las bragas que había atado a sus muñecas.

—No puedo tocarte así —Se quejó.

—Lo sé.

—Y no puedo agarrarme a las sábanas.

—Ya, pero todo esto va a hacer que sea aún más intenso. Ya lo verás.

—Te creo —susurró ella—. Solo que no estoy segura de poder soportar una sensación más intensa.

Me incliné sobre ella, mordiéndole ligeramente el labio inferior.

—Claro que puedes, créeme. Te aseguro que podrás, Ellie. Voy a darte mucho placer, y vas a disfrutar hasta la última gota. —Apoyando mi peso en un antebrazo, situé la polla en su entrada. Luego, rocé su clítoris con la punta y me deslicé unos centímetros dentro de ella, empezando a entrar y salir mientras masajeaba su punto G.

—Ian, vaya. Oh, esto es... Estoy...

—No te entiendo. —Movié las caderas, absorbiéndome por completo. Me encantaba verla reclamar lo que quería. La penetré de manera fuerte y profunda, sintiendo que todo mi cuerpo se tensaba. Ella se encontraba al límite otra vez. Como aún estaba sensible, sabía que no tardaría

mucho en correrse. Saqué mi miembro, le agarré la nalga izquierda, giré su cuerpo hacia un lado y luego lo tumbé sobre su vientre.

Intentó ponerse a cuatro patas, pero apoyé mi mano en la parte baja de su espalda.

—No, te quiero así. —Era todo un espectáculo: con las piernas abiertas, el culo en pompa, las manos atadas delante de ella, mirando hacia atrás sobre su hombro.

Volví a deslizarme dentro de ella. Sabía que sería una experiencia muy intensa para Ellie, porque su clítoris estaba rozando el colchón. Apretó la frente contra las sábanas, se llevó las manos atadas a la nuca y gimió. Me incliné sobre ella, susurrándole al oído.

—Te quiero, cariño. Me encanta verte así, córrete para mí. —Interpuse mis dedos entre su clítoris y el colchón, aplicando aún más presión mientras estallaba dentro de ella.

—¡Joooooooooder! —Perdí la noción de la realidad. Todo en mí explotó, nunca había sentido un placer semejante. Fue impactante, y cuando la oí gritar, contrayéndose a mi alrededor, supe que para Ellie era igual de intenso. Empujé dentro de ella hasta que ambos superamos la oleada de placer. Cuando terminamos, me tumbé a su lado medio a horcajadas sobre ella con un muslo. Le desaté las muñecas, pero ni se inmutó. Se limitó a darme un golpecito con la cabeza.

Unos minutos después, por fin levantó la vista hacia mí.

—Esto es un nuevo récord —susurró—. Normalmente no puedo moverme después de acostarnos, pero es que ahora ni siquiera puedo hablar.

—Me gusta el rumbo que está tomando esto —respondí.

Finalmente se giró sobre un lado, pasando sus dedos por mi pecho.

—Y ahora por fin puedo tocarte...

Tomé su mano entre las mías y le besé la muñeca. Las bragas habían dejado una pequeña marca roja, pero sabía que desaparecería rápidamente.

—Te quiero, Ellie.

Sonrió de oreja a oreja mientras colocaba dos almohadas bajo su cabeza.

—Yo también te quiero.

Capítulo Veinte

Ellie

Pasar el fin de semana con mi hermano era justo lo que necesitaba. Paseamos sin rumbo cierto por la ciudad, especialmente por la zona de Columbus Circle y a lo largo del Hudson. Noté que se estaba esforzando mucho por no darme ninguna charla de hermano mayor, y lo agradecía.

Finalmente, el domingo por la noche, dijo:

—Oye, tenemos que hablar de Ian.

—Joder, y yo que estaba orgullosa de ti por no sacar el tema.

Acabábamos de entrar en la estación Grand Central. Nunca había estado allí, pero tomé nota mental de volver un día temprano por la mañana. En ese momento estaba llena de viajeros y quería empaparme de su belleza cuando no estuviera atestada de turistas, preferiblemente con una taza de café bien caliente.

—Como sabes, es mi mejor amigo, y creo que la gente puede cambiar. No todos, pero sí la mayoría. Ian no miente, así que, si dice que ha cambiado, le creo.

—Presiento que viene un *pero*.

—Vas a trabajar en Nueva Orleans y luego en San Francisco. Has estado esperando hacer este programa durante mucho tiempo.

—Lo sé, Henry.

—Entonces, ¿dónde os deja eso a vosotros? ¿Vais a mantener una relación a distancia?

—No hemos hablado de ello. No lo sé. —Bajé la mirada hacia mis manos y suspiré—. Cada vez que quiero hablar del tema, se me hace un nudo en el estómago.

—Ellie, no quiero estresarte, ambos sois adultos. Solo quiero que seáis felices.

—Gracias, Henry.

Le acompañé hasta el andén y le di un gran abrazo antes de que subiera al tren hacia Washington. Sin embargo, sus palabras se me quedaron grabadas. Sabía que tenía razón: Ian y yo deberíamos hablar en algún momento de lo que haríamos después de mis prácticas. La última vez que había tratado de hacerlo, no parecía muy dispuesto a hablar de ello, y lo entendí. Aún estaba embelesada por su declaración de amor y no quería estropear nuestra felicidad hablándole de un futuro desconocido.

Mi jefa no mencionó nada de nuestra reunión hasta una semana después, cuando me pidió que me presentara en el restaurante un poco antes de que empezara mi turno. Estaba inquieta, tenía un mal presentimiento. Por otro lado, había recibido una buena evaluación de mi desempeño, así que esperaba que no fuera mal. A excepción de aquel día en que acabé yendo al hospital tras mi tonta caída, me había esforzado mucho asumiendo toda la carga de trabajo que me pedían. Cuando llegué, me estaba esperando en una de las mesas junto a la ventana.

—Hola, te he traído un café —dijo Nancy. *Oh, no*. Mi mal presentimiento se intensificó.

Intenté convencerme de disfrutar de la vista, de la conversación y de esperar a ver hacia dónde iban las cosas antes de sacar conclusiones apresuradas.

—Ellie, quería darte las gracias por ayudarnos cuando se fue nuestro pastelero.

—Es un placer. Me encanta hacer postres.

—Se te da muy bien. He recibido muy buenas críticas sobre tu trabajo en todos los puestos, en el de pastelería y en el de ensaladas. No ha habido ninguna queja sobre las ensaladas, y no te

creerás con qué frecuencia se queja la gente de las ensaladas. Me han comentado que hasta resuelves perfectamente los pedidos especiales.

—Gracias —respondí, relajándome un poco. Quizá la cosa no iba a ir por donde yo pensaba.

—Escucha, sé que te quedan tres meses aquí y luego el programa te llevará a Nueva Orleans, pero quiero poner sobre la mesa una oferta de trabajo indefinido.

Me quedé boquiabierta.

—Vaya, ¿hablas en serio?

—Sí, ¿por qué pareces tan sorprendida?

Decidí ser sincera.

—Bueno, digamos que ya he tenido reuniones similares con otros jefes, y nunca fue bien.

Ella frunció el ceño.

—Lo siento, son cosas que pueden pasar. Yo también he invitado a comer a algunos empleados para comunicarles que no van a continuar en la empresa. Es una forma de suavizar el golpe. Me pareció mejor quedar antes de que empezara el turno. A veces, después de un largo día de trabajo, estamos tan agotadas que incluso nos cuesta pensar.

—Es verdad.

Sonrió de manera muy genuina y continuó:

—Necesitamos a alguien como tú en nuestro puesto de pastelería. Con el tiempo, quizá también roles a otros puestos de la cocina. Depende de tu interés y también de cómo cambie el personal. Sé que la cocina criolla es un gran atractivo para todo aspirante a *chef*. Yo también he estado en Nueva Orleans, así que, si prefieres seguir con las prácticas, no habrá resentimientos. ¿De acuerdo? Solo ten en cuenta que, al final del programa, no te garantizan un puesto fijo, y no puedo prometerte que vaya a tener alguno libre para cuando termines.

—Gracias, y no te preocupes, sé que no hay nada garantizado. —No me lo podía creer. Eran muy buenas noticias y me moría de ganas de contárselas a Ian.

—Por supuesto, tu salario será mucho mayor que ahora. Puedo hablar con el Departamento de Recursos Humanos para hacerte una oferta. Para que lo tengas todo por escrito.

—Sí, me parece bien —contesté—. Tengo que analizar todos los pros y los contras.

—Bien pensado, yo haría lo mismo. Que sepas que no ofrecemos esto a mucha gente. No quiero exagerar, pero es una oportunidad que se presenta una vez en la vida, o al menos una vez en mucho tiempo. Yo tardé bastantes años en conseguir un puesto de trabajo en Nueva York.

—Soy muy consciente de ello —afirmé—. Llevo toda la vida solicitando un programa de prácticas que incluyera Nueva York y la respuesta fue siempre negativa. También he aplicado a trabajos puntuales, así que sé que estas oportunidades no surgen todos los días.

—Es un mercado muy competitivo. —Dio un sorbo a su café y comprobó el reloj—. Tengo que volver a mi puesto. Puedes quedarte aquí y terminarte el café. Hablaré con el Departamento de Recursos Humanos. Estimo que tendrán lista tu oferta dentro de una semana más o menos.

—¿Y cuánto tiempo tengo para pensármelo? —pregunté.

—La empresa ha conseguido un empleado temporal para el puesto de pastelería, así que estará cubierto durante un par de semanas, pero dímelo cuanto antes.

Asentí, un poco sumida en mis pensamientos.

—¿Tienes alguna preocupación? Puedes hablarlo conmigo más tarde si surge algo.

Me enderecé en el asiento, dando golpecitos en la mesa con los dedos.

—Mi sueño es abrir un restaurante algún día. Así que el plan inicial era hacer varios programas de prácticas con rotación para aprender todo lo posible.

—Sin duda esa es una manera de hacerlo. Si trabajas con varios *chefs*, puedes aprender sus técnicas sin copiar su estilo.

—Exacto.

—También puedes aprender en una cocina, pero eso ya es tu decisión. Si bien es una experiencia diferente, no significa que no te permita abrir tu propio restaurante más adelante. Avísame cuando te decidas.

—Lo haré, gracias.

No me lo podía creer. Me habían ofrecido un trabajo en Nueva York. Sinceramente, era más de lo que jamás había soñado. Sin embargo, no estaba segura de cuánto me estaría perdiendo si no iba a Nueva Orleans. Sabía que quedaría muy bien en mi currículum. Aun así, al final de mi programa de prácticas, podría volver a buscar trabajo en Nueva York.

Mi plan de abrir mi propio restaurante podría materializarse, como muy pronto, en unos diez años. Durante los próximos años, quería aprender todo lo posible. Si me quedaba en el puesto de pastelería, mi aprendizaje sería limitado, pero ella me insinuó que existía la posibilidad de cambiar de puesto en la cocina, lo que me permitiría aprender cosas nuevas. Sin embargo, por experiencia, sabía que la probabilidad de que eso ocurriera era muy baja. La rotación de personal no era muy habitual en los restaurantes con estrellas *Michelin*.

Aun así, Nancy me había abierto un mundo de posibilidades con la oferta de trabajo. Fue lo único en lo que pude pensar el resto del día. Me moría de ganas de contárselo a Ian.

Le envié un mensaje por la noche, justo después de terminar mi turno. Tuve la intención de enviarle un mensaje antes, pero solo dispuse de un breve descanso para ir al baño en todo el día.

Ellie: Tengo noticias. ¿Puedo pasarme por tu despacho después de mi turno?

Ian: Estoy en el gimnasio. En el *Genesis*.

Ellie: ¿Día complicado?

Ian: No, solo un poco intenso. Estaré listo en cuarenta minutos. ¿Quieres venir?

Ellie: Acabo de buscar la dirección en Google. Voy para allá.

Si Google estaba en lo cierto, llegaría allí más o menos al mismo tiempo que él terminaba su entrenamiento. Caminé con paso decidido, tratando de imaginarme su reacción. Por el camino, pasé por delante de un carrito de palomitas. Tenían unas con caramelo salado, e inmediatamente compré un cono para Ian. Le encantaban.

Me pregunté si le habría pasado algo o si simplemente estaba cansado. Siempre me mimaba, pero rara vez me dejaba hacer lo mismo por él. Bueno, aquella noche iba a dejarse mimar, quisiera o no.

Esperé junto a la entrada y me vio enseguida. Dios mío, qué hombre más guapo. Llevaba vaqueros y una camiseta *Henley* negra que marcaba sus abdominales. Para complementar, se había colgado una chaqueta gruesa sobre los hombros.

—¿Qué es eso? —preguntó señalando el cono de palomitas.

—Un regalo para ti.

Acercándose, centró su mirada en mi boca.

—Para mí, ¿eh? ¿Y por qué tienes azúcar en los labios?

Sonriendo, me aclaré la garganta.

—Solo estaba haciendo la prueba de calidad. No puedo dejar que comas palomitas en mal estado, ¿no? Arruinaría mi plan de mimarte.

Se detuvo en el acto de coger las palomitas.

—¿Tu plan de qué?

—Por tu mensaje, deduje que te pasaba algo. Pensé en remediarlo. ¿Quieres hablar de ello?

—No es nada, solo se trata de las cosas habituales de la oficina. Algunos días son mejores que otros.

—Entonces veamos si puedo darle la vuelta al día.

Le di un golpecito juguetón con el hombro. En lugar de volver a coger las palomitas, me atrajo hacia un medio abrazo. Hundí mi nariz en su cuello; olía de maravilla, a gel de ducha y desodorante. Su piel aún estaba un poco húmeda. Probablemente se había duchado después de entrenar. A continuación, caminamos hasta el parque que había detrás del gimnasio. Era precioso, estaba a orillas del río Hudson. En cuanto llegamos, nos sentamos en un banco con vistas al agua. El aire olía a sal y, al instante, el graznido de las gaviotas me hizo imaginar que estaba de vacaciones.

Decidí disfrutar del momento, encantada de estar allí con ese hombre tan sexy. Me incliné hacia él, protegiéndome de la fuerte brisa.

—¿Qué noticias tienes? —preguntó.

—¡Casi lo olvido! ¿Recuerdas que mi jefa quería hablar conmigo?

—Sí.

—¡Me ha ofrecido un trabajo! Un puesto permanente.

—¡Qué buena noticia! —Se volvió de golpe, mirándome directamente con un brillo en los ojos—. ¿Qué te dijo?

—Que estoy haciendo un gran trabajo como pastelera.

—¿Y tú qué respondiste?

—Que me lo pensaré. Me ha dejado claro que entenderá si sigo adelante como estaba previsto y continuó con las prácticas.

—¿Y tú qué quieres hacer? —Su sonrisa se atenuó un poco.

—Haré una lista de pros y contras. Pero sinceramente, quiero quedarme. Me encanta la ciudad, y te quiero a ti. Nunca había pensado en echar raíces, pero ahora es diferente.

Tomó mi cara en sus manos y me acarició el labio inferior con el pulgar.

—Cariño, es una noticia increíble, pero quiero dejar clara una cosa: Haz lo que sea mejor para ti, ¿vale? Si te quedas, quiero que seas feliz y que estés segura de que es realmente lo que deseas. No solo por mí.

—Bueno, también sería por ti.

Volvió a tocarme el labio inferior, haciendo que el calor recorriera mi cuerpo en forma de espiral. No, no, no. Quería tener la mente clara.

—Soy un factor de decisión importante. —Movié las cejas de arriba abajo—. Pero dentro de diez años, cuando abras tu restaurante, no quiero que mires atrás y pienses: “debería haber terminado las prácticas”.

—Vale. —Era un buen consejo, pero tenía que admitir que esperaba que se pusiera como una moto, me cogiera en brazos y me dijera que debía quedarme en Nueva York porque era suya. Me dio un beso tan fuerte, profundo y apasionado que estaba segura de que acabaría ardiendo. Me besó como si nunca quisiera dejarme marchar. Todo mi cuerpo estaba en llamas, no podía ni respirar ni pensar. Lo único que tenía en mi mente era a él. La manera en que me besaba y me acariciaba era abrumadora.

—Señor Gallagher, ¿a qué viene este beso? —susurré cuando hicimos una pausa para respirar. Tracé el contorno de su clavícula por encima de la camiseta *Henley*. Su pecho subía y bajaba con rapidez. Su mirada era tan intensa que no podía apartar la vista de él ni aunque quisiera.

—Estoy muy feliz.

- Me alegro, eso significa que le he dado la vuelta al día.
- Sin duda.
- Genial. Y aún no he terminado de mimarte.
- ¿Ah, no?
- No. Tengo montones y montones de ideas. Y las pondré todas a prueba esta noche.

Capítulo Veintiuno

Ian

Al día siguiente, fui a comer con Dylan a *Dumont's*. Habíamos quedado allí con Ryker y Hunter. Desde que hablamos sobre su oferta de trabajo, no podía apartar mi mente de Ellie. Necesitaba distraerme. Trabajar no lo había conseguido; dormir tampoco. Almorzar con los chicos era exactamente lo que necesitaba.

Lo que le dije a Ellie iba en serio. Quería que ella tomara la mejor decisión, pero me sentía inquieto.

A la hora del almuerzo, *Dumont's* estaba abarrotado de gente, pero encontramos una mesa para cuatro. Íbamos a esperar a que llegaran los otros dos antes de pedir.

—Quiero hablarte de algo —le dije a Dylan. Era un buen momento para hablar de la plataforma de programación que tenía en mente. Sin duda, eso ayudaría a evitar pensar en otras cosas... como Ellie.

—Vale, te escucho.

—Llevo tiempo pensando en esto. Cuando estaba en la universidad, siempre me gustaba enseñar. Sabes que me desempeñé como sustituto del profesor de SQL durante un tiempo.

—Claro que lo recuerdo. Al ser un fiestero que trabajaba como ayudante del profesor, resultaste ser el blanco de todas las bromas, luego todos cerraron la boca cuando supieron lo bien que se te daba.

Asentí.

—En fin... estaba pensando en crear una plataforma en la que los niños puedan aprender a escribir código.

—¿Y las clases serían *online*? —preguntó Dylan.

—Sí, pregrabadas, y quizá también haga una sesión de preguntas y respuestas en directo. He recopilado algunas ideas, pero representaría una tarea inmensa, así que esperaría a que terminara la fase de lanzamiento del “Proyecto Z” antes de ponerlo en marcha.

—Creo que va a suponer un gran esfuerzo.

—Sí, es cierto. Pero esto no significa en absoluto que vaya a dejar mis funciones en *Gallagher Solutions*. Estoy orgulloso del negocio que hemos construido. Solo que quizá tenga que dividir mi atención durante un tiempo.

—Ian, estamos en una posición en la que podemos decidir lo que queremos hacer con nuestras vidas. Sería una pena no hacer algo que realmente te gusta.

—Sé que mucha gente te advirtió de que no hicieras negocios conmigo.

—Nunca me ha importado una mierda. Eres mi hermano; confío en ti más que en cualquiera de esos imbéciles. Haz lo tuyo y dime si necesitas algo.

—Gracias, tío —dije. Mi mente ya estaba maquinando ideas. Ya tenía la estructura y la base de la plataforma.

Justo en ese momento llegaron Ryker y Hunter. Hunter era el marido de Josie, y siempre nos habíamos llevado bien. Me moría de ganas de comentarles mi idea, porque eran inteligentes y quería escuchar su opinión. Hunter tenía una gran empresa inmobiliaria, y Ryker era un gurú de Wall Street.

—¿Qué vais a pedir? —preguntó Ryker.

—El especial del día. Siempre pido lo mismo. —Nunca tuve la fuerza mental necesaria para concentrarme en cosas mundanas, como por ejemplo qué pedir para comer. Todos acabamos pidiendo el plato del día: una especie de arroz con verduras salteadas. Mientras almorzábamos,

les conté mis ideas para la plataforma. Como era de esperar, Ryker intervino con cifras aproximadas sobre la tasa de adquisición de clientes y el valor vitalicio de un cliente. Por otro lado, Hunter habló de estructuras de costes. Era demasiado pronto para discutir detalles de ese tipo, pero de todos modos traté de memorizarlo. Volvería sobre ello más adelante, cuando estuviera inmerso de lleno en el proyecto.

Me moría de ganas de contárselo a Ellie. Sabía que iba a estar orgullosa de mí. Y de repente, sin más, volvió a ocupar el centro de mi mente. Perdí el hilo de la conversación durante un rato.

—¿Qué te pasa, tío? —preguntó Ryker. Levanté la vista de mi plato y encontré a todos mirándome.

—¿Qué? —pregunté.

—Estás hablando alrededor de un cincuenta por ciento menos de lo habitual —dijo Hunter.

—Ya, es que estaba pensando en Ellie. Le han ofrecido un trabajo aquí en Nueva York.

—Pero eso es positivo, ¿no? —preguntó Ryker.

—Josie me contó que estaba en un programa de prácticas —añadió Hunter.

—Sí, pero está haciendo un gran trabajo aquí, así que le ofrecieron un puesto permanente —expliqué.

Ryker levantó una ceja.

—¿Y esas son buenas o malas noticias?

—Buenas.

—Entonces, ¿por qué parece que alguien ha escupido tu comida?

—Porque no sé si quiere quedarse. Su sueño es abrir un restaurante y, mientras tanto, planea trabajar con todos los *chefs* que pueda. Dice que es la mejor manera de aprender. Si continúa con las prácticas, se trasladaría a Nueva Orleans en un par de meses.

—¿Y tú crees que todavía querrá ir? —preguntó Ryker.

—Es posible. —Tragué saliva.

—¿Qué quieres decir con “es posible”? ¿Qué le dijiste cuando hablasteis de esto? —preguntó Hunter, tomando un sorbo de agua.

—Le dije que quiero que tome la mejor decisión para sí misma.

Dylan hizo un gesto de desaprobación. Hunter negó con la cabeza.

Ryker me miró fijamente, con los ojos entrecerrados:

—Creo que no ha sido una muy buena respuesta por tu parte, pero no puedo explicar por qué, es solo una intuición.

—Sí, coincido —dijo Dylan—. Quizá Isabelle consiga ponerlo en palabras.

—Aún no he hablado con Isabelle. ¿Por qué iba a ser una mala respuesta? —Los miré a los tres, intentando encontrarle sentido a aquello.

—Como he dicho —continuó Ryker—, intuición.

—Quiero que se quede aquí —afirmé—. Antes de que recibiera la oferta de trabajo, incluso pensé en hablar con Rob y, no sé, buscar la manera de que Ellie se quedara en Nueva York y trabajara en uno de sus restaurantes o algo así.

Hunter me dio una palmada en el hombro.

—Amigo, esa es información vital y seguramente te resulte útil en algún momento. Asegúrate de incluirlo en una conversación con ella, yo lo haría *cuanto antes*.

—Estáis locos —dije.

—No, simplemente tenemos más experiencia con las mujeres —dijo Dylan.

Levanté una ceja:

—Lo dudo mucho.

Hunter negó con la cabeza:

—Experiencia de la que cuenta.

Estaba harto de que me dieran el coñazo.

—¿Tenéis tanta experiencia que ni siquiera podéis explicar con palabras por qué algo es una buena o mala idea? Claro, eso sí que es útil...

—Oye, solo te estamos dando nuestra opinión —contestó Dylan.

—Vale, no me avergüenza admitir que esto no se me da muy bien. Creo que acabamos de confundirlo —comentó Ryker.

—Ahora mismo, me estáis fastidiando —informé.

—¿Llamamos a las chicas? Josie podría tener alguna idea —sugirió Hunter.

—O podríamos organizar un verdadero consejo de familia y convocar a todo el mundo. —
Ryker habló con seriedad, como si pensara que ésa era una opción. Incrédulo, miré a cada uno de los presentes. Lo último que quería era que todo el mundo diera su opinión:

—O podríamos no hacer nada de lo anterior —dije.

Ryker abrió la boca, pero negué con la cabeza:

—Déjalo, en serio.

Sacudiendo la cabeza, me sonrió:

—Este es un poco cabezota.

—¡Qué va! A la hora de la verdad, acabará llamando a Isabelle —dijo Dylan. Tenía razón, como siempre.

Sabía que Henry podría darme más información, pero seguíamos sin estar en los mejores términos tras su visita a Nueva York. No parecía enfadado exactamente, sino esperando a que pasara algo malo, lo que me cabreaba muchísimo. Quería formar parte del futuro de Ellie. No estaba seguro de lo que haría si ella no deseaba lo mismo.

Capítulo Veintidós

Ellie

Tres días más tarde, me encontraba un poco abrumada por mi lista de pros y contras. Aquel día apenas tuve tiempo de pensar en ello por la mañana. Después de mi turno, me sentía demasiado cansada como para tomar decisiones. En ese momento, estaba sentada en la cama, con el pelo recogido en un moño y la puerta abierta de par en par. Harper ya se había marchado.

No podía creer que mi lista siguiera aumentando en ambas categorías. De repente, el sonido del móvil me sobresaltó. Normalmente, nadie me llamaba tan temprano. Para mi sorpresa, era Isabelle. Contesté enseguida.

—Buenos días. Espero que no sea demasiado temprano. Ian dijo que siempre estás levantada sobre las siete.

—No te preocupes, incluso ya me he tomado un café.

—Ian me contó que te han ofrecido un trabajo aquí.

Al instante, mi cara estalló en una sonrisa.

—¡Sí! Así es. Estoy haciendo una lista de pros y contras para decidir si debo aceptarlo o seguir adelante con mi plan original.

—¿En serio estás haciendo una lista? —parecía incrédula.

—Sí. —Me puse un poco a la defensiva—. ¿Acaso no es lo que hace todo el mundo?

—Supongo que sí, pero pensaba que el objetivo de las prácticas era conseguir un puesto permanente.

—No exactamente. También es para adquirir la mayor experiencia posible.

Isabelle se aclaró la garganta.

—Vale. ¿Y qué ha dicho Ian al respecto?

—Que debo decidir en función de lo que sea mejor para mí. —Bajé de la cama de un salto, me dirigí al salón y me senté en el sofá. Esperé la respuesta de Isabelle, pero como no dijo nada, le pregunté—: ¿Para eso me has llamado?

—No solo para eso. Estoy de un lado a otro con la organizadora de la fiesta sobre el menú. ¿Recuerdas que te comenté que la *chef* estaba teniendo problemas con el postre vegano y sin gluten?

—Sí. —No había vuelto a sacar el tema después de aquella conversación—. Mi oferta para ayudar sigue en pie.

—¿Estás segura? Sé que sigues haciendo dos trabajos, básicamente.

—Sí, uno y medio digamos. Pero puedo echar una mano en la fiesta. Dile que me llame. O mejor aún, envíame un mensaje con el número de la planificadora y me pondré en contacto con ella.

—Te lo enviaré enseguida. Y acabo de mandarle un mensaje para que sepa que la llamarás. Gracias.

—De nada.

Me envió un mensaje con el número justo después de colgar. Iba a llamar de camino al trabajo. Había pasado demasiado tiempo pensando en la lista y tenía que darme prisa para llegar puntual al trabajo.

Me vestí rápidamente y salí del apartamento quince minutos después. Aún contaba con tiempo para llegar al restaurante a pie. Solo tenía que darme prisa.

Era una mañana fría, así que me subí la cremallera del abrigo, me hice un *selfie* y se lo envié a mamá.

Ellie: Gracias por el abrigo. Me está salvando la vida.

Después, llamé a la organizadora de eventos. Me contestó enseguida.

—Hola, habla Ellie Cavanaugh. Acabo de recibir una llamada de Isabelle Gallagher en relación con su fiesta.

—Hola, Ellie. Isabelle me ha dicho que llamarías. ¿Es por el postre?

—Sí. Soy *chef* y he trabajado un tiempo como pastelera. Ahora estoy en *On Point*.

—Vaya, qué bien.

—Gracias. En fin, Isabelle me ha dicho que la *chef* del lugar está teniendo algunos problemas con el menú vegano y que además hay invitados intolerantes al gluten. Yo puedo ayudar con eso, solo necesito el número de la *chef*.

—Estupendo, te lo enviaré por mensaje. ¿Lo envío a este número? Déjame anotarlo, porque te enviaré un mensaje desde otro teléfono. No, espera. Probablemente lo tenga en la lista de invitados de todos modos. ¿Cuál es tu nombre completo?

—Ellie Cavanaugh.

—Vale, no te veo en la lista. ¿Sabes en qué mesa estarás?

—No estoy segura, quizá en algún sitio con los hermanos: Ian, Dylan y Josie.

—No, esa no puede ser —murmuró—. Está llena. Isabelle y Brayden, Josie y Hunter, Mel con Dylan e Ian, que no tiene acompañante.

—Ah...

Se rió.

—Sí. Cuando hice los preparativos, insistió en que les diera la mesa más pequeña. Si su hermana intentaba ubicar a señoritas solteras en la mesa, yo debía disuadirla. —Luego añadió rápidamente—: Oh, lo siento, no era mi intención ofenderte.

—No lo has hecho —respondí, sintiéndome sumamente confundida. Me carcomía la preocupación. ¿Por qué no estaba en la lista de invitados?

—¿Sabes qué? Hablaré con Isabelle al respecto —dijo—. Probablemente se trate de una confusión. Por cierto, acabo de enviarte un mensaje con el número de la *chef*.

—Gracias. —Me temblaba un poco la voz. Cuando la llamada se desconectó, respiré hondo y llamé enseguida a la *chef*. A pesar de todo, quería que la fiesta de Isabelle fuera perfecta. El teléfono sonó un par de veces, y estaba a punto de pulsar cancelar cuando ella atendió.

—Hola, soy Ellie —dije de inmediato.

—Hola, Ellie. Soy Sheila. Eres la *chef* asesora, ¿verdad?

Me reí.

—Sí. Supongo que puedes llamarme así.

—Vale, estupendo. He encontrado la solución para el entrante y el plato principal, pero tengo problemas para dar con una receta para el *soufflé* de chocolate que tenga sabor cuando uso harina sin gluten.

—Yo tengo una. Puedo hacer el postre yo misma si quieres, o podemos hablarlo y luego te envío las instrucciones.

—Hagamos lo siguiente: tú me envías la receta, y yo la prepararé dos o tres veces para asegurarme de que sale perfecto. Y si surge algún problema, me pondré en contacto contigo, ¿de acuerdo?

—Me parece estupendo, te enviaré la receta esta tarde. Tengo que ponerla por escrito, porque siempre la he hecho de memoria. La utilicé en el restaurante donde estuve antes, pero no la tengo guardada en ningún lugar.

—Claro, te esperaré. Muchas gracias.

Cuando terminó la conversación, ya no encontraba cómo distraerme. No podía quitarme de la cabeza el comentario de la planificadora. No tenía sentido. Isabelle siempre hablaba como si fuera un hecho que yo estaría allí. Pero nunca me había invitado oficialmente. ¿Y si Ian no quería que asistiera?

Era un pensamiento absurdo, pero asaltó mi mente de todos modos. Dijo que me quería. Pero tal vez para él eso no significaba “para siempre”. Se me formó un nudo en el estómago.

Para tratar de tranquilizarme, aflojé un poco la bufanda y casi me choco con un peatón. Así de ensimismada estaba. Llegué al restaurante cuando faltaban cinco minutos para que empezara mi turno. Me puse el uniforme a la velocidad del rayo. Aunque no me quedaba tiempo, llamé a Henry desde la sala de personal. Sentía que me estaba volviendo loca.

—Hola, Ellie. ¿Cómo estás?

—No estoy segura, sinceramente.

—¿Qué ha pasado? ¿Estás enferma? Parece como si estuvieras resfriada.

Sonreí.

—No, me gotea un poco la nariz, pero no estoy resfriada. No te preocupes.

—Entonces, ¿qué pasa?

—No lo sé muy bien. Yo... bueno, como ya sabes, Isabelle aplazó la boda, pero no pudo cancelar el lugar de celebración, así que organizará una fiesta. Hablé con la planificadora del evento sobre algo relacionado con la comida, y mencionó que Ian no va a llevar acompañante.

—¡Ese cabrón! Voy a...

Dios mío. ¿Por qué pensé que hablar con Henry ayudaría? Mi impulsivo hermano no era la mejor persona a la que recurrir en una crisis. Vivía según el lema “Dispara primero y pregunta después”. Pero era mi hermano y le quería con locura.

—No harás nada, Henry. Yo solo... no sé. Necesitaba hablar de esto con alguien. ¿Estoy exagerando? Espera, no contestes.

—¿Por qué no?

—Porque sé que dirás que no. Pero siempre te precipitas, así que no eres precisamente un modelo a seguir en estos casos.

—Gracias por el cumplido.

—Lo siento. Me he expresado como una imbécil.

—No, tienes razón. Soy así.

De repente, oí que alguien me llamaba por mi nombre.

—Mierda, tengo que irme. Siento haberte soltado esto, no sé por qué lo hice. Le quiero, Henry. Me hizo creer que una relación de verdad era posible, ¿sabes?

—Ellie, no sé qué decir. Yo sigo siendo feliz con los ligues sin compromiso, así que...

—Lo sé. Gracias por escucharme. Y no mates a Ian, ¿vale?

Refunfuñó.

—Prométeme que no le llamarás.

—Espera un momento. Hay una gran diferencia entre no matar y no llamar.

—¡Henry! —exclamé con tono de advertencia.

—De acuerdo. No le llamaré.

—Gracias. Mierda, me están llamando otra vez, tengo que salir. Luego hablamos, ¿vale? Adiós.

Guardé el teléfono en uno de los bolsillos traseros y me dirigí a mi puesto. Como de costumbre, el ajetreo de la cocina me mantendría ocupada. No tendría tiempo para pensar en nada, excepto en hacer malabarismos con los pedidos de ensaladas y postres.

A mitad del turno, Ian me envió un mensaje. Y sin más, mi ansiedad volvió a hacer acto de presencia. Se me subió el corazón a la garganta.

Ian: ¿Quieres que nos veamos cuando acabes?

Mordiéndome el labio, pasé los pulgares por encima de la pantalla y le contesté antes de que pudiera reprimir la acción.

Ellie: Claro. ¿Qué hacemos? Me apetece ir a *Dumont's*.

Ian: ¡Hecho! ¡Haré una reserva!

Sentí un gran alivio al quedar con él esa noche, sabiendo que abordaría el tema de la fiesta. Hablar de temas complicados nunca había sido fácil para mí. Desde que tenía uso de razón, cuando las cosas se ponían difíciles, me encerraba en mí misma y esperaba a que pasara. Cuando mi padre se marchó y mi madre quedó destrozada, siempre estuve ahí para ella, escuchándola, pero yo era exactamente lo contrario a ella. Rara vez le contestaba, pues sentía que solo aumentaría su tristeza y no la ayudaría en absoluto.

Sin embargo, amaba a Ian. Estaba perdidamente enamorada de él y sabía que aquella conversación sería difícil, pero estaba decidida a intentarlo.

Cuando terminé mi turno, me sentía agotada. En los vestuarios me topé con Nancy, que se estaba aplicando desodorante en las axilas. Siempre la encontraba en algún rincón del restaurante; sinceramente, no tenía ni idea de cómo lo hacía.

—¡Hola, Ellie! —saludó—. Estás cansada, ¿eh?

—Agotada —respondí mientras me despojaba de mis vaqueros y jersey. Aunque no empecé a cambiarme de inmediato. Prefería esperar a que se marchara.

—Por cierto, tengo una noticia para ti —anunció.

—¿Ah, sí?

—Me he enterado de que el restaurante de Nueva Orleans también tiene una propuesta de trabajo para ti.

—¡Guau! —exclamé. Estaba demasiado aturdida para decir algo más—. ¿Y eso?

Me guiñó un ojo.

—Les dije que queríamos que te quedaras. Quizá te halagué demasiado, porque ahora te quieren allí.

—Me siento muy halagada.

—Por supuesto, si prefieres continuar con las prácticas, también tienen un puesto disponible en la pastelería. Me han enviado tu oferta esta mañana. Estaba tan ocupada que no tuve tiempo de reenviártela, pero lo haré cuanto antes.

Asentí, apenas pudiendo creer mi suerte. Dos restaurantes increíbles me estaban haciendo una oferta de trabajo.

—¡Gracias!

—Bueno, ya me he refrescado. Te dejo para que te cambies.

Todavía me sentía algo aturdida cuando salí del local, ya envuelta en mi abrigo. Me ajusté la bufanda al cuello porque hacía tanto viento que el frío me caló hasta los huesos al instante. Me encantaba caminar, pero hacía demasiado frío incluso para mí, así que decidí ir en Uber hasta *Dumont's*. Por el camino, los nervios se apoderaron de mí, y se intensificaron aún más al entrar en el restaurante. Ian me saludó desde una mesa ubicada en el centro del salón. El local estaba abarrotado.

A pesar de mis nervios, una sonrisa se dibujó en mi rostro mientras me acercaba a él. Llevaba puesta otra vez una camiseta *Henley*. Era mi prenda favorita, porque resaltaba muy bien su físico.

—Siento lo de la mesa. Quería una en un rincón, pero ni siquiera el hecho de conocer al jefe influyó.

—*Dumont's* es un lugar muy popular —asentí. Me besó la comisura de los labios, entreteniéndose un poco en mi mejilla. El roce me estremeció y su agradable colonia me envolvió como una suave nube. Instintivamente, me incliné hacia él y se rió.

—Podría besarte, pero luego es probable que nos citen por indecencia pública —bromeó.

Aclaré mi garganta y me aparté un poco.

—Oye, no bromees con eso. No cuando tengo hambre.

Levantó las manos en señal de defensa.

—Jamás se me ocurriría hacer eso. Venga, vamos a pedir.

Cuando nos sentamos, saqué el móvil del bolsillo y lo coloqué sobre la mesa mientras cada uno revisaba el menú. Sentí cómo mi pulso se aceleraba al preguntarme si debía sacar el tema de la fiesta de Isabelle en ese momento. Ya me sudaban las palmas de las manos. No sabía cómo abordarlo sin parecer prepotente o como si le estuviera acusando de algo. Simplemente quería aclarar las cosas. Pero quizá sería mejor esperar hasta después de comer.

Capítulo Veintitrés

Ian

Teníamos tanta hambre que devoramos los platos en un tiempo récord. El local rebosaba de gente, lo que lo hacía todo menos relajante. Apenas podía oír mis propios pensamientos, y mucho menos mantener una conversación con Ellie.

—¿Quieres que nos vayamos? —pregunté, alzando la voz por encima del bullicio.

Ella asintió con entusiasmo, así que, sin demora alguna, la ayudé a ponerse el abrigo. Noté que le pasaba algo; se había pasado toda la cena golpeando el suelo con el pie. No solo parecía cansada, sino también nerviosa. Varias veces tuve la clara impresión de que quería decir algo, pero luego se detenía de golpe. Cuando salimos a la calle, empezó a jugar con los pulgares. Planeaba averiguar qué le estaba sucediendo, pero antes tenía que llevarla a mi apartamento. Gestionaba mejor las cosas cuando estábamos a solas. El tiempo había empeorado mientras estábamos dentro; hacía más frío y había empezado a llover.

—Voy a pedir un Uber. —Saqué el móvil y fruncí el ceño—. No tengo batería.

—Lo pediré desde el mío.

Miré por encima de su hombro, preguntándome cómo podía usar ese teléfono tan diminuto. En lugar de abrir la aplicación Uber, pulsó por error el icono del correo electrónico. Uno de los asuntos llamó mi atención.

Asunto: *Tu oferta de trabajo en Nueva Orleans.*

Vista previa del texto: *¡Hola, Ellie!*

El equipo de Nueva Orleans está encantado de que estés interesada. Te envío todos los detalles...

Desvió su mirada desde su móvil hacia mí. Tenía la mandíbula tan tensa que me dolían los dientes. Sentí como si alguien me hubiera dado un puñetazo en el pecho y luego en la cara.

Me aclaré la garganta, me puse coloqué frente a ella y le pregunté:

—¿Tienes una oferta de trabajo en Nueva Orleans?

—Mi jefa le comentó al equipo de Nueva Orleans que me había hecho una oferta. Así que ellos también hicieron una. No tuvo tiempo de enviármela hasta ahora.

—Espera, ¿así que ya lo sabías?

¿Esa era la razón por la cual estaba tan nerviosa esa noche? ¿Estaba considerando aceptar el trabajo allí?

—Me lo contó hoy y me preguntó si me interesaba ver los detalles de la oferta.

Aunque Ellie no parecía muy entusiasmada al respecto, tenía que saberlo.

—¿Y qué le has dicho?

—Que me la enviara, por supuesto. Siempre trato de mantener las opciones abiertas.

Levanté la cabeza, con la mirada perdida en el horizonte. ¿Acaso yo era una opción para ella? Ellie lo era todo para mí. ¿No se daba cuenta? ¿Estaba exagerando? Fui yo quien le había dicho que debía elegir lo mejor para su carrera. Pero justo en ese momento, caí en la cuenta de que no quería que estuviera en otro sitio que no fuera allí, conmigo. ¿Mi reacción ante un simple correo electrónico era exagerada? Claro que sí. Pero la idea de perderla me convertía en un ser irracional. Me miró con una expresión interrogante, seguramente preguntándose por qué estaba tan alterado por un correo electrónico. Necesitaba calmarme, pero era incapaz de hacerlo.

—¿Esto era por lo que estabas tan nerviosa esta noche?

Sus ojos se abrieron de par en par.

—Humm... no. Era por otra cosa.

—¿Ibas a contármelo?

—Por supuesto. —Se aclaró la garganta y negó con la cabeza—. No hablemos de esto ahora, ¿vale? Llevo todo el día sin parar. Quiero tener la cabeza despejada.

—Quieres tener la cabeza despejada... vale —murmuré. Tal vez no era algo malo después de todo. Estaba claro que necesitaba calmarme. Pero quería que lo hiciéramos juntos, no separados.

—Voy a coger un taxi hasta mi apartamento —anuncié, esperando que decidiera acompañarme para que pudiéramos aclarar las cosas.

Frunció el ceño, jugueteando con los pulgares en su móvil.

—Ian, yo... —comenzó a decir, pero su voz se entrecortó. Finalmente, asintió—. Vale, si crees que es lo mejor.

Obviamente no me parecía lo mejor. Quería que viniera a casa, pero puesto que ella subió a su taxi y yo al mío, era evidente que había decidido que quería estar sola aquella noche. Estaba claro que la velada no estaba yendo de acuerdo con lo planeado. En absoluto.

Aunque era tarde, en lugar de ir a casa, me fui a la oficina. Necesitaba *hacer* cualquier cosa para descargar adrenalina. Unas horas de programación me vendrían muy bien. Para mi sorpresa, Dylan seguía allí.

—¿Qué haces aquí? —preguntó, siguiéndome hasta mi despacho.

—Quiero programar unas horas.

—Bueno. Quería hablar de algo contigo.

—Ahora no.

—Vamos, necesito una opinión sincera.

—¡Ahora no! —dije con firmeza, pero en voz baja y mesurada, sentándome en mi silla.

Mi hermano frunció el ceño.

—¿Pero a ti qué te pasa?

Levanté una ceja.

—Oye, te apareces en la oficina a estas horas y de mal humor. No es normal; algo no va bien.

—No seas pesado, Dylan. Ahora no.

—¡Joder, vale! Me voy antes de que me des un puñetazo.

—Bien pensado —contesté justo antes de que saliera de mi despacho. Increíblemente, tres segundos después, Isabelle me llamó. A pesar de todo, no pude evitar reírme. Estaba seguro de que aquello era obra de Dylan.

Estaba copiando lo que yo hacía siempre que no podía conectar con mi hermano: Le pedía a Isabelle que lo hiciera por mí. Podía ignorar su llamada, pero realmente no quería. Hablar con mi hermana siempre me ayudaba a ver las cosas con mayor claridad, así que contesté.

—Hola, ¿cómo estás? —preguntó con voz alegre.

—No finjas que Dylan no te ha metido en esto.

—Tío, te has dado cuenta rápido.

—Esta técnica la inventé yo, ¿recuerdas?

—Bueno, no, estrictamente hablando, la inventé yo. Tú solo has hecho uso de ella.

—Y Dylan nunca la ha usado. Hasta ahora...

—Dice que estás de mal humor: eso no es normal en ti. Y voy a arriesgarme y suponer que no está relacionado con el trabajo, o Dylan sabría el motivo. Así que suéltalo. No puedo ayudarte si no sé lo que pasa.

Le conté la loca conversación del restaurante. Isabelle permaneció callada unos segundos.

—Vale, eso es muy raro —dijo ella—. Sinceramente, no parece propio de Ellie. O sea, me está echando una mano con el menú de la fiesta. No creo que planee mudarse y cortar todos los lazos contigo. No se ofrecería a ayudarme si fuera eso lo que tiene en mente.

—Creo que exageré un poco con el *email*.

—Puede que... sí. —Mi hermana estaba utilizando un tono suave que solo usaba cuando estaba siendo cautelosa frente a mí—. Te aseguro que averiguaré qué es lo que está pasando, ¿vale?

—No, tengo que hablar con ella y resolverlo yo mismo.

—Puedo intentarlo de todos modos. Estoy aquí para ayudar, no solo para fastidiarte.

—Y te lo agradezco.

—¿En serio? Porque siempre me echas la bronca en estos casos.

—Te echaré una bronca si sigues insistiendo. Quiero hablar con Ellie yo mismo.

—Vale, pero estoy aquí si me necesitas.

—Gracias, Isabelle.

Después de colgar, tamborileé con los dedos contra la mesa y decidí esperar hasta el día siguiente para llamar a Ellie. Aún no me había calmado, y sabía que necesitaba tener las cosas claras antes de hablar.

Me quedé en la oficina hasta pasada la medianoche. Cuando finalmente me marché y me fui a la cama, seguía sintiéndome inquieto. A la mañana siguiente, me quedé dormido y desperté a las diez. Joder. La jornada de Ellie ya había empezado, y en los últimos tiempos estaba tan ocupada que ponía el móvil en modo avión durante su turno. La llamé una vez, pero saltó el contestador.

No podía hacer otra cosa más que ir a mi despacho. Había tenido una productiva sesión de programación por la noche, y quería comprobar si había algún error antes de que empezaran a llamar los clientes.

Había dormido fatal, sin parar de dar vueltas en la cama, intentando averiguar qué era lo que tenía alterada a Ellie. Cuanto más repasaba nuestra última conversación, más claro recordaba que ella estaba nerviosa *mucho antes* de que surgiera el tema del correo electrónico. Algo preocupaba a mi chica y necesitaba saber qué era.

A las once en punto, sonó mi teléfono, interrumpiendo mi sesión de programación. Convencido de que se trataba de Ellie, contesté, pero para mi sorpresa, era Isabelle.

Isabelle: ¿Quedamos por la tarde en la ciudad? Tengo que hacer una cosa en la Quinta Avenida a las cuatro.

Ian: Claro.

Fruncí el ceño. Era algo inesperado, así que le envié otro mensaje.

Ian: ¿Por qué? ¿Has hablado con Ellie?

Isabelle: No, solo pensé que no te vendría mal algo de compañía. Concretamente, MI compañía. Y que podríamos tratar de aclarar un poco las cosas, ya sabes que eso se me da bien.

Ian: Tienes razón. Allí estaré entonces. Gracias, Isabelle.

A las cuatro en punto, nos encontramos en la dirección que me había enviado. Me estaba esperando delante de un edificio que albergaba algún tipo de negocio en la planta baja. El abrigo que llevaba era tan voluminoso que casi ni se la podía ver. Lo único que quedaba a la vista era su incipiente barriguita de embarazada y su cabello rojo.

—¡Tienes un aspecto horrible! —exclamó.

—Gracias. —Le di un beso en la sien a mi hermana, sabiendo que lo decía con buenas intenciones.

—La quieres de verdad, ¿eh? No te pondrías de esta manera si no fuera así.

—Claro que la quiero. Solo necesito averiguar qué la está molestando. Se comportaba de forma extraña incluso antes de que empezáramos a hablar del correo electrónico —respondí, algo irritado. Miré a nuestro alrededor antes de preguntar—: ¿Qué estabas haciendo aquí?

—Gina ha trasladado su despacho aquí. —Señaló detrás de ella con el pulgar. Gina era su planificadora de bodas.

—El negocio debe de ir bien si se ha mudado a la Quinta Avenida. —Los alquileres en esa zona eran exorbitantes. La última vez que había acompañado a Isabelle a una reunión, la oficina estaba en el Upper West Side.

—Imagino que no me echarás la bronca por traerte a otro evento de organización de bodas, ¿no? En mi defensa, pensé que no te vendría mal distraerte un poco.

—No lo haré, esto me vendrá bien. Y, de todos modos, ahora es una fiesta, ¿no? Ya no es una boda.

Isabelle sonrió.

—Llámalo como quieras.

—¿Por qué sigues adelante con la fiesta? Más teniendo en cuenta que será un mes más tarde que la fecha original de la boda.

—Como a la gente de la finca no le hizo gracia que aplazáramos la boda, y yo sigo queriendo hacerla allí el año que viene, prefiero estar en buenos términos con ellos. Además, ya sabes que me gustan las fiestas.

—Esto es realmente un progreso. Pensé que me torturarías llevándome de compras.

—Ay, sería incapaz de hacerte eso. Sé que lo odias.

Entramos en el edificio y Gina nos recibió en un pequeño espacio con sofás de cuero.

—Hola, gracias por pasarnos por aquí. Todo está saliendo a pedir de boca —dijo mientras nos sentábamos.

—¿Incluso mi menú vegano? —respondió Isabelle.

—Sí. Tengo luz verde de nuestra *chef* para utilizar la receta que propuso Ellie. —Mientras nos sentábamos, sacó un papel—. Por cierto, no encontré a Ellie en la lista de invitados. La comprobé dos veces. Por alguna razón ella pensó que estaba en tu mesa. —Me miró sonriendo—. Le dije que no traerías acompañante y que incluso me habías pedido que evitara que otros te buscaran pareja añadiendo acompañantes “accidentales”. —Hizo el gesto de entrecomillar la palabra accidentales.

—¡Joder! —exclamé. Isabelle se volvió para mirarme. Los ojos de Gina se abrieron de par en par. Mi mente empezó a maquinarse. En ese instante supe exactamente lo que le pasaba a Ellie y lo que tenía que hacer, y rápido.

Mi hermana sonrió a la planificadora.

—Gina, ¿nos concedes un minuto, por favor? Tenemos que hablar de algo.

—Claro. Iré al vestíbulo a tomar un café. ¿Queréis uno también?

—No —respondió Isabelle. Yo me limité a negar con la cabeza.

—Vale. Hacedme saber cuándo debo volver.

—Gracias —dijo Isabelle.

En cuanto Gina se fue, mi hermana se volvió hacia mí.

—Le pedí eso a Gina hace meses —expliqué. Estaba seguro de que aquello era lo que había estado molestando a mi chica.

—¿De verdad le pediste a Gina todo eso?

—¿Qué parte? ¿Que no tenía acompañante, o que no me juntaran con nadie “accidentalmente”?

—Sí. ¿Estaba equivocada en algo de eso?

—No. Es que esa información está desactualizada —refunfuñé.

—Ellie no lo sabe; nunca la invité de manera oficial, porque simplemente supuse que lo harías tú. Y también me olvidé por completo de decírselo a Gina, tal vez por eso está alterada.

—Sip. —A esas alturas ya no tenía ninguna duda, y debía solucionarlo cuanto antes.

—¿Crees que es eso, verdad?

—Así es. —Por eso estaba tan nerviosa la noche anterior.

—Por favor, dime que tu plan para solucionar esto consiste en algo más que respuestas monosilábicas.

—Sí —respondí, solo para burlarme de mi hermana. Pero mi mente no dejaba de dar vueltas sobre qué hacer a continuación.

—¿Por qué no la invitaste? —preguntó ella, poniéndose en pie, deambulando por la habitación mientras acariciaba su vientre.

—Sinceramente, lo olvidé. Nunca pienso en estas cosas, ¿vale? Ni siquiera estaba en mi radar.

Isabelle dejó caer sus hombros.

—Es probable que haya pensado que no la queríamos invitar.

—¿Por qué iba a pensar eso? Nuestra relación está yendo muy en serio. —Lo bastante como para que yo perdiera la calma cuando le ofrecieron un trabajo en Nueva Orleans—. La verdad es que me cabrea que quiera mantener abiertas sus opciones. O sea, me parece bien que haga lo que considere oportuno para su carrera. Le dije... le dije que hiciera lo que fuera mejor y que luego buscaríamos una solución juntos.

Mi hermana hizo un gesto de preocupación y se pasó la mano por el pelo.

—Ian, estás enviando mensajes contradictorios. Primero le dices que debe hacer lo que sea mejor para ella, y luego te pones como un loco con lo del correo electrónico.

Se sentó a mi lado, entrecerrando los ojos. Puso cara de psicóloga.

—Algunos podrían interpretar que le dices que haga lo que es mejor para ella como que *no quieres* comprometerte.

—¿Pero qué...? —¿Por qué iba a pensar eso Ellie?

Levantó las palmas de las manos en señal de defensa.

—No digo que Ellie lo hiciera. Algunas personas podrían verlo como algo bueno. Yo lo veo como algo bueno, como que... quieres encontrar la manera de solucionar las cosas. Pero normalmente eres tan... ya sabes; terminante cuando quieres algo, no tienes grises. O haces algo, o no lo haces. Esa reacción exagerada que tuviste cuando recibió un correo electrónico con una oferta de trabajo es, en realidad, más propia de ti que decirle que haga lo que es mejor para ella.

—Solo intentaba no actuar como un cabrón egocéntrico y decirle que la quiero aquí a toda costa. ¿Cómo puede jugar en mi contra? Antes de que ella consiguiera el trabajo, estuve a punto de preguntarle a Rob si podía contratar a Ellie.

Para mi asombro, sonrió.

—Hermanito, bienvenido a las agitadas aguas de las relaciones. Son muy difíciles de navegar, pero créeme, merecen la pena. El cerebro humano está programado para sacar conclusiones precipitadas cuando estamos estresados.

Seguía teniendo problemas para entender la línea de razonamiento de Isabelle. Quizá porque, como la mayoría de los hombres, no les daba demasiadas vueltas a las cosas. Me tapé los ojos con las palmas de las manos, sacudiendo la cabeza.

—¿Tienes una respuesta científica para todo?

—No para todo, pero para la mayoría de las cosas, sí. Entonces, ¿qué vas a hacer?

—Le demostraré que debe quedarse aquí conmigo.

—Excelente. Es exactamente lo que esperaba oír. ¡Ah!, y el bebé está de acuerdo. Está dando pataditas.

No quería perder a Ellie. De ninguna manera. Y si eso significaba debía mudarme a Nueva Orleans para estar con ella, pues así sería. Nunca lo había tenido claro hasta ese momento, y debía decírselo.

Pero antes necesitaba saber que ella estaba absolutamente segura de lo nuestro, tal como lo estaba yo.

Capítulo Veinticuatro

Ian

Cuando salí de la oficina de Gina, volví a la mía. Solo podía pensar en Ellie.

—Ha sido una de las implementaciones de proyectos más productivas de la historia de mi empresa —afirmó Brian. Dylan y yo estábamos con uno de nuestros mayores clientes en la sala de reuniones. Mi mente no estaba allí, pero no hacía falta. Solo se trataba de cerrar un proyecto y conversar un poco. Aunque no era la parte favorita de mi hermano, instintivamente pareció darse cuenta de que yo no estaba en el estado de ánimo adecuado para ello, así que tomó las riendas.

—Estamos muy contentos de que el proyecto haya salido como queríais —contestó Dylan—. Si hay algo más que podamos hacer, estaremos encantados de colaborar en otra ocasión.

—Tengo otra cosa en mente —dijo Brian—. Y me gustaría hacerlo con *Gallagher Solutions*.

—¿Tienes un resumen? —preguntó Dylan.

—Todavía no, pero os lo enviaré en cuanto lo tenga. Bueno, caballeros, creo que esto es todo. Gracias por dedicar vuestro tiempo a repasar este informe final conmigo. —Todos nos levantamos y nos estrechamos la mano.

Cuando se marchó, Dylan volvió a sentarse en el sillón de cuero que tenía en la sala de reuniones, mirándome.

—Estás totalmente ido.

—Es que tengo la cabeza en otra parte. Gracias por darte cuenta e intervenir.

—¿Tiene esto algo que ver con tu encuentro con Isabelle? —preguntó Dylan. Asentí, deambulando por la sala de reuniones. Le puse al corriente de todo. Tenía curiosidad por saber qué opinaría al respecto.

Dylan me escuchó muy atentamente. En cuanto terminé, se enderezó en su silla.

—Vale, ahora por fin sabemos lo que ha pasado. Creo que necesitas demostrarle que te importa con cualquier detalle.

Levanté una ceja.

—¿Cualquier detalle...? E Isabelle dice que eres romántico.

Dylan me ignoró.

—¿Acaso prefieres que un hermano entrometido se meta?

—Podemos obviar esa parte. De todos modos, lo hice por accidente.

Dylan se echó a reír.

—¿Contestaste mi teléfono por accidente?

En su momento, cuando Mel y él discutieron, me había entrometido un poco más de la cuenta.

—Vale, no; pero estabas triste. Pensé que una broma te animaría. Eso se me da muy bien. ¿Podemos volver al tema ahora?

Dylan se reclinó en su silla, manteniendo los ojos fijos en mí y tamborileando con los dedos sobre el escritorio.

—Sé claro en lo que dices, no dejes lugar a interpretaciones. Eso puede volverse en tu contra rápidamente. Y por el amor de Dios, haz lo que hazas, actúa rápido. Si piensas volver a perder la tarde en la oficina, te echaré yo mismo.

—Inténtalo y verás. Pero ahora no será necesario, así que no te preocupes, tengo otras cosas que hacer.

Luego de la salida con Isabelle, me centré en elaborar un plan. Acabó consolidándose en mi mente durante la reunión con Brian. De vez en cuando, Ellie iba a ese *spa* que le encantaba en el

Upper West Side. Sabía exactamente qué hacer. Aquel día ella tenía una cita allí, y le esperaba una sorpresa.

Dos horas más tarde, estaba sentado detrás del escritorio de caoba de la recepción, mirando directo a la entrada, esperando a que Ellie apareciera. Había necesitado una considerable dosis de persuasión para conseguir que el personal cancelara todas las demás citas de aquella tarde y se marchara antes, pero yo podía ser muy persuasivo. Y se lo compensé de manera muy generosa.

Me quedé completamente inmóvil cuando se abrió la puerta principal y entró Ellie. Durante unos segundos, no pareció darse cuenta de que algo era diferente, pero enseguida, al echar un vistazo al espacio, sus ojos se abrieron de par en par. Había docenas de flores por todas partes. Sus ojos parecieron agrandarse aún más cuando me vio, y entonces ya no pude resistirme. Rodeé la recepción y me dirigí directo hacia ella. Su expresión se iluminó cuando me acerqué. De cerca, pude ver que estaba más pálida que de costumbre, le faltaba esa alegría interior que tanto me gustaba de ella. Joder, no podía dejar que eso ocurriera. Iba a devolvérsela.

—Ian —susurró ella—. ¿Cómo... qué está pasando?

—Quería verte. Y darte una sorpresa.

Ella entrecerró los ojos.

—¿Así que te has apoderado de mi cita?

—Exacto.

Parecía confundida.

—Oye, Isabelle y yo nos hemos reunido hoy con la organizadora de eventos. Me ha comentado lo que hablaste con ella.

Bajó los hombros.

—Sí, y no me debes ninguna explicación.

—¡Claro que te la debo! Escúchame bien. Fue algo que le dije hace meses, Ellie, antes de conocerte. Yo te quiero en todo momento a mi lado.

Me miró con un atisbo de sonrisa.

—¿Hablas en serio?

—Sí, claro que sí.

—¿Y nunca se te ocurrió avisarle del cambio?

Gruñí.

—Isabelle me preguntó lo mismo. No suelo darme cuenta de estas cosas, ¿vale? No es algo en lo que piense activamente. —Le sujeté la cara con ambas manos, con la mirada fija en sus preciosos ojos azules—. Necesito saber qué quieres, Ellie —dije—. ¿Quieres un futuro conmigo? —Para ser sincero, si decía que no, no sabía qué haría.

—Sí, claro que lo quiero. Por supuesto que sí.

Sentí un gran alivio.

—¿Quieres aceptar el trabajo en Nueva Orleans y trasladarte allí permanentemente? Pues me mudaré contigo.

—Ay, Ian. No puedo creer que serías capaz de hacer eso. No es que quiera el trabajo, es solo que, cuando mi jefa me preguntó por ello, no quise decir que no. Por otro lado, después de la llamada con la planificadora, me sentí un poco perdida, sinceramente. Debería haber sacado el tema antes, pero no se me da bien manejar las situaciones conflictivas. Lo intenté, pero no sabía cómo hacerlo sin parecer insegura y rara, como ahora.

Se estaba sonrojando y, poco a poco, el color iba volviendo a su piel.

—Ellie, te *conozco*. Sé cómo eres. Prefieres guardarte las cosas para ti, lo entiendo. Igual que cuando te acosaban en el colegio, nunca se lo contaste a tu madre, por miedo a que se

preocupara. Nunca hablaste con ella sobre lo duro que era para ti que te contara acerca de sus problemas con tu padre, pero a pesar de que te dolía, la escuchabas porque querías estar a su lado. Te mantienes fuerte —tanto para ti como para los demás— y te lo guardas todo dentro, pero no tienes por qué hacerlo conmigo. Quiero estar a tu lado en todo. Te quiero.

Tenía los ojos un poco llorosos.

—¿Y ahora qué?

—Mi hermano me ha dicho que ponga todas las cartas sobre la mesa. —Deslicé una mano hasta su nuca, hundiendo los dedos en su espeso cabello—. Te quiero y quiero que seas parte de mi vida. Cuando me hablaste de la oferta de trabajo aquí, lo único que quería decirte era que la aceptaras y te quedaras conmigo.

Sonrió.

—Eso era más o menos lo que esperaba que hicieras. ¿Por qué no lo hiciste?

—Porque no quería ser egoísta. Y entonces vi ese correo electrónico, y solo pude pensar en que te quiero aquí. Conmigo. Sé que exageré. Y que ahora estoy siendo egoísta. —Acaricié sus labios con los dedos y llevé la otra mano a su cintura.

—Eso no es egoísmo, es solo un poco de posesividad, y eso me gusta de ti. Siempre eres decidido cuando quieres algo, Ian.

Ellie

Ian me miraba con tanta calidez que sentí que estaba a punto de estallar de alegría.

—Bueno, te demostraré cuán decidido puedo ser. Te deseo, Ellie. De todas las maneras posibles. Significas muchísimo para mí.

—Y tú para mí —susurré. Realmente deseaba que me quedara en Nueva York. Estaba en el séptimo cielo. No podía ver nada más que a él, mi precioso chico que tanto me quería—. Me encantan las flores —dije, echando un vistazo al local.

—Me alegro de que te gusten. Vine aquí decidido a preguntarte primero qué querías antes de lanzarme a por todas, y pensé que las flores podrían inclinar la balanza a mi favor.

Mi cara se ensanchó en una sonrisa.

—¿Fue idea de Isabelle?

—No, fue todo idea mía. Y hablando de hermanos, me sorprende que Henry no esté aquí, intentando tirarme por una ventana.

—Ah, sí, fui yo la que te salvé de eso. Le pedí que no te llamara y por lo visto me hizo caso.

—Vaya, vaya, alguien se ha ablandado.

Pasé las manos por su torso, apretándome más contra él. Me encantaba sentir el calor de su cuerpo, sus músculos bajo mis dedos. Su delicioso aroma era mi hogar; pinos, bosques y cuero. Ian era mi hogar, y nunca querría otra cosa. Deseaba hacer feliz a aquel hombre el resto de mi vida, tan feliz como él me estaba haciendo a mí.

—No puedo creer que hayas hecho todo esto.

—Todo es por ti, Ellie. Soy una persona diferente desde que te conocí.

—Yo también —susurré—. ¿Sabes?, nunca creí que pudiera sentir por nadie lo que siento por ti.

—Cuéntame más. Me gusta adónde va esto.

—Nunca antes había querido establecerme en ningún sitio. Jamás sentí la necesidad de hacerlo, pero tú has cambiado eso. —Le abracé y salté a sus brazos. Me cogió, riendo, caminó conmigo hacia la recepción y me subió al mostrador.

—Ya no me apetece un masaje. Quiero estar a solas contigo.

—Estamos solos —dijo, moviendo las cejas.

—¿Qué?

—¿Acaso ves a alguien por aquí?

—No, pero pensé que tal vez habías vaciado el área de recepción.

Ladeó la cabeza.

—¿Estás de coña? No quería arriesgarme a que nadie arruinara nuestro gran momento.

—¿Cómo te las has arreglado para echar a todo el mundo?

—Puedo ser así de convincente.

Vaya, cómo me gustaba aquel hombre. Acaricié su cara con las palmas de las manos y disfruté del contacto de su incipiente barba contra mi piel.

No me lo podía creer. Quería que me quedara en la ciudad. Deseaba un futuro juntos. Me mordí el labio y gruñó.

Al segundo siguiente, se inclinó hacia mí y me dio un profundo beso, electrizando cada célula de mi cuerpo. Entonces, me puse de puntillas, apoyando una mano en su nuca y la otra en su pecho. Era mío. Era todo para mí.

Le devolví el beso con desesperación, necesitando más, necesitando sentirme cerca de él. Rodeó mi cintura con un brazo y me puso el otro en la espalda, como si hubiera percibido que yo ansiaba un mayor contacto. Ambos nos reímos al separarnos.

Me estaba mirando intensamente otra vez. Sus ojos irradiaban una determinación que nunca antes había visto. Sujetó mi rostro con ambas manos, inclinándolo para que nuestros ojos se encontraran directamente.

—Te quiero, Ellie. Eres muy importante para mí. Me has cambiado, ya te lo he dicho. Es un privilegio poder estar contigo ahora y en el futuro. Me encanta todo de ti.

—Mejor vámonos a casa —susurré.

—Buena idea.

Capítulo Veinticinco

Ian

No necesitaba que me lo pidiera dos veces. Yo también quería estar completamente a solas con ella. Lo necesitaba. Quería explorarla toda la noche, toda la puñetera semana. Durante el resto de mi vida.

El trayecto en Uber hasta mi apartamento duró veinte minutos... demasiado. Tenía mucha hambre de ella.

En cuanto estuvimos dentro, la empujé contra la pared, besándola hasta que se estremeció contra mi boca. Todo su cuerpo vibraba, necesitaba explorar cada centímetro de ella.

Empecé por quitarnos los abrigos, dejándolos en el vestíbulo. Luego me puse en cuclillas y le quité sus sensuales botines. Metí ambas manos por debajo de su vestido, encontré la pretina de sus medias y se las bajé de un tirón. Ambos nos reímos al oír el ruido de la tela al rasgarse.

—Creo que eso han sido mis medias —dijo al quitárselas—. ¿Y ahora cómo voy a salir a la calle?

—No lo harás. Es la excusa perfecta —dije.

—Ah, ya veo. Así que lo has hecho a propósito.

—No, pero ha acabado saliendo como yo quería. —Deslicé mis dedos por sus tobillos desnudos, moviéndolos lentamente hasta la parte posterior de sus rodillas y ascendiendo por sus muslos. Continué subiendo poco a poco por su vestido de lana, siguiendo el trayecto con mi boca sobre su muslo, hasta que se estremeció.

Me acerqué más, enrollando el vestido a la altura de su cintura y separándole las piernas. Pasé el pulgar por encima de sus bragas, justo entre los muslos, hasta que quedó empapada y jadeante.

Levanté la mirada hacia ella. Me encantaba verla así, desencajada de placer. Mantuvo los ojos cerrados y extendió la mano hacia la consola para estabilizarse. Quería llevarla completamente al límite para que todos sus sentidos permanecieran alerta. Quería abrumarla de placer y adorarla como a la diosa que era.

Continué pasándole el pulgar por aquel mismo trozo de tela, rozándole el clítoris tan solo por un instante para luego extender la mano sobre su bajo vientre. Sonreí cuando ella misma se quitó el vestido. Estaba desesperada por mí. Besé su abdomen hasta llegar a sus pechos y apreté la boca alrededor de un pezón por encima de la tela. También colmé de atención al otro, acariciándolo con el pulgar. Quería sensibilizarla tanto que apenas pudiera respirar a causa del placer que estaba a punto de darle.

Sonreí contra sus pechos cuando tiró de mi camisa y me la quitó. Mantuvimos el contacto visual durante unos segundos antes de que se inclinara para besarme los pectorales y la nuez. Acaricié mi erección por encima de los vaqueros y solté un gemido.

—¡Joder! —exclamé. El contacto de mi erección contra la cremallera resultaba casi doloroso. Me bajó los vaqueros y perdí el control. La besé con fuerza, deshaciéndome de su sujetador y sus bragas. Ambos nos quedamos desnudos incluso antes de entrar en el salón, y apenas pudimos llegar hasta la encimera de la cocina.

Saqué un condón de un cajón y me lo puse, complacido por la mirada hambrienta de sus ojos cuando me vio tocándome la polla.

—Así que guardas condones por todas partes, ¿eh? —dijo con tono burlón.

—Me gusta estar preparado. —La giré para que su culo quedara frente a mí, y me miró con los ojos muy abiertos.

—Pon las manos en la encimera e inclínate —ordené.

Relamiéndose los labios, bajó su cuerpo, apoyando los codos en la encimera. En ese momento, presioné suavemente su espalda, de modo que sus pezones rozaran el frío granito. Jadeó cuando una gélida corriente la atravesó por completo. Se le puso la piel de gallina. Me coloqué en la entrada, frotando primero su clítoris con el glande. Jadeó y después gimió, antes de deslizarme hasta el fondo.

Necesitaba poseerla. La deseaba en ese preciso instante. Movié la cabeza hacia atrás, pronunciando mi nombre en un gemido. Entré y salí, al principio despacio, pero luego me incliné sobre ella, apoyando una mano en la encimera para mantener el equilibrio mientras aumentaba el ritmo. Llevé la mano libre a su coño y rodeé su clítoris. La moví en suaves y amplios círculos, observando su cara para ver qué le producía más placer. Su orgasmo se fue formando lentamente mientras yo luchaba por contener el mío. Supe que estaba cerca cuando cerró los ojos y apretó con fuerza las manos. Si hubiéramos estado en una cama, estaba seguro de que hubiera agarrado las sábanas con las manos.

Estalló de una manera maravillosa. En respuesta, abrió aún más las piernas. Todo su cuerpo se curvó mientras yo la sujetaba con fuerza, sintiendo cómo se apretaba a mi alrededor.

Cuando superó la oleada de placer, se deshizo en mis brazos. Entonces, la llevé al sofá, pues ambos necesitábamos tumbarnos. Estar de pie requería demasiada energía y yo solo quería concentrarla toda en ella. Me tumbé de espaldas en el sofá y ella se subió encima de mí. Miró hacia mi erección, deslizándose por ella a su propio ritmo.

—¡Joder! —exclamé. Estaba tan condenadamente apretada. Se movía a un ritmo lento, lo que me volvió loco. Me levanté lo suficiente para explorar sus pechos y besarla. Su lengua buscó la mía desesperadamente, y la besé como a ella le gustaba: ardiente, salvaje y con pasión.

Yo ya estaba al límite debido a lo apretada que estaba, pero unos minutos después, cuando sentí que volvía a correrse, ya no pude contenerme. En cuanto gritó mi nombre, todo se desvaneció; todo menos la increíble sensación de placer que me recorría. El orgasmo se apoderó por completo de mi cuerpo. Mi pecho se tensó, mis músculos se contrajeron y mi visión se desvaneció.

—Quédate así —dije, manteniéndola encima de mí.

—Estamos sudados, pero me gusta.

—Lo tendré en cuenta. —Le acaricié la espalda y luego le agarré el culo con ambas manos. Parecía ensimismada.

—¿En qué estás pensando? —Quise saber.

—¿Puedo pedir que me manden todas esas flores al apartamento? —Su expresión era soñadora. Estaba muy orgulloso de haberla hecho sentir así.

—Me ocuparé de ello.

—¡Gracias! Por cierto, mañana hablaré con mi jefa y le diré que acepto el puesto aquí.

—¡Genial! Es lo mejor que he oído nunca. —Apreté mi boca contra la suya, dándole un largo y profundo beso. Era *mía*.

—Alguien parece contento —murmuró.

—¡Y que lo digas! Pero Ellie, ¿estás segura? Si crees que el programa de prácticas es mejor para tu experiencia, o incluso si piensas que sería conveniente mudarte a Nueva Orleans por un tiempo... podemos considerarlo.

Ella frunció el ceño.

—Antes odiabas la idea.

—Porque pensé que significaba que me dejarías. Estoy de acuerdo con todo. Mientras sigamos juntos.

—Estoy segura. Sigo manteniendo la idea de abrir mi restaurante más adelante, y creo que puedo aprender mucho aquí. Lo que sucede es lo siguiente: Desde que te conocí, me he dado cuenta de que construir mi sueño no significa que tenga que renunciar a todo lo demás. Gracias por enseñármelo.

Le acaricié la mejilla y luego besé su barbilla.

—Hablé con Dylan sobre la plataforma de programación.

Se le iluminaron los ojos.

—¿Qué ha dicho?

—Estaba encantado. Voy a trabajar seriamente en ello cuando termine el lanzamiento del “Proyecto Z”. No veo la hora de empezar. Me haces bien, Ellie. Nunca te dejaré marchar.

—Quiero quedarme aquí contigo. Ya resolveré todo lo demás.

—Ya resolveremos todo lo demás —señalé.

Ellie soltó una risita.

—¿Qué? —pregunté.

—No puedo creer que pienses que no eres romántico. ¿Recuerdas cuando me cuidaste al llegar a casa del hospital? Eso fue superromántico, o también la forma en que me dijiste que te llamara porque era tuya...

—Lo eres, Ellie. —Llevé una mano a su cara, agarrando suavemente su mandíbula con ambas manos—. Toda mía.

Soltó una risita y se colocó encima de mí. Gruñí.

—¿Ves? Eso es lo que quiero decir. Eres romántico y ni siquiera eres consciente de ello. ¿Puedes decirlo un par de veces más?

Al segundo siguiente le di la vuelta para ponerme encima de ella. Hundí mi boca en su cuello, subiendo con mis besos hasta llegar a su oreja.

—Tus deseos son órdenes.

Epílogo

Ellie

Un mes después

El día después de empezar oficialmente mi trabajo a jornada completa en *On Point*, estaba radiante. Para celebrarlo, iba a organizar una fiesta. Ian me ofreció su casa para el evento, y me pareció una idea estupenda.

Me encontraba en el dormitorio, donde el equipo de *catering* había llevado toda la comida, dispuesta en mesas plegables con fuentes y bandejas heladas. No había suficiente espacio en la cocina para acomodarlo todo de una sola vez.

Inspeccioné la cama, satisfecha con el pedido. La *chef* a cargo de la fiesta de Isabelle, que se celebraría la semana siguiente, se encargó de la comida. Isabelle me aconsejó que no cocinara yo, ya que estaría más preocupada por ello que por disfrutar de la fiesta. Resultó que tenía razón. Aunque había otra persona a cargo de la parte culinaria, yo *seguía* estresándome por ello.

Asistiría mucha gente. Dylan, Josie e Isabelle irían con su familia, por supuesto, pero también había invitado a los Winchester. Me caían muy bien y eran muy divertidos. Me enderecé cuando oí sonar el timbre. Me pilló por sorpresa, pues se suponía que los invitados no llegarían hasta la próxima hora. *¿Ya estaban aquí?* Salí rápidamente del dormitorio y me quedé de piedra cuando oí voces en el salón. *Dios mío*. ¡Se trataba de mi familia! Los había invitado, pero salvo Henry, nadie había confirmado su asistencia. Mi madre dijo que intentaría venir, y mi padre me comentó que les resultaría muy difícil poder viajar.

Sin embargo, estaban todos allí, en el salón.

—¿Qué hacéis aquí? ¿Por qué no me habéis dicho que veníais? —pregunté, con un tono un tanto agudo. Pero, se me podía perdonar, ¿no? Hacía tiempo que no veía a toda la familia reunida. Mi madre, con su cabello castaño, lucía un corte recto que no había visto desde la última vez que la vi por FaceTime. Le quedaba bien y contrastaba con sus pómulos angulosos. Linc, mi padrastro, estaba esbozando una gran sonrisa. Stephanie, mi madrastra, llevaba un vestido amarillo y lucía muy elegante.

Mi padre le estaba dando palmaditas en el hombro a Ian, guiñándome un ojo.

¿Qué estaba pasando? ¿Cuándo conoció papá a Ian? Había pensado en presentar a Ian a mis padres en persona cuando usara algunos de los vales que Ian me había regalado, pero al parecer eso ya no sería necesario.

Henry fue el primero en abrazarme, ya que era quien más cerca se encontraba de mí. Eché un vistazo atrás y vi a mi madre. Tenía una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Hemos venido de sorpresa! —respondió mamá.

—Ian hizo lo que yo nunca pude conseguir: reunir a todo el mundo —dijo Henry.

—Es una gran persona —añadió mi madre.

—Qué bien suena eso. ¡Todos me alaban! —exclamó Ian, que parecía orgulloso de sí mismo. Me rodeó la cintura con un brazo y me besó la mejilla por detrás.

—Vale, necesito detalles —dije—. ¿Cuándo habéis organizado todo esto?

—Hace poco —respondió Ian con aire de misterio. Me sentí inmensamente feliz. No podía creer que él lo hubiera hecho posible. ¿Y pensaba que no era un romántico? No podía imaginar nada más romántico que aquello.

—Bueno, aún queda un rato para que lleguen los demás —dijo Ian—, pero podemos abrir una botella de champán para celebrar el nuevo trabajo de Ellie.

—Sí, vamos a celebrarlo —confirmé. Mi voz aún no sonaba bien. De inmediato, Ian sacó una botella. Sirvió siete copas y luego todos brindamos.

—Estamos muy orgullosos de ti, Ellie —dijo mamá.

Jo, tenía los ojos llorosos. Aquella expresión era tan poco habitual en ella que mi padre, sorprendido, le dio un beso en la sien.

A continuación, habló mi padre:

—Te has esforzado mucho, pequeña. Estamos orgullosos de que hayas perseguido tu sueño. Puede que no estemos presentes para celebrar cada uno de tus logros, pero estamos orgullosos de ti y te queremos.

Ian se encontraba a mi lado, pasándome un brazo por los hombros, como si supiera lo importante que era todo aquello para mí y que necesitaba su apoyo emocionalmente.

—Ellie, nadie está más contento que yo de que te hayas quedado en Nueva York. No exagero si digo que has cambiado mi vida para mejor. —Me miró, y la emoción que reflejaban sus ojos fue tal que me hizo estremecer. Sentí un nudo en la garganta—. Tengo mucha suerte de que decidieras mudarte aquí y hayas querido ser mi novia. Y hoy volveré a necesitar que la suerte esté de mi lado.

Todo el mundo pareció contener la respiración. ¿Qué estaba pasando?

Dio un paso atrás y entonces, se arrodilló. Se me cortó la respiración y llevé una mano a mi pecho. Sacó una caja de terciopelo del bolsillo y me la tendió.

—Sería el hombre más afortunado si quisieras ser mi esposa. Aquí, delante de todos, quería preguntarte: *¿quieres casarte conmigo?*

Extendí la mano hacia la caja de terciopelo, cogiéndola para mirarla más de cerca.

—Creo que eso es un sí —concluyó mamá.

Me eché a reír, e Ian también, mientras él se incorporaba y me ponía el anillo en el dedo. Era precioso: tenía un diamante de talla cuadrada y también pequeñas piedras a lo largo del contorno.

Le abracé con fuerza, pero mi garganta aún no respondía del todo bien, así que no podía expresar con palabras todo lo que sentía.

Mi madre y Linc me abrazaron primero, y luego papá y Stephanie. Podía sentir la felicidad de todos como una cálida manta a mi alrededor. Henry nos abrazó a Ian y a mí al mismo tiempo.

Cuando todos volvieron a coger sus copas, Ian mantuvo un brazo alrededor de mi cintura.

—Mis padres me matarán. Isabelle y Josie también —afirmó.

—¿Por qué? —pregunté.

—El plan era esperar a que llegaran todos antes de pedirte matrimonio.

No pude evitar reírme.

—Así que no podías esperar, ¿eh?

—No, no he podido.

Charlamos un poco sobre el viaje de cada uno e Ian abrió otra botella de champán. El resto de los invitados llegaron antes de lo esperado, unos treinta minutos más o menos. Mi madre abrió y se sorprendió cuando vio a los Winchester y a los Gallagher juntos. Estaba acostumbrada a que hiciera amigos dondequiera que me mudara, pero no a que dejara entrar a la gente en mi vida como había hecho con Ian, su familia y sus amigos.

Skye, Josie y Ryker también llevaron a sus hijos, así que el piso se estaba llenando de gente.

Isabelle echó un vistazo a mi mano y se echó a reír, dándole un empujoncito con el hombro a Josie, que negó con la cabeza, sonriendo de oreja a oreja.

—Deberíamos haber venido incluso antes. Te dije que no podría esperar —comentó.

Ryker levantó el pulgar hacia Ian.

—Estupendo trabajo. No me puedo creer que ya hayas pasado de autoproclamado soltero a prometido. Es todo un hito en este grupo.

Ian gruñó.

—Ryker, me lo he currado mucho para labrarme una buena reputación con los padres de Ellie. No la estropees.

Ryker hizo un gesto de pesar.

—Lo siento, tío.

Me incliné hacia él y le besé la mandíbula.

—Aaaay, no te preocupes por eso. Te adoran.

Tess cogió a su sobrino de los brazos de Skye y, con él a cuestas, se acercó a nosotros.

Cuando todos me dieron la enhorabuena, sentí la mirada de Ian clavada en mí. Giré ligeramente la cabeza para mirarle y le guiñé un ojo. No podía sentirme más feliz.

—Bueno, escuchad, voy a traer unos aperitivos para que piquemos. Vuelvo enseguida —anuncié al cabo de un rato.

Para mi sorpresa, mi madre se unió a mí, y luego ambas nos pusimos a comprobar los canapés: bandejas con distintos tipos de quesos y rebanadas de *baguette* con verduras para untar. La mayoría eran alimentos que no necesitaban refrigeración durante ese corto período de tiempo. Mamá miraba a su alrededor con una sonrisa; parecía ensimismada.

—Mamá, ¿va todo bien? —pregunté.

—Sí.

—¿Quieres contarme cómo es que papá ya conocía a Ian? Bueno, de hecho, ¿a todos vosotros?

Mi madre no sabía guardar secretos.

—Sí, sinceramente fue lo más romántico que he visto nunca. Primero habló con Henry, quien nos dijo que vendría a visitarnos.

Madre mía, ¿había viajado hasta allí? ¿Cómo no me di cuenta? Quiero decir, aún no vivíamos juntos, así que había un par de noches a la semana que no dormíamos en el mismo lugar, pero aun así...

—Me quedé de piedra cuando Ian pidió tu mano. Fue tanto a casa como a lo de tu padre, y habló con ambos. También mencionó lo importante que era para ti que nos pudiéramos reunir todos. Siento no haberte prestado atención antes.

—Mamá, no pasa nada.

—No, no es algo menor, pero será diferente a partir de ahora. Me alegro mucho de que lo hayas encontrado y de que seas feliz. Eso hace que me sienta realizada. Durante un tiempo pensé que no ibas a entregar tu corazón a nadie.

No podía llevarle la contraria porque yo había pensado lo mismo, pero Ian cambió algo dentro de mí.

Abracé a mamá con fuerza, inmensamente feliz de que estuviera allí.

—Bueno. Volvamos —dije cuando me aparté—. Cogeré una bandeja. ¿Puedes coger una tú también?

—Claro.

Al final, conseguimos coger dos bandejitas cada una y las llevamos a la isla de la cocina. La gente estaba repartida por todo el salón, de pie y charlando. Me encantaba ver a la pandilla reunida. Me acerqué de puntillas a Ian, que de todos modos pareció oír que me acercaba, y se dio la vuelta, poniendo inmediatamente ambas manos en mi cintura. Mi piel se encendió. ¿Cómo podía afectarme tanto un simple contacto?

—Gracias por pedir a todos que vinieran —susurré.

—Haré lo que sea con tal de hacerte feliz, Ellie. Siempre. —Me besó el costado del cuello y luego se volvió hacia el grupo—. Atención todos, se suponía que este iba a ser el momento en que me declarara —dijo Ian en voz alta. Me cogió la mano y la levantó para que los demás la vieran—. Como podéis ver en el dedo de mi prometida, estaba demasiado ansioso. Gracias a todos por venir a celebrar este acontecimiento con nosotros. Estar rodeados de nuestra familia nos hace muy felices a los dos, y esperamos que juntos celebremos muchos momentos más.

—Oye, ni se te ocurra fugarte con la novia —advirtió Josie—, o casarte accidentalmente antes de que lleguen los invitados.

—Sí. Puedo perdonar que me hayas hecho perder la propuesta de matrimonio, pero no la boda —añadió Isabelle.

—Eso no pasará. Lo prometo —afirmé, y luego brindamos. Me encantaba ver la felicidad que irradiaban todos.

—¿Habéis decidido dónde queréis celebrar la boda? —preguntó Tess.

Apreté los labios y miré a Ian con el rabillo del ojo.

—No, me lo acaba de pedir pero creo que tenemos tiempo. Quiero decir... ni siquiera hemos fijado una fecha.

—Avísame cuando la tengáis y haré todo lo posible por echar una mano.

—Gracias.

—Cuanto antes te decidas por un vestido, mejor. Puede llevar una eternidad confeccionarlo, sobre todo si el estilo no es uno de los habituales —sugirió Isabelle.

Me entró un poco en pánico cuando todo el mundo empezó a darme consejos sobre la boda.

—La idea de fugarse no suena tan mal ahora, ¿no? —susurró Ian cuando fui a por un trozo de queso.

—Nah, no podemos hacer eso —susurré—. Mira lo ilusionados que están todos.

Nunca pensé que conocer a Ian me llevaría a encontrar el amor y a conseguir unir a mi familia de esa manera. Sonreí, echando un vistazo a la abarrotada habitación. Con nuestra familia y amigos a nuestro lado, todo era posible.

Segundo Epílogo

Ian

Seis años después

—A esta pandilla nunca se le van a acabar las excusas para celebrar algo, ¿no? —preguntó Dylan mientras los dos sacábamos una enorme mesa de madera.

—Cierto —respondí—. Pero en defensa de Josie, es una muy buena razón para celebrar.

Estábamos todos en Tarrytown, en casa de Isabelle y Brayden. El matrimonio cumplió con creces su promesa de llenarla. Tenían una hija de cuatro años, Casey, y dos gemelos recién nacidos, Arthur y Craig. Mi madre estaba en el séptimo cielo, revoloteando alrededor de su prole de nietos. Dylan y Mel también tenían un hijo, David. En cuanto a Ellie y a mí, llevábamos tres años casados y pensábamos esperar unos años más antes de tener hijos.

Estaba empeñada en abrir por fin su propio restaurante y, como siempre, yo seguía apoyándola plenamente para que cumpliera sus sueños. La busqué por el jardín y la encontré hablando con Rob, el marido de Skye, seguramente sobre algo relacionado con el restaurante. Por supuesto, también había acudido toda la familia Winchester, acompañada de todos sus hijos.

Dylan y yo colocamos la mesa contra la pared de la casa.

—Voy a coger sillas —dijo.

—Bien. Yo iré a comprobar con el resto cómo va el plan.

Josie quería sorprender a Hunter antes de su cumpleaños, que tendría lugar en una semana, y había decidido organizar una fiesta sorpresa.

Necesitábamos un motivo, obviamente. Isabelle se ofreció voluntaria porque los gemelos iban a cumplir tres meses. Hunter se lo creyó, pero, en su defensa, Isabelle ya había reunido al grupo allí, en Tarrytown, para otras ocasiones de menor importancia. Solíamos celebrar muchos eventos en su casa: la fama de Brayden no dejaba de crecer, al igual que el interés de los *paparazzi* por él y la banda, y aquel era el único lugar donde podían tener absoluta intimidad.

Dejé que mi hermano sacara las sillas y me acerqué a mi mujer, sorprendiéndola cuando le rodeé la cintura con un brazo y besé su cuello.

—Hola, guapa —dije.

—Me has asustado —respondió Ellie riendo—. Pero si sigues diciéndome que soy guapa, puede que te perdone.

—Entendido.

Rob nos sonrió.

—¿De qué estáis hablando? —pregunté.

Ellie contoneó su trasero contra mí. ¡Esa mujer era tremenda! ¿Acaso quería volverme loco en público?

—Me estaba dando consejos sobre cómo no perder la cabeza cuando abra mi propio restaurante. Como maneja millones de negocios, pensé que sería la persona adecuada para preguntarle.

—Al cabo de un tiempo se convierte en rutina, pero los primeros años requieren mucho esfuerzo —afirmó Rob. Sus restaurantes *Dumont* estaban en pleno auge. Como el negocio de Skye también crecía a pasos agigantados, no paraban de trabajar. Ella y Tess habían pasado de tener dos tiendas a abrir más de veinte en todo Estados Unidos.

De repente, un fuerte ruido atravesó el aire, haciendo que los tres nos volviéramos para buscar la fuente. Rob gruñó.

—Seguro que es Jonas —dijo, refiriéndose a su hijo, que correteaba con un balón de fútbol detrás de su primo pequeño, Gabriel, el hijo de Tess—. Hay momentos en los que piensas que es el niño más dulce del mundo, y luego se te cae la mandíbula al suelo cuando le ves mandonear a los otros niños.

Skye se echó a reír y caminó junto a Tess hacia nosotros.

—Es igualito a ti, mandón de la mañana a la noche —dijo ella, dándole un golpecito—. Además, es el mayor. Eso le da el derecho de mandar a todos.

En ese momento estaban discutiendo sobre quién debía patear primero el balón. Decidí hacer de árbitro.

—Venga, Jonas —dije soltando a Ellie—, voy a ser tu compañero.

—Voy a ver cómo está Isabelle —afirmó Ellie, y se marchó mientras Jonas asentía, entregándome el balón. Intentaba hacer de portero, lo cual no era lo suyo. No dejaba de seguir a todo el que tuviera el balón.

—Gabriel, observa a Ian y aprende. No querrás dejar que Jonas gane demasiado a menudo —animó Tess.

Skye refunfuñó:

—Tess, no les pinches, son muy pequeños.

Tess sonrió.

—¿Pero de qué otra manera van a aprender lo que es la rivalidad entre hermanos y primos?

Le devolví la pelota, pero en vez de golpearla suavemente para que cayera cerca de Jonas, voló hasta la casa. Bueno, estaba claro que iba a tener que perfeccionar mi técnica.

Tess hizo una mueca de desaprobación.

—Vale, retiro lo dicho. Mejor no prestes atención a lo que hace el tío Ian.

Jonas ni siquiera la oyó. Ya se dirigía a toda velocidad hacia la casa para recuperar su balón. Gabriel iba justo detrás de él y Skye y Rob salieron tras ellos.

Tess echó un vistazo a nuestro alrededor y luego susurró:

—¿Estás en el complot?

—Obviamente.

—Ah, por eso has venido. Este sábado tocaba enseñar, ¿no?

—Sí, pero la familia es lo primero. —La plataforma de programación había crecido a pasos agigantados en los últimos años, e incluso impartía algunas clases nocturnas en un instituto, e incluso algún que otro fin de semana. Sentía que era una aptitud importante para los jóvenes. Encontrar a Ellie fue como encontrar mi centro y mi equilibrio. Ya no vivía inquieto. Después de encontrarla, todo encajó en su sitio.

—Y hablando del Rey de Roma, ahí viene...

Josie se pavoneaba por el patio con una sonrisa tan grande que, si no la atenuaba, su marido sabría que se traía algo entre manos.

—¡Lo va a desvelar todo! —exclamó Tess, que parecía un poco presa del pánico.

—Es verdad.

Josie sonrió aún más cuando se detuvo delante de nosotros.

—Hermanita, advertencia amistosa, si sigues sonriendo así, Hunter se va a dar cuenta de que estás tramando algo.

Intentó atenuarla, pero no lo consiguió.

—¿Lo has traído todo? —preguntó, mirándome.

—Por supuesto. No soy un aficionado —contesté, ofendida.

—Lo siento, solo estoy asegurándome de que todo marche de acuerdo a lo previsto.

El resto también estaba listo, y como en nuestro grupo no hacíamos nada a medias, teníamos varios subgrupos encargados de distintas tareas organizativas: la tarta, los fuegos artificiales, los regalos y demás.

Justo entonces, Hunter se unió a nosotros y todos nos quedamos en silencio. Nos miró y levantó una ceja.

—¿Qué ocurre?

—Nada —respondió Josie con demasiada rapidez. A mi lado, Tess se rió.

—Vale, guárdate esos secretos por ahora —dijo Hunter, besándole un lado de la cabeza—. Aún sigo un poco aturdido por el *jet-lag* del viaje a París. Pero pronto se me pasará.

Él y Cole se estaban expandiendo cada vez más por Europa cada año. Habían empezado con un centro comercial en Roma unos años antes, pero aquello había crecido hasta abarcar doce capitales europeas.

Josie besó la mejilla de Hunter, sonriendo avergonzada. Sí, era posible que acabara de revelar que realmente estaba guardando secretos. Intercambié una mirada con Tess, que asintió casi de manera imperceptible. Era nuestra seña para que intentara disipar las dudas de Hunter. Si alguien podía hacerlo, era Tess.

—Voy a hablar con Ryker —dije—. Quiero pedirle su opinión sobre un tema de la plataforma. —Era mentira, pero Hunter estaba demasiado ocupado en sospechar de Josie como para prestarme atención.

La verdad era que cada parte de la trama tenía que encajar perfectamente para que la sorpresa funcionara. Encontré a Ryker junto a su cuñada, Laney.

—Escucha, tenemos un problema —comenté—. Hunter ya sospecha algo.

Ryker sonrió.

—Pues claro que sí. Es listo y su cumpleaños está a la vuelta de la esquina. Me preocuparía más si no fuera capaz de captar esas vibraciones sospechosas que emitimos todos.

—¡Vale, reuníos todos! —dijo Tess en voz alta unos segundos después.

Laney frunció el ceño:

—Pero según el plan, se suponía que eso iba a ser dentro de media hora.

—Sí, creo que Tess ha decidido adelantarla porque si esperábamos, el riesgo de que Hunter se enterara era demasiado alto.

Todos empezaron a caminar lentamente hacia ellos. Isabelle y Brayden salieron de la casa, seguidos de nuestros padres, que llevaban a los gemelos en brazos.

Ellie caminaba unos pasos más atrás, cogida de la mano de Casey. Me dirigí hacia ellos.

—Hola, preciosa —dije.

Me dirigió una enorme sonrisa.

—Hoy estás lleno de cumplidos.

—¿Qué dices? Siempre te hago cumplidos —respondí.

—Humm, es verdad. Quizá hoy esté más susceptible.

—Ellie, ¿puedes ayudarme a hacer que mi vestido sea más de princesa?

—Claro que sí, cariño. —Se puso en cuclillas y besó la frente de Casey, alisando el vestido rosa que llevaba la niña. Ellie sería una madre estupenda algún día, y yo no veía la hora de que llegara el momento. Quería explorar todo lo que la vida podía ofrecerme con ella a mi lado. Casey se marchó una vez que estuvo a gusto con el vestido. Acto seguido, Ellie se incorporó, señalándome a los ojos.

—¿A qué viene esa mirada? Quiero saber lo que estás tramando.

Le rodeé la cintura con un brazo, acercándola más.

—Ya lo sabrás. Más tarde, cuando estemos solos.

Sonrió.

—¡Qué intriga! No puedo creer que todo el mundo esté tan implicado en esto. Estoy tan contenta de haber podido participar también.

—Eres parte de la familia, Ellie. Parte de mí.

Suspiró y me besó la barbilla.

—Siempre sabes qué decir para hacer que me derrieta.

—Hago todo lo que está en mi mano.

Nuestra atención se desvió hacia Hunter cuando escuchamos su risa.

—¿De verdad creíais que no me daría cuenta de que me estabais organizando una fiesta de cumpleaños? —preguntó Hunter.

Josie hizo pucheros.

—Es que realmente quería que fuera una sorpresa.

—Bueno, es evidente que se ha descubierto el pastel —dijo Ellie.

Hunter nos miró a todos, luego atrajo a su mujer hacia sí y besó su mejilla, murmurándole algo al oído.

Luego se apartó un poco y le besó la mano.

—Gracias a mi encantadora esposa por esta sorpresa. Yo también tengo una para ella. Pensaba dársela más tarde, porque pronto será nuestro décimo aniversario, pero ya que me ha sorprendido, no hay mejor momento que este. —Sacó el teléfono y se lo tendió a Josie, que sonrió y le abrazó con fuerza.

—¡Son billetes para las Maldivas! —exclamó emocionada.

—Allí fueron de luna de miel —le expliqué a Ellie.

—¡Qué romántico! Mira cómo la mira después de diez años.

—Oye, llevamos seis y vamos bien... y todavía sigo mirándote así.

—No es una competición —contestó con una suave risita, dándose la vuelta.

—Aun así, quiero ganar. Te lo demostraré más tarde —susurré en su oído.

—Reto aceptado.

Abrí la boca para hablar, pero volví a cerrarla cuando vi que mi madre se dirigía directamente hacia nosotros. Ya tendría tiempo de decir obscenidades más tarde. El grupo se puso manos a la obra. Cole empezaría pronto con los fuegos artificiales.

—Para él todo es una competición —dijo mi madre de manera juguetona. Me felicité por haber mantenido la boca cerrada.

—Y encima sale ganando la mayoría de las veces. Al fin y al cabo, *fue* el último soltero del grupo —señaló Ellie.

Mi madre nos miró con complicitad:

—Solo porque no te mudaste antes a Nueva York.

—Es verdad —respondí con naturalidad.

—El amor es diferente para cada uno —añadió mamá—. Algunos son amigos desde la infancia, pero tardan un tiempo en descubrir que son almas gemelas, como Josie y Hunter. Otros se encuentran más tarde en la vida.

Ellie sonrió.

—E Ian y yo estamos más o menos entre esos dos extremos, ¿verdad?

Mi madre se echó a reír.

—Algo así. No importa cómo empieza. Solo que sea verdadero y profundo. La vida consiste en tomarse las cosas con calma: tanto las alegrías como las penas, y encontrar esas pequeñas

cosas que nos permiten disfrutar de cada día. Porque os aseguro que podéis encontrar la felicidad incluso en los momentos más difíciles. Y estoy más que agradecida de que todos mis hijos tengan una vida plena.

Pareció estar a punto de añadir algo, pero Cole empezó a reclamar la atención de todos para que veamos los fuegos artificiales. Estaban instalados en el límite de la propiedad, junto al río Hudson.

—¡Vamos! No quiero perderme los fuegos artificiales —dijo mamá.

—Yo tampoco —contestó Ellie. Mientras íbamos hacia el río, me susurró al oído—: Me encantan los consejos de tu madre.

—Y vamos a seguirlos a rajatabla. Es una promesa, Ellie.

Mientras nos sentábamos en la manta que había tendido anteriormente, reflexioné sobre mi vida y cómo había encontrado a Ellie. Antes, la vida era divertida pero carecía de plenitud...Disfrutaba cada día, pero desde que estábamos juntos, sentía que cada momento tenía un *sabor* especial. Y sería un honor para mí pasar mi vida junto a ella, asegurándome de que tuviera todo lo que necesitara.

Porque era mía.

Este es el final de la serie. [Suscríbete a mi boletín para recibir un libro mío gratis y para recibir noticias sobre nuevos libros y ventas.](#)

Lista de Libros:

[La Familia Bennett](#)

[La Familia Connor](#)

Contacto de la Autora

Laylahagen.com

Únete al [Grupo de Lectores](#) de Layla